
ALE RUBIO
Si decido arriesgarme
esencia

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

Epílogo

Banda sonora

Créditos

Si decido arriesgarme

Ale Rubio

Esencia/Planeta

Todos los sueños que cumpla son para ti

1

Karla

Oigo de fondo vibrar mi teléfono en la mesilla junto a ese tono espantoso que tengo como alarma, pero no soy capaz de mover un dedo para apagarla y ponerme en marcha.

Ayer, cómo no, me quedé hasta las tantas leyendo *El amor en los tiempos del cólera*. Lo de ser una lectora empedernida no hace más que quitarme horas de sueño, y si encima me das una historia de amor como esa, apaga y vámonos.

Después de un par de vueltas más en la cama, y viendo que la alarma va a acabar con la poca paciencia que tengo de buena mañana, me pongo en pie de un salto para prepararme. Hoy es mi primer día de universidad. Sí, universidad, ya se acabaron los juegos de niños y las notitas en la taquilla del instituto y, gracias a Dios, no volveré a ver a doña Julia. ¡Qué horror de profesora! Os juro que, por su culpa, les cogí una manía terrible a las matemáticas, conseguía que todo se hiciera un lío en mi cabeza. Además, que sé de sobra que nunca me ha soportado, y eso que yo no he sido nada problemática en el instituto, aunque puede que se deba a que siempre he amado la literatura; se me veía a kilómetros.

Hace pocos días que me he instalado en Madrid. Este último verano en Cantabria consistió en bajar poco a la playa y en mirar en Idealista miles de pisos en la que iba a ser mi nueva ciudad. Tengo que decir que de poco me sirvió la búsqueda, porque encontré el

apartamento ideal gracias a una conocida que publicó en Instagram el anuncio de que una amiga suya necesitaba una compañera. Parece mentira todo lo que puedes conseguir a través de las redes sociales. En este caso, fue un piso y una amiga: Mika, mi salvación o mi pesadilla durante este curso por lo menos, aunque he de decir que la cosa ha ido bastante bien. Ella es lo opuesto a mí: tatuajes por todo el cuerpo, pelo teñido de rojo, ojos claros y bajita. Yo, en cambio, con mi rubio natural que cada año va oscureciendo por la edad, mis características pecas y mis enormes ojos miel.

Lo que más me sorprendió cuando entré en el piso por primera vez fue que era bastante mejor que en fotos, pues normalmente tiende a ser al revés. Era muy luminoso, con unas ventanas antiguas pintadas de verde oscuro que llegaban hasta el suelo, paredes blancas, dos habitaciones y una cocina muy coqueta con el suelo de baldosas blancas y negras que, junto a unos armarios pintados en rosa pastel, le daban mucha personalidad. Una pasada de piso a buen precio, teniendo en cuenta que se encuentra en pleno centro, en el barrio de Chamberí.

Mi habitación está bien, no es nada ostentosa, de color blanco, con una cama grande y un armario enorme que me permite guardar las toneladas de ropa que me he traído. Ahora mismo no la siento como un hogar, pero con un par de plantitas y alguna cosa mona de decoración, la convertiré en mi refugio.

Me quedo observando mi armario para ver qué me voy a poner. Una de las cosas más importantes en un primer día es estar segura, y para eso necesito tener el modelito perfecto para la ocasión. Miro de nuevo el reloj y me asusto de la hora que es. Me meto corriendo en la ducha sin tener todo el tiempo necesario en mi rutina habitual, así que esta vez me doy un champú a toda velocidad y la mascarilla en las puntas mientras me enjabono el cuerpo.

Cuando salgo, me vuelvo loca buscando el secador, parece que siempre que una tiene prisa les salen patas a las cosas. Al fin lo encuentro y, cuando comienzo a secarme el pelo, caigo en la cuenta de que hoy llega Marcos a Madrid. Se ha retrasado unos días más de lo previsto y no asistirá a clase porque, al contrario que yo, ha tenido la suerte de poder alquilar un piso para él solo y su casero todavía no había vuelto de vacaciones.

Marcos es mi novio desde el instituto y, aunque lo hacemos todo juntos, hemos decidido..., bueno, más bien *yo* decidí que esta vez quería vivir esta experiencia como una auténtica universitaria, y no ir quemando etapas de nuestra relación por compartir piso demasiado pronto. Él no se lo tomó especialmente bien, pero creo que va a ser lo mejor para los dos: no me veo sin poder tener mi lugar y mi espacio, porque Marcos puede ser demasiado dependiente en muchos aspectos, y yo, más libre. De todas maneras, sé que va a querer que durmamos juntos muchos días, y ahora podremos tener un lugar donde estar juntos sin que ninguno de nuestros familiares dé la tabarra.

Vuelvo a mi cuarto y esta vez es el armario el que me mira a mí, pero yo ya tengo claro cuál es el *outfit* elegido: unos vaqueros rectos, jersey marrón chocolate y las míticas Timberland con un poco de plataforma. Me visto corriendo y observo la imagen que me devuelve el espejo: ahora sí, ahora ya estoy lista para mi primer día, o eso creía yo.

***

En mis cascos suena «Blood Bank», de Bon Iver, mientras observo el nuevo paisaje al que me tendré que acostumbrar más pronto que tarde. Bajo las escaleras de la boca de metro y miro el mapa de

líneas para asegurarme de que no me equivoco y me voy a la otra punta de la ciudad, lo que, con lo despistada que soy, puede ser algo habitual en mí.

Espero un par de minutos en el andén y subo al vagón. Observo la cantidad y variedad de personas que hay, me encanta. Cantabria no es así, allí nos conocemos casi todos y siempre es lo mismo. Madrid es única, la gente viste de forma extravagante sin sentirse juzgada ni observada, cada loco con su tema, como se suele decir. Puedes encontrarte todo tipo de personas que conviven en una misma inmensidad, porque decir «espacio» para referirse a esta ciudad sería una broma. Aquí me siento pequeña e insignificante, y sé que necesitaré carácter y garra para poder despuntar entre tanta gente o me volveré a casa sintiéndome muy decepcionada conmigo misma. Pero, bueno, ahora no quiero pensar en eso. «Metas cortas para no frustrarte, Karla», las palabras de mi padre retumban en mi cabeza, aunque con el objetivo principal muy claro.

Llego por fin a mi parada y una estampida de personas sale por las puertas del vagón. Todo es ruido y gente corriendo, y tanto movimiento a mi alrededor me abruma por unos segundos, pero logro encontrar la indicación de la salida y sigo los pasos cual Dorothy por el camino de baldosas amarillas.

Cuando el aire me da en la cara, sinónimo de que he conseguido llegar a mi destino, miro el reloj y veo que todavía faltan casi diez minutos para que empiece mi primera clase. Justo delante de la universidad hay un Starbucks. ¿En serio? Qué manera de fastidiarme la vida, no hay nada que me guste más que un Iced Chocolate con leche de avena y mucho chocolate. Esto definitivamente será mi perdición y mi ruina, ya que gastar cinco euros todos los días puede causar un roto muy grande en mi reducida economía. Debería buscar trabajo rápido para solventar este problema. Pero, bueno, he

dicho que soy despistada, no que tenga fuerza de voluntad, por lo que, sin darme cuenta, ya me encuentro frente al mostrador.

—Un Iced Chocolate con leche de avena y mucho chocolate, por favor —le digo a la chica detrás de la caja.

—¿Qué tamaño? —me pregunta amablemente.

Dudo un segundo, pero al final opto por el más grande con la excusa de calmar los nervios.

—*Venti*, gracias. Para llevar, por favor.

Salgo del establecimiento con mi bebida favorita lista para conocer a mis nuevos compañeros de clase, entro en el campus y estudio el plano que nos mandaron por correo para encontrar mi aula.

Nada más asomarme me quedo de piedra: es enorme, techos altísimos y bancos de madera oscuros que ocupan toda la sala. Parece una universidad sacada de una peli americana, me encanta.

Me siento más o menos a la mitad para no parecer la típica empollona en primera fila, ni tampoco la malota que quiere sentarse en la parte de atrás con la intención de echarse una buena siesta.

Silencio sepulcral, entra el profesor.

—Buenos días a todos y bienvenidos en vuestro primer día de universidad. Soy Max, vuestro profesor de Derecho Romano —se presenta en tono neutro.

La verdad es que no parece un señor extremadamente alegre, y no lo juzgo: ser profesor de Romano debe de ser una de las cosas más aburridas del mundo.

***

Tras dos largas horas por fin podemos salir a tomar el aire un rato. La clase ha sido más gratificante de lo que esperaba, y en el fondo Max es un tipo enrollado..., muy en el fondo. Ha hecho algún que

otro chiste histórico para amenizarnos el primer día, aunque no se ha cortado a la hora de mandarnos trabajo para casa. ¿Primer día y deberes? Hola, vida adulta universitaria, vas a darme trabajo desde el primer momento.

Gracias a mis padres, que llevan ahorrando toda la vida para este momento, puedo permitirme ir a una de las facultades más prestigiosas de Madrid y, sobre todo, con profesores que ejercen como abogados en su día a día.

Pero que sea una universidad de estas características conlleva también otro tipo de cosas. Solo hay que ver a mis compañeras, vestidas de punta en blanco con trajes y manoletinas, para entender que el ambiente es de gente adinerada. Me pregunto qué habrán pensado de mi estilo informal. Aquí todos parecen estar en su hábitat, y yo todavía tengo que acostumbrarme a nadar entre tiburones, ya que los mejores abogados del país han salido de esta facultad desde hace décadas.

Deambulando por los pasillos inmersa en mis pensamientos, me encuentro con la cafetería del campus y procedo a pedirme mi primer café del día, siempre con leche de avena, como el chocolate. Mientras espero, le escribo un mensaje de WhatsApp a Marcos para ver si ya está en Madrid.

Karla: Hola, amor, ¿has llegado ya?

La pantalla de mi iPhone se ilumina a los pocos segundos.

Marcos: Sí, estoy subiendo las últimas cajas al piso, te va a encantar. ¿Vienes a comer?

Karla: En cuanto salga, voy para allá. Me muero de ganas de verte.

Cierro el iPhone y me dirijo a mi próxima clase.

2

Marcos

Dejo la última caja en una esquina de mi nuevo salón y observo todo a mi alrededor. Me hago un croquis mental para la colocación de cada uno de los muebles que van a formar parte de mi nuevo hogar, y busco el mejor sitio de la casa para las interminables horas de estudio que tendré de ahora en adelante. Mejor iluminación, menor ruido exterior...

Cuando Karla y yo decidimos venirnos a estudiar a la capital, mi idea era que nos fuésemos a vivir juntos, por lo que, cuando ella me dijo que prefería hacerlo por su cuenta, no me lo tomé muy bien que digamos. ¿Cuántas personas matarían por irse fuera de su ciudad, y lejos de sus padres, para compartir piso con su pareja? Pues parece ser que la mía no está entre ellas.

No me quedó más remedio que resignarme y entender su manera de vivir esta nueva etapa de nuestras vidas, en la que tenemos que aclimatarnos a un nuevo lugar, a un nuevo centro, a un nuevo método de estudio y a gente nueva que formará parte de nuestras vidas en los próximos años.

Hace unos minutos, Karla me ha confirmado que vendrá a comer conmigo, por lo que me acerco a una de las cajas, en las que sé que tengo todo lo que necesito para crear mi mesa de trabajo, y saco una libreta y un boli para hacer la lista de la compra. Es de primero

de persona independizada tener algo en la nevera cuando van a ir invitados a tu casa, por mucho que sea tu novia.

Apunto cosas básicas como leche y similares, productos de higiene, bebidas y algo para el postre. Creo que, siendo mi primer día aquí, nos merecemos hacer un pedido a domicilio, por lo que, en cuanto suba del hipermercado, haré una pequeña búsqueda de restaurantes que se encuentren por la zona.

Miro el reloj que adorna mi muñeca izquierda y compruebo que tengo cuarenta minutos antes de que llegue el camión de la mudanza con todas las cosas que creí indispensables para mi día a día. ¿Por qué he decidido vivir solo en vez de compartir piso como mi novia? Porque era con ella o con nadie.

No soy la persona más sociable del planeta. Tampoco la más alegre, jovial o fiestera. Y tengo claro a lo que he venido aquí: a sacarme la carrera. No he venido para ir de fiesta en fiesta, ni para hacerme un grupo de amigos a los que llamaré «hermanos». Mi cometido es el que es, y por eso he decidido vivir tranquilo, sin sobresaltos. No quiero tener que ponerme unos tapones en los oídos para poder estudiar porque en la habitación de al lado alguien le esté dando al sexo duro. Tampoco quiero tener que etiquetar la comida, ni investigar quién se ha comido el último trozo del chocolate que compré en el supermercado. La convivencia no entra en mis planes, no necesito un *Gran Hermano* versión universitarios. Además, como puedo permitírmelo, creo que he tomado la mejor de las decisiones.

Al final he comprado algo más de lo que tenía pensado, pero así iré más ligero cuando vaya a por las demás cosas que sé que voy a necesitar. Tengo la suerte de no necesitar desplazarme demasiado, ya que puedo hacer la compra en la misma manzana de mi edificio. De paso, he visto que hay un restaurante oriental que tiene muy

buena pinta, por lo que le preguntaré a Karla si le apetece que bajemos directamente, pues sé que siempre se muere por un buen sushi.

No llevo ni cinco minutos en mi nuevo hogar cuando suena el telefonillo. Abro el portal para que puedan subir mis muebles y espero apoyado en la puerta a que lleguen los encargados de la mudanza. Una vez que se abre el ascensor, les digo que pasen.

—Muy buenas, chico. Aquí traemos los muebles de la habitación principal. —Veo cómo se saca una hoja del bolsillo trasero del pantalón—. Veamos..., canapé de cama matrimonial, colchón, mesillas y armario. ¿Correcto?

—Sí, señor. Todo correcto —le contesto con una sonrisa.

—Pues si eres tan amable de indicarnos dónde tenemos que montarlo, nos ponemos a ello para que los otros compañeros puedan ir subiendo los muebles del otro cuarto y las cosas del salón.

—Claro. Por aquí, por favor.

A partir de ese momento, mi casa es un no parar de gente entrando y saliendo, de cajas por todos lados, muebles amontonados, y paciencia, la mía, escasa.

Lo que tenía en mente en un primer instante no me encaja ahora mismo, por lo que les pido que me lo dejen todo montado pero que no se molesten en colocarlo, porque aún no he decidido dónde irá cada cosa.

—¿Estás seguro, chico? —me pregunta el cabecilla de los trabajadores—. Algunos de estos muebles pesan un quintal, y a nosotros nos pagan por dejarlo a gusto del cliente.

Dicho esto, les pido dos minutos para evaluar las posibilidades que tiene mi habitación y acabo ordenando que lo dejen todo como tiene que estar. Pero el salón... es otro asunto.

—Ya que no hay que anclar ninguna estantería a la pared, aquí sí que puedes manejarte tú solo. Un sofá y unos pequeños muebles no podrán contigo.

—Sí —le respondo con buena actitud—, tiene usted razón, mover la cama me habría costado alguna que otra sesión de fisioterapia. Así está todo perfecto. En mi casa todo tenía su orden, pero aquí lo veo todo muy distinto. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. Échame una firma aquí y ya nos vamos.

Cojo el boli que me ofrece, junto al albarán que indica que me han entregado todos los muebles, y me dirijo a mi nueva mesa de comedor, esa que aún no tiene un sitio asignado.

—¿Nueva vida aquí? —me pregunta cuando le devuelvo sus cosas.

—¿Tan evidente es? —le contesto con otra pregunta.

—Por tu edad y tu acento, eres igual que un libro abierto. Y si a eso le añadimos que te has traído media casa...

—He venido a sacarme la carrera desde Cantabria.

—Pues mucha suerte, chico. Ya sabes dónde encontrarnos si necesitas algo más.

Les doy las gracias a cada una de las personas que salen de mi piso y voy directo a mi sofá. Me dejo caer en él y siento que este primer día está siendo agotador a pesar de no haber hecho prácticamente nada.

Me pongo a divagar sobre la distribución del salón y me sumerjo en un estado de duermevela que se ve interrumpido por el sonido de mi móvil. Lo cojo y veo que es una videollamada de mi madre. La acepto, y su cara aparece ante mí.

—Hola, cielo. ¿Ya tienes los muebles ahí? —pregunta intentando ver algo por detrás de mí.

—Los chicos que me los han traído acaban de irse, pero hay un pequeño problema... Les he pedido que los dejasen montados pero

que no los colocasen en su sitio. No veo claro cómo ponerlos —digo pasándome la mano por el pelo, un signo evidente de agobio en mí.

—Pero si eso ya lo miramos antes de que te fueras... A tu padre y a mí nos enseñaste cómo quedarían en la página web donde los compraste.

—Ya, bueno, pues ahora lo tengo todo así.

Giro el móvil para mostrarle cómo está el salón y vuelvo a ponerlo de tal manera que nos veamos otra vez.

—Pues ya puedes dedicarte a pensar dónde vas a colocar cada cosa cuanto antes, Marcos. El orden de la casa dice mucho de una persona —me dice frunciendo el ceño.

—Lo sé, mamá.

—Pues quién lo diría... Mucho poner las medidas en esa web y ver cómo quedaba, y, a la hora de la verdad, mira lo que pasa. Si nos hubieses hecho caso cuando te dijimos que fueras a una buena tienda de muebles, ahora no tendrías el salón como lo tienes. Un buen mobiliario encuentra su sitio rápido, pero eso en lo que te has gastado el dinero... en dos días estará en la basura. Lo barato siempre sale caro.

—No quería gastarme mucho, ya lo sabes. Esto va a ser algo temporal —digo restándole importancia.

—Algo temporal que durará años, Marcos. Conocerás a gente que pisará tu casa en ese tiempo y verá cómo la tienes.

—Ya me ha quedado claro que no estáis de acuerdo con mi decisión, pero es la que he tomado yo. Dentro de un rato esto ya no estará aquí. Además, Karla va a venir, así que podrá aconsejarme.

—Solo queremos lo mejor para ti. —Frase estrella de mi madre cada vez que alguna de mis decisiones se escapa de sus manos.

—Sí, mamá, lo tengo claro. La mejor vivienda, notas supremas, cosas de inmejorable calidad...

—¿Es malo que unos padres quieran lo mejor para su hijo?

—No, pero creo que eso no solo me lo merezco yo, por mucho que...

—Nuestro hijo eres tú —me corta tajante—. Tú, Marcos, que no se te olvide. El único que se merece nuestra atención. Llámanos cuando lo tengas todo listo para que pueda verlo también tu padre.

La llamada de mi madre me ha dejado bastante irritado. Estoy cansado de que pretendan que sea el mejor en todo, llevo viviendo con esa losa desde hace demasiado tiempo. Una presión que no me merezco como consecuencia de malas acciones que no tienen nada que ver conmigo.

Suena el telefonillo por segunda vez en lo que va de día, y lo descuelgo.

—¿Quién es?

—Soy yo —responde la voz que más necesitaba oír en estos momentos en modo cantarín.

Un minuto después la veo llegar acelerada por haber subido hasta la cuarta planta por las escaleras del mismo modo que siempre lo hace, acelerada, ya que tiene fobia a coger sola los ascensores, cosa que es herencia de su madre. Una vez está frente a mí, me regala una de esas sonrisas que lo iluminan todo a su paso. Me abraza con fuerza, pasando sus brazos alrededor de mi cuello, y me da un beso cargado de emoción.

Luego entra en el piso por delante de mí y yo me sitúo a su lado. Está realmente asombrada por lo que se encuentra.

—¿Qué ha pasado aquí? —me pregunta girándose hacia mí para quedarnos cara a cara.

—No tengo claro cómo lo quiero —le digo con sinceridad.

—¿El resto de la casa está igual?

—No, es solo el salón.

—Bueno, entonces no es para tanto.

—Ya... ¿Quieres beber algo?

—Si tienes algún refresco frío, me vale. En esta ciudad hace demasiado calor aun siendo el mes que es. Voy a necesitar tiempo para acostumbrarme.

Voy hacia la cocina para sacar de la nevera dos refrescos bien fríos y, cuando vuelvo al salón, Karla está tirada en el sofá. Eso no me molesta, pero sí sus botas, así como el resto de sus cosas, desperdigadas por el suelo.

—¿Podrías no dejarlo todo por ahí de cualquier manera? —pregunto dándole el refresco de cola que sé que tanto le gusta.

—Marcos, ¿tienes el salón patas arriba y te preocupa cómo he dejado mis cosas?

—Espero que no hagas esto con tu nueva compañera —suelto de forma un tanto brusca, pero es que me exaspera lo desorganizada que es.

—¿Hacer, qué?

—Ser tan incívica.

En cuanto pronuncio esa frase, veo que mi novia se levanta y sé lo que viene a continuación. Con lo que no contaba era con el cambio de actitud que parece ser que el aire madrileño le ha regalado.

—No quiero discutir contigo el mismo día de tu llegada, Marcos. Pero ¿sabes qué? He venido aquí con toda la ilusión del mundo para ver tu casa, que me la enseñaras orgulloso, que disfrutáramos comiendo juntos para luego acurrucarnos en el sofá, o en la cama, para contarte cómo ha sido mi primer día en la facultad, cómo está siendo conocer a Mika, o decirte que hay una fiesta a la que quiero ir. Pero no..., llego aquí y te encuentro estresado porque tus muebles están en medio del salón, casi me llamas desastre con patas, ni siquiera me has enseñado nada más, no me has dicho qué tal tu

viaje, ni me has contado si tu casero te ha dado buena o mala impresión.

—Vale —empiezo envalentonado—. Iba a proponerte que comiésemos sushi en el restaurante que hay abajo, mis muebles están así porque no sé dónde coño quiero ponerlos (algo que te habría preguntado para saber tu opinión si no hubieses decidido desordenarlo todo un poco más). Mientras comíamos, pensaba preguntarte qué tal tus primeras impresiones de la uni, de tus profesores y de tus compañeros, si es que ya has conocido a alguno. También, qué tal con tu compañera de piso, esa que espero que me caiga bien porque vive con mi novia. Y sobre la fiesta, puedes ahorrarte los detalles porque no vamos a ir.

Veo cómo abre los ojos a causa de la sorpresa, y no necesito que verbalice lo que va a salir de su boca porque la conozco demasiado bien.

—Dirás que tú no vas a ir... No te he pedido permiso, Marcos. ¿Esto era lo que me esperaba si vivíamos juntos? ¿No tener ni voz ni voto en decisiones que son mías? No contestes, porque la vas a joder más... Vamos a dejar lo de comer para otro día, cuando ya estés estabilizado y hayas descansado las ideas.

Veo cómo se pone sus botas favoritas, coge el resto de sus cosas y se dirige a la puerta.

—Abre tu mente, Marcos. Recuerda que esto no lo vamos a volver a vivir. Lo que nos queda de ahora en adelante es crecer. Tenemos dieciocho años, estamos a muchos kilómetros de casa y esta ciudad tiene mucho que darnos. Yo no pienso perderme nada, quiero que lo tengas claro. Si tú quieres hacerlo, estás en tu derecho porque es tu decisión, pero no intentes arrastrarme contigo. Voy a exprimirlo al máximo. Cuando estés más relajado, ya sabes dónde encontrarme.

Veo cómo sale por la puerta y, una vez que la cierra, me dirijo al mismo sitio en el que ella estaba antes de que todo se fuese al garete. Me dejo caer boca arriba en el sofá y observo el techo, mientras pienso que tenemos dos formas muy diferentes de vivir esta experiencia. Solo espero que esto no separe nuestros caminos.

3

Karla

Bajo las escaleras de la misma forma que las subí, pero ahora me hierve la sangre. ¿El primer día que los dos estamos en Madrid y ya andamos así? Quiero pensar que está cansado por el viaje, estresado, y que las tonterías que ha soltado por la boca se deben a que necesita acostumbrarse a nuestra nueva vida.

Pongo la ubicación de mi piso en el móvil y veo que la distancia entre uno y otro no es muy grande. Aun así, prefiero ir en metro para llegar cuanto antes, porque creo que mi batería mental está bajo mínimos.

Una vez en el andén, conecto mis AirPods y tan solo tengo que esperar tres minutos de reloj para que llegue el tren. Cuando se cierran las puertas del vagón, comienzan a sonar los acordes de una melodía, y me siento en mi propia película con una banda sonora de fondo. Seguramente estos trayectos se conviertan en uno de mis pasatiempos favoritos, no hay nada que me guste más que ir con los cascos a todo volumen, mientras me pregunto cómo será la vida de las personas que tengo alrededor.

Y así, casi sin darme cuenta, llego a mi destino. Salgo de la estación y camino en dirección al piso cuando recibo una notificación. Es Mika, diciéndome que ya está en casa y para interesarse por la llegada de Marcos, pues sabe que me moría porque viniese a Madrid.

Karla: Acabo de bajarme del metro
en dirección a casa.

Mika: ¿Ha pasado algo?

Karla: En cuanto llegue, te lo cuento
todo con pelos y señales. ¿Has comido?

Mika: No, justo acabo de llegar.
¿Te gustan los burritos?

Karla: ¡Me encantan! ¿Añadimos
a eso maratón de *Chicas Gilmore*?

Mika: Hecho, tú trae tu culo aquí cuanto antes
para preparar las palomitas.

Karla: ¿Burritos, palomitas, una buena serie e
inmejorable compañía?
Voy volando.

Mika: Ok, aquí te espero.

Minutos después, entro en mi casa cargada de incomprensión, tristeza y un montón de chuches varias. Dicen que el azúcar arregla muchos problemas amorosos.

—Has tardado —me dice Mika, que aparece frente a mí cuando ni siquiera he sacado del todo la llave de la cerradura.

—Mira lo que traigo —le respondo enseñándole la bolsa del quiosco de la esquina que llevo en la otra mano.

—Te perdono. Los burritos ya casi están.

Me dirijo a la cocina y veo que en un par de minutos el horno nos avisará de que ya están listos para comer. Cojo una de las bandejas que tenemos y entonces noto una presencia a mi espalda.

—Venga, que voy metiendo esto en el micro —dice Mika mientras introduce la bolsa de palomitas con mantequilla en el

electrodoméstico.

Cojo un par de botellas de agua de la nevera, unas servilletas, dejo preparados los platos y, por último, el bol para las palomitas.

Cuando está ya todo listo, nos dirigimos al salón, donde hay un sofá, un pequeño mueble para la tele, una estantería, en la que predominan mis libros, una mesa de centro baja, en la que solemos comer, y una alfombra, en la que solemos sentarnos para ello.

Una vez nuestros culos tocan la superficie, Mika no me deja ni colocarme bien antes de atacar.

—Desembucha —exclama mirándome fijamente.

—¿Qué capítulo quieres ver? —pregunto mientras cojo fuerzas para expresarle todo lo que siento en estos momentos.

—Rory y Lorelai pueden esperar. Algo me dice que es más importante que sueltes lo que te tiene así.

—Así, ¿cómo? —pregunto, y la miro interrogante.

—Rara. Karla..., debes saber que las compañeras de piso que están empezando en esto de la convivencia juntas tienen una especie de poder que les permite captar cuando las cosas no van bien. Ahora mismo no deberías estar sentada en esta alfombra conmigo, sino estar comiendo en casa de tu novio y dándote un festín de sexo. Así que, venga, empieza a soltar por esa boquita.

¿Cómo es posible que ahora mismo me sienta más cerca de una casi desconocida que de mi novio?

—Pensaba que el día de hoy iba a ser maravilloso —empiezo a decir—. Ya sabes, los nervios por el primer día, cuando conoces las clases que te tocan, te familiarizas con el centro y descubres cómo son las aulas que pisarás durante los próximos años. Ves cientos de caras e intentas descifrar cuál de ellas acabará siendo importante para ti... Realmente he estado toda la mañana con una sonrisa de oreja a oreja. He estado pensando que me encantaría llegar a ser

como alguna de esas abogadas que veo en las series. Como, por ejemplo, Annalise Keating, mi favorita de *Cómo defender a un asesino*. Es la clase de mujer que se come el mundo, que no necesita nada de nadie para triunfar, aunque le vaya mal en el amor...

—Y ese ha sido el problema, ¿verdad? —me interrumpe Mika—. El amor.

Su mano aprieta la mía, que está sobre la mesa, y me giro para mirarla. Cuando lo hago, me sonríe de tal forma que me siento un poco más reconfortada.

—He ido a casa de Marcos a comer y..., bueno, salta a la vista que ha sido un desastre, ¿no?, porque, de lo contrario, ahora no estaría aquí sentada contándote mis problemas.

—Karla, no hace falta que me lo cuentes si no quieres.

—Apenas nos conocemos, Mika, pero eres la única amiga que tengo aquí. Si no lo verbalizo, creo que va a ser peor.

—Pues adelante, amiga.

Ahora soy yo la que le sonríe a ella. Para hacerme sentir mejor y destensar el ambiente, se mete un puñado de palomitas en la boca y pone los ojos en blanco, lo que me hace soltar una carcajada.

—No quiero acabar el día en el hospital, pero te lo agradezco.

—Piensa que a lo mejor un médico buenorro se cruzaría en nuestras vidas.

—Prefiero no tentar a la suerte.

Doy un gran trago a mi vaso de agua y prosigo.

—Nada más llegar a su rellano, se me ha acelerado el corazón. Ahí estaba él, esperándome. Estaba muy guapo, con su pelo castaño claro revuelto. Sus ojos marrones me gritaban que estaba agotado y que necesitaba una siesta urgente. Lo he abrazado en cuanto lo he visto porque tenía la necesidad de sentirlo, ¿sabes? Y solo podía

pensar en que me enseñaría su piso con alegría, comeríamos juntos por primera vez en Madrid y, sí, nos daríamos algún que otro mimo. Pero ¿sabes cuál ha sido la realidad? Que tenía todos los muebles del salón descolocados, que estaba agobiado y que me ha soltado alguna cosa que no me ha sentado nada bien. Podría haber intentado reconducirlo, de tal modo que no nos llevase a una discusión, pero le he dicho lo que pensaba al respecto. Y..., bueno, le he mencionado lo de la fiesta y me ha soltado algo así como que no íbamos a ir.

—Espera, espera... ¿Ha tomado la decisión por ti? —me pregunta boquiabierta.

—Eso parece —digo algo cohibida.

—¿Y le has dicho...?

—Algo así como que no le he pedido permiso y que, si no quiere ir, es su problema. Después de eso, él me ha replicado, yo le he dicho que abra la mente y alguna cosa más, y aquí nos encontramos, justo en el momento exacto en el que me vas a decir finalmente qué capítulo quieres poner.

—No, estamos justo en el momento en que tú me vas a contar cómo te sientes al respecto.

Me quedo callada mientras debato conmigo misma la respuesta a eso. Cojo uno de mis burritos, le doy un mordisco y valoro cómo me encuentro después de lo que ha pasado. Una vez que mastico y trago, hablo.

—Como una mierda, así es como me siento.

—Pues lo mejor para dejar de sentirte así es apoyarte en una buena amiga. Y tú y yo lo somos, bueno..., lo seremos, la una de la otra. No me cabe duda. Y, por ello, elige tú el capítulo. Anda, ven aquí.

Y así, sentada en el suelo con la segunda persona más importante que tengo en Madrid, con unos burritos que están buenísimos, pensando en la elección del capítulo y un abrazo que me está cortando la respiración, siento que el día no está siendo tan malo.

4

Karla

Me despierto bruscamente debido a un ruido procedente de fuera de mi habitación. Sigo un poco aturdida, por lo que tardo unos segundos en darme cuenta de que es un aspirador.

Salgo del cuarto y me encuentro a Mika con unos cascos gigantes en la cabeza, pasando el aspirador por la alfombra del salón. No sé qué es lo que estará escuchando, pero me imagino que tiene el volumen al máximo, porque no es normal que soporte este ruido atroz estando justo en el epicentro del mismo. Yo creo que nos encontramos a un paso de que algún vecino llame a la policía. Y a estas horas.

Le toco el hombro, y esta vez la que casi muere infartada es ella.

—¡Ay, tía, qué susto me has dado! —grita quitándose los cascos y llevándose una mano al pecho.

—¿Susto? Me he despertado pensando que se nos caía la casa encima. Este trasto debería estar prohibido. Va a ser el causante de la primera denuncia contra mi persona.

—No me seas exagerada —dice riéndose—. ¿Quién nos va a denunciar? Ya te digo yo que, si estás preocupada por los vecinos, no lo hagas. Este edificio está lleno de gente joven. Un día verás una fiesta en el primero. Otro día te llegará el olor del tabaco aliñado de los del segundo... No se libra ni uno, hazme caso.

—Ah, qué bien... —mascullo con cara de espanto. «¿Dónde me he metido?».

—No, no, si todos son buena gente, de verdad. Pero lo que quería hacerte entender es que nadie va a quejarse por esto. De todos modos, voy a comprar una de esas que trabajan solas.

—¿Es necesario comprar un aspirador? Yo creo que, si barremos y pasamos la mopa, podemos mantenerlo limpio entre las dos.

—Ahora hay aspiradores que también friegan. Piénsalo, ¿gastar tiempo valioso por dejar el suelo inmaculado? Compro un robot y que lo haga él.

—Ya —digo con la boca pequeña. Un gasto de ese tipo no me viene nada bien, ya que tengo más o menos el dinero justo para poder permanecer aquí. Con lo que sería mi parte podría llenar varios carros de la compra.

—Karla, relájate, esto corre de mi cuenta. Bueno, de la de mis padres.

—No, no, si no...

—No hay nada más que debatir sobre este tema. Yo lo propongo, yo lo compro. Si tú quieres otra estantería para tus libros, pues corre de tu cuenta. Aunque, ahora que lo pienso, dime si la quieres ya, que se la enchufo a mis padres.

Veo cómo coge su móvil de la mesa del salón y trastea en él para mandar un audio.

—Hola. Necesito un aspirador y una nueva estantería para el salón. Os mando los enlaces directos de lo que quiero.

«¿Qué acaba de pasar?».

—Dime cuál quieres para que la compren ya —me dice—. Y ahora mismo te doy yo la explicación antes de que me la pidas. Esto es lo que pasa cuando naces en una familia de pasta y tus padres no están presentes en ningún momento de tu infancia.

—¿Cómo que no han estado presentes? Alguien debió de criarte, a no ser que seas algo así como Matilda.

—Niñeras, cocineras e incluso jardineros, si me apuras, pero no me pidas que te arregle el matojo, que no me presto a esos servicios.

Se me escapa una carcajada y me siento mal, porque en el fondo lo que me está contando es muy triste.

—En fin, para resumir, diré que nuestra comunicación se basa en que yo quiero algo, se lo pido, y su mala conciencia por miedo a abandonar a su única hija me lo concede. No te sientas mal, yo no lo hago. Solo pienso que el día de la graduación tendré a un montón de empleados de mis padres aplaudiendo orgullosos. Algo bueno me han dado, una familia. Y ojo, que los quiero, son los que me han dado la vida, y, con el paso de los años, son los que se están dando cuenta de que no lo han hecho del todo bien conmigo.

—¿Los dos se desentendieron?

—Mi madre siempre ha sido, lo que se dice, una mujer florero que ha ido detrás de mi padre, y él ha estado del todo ausente. En algún momento ella ha intentado disimular apareciendo en algún evento escolar..., pero en fin... Bueno, por lo menos están intentando cambiar.

Me he quedado tan alucinada con lo que me acaba de confesar que no sé cómo reaccionar.

—Karla, respira —me dice riéndose—. Y no seas tonta, pide por esa boquita, les harás un favor. En esta casa, somos un pack. Quiero el enlace de la estantería en nuestro chat esta misma mañana.

Va hacia la cocina, oigo cómo abre la nevera, la cierra y asoma la cabeza por la puerta para hablarme.

—Ha quedado claro que vamos a deshacernos de ese monstruo, ¿verdad?

—Lo que no entiendo es qué hace aquí —digo con sinceridad.

—¿Sabes lo que te acabo de contar del vecindario? Pues ha salido de uno de los del tercero. Qué mamones...

Me río, y ella se une a mí. No sé cómo iba a despertarme después de lo sucedido ayer con Marcos, pero presiento que, mientras viva bajo el mismo techo que Mika, cada día será una aventura. Tengo la certeza de que no me equivoco en cuanto vuelve a abrir la boca.

—Esta noche hay una fiesta a la que voy a ir, y tú deberías venir conmigo.

—No estoy segura de que no sea un lastre..., no estoy muy animada que digamos.

—Voy a contarte una cosa que no te dije ayer porque era tu momento.

Mika sale de la cocina, engancha su brazo con el mío y nos lleva hasta el sofá para luego dejarnos caer en él.

—Ayer salí enamorada de mi clase...

—¿Solo de tu clase?

—A quién quiero engañar. Tengo un compañero que está buenísimo —me dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Ayer conocí al amor de mi vida: alto, rubio, ojos claros, musculoso, en fin, un dios caído del cielo. ¿Qué más puedo pedir? Encima se sienta justo delante, podré pasar horas admirando su belleza sin que se dé cuenta.

—Menos mal que te tengo en la misma facultad —suelto riéndome —, porque menudo peligro tienes. Yo pensaba que me ibas a hablar de lo entusiasmada que te tiene el primer día de clases de tu carrera para ser la futura Nietzsche.

—Oye, bonita, que como ese no hay ninguno —me dice haciéndose la ofendida mientras me enseña su tatuaje del eterno

retorno de Nietzsche que lleva en el brazo. Sí, ella es así, qué le vamos a hacer.

—¿Y esto y la fiesta...?

—Tiene mucho que ver. Todo esto va a que tenemos dieciocho años, vivimos fuera del cobijo de nuestros padres, no tenemos hora de llegada y podemos hacer y deshacer a nuestro antojo. Siempre dentro de la legalidad, claro, o empezarías la carrera un tanto regular. Me encanta conocer a gente nueva, tratarlos, ver qué me parecen, y disfrutar de ciertas cosas que se supone que tenemos que hacer con nuestra edad. No pienso dejar que te quedes flagelándote en tu habitación por una discusión con tu novio del instituto. Quiero que salgas, que disfrutes, y que Marcos también se convierta en una persona importante para mí, porque lo es para ti. Así que te pido por favor que me digas que sí a lo de la fiesta, que le escribas a tu novio y que lo convenzas para que se una a nosotras y así cambiar la opinión que ayer me creé de él. Y ya te adelanto que no fue muy buena.

Medito lo que acaba de decir y comprendo que tiene toda la razón. Quiero que las dos personas más importantes para mí aquí se lleven bien. Que Marcos pueda entrar en esta casa sin que sienta incomodidad en el ambiente. Quiero que también conozca a gente, a la que será mi gente mientras estemos aquí. Quiero recuperar a mi novio, el que me enamoró cuando éramos unos adolescentes. Quiero que mi relación vuelva a ser lo que era, porque estoy cansada de discutir por tonterías.

—Hecho. Ahora mismo se lo propongo.

—Esa es mi chica —exclama levantándose del sofá, va a mi habitación, y me trae el móvil —. No vaya a ser que se te olvide — me dice con un guiño.

Lo cojo de la mano que me tiende y entro en la aplicación de mensajería instantánea. No me hace falta buscar su contacto, porque su conversación está justo debajo de la Mika de ayer, cuando me dirigía hacia casa.

Hago como que no me duele no haber recibido ni un solo mensaje desde que me fui ayer de la suya y escribo:

Karla: Buenos días, amor, espero que hayas dormido bien en tu primera noche en el piso. Escríbeme cuando estés por la uni para vernos y tomarnos un café. Me han comentado que hoy hay una fiesta... Creo que sería buena idea que te vinieras para socializar. Además, Mika se muere por conocerte. ¿Te apuntas al plan?

Marcos: Buenos días. No sé qué decirte, Karla,
sabes mi postura sobre lo que
he venido a hacer aquí. Tampoco creo
que sean horas de tratar este asunto.
Te escribo luego para vernos.

Marcos y su forma de terminar las conversaciones cuando el tema no le gusta. Le digo a Mika que ya le he escrito y que necesito una buena ducha para reactivarme del todo. Marcos y Mika. Mika y Marcos. Seres de una misma especie que no tienen nada en común, más que pertenecer a una buena familia. No hacía falta que Mika me confesara que la impresión que se llevó ayer de mi novio no fue buena. Llegué yo solita a la misma conclusión, que no difiere de la que tuve cuando a Marcos le enseñé la foto de mi nueva compañera de piso.

Cuando lo hice, ya me soltó que no le gustaba demasiado. Marcos es muy propenso a juzgar a las personas por su apariencia, y esa es una de las cosas que menos me gustan de él.

Me encierro en el baño y dejo correr el agua hasta que alcanza la temperatura que me gusta. Me quito la ropa, entro en la ducha y, mientras el agua cae sobre mí, empiezo a pensar en cómo convencer a Marcos para que se una a nosotras esta noche.

5

Marcos

Ayer, cuando Karla se fue, bajé a comprar comida para llenar la nevera y me acosté a horas intempestivas tras dejar mi piso a punto. Cuando mi espalda tocó las sábanas, no pude más que gemir de satisfacción después de un día tan duro. La llegada a Madrid, el tema de los muebles, Karla... Podría decir que me costó conciliar el sueño por lo que ocurrió, pero estaba tan agotado que me dormí al instante.

Lo que tengo claro es que debo hablar con mi novia y arreglar las cosas. Ambos tendremos que acercar posturas para que esto funcione igual de bien que funcionaba en Cantabria.

Me dirijo a la nevera para sacar la leche y prepararme el primer café del día. Sé que es tema de debate de muchos *opinólogos*, pero no hay mañana sin café ni día sin varias dosis de cafeína. Oigo el sonido de mi móvil y lo cojo rápidamente. Sé de quién se trata por el tono de la notificación.

Una sonrisa de suficiencia ilumina mi cara. Imagino que lo de ayer ha quedado atrás, y supongo que será uno de esos mensajes de buenos días a los que me tiene acostumbrado.

No quepo en mí del asombro cuando desbloqueo la pantalla y lo leo. No me puedo creer que, después de cómo fueron las cosas ayer, me escriba haciendo de nuevo alusión a esa maldita fiesta, a la que

puse de manifiesto que no pienso asistir. Y ella tampoco debería. Me apresuro a responderle dejando clara mi postura.

Suspiro exasperado y miro la hora en el móvil. Aún tengo unos minutos para revisar que no me falte nada en mi primer día de universidad. Apuro el café, que siempre tomo sin azúcar, echo un chorro de agua en la taza para que me sea más fácil lavarla luego y la dejo en el fregadero. Ahora no puedo perder tiempo con esto, necesito ir al baño para lavarme los dientes, comprobar de nuevo la línea de metro que tengo que pillar y no olvidarme de coger las llaves de casa. Las mías y las de repuesto, esas que pienso darle hoy mismo a Karla por si algún día las pierdo o me olvido de cogerlas.

Hoy tiene que ser un buen día.

***

Pensaba que el tema del transporte en esta ciudad me resultaría más confuso, aunque reconozco que preguntar a varias personas de mediana edad en qué dirección tenía que coger el metro me ha ayudado mucho.

Después de un trayecto no muy largo, bajo del metro y salgo de la estación camino de la uni usando Google Maps, que me informa de que está a unos cinco minutos andando. Probablemente sea menos, ya que estoy tan impaciente por llegar que creo que voy a recorrer la distancia en la mitad de tiempo.

Empiezo a ver a grupos de gente preparada para comenzar su día y, como me siento un poco perdido, me pongo justo detrás de ellos. Aquí solo conozco a mi novia y, la verdad, no estoy muy abierto a dejar entrar en mi vida a mucha más gente a la que quizá dentro de unos años ni siquiera recuerde.

Miro mi horario. Es una gozada que desde que te matriculas en la universidad ya tengas el acceso a la plataforma digital. Para alguien como yo, que se siente cómodo con todo bajo control, es una alegría, porque desde hace semanas ya tengo estudiado qué clases tocan cada hora de cada día. Entro en el aula y me siento en una de las filas del centro. No entiendo a la gente que prefiere sentarse en la de atrás. No se ve ni se oye igual.

Mis nuevos compañeros van ocupando los asientos y yo solo pido que el sitio en el que estoy ahora mismo no fuese adjudicado ayer a una persona que no soy yo.

Cuando entra el profesor y cierra la puerta tras de sí, suelto el aire contenido. Comienza mi nueva vida académica.

***

Después de unas cuantas primeras tomas de contacto con mis nuevas asignaturas, recibo un mensaje de Karla.

Karla: ¿Qué tal tu primer día?
¿Nos tomamos algo en la cafetería?

Marcos: En cinco minutos estoy allí.

Ando como pollo sin cabeza, intentando familiarizarme lo máximo posible con el entorno, hasta que doy con el lugar en el que sé que encontraré a mi novia.

En cuanto entro, la atisbo al fondo, con un café grande en las manos y levantando los brazos para que la vea bien. Cómo no hacerlo.

—Hola, amor —me dice mientras me abraza y entierra la cabeza en mi cuello.

Yo la rodeo con mis brazos y aprieto, me encanta hacerlo.

—Hola. ¿Todo bien?

—Eso tendría que preguntártelo yo. ¿Qué tal las primeras clases? ¿Has conocido ya a alguien? ¿Te han dado buena impresión los profesores? —suelta de carrerilla mirándome ilusionada.

—Para el carro —le digo entre risas—. Bien, la primera toma de contacto ha sido totalmente satisfactoria. Creo que voy a aprender mucho de los profesores que me han tocado, y no, aún no he conocido a nadie. Ya sabes que eso es lo que menos me preocupa.

—Ya. Oye, ¿ya has puesto el piso a punto? —pregunta con cautela.

—Sí, y respecto a eso... quería pedirte perdón por el numerito de ayer. Estaba bastante agobiado y lo pagué contigo. Lo siento —me disculpo, y le doy un beso que me deja un sabor al café que ella toma.

—No pasa nada, lo entiendo. ¿Tienes planes para hoy?

—Después del palizón de ayer, creo que me pasaré toda la tarde tumbado en el sofá viendo cualquier serie. Podrías venirte, y así luego cenamos y dormimos juntos. ¿Qué te parece?

—En el mensaje que te mandé esta mañana, te dije que hoy hay una fiesta..., a la que, por cierto, me encantaría ir contigo. Así conoces a mi compañera de piso y podemos divertirnos con posibles nuevos amigos.

—Ya sabes lo que opino sobre eso —respondo mirándola fijamente.

—Pues estamos metidos de lleno en un conflicto de intereses, porque tú también sabes mi opinión, y ambos sabemos que es contraria.

Nos miramos en silencio. Estoy seguro de que ella está sopesando sus opciones para intentar convencerme con promesas que hablan de todo lo que voy a disfrutar si finalmente me animo.

Yo, entretanto, barajo las opciones que tengo para salir victorioso de esta sin que nos cree un problema —más— de pareja.

—Te propongo un plan —comienza a hablar pegándose a mí mientras pone cara de cachorrillo—. Vamos a la fiesta, confraternizas un poco con Mika, nos tomamos algo y, si no estás a gusto, nos vamos a tu casa y nos damos amor del bueno.

Lo pienso unos segundos. Tampoco creo que me cueste mucho contentarla. Ella misma lo acaba de decir. Solo tengo que ir, hablar de cuatro cosas banales con esa chica, tomarme un refresco y pirarme a casa con mi novia de la mano. No es tan difícil.

—Si no estoy cómodo, me voy —le advierto.

—Si no estás cómodo, nos vamos —me corrige feliz.

6

Karla

Después de hacerle prometer a Marcos una decena de veces que iríamos juntos a la fiesta de esta noche, me despedí de él para venirme a casa.

Estoy metiendo la llave en la cerradura cuando, al otro lado de la puerta, distingo una voz masculina que me es del todo desconocida.

Entro en el piso y me encuentro a Mika haciéndole un pase de modelos a un chico de cabeza rapada y ojazos azules que la observa riéndose desde el sofá.

—¿Hola? —saludo en un tono elevado para que mi voz se oiga a pesar de la música que inunda el salón.

—¡Hola! ¿Qué te parece este? Yo creo que es demasiado largo... —Veo cómo Mika mira la tela del vestido que lleva puesto. Aunque llamar a eso vestido...

—Nena, si apenas te tapa el culo. Lo que tienes larga es la vergüenza. Ah, no, que no tienes de eso —bromea el chico del que ni siquiera sé el nombre.

Mika coge su móvil de la mesa y apaga la música, esa que tiene conectada a un altavoz inalámbrico que mandó comprar a sus padres antes de que yo apareciese en su vida.

—Hoy no me veo con nada. Este es el tercer *outfit* que me pruebo. Y ese que está ahí tirado es tu nuevo amigo Fran —me indica.

El chico se levanta del sofá, se me acerca, me da dos sonoros besos en las mejillas y un pequeño achuchón antes de separarse de mí.

—Me moría por conocerte, cuqui. Quiero que sepas que Mika me ha hablado muchísimo de ti —exclama con una intensidad altísima.

Se me escapa una carcajada, porque este chico tiene pinta de que va a ser todo un personaje.

—¿Y qué te ha contado?

—Poca cosa. Eso sí, que eres encantadora, que tienes pinta de querer pegarte una buena juerga y que está segura de que vamos a ser un trío muy bien avenido.

«Ojalá».

—Venga, haceos una breve presentación el uno al otro, que voy al armario a por más opciones —dice Mika, que va hacia su habitación y nos deja solos.

—Si ella cree que seremos buenos amigos, no hay que ponerla en duda.

—Esto va a ser como ir a *First Dates*. ¿Empiezas tú?

—Venga, vale —digo entre risas—. Me llamo Karla, soy de Cantabria y, como bien sabes, llevo poco tiempo aquí. Tengo novio desde el instituto, por lo que mi objetivo al venir a este programa no es ligar: él también estudiará su carrera en Madrid. No conozco a nadie aquí, así que estoy feliz de que Mika crea que seremos personas importantes el uno para el otro.

—Estoy seguro de que así será, me has dado buenas vibraciones —afirma él—. Venga, me toca. Yo soy Fran, soy amigo de Mika desde hace una eternidad y soy de los pocos a los que les gustan las cosas raras que hace. Soy algo picaflor, pero no te preocupes, que ninguna de las dos estáis en peligro. Otra cosa será tu novio..., pero soy de los que respetan a las parejas ajenas, así que no sufras, que

no lucharemos jamás por el amor de nadie. Mi presencia en el programa de hoy está abierta a todo, nena —dice sonriendo y dejándose caer de nuevo en el sofá—. Menos mal que has venido... Lo que tenemos que hacer es decirle a Mika que está divina con la siguiente cosa que se ponga y así mi suplicio llegará a su fin.

—¿Siempre hace esto? —pregunto al tiempo que me siento junto a él.

—Sin excepción. Cree que necesita nuestra aprobación, cosa que no es verdad, para sentir que va bien.

—Es preciosa, con una bolsa de basura estaría espectacular —admito.

—Seguro que lo sabe, pero la muy cabrona quiere que le regalemos los oídos para dormir mejor por las noches. Al final la tendremos que apuntar a ella a nuestro programa para encontrar el amor.

Ambos nos reímos mientras Mika se planta de nuevo ante nosotros con un vestido rojo, del mismo tono que su pelo, que hace que sienta envidia de lo bien que se le adhiere a las curvas que tiene.

—Guauuu... —Silbo a causa de la impresión y ella gira sobre sí misma para que la veamos en todo su esplendor.

—Nena, este es el vestido que deberías llevar esta noche —le dice Fran con la misma convicción que tengo yo de que así es.

—No sé si...

—Ya te lo digo yo: vas a llevar esto —la corta su amigo—. Siempre estás buenísima, pero con esto te superas.

—Opino igual que Fran —digo.

—Ay, miraos... El hilo de la amistad ya ha empezado a surgir. Os acabáis de conocer y ya os habéis puesto de acuerdo en algo

referente a mí —añade con teatralidad mientras finge que se seca una lágrima imaginaria.

—Mira que eres tonta. ¿Tú qué te vas a poner? —me pregunta mi nuevo amigo.

—Soy bastante básica, la verdad.

—Eso es porque ya lo tienes todo hecho. Si no tuvieses novio, ya te digo que harías lo mismo que yo —dice mi amiga con una sonrisa socarrona.

—No lo creo, Mika. Siempre he pensado que se trata más de actitud que de aspecto. Tú no necesitas un vestido impresionante para eclipsar a nadie. Con solo oírte hablar un minuto, la gente ya sabe que eres un diez. Eres preciosa, eso salta a la vista, pero lo que enamora a cualquiera es tu personalidad.

Y lo digo en serio. Tenía mucho miedo de cómo sería mi compañera de piso. Me daba pánico no encajar con ella, que no fuesen fáciles las cosas entre nosotras, pero solo me bastó un primer vistazo, el abrazo que me dio y cómo me acogió para saber que había tenido la mayor de las suertes nada más llegar a la capital.

—Cómo no te voy a amar, con la de cosas bonitas que me dices. —Se tira encima de mí y me abraza con todas sus fuerzas—. Es de las cosas más bonitas que me han dicho jamás, Karla.

—Lo he dicho de verdad, porque así lo creo.

—Gracias. El único que alguna vez me ha dicho algo parecido es el maromo que está aquí con nosotras. Ahora sí que sé que vamos a ser el mejor *team*. Qué emoción —exclama abrazándonos a los dos a la vez—. Por cierto..., ¿nos convertiremos en cuatro esta misma noche?

En un solo segundo, mi mente me regala una imagen de nosotros tres junto a un Marcos que se siente como uno más, para acto

seguido cambiarla por otra en la que él está a un lado, apartado y sin encajar. Lo conozco, sé que no se abre con la gente y que suele juzgarla por su aspecto. Aun así, confío en que su visión sobre ciertas cosas, y sobre ciertas personas, cambiará en cuanto encuentre su sitio.

—Pues sí —respondo—, Marcos se une a la fiesta.

—¿Lo has oído, Fran? —dice Mika, que ahora se encuentra en medio del salón dando pequeños saltos—. Por fin tu sueño se hará realidad. ¡El primer cuarteto de tu vida!

Todos nos reímos, y yo solo espero que la sonrisa que tengo ahora mismo no dé paso a las lágrimas. Esto es importante para mí, y espero que Marcos esté a la altura.

7

Marcos

Vuelvo a mirar el reloj de mi muñeca y veo que pasan cinco minutos de la hora acordada. No me gusta estar aquí y, menos aún, solo.

La puerta de la discoteca no deja de abrirse y cerrarse, dando paso a un ruido ensordecedor y a un tránsito de gente imparable.

Miro a mi izquierda y veo a Karla aparecer con su compañera de piso y un chico que no sé quién es. Vienen los tres cogidos del brazo, con la chica que no es mi novia en medio, y una punzada de incomodidad se instala en mí.

Karla nunca ha tenido problemas para relacionarse, pero no sé en qué punto quedo yo viendo que, en el poco tiempo que lleva aquí, ya ha confraternizado con dos personas que, por lo que veo, son totalmente opuestas a mí.

No es que yo sea una persona que se vista de forma clásica, pero el estilo de los nuevos amigos de mi novia no tiene nada que ver con el mío.

Mi chica está guapísima con su pelo rubio un tanto ondulado, ese vestido negro que tanto me gusta y sus inseparables botas.

La chica del pelo rojo es explosiva. Curvas, tatuajes, y destila una sensualidad que no me indica nada bueno. Y en cuanto a él..., yo no me pondría la ropa que lleva, pero admito que le sienta bien. Si tuviese que definirlo, diría que tiene mucho estilo, pero es un estilo moderno en el que quizá yo no encajo. No me consta que la tal Mika

tenga novio, así que tantearé el terreno para ver si tengo algo de lo que preocuparme. En definitiva, no me gustan. Soy de primeras impresiones, y las que me han dado no han sido buenas.

Karla se suelta del brazo de su amiga y viene corriendo hacia mí. Está pletórica. Está feliz.

—Hola, amor, perdón por el retraso. —Me da un beso rápido que me sabe a gloria—. Justo cuando hemos llegado al andén se ha ido el metro en nuestras narices. Menos mal que no hay que esperar prácticamente nada para que llegue el siguiente. Deberían poner un metro en Cantabria, ¿verdad?

Cuando acaba de hablar, sus dos nuevos amigos se ponen a su lado y comienza la ronda de presentaciones.

—Chicos, este es Marcos, mi novio. Marcos, ellos son Mika y Fran.

—Encantado.

Voy a estrecharle la mano al chico cuando este se abalanza sobre mí invadiendo mi espacio personal y me da dos besos, dejándome estupefacto. Sin tiempo para reaccionar, la chica del pelo de fuego hace lo mismo, me besa en las mejillas para luego darme un abrazo corto.

—Ay, Marcos, Karla me ha hablado muchísimo de ti. Que si mi novio esto, que si mi novio lo otro. Que si es el aire que respiro... —dice Mika riéndose cuando ella le da un manotazo suave en el brazo —. Me alegro de que ya estés en Madrid, de haberte conocido por fin y de que te hayas animado a salir esta noche. Estoy segura de que seremos grandes amigos. —Mira a mi novia y le regala una cálida sonrisa.

Yo, en cambio, no lo creo: estas confianzas no me gustan nada. Karla necesita gente con los pies en la tierra, y estos dos tienen toda la pinta de vivir sin pensar y sin ataduras. Unos «viva la vida», como dirían mis padres, el tipo de gente de la que yo suelo alejarme.

Nos adentramos en el local y el remix de «Los Perros» de Arde Bogotá suena a todo trapo, haciendo que la gente salte como loca. Nos vamos directos hacia una de las barras que se encuentran en un lateral y hacemos cola para pedir.

—¿Qué quieres? —le pregunta Mika a Karla.

—Un ron cola, por favor.

—Fran, ¿lo de siempre?

—Sí, nena. Para qué cambiar con lo bueno que está.

—Marcos, ¿tú qué quieres? —se dirige a mí.

—Una Cola-Cola está bien, gracias.

—¿A pelo?

Lo pregunta extrañada, otra cosa más que añadir a su lista de cosas negativas que he ideado en mi cabeza. Que alguien ponga expresión rara cuando uno pide de beber estando de fiesta algo que no lleva alcohol me molesta. Afirmo con la cabeza y hago un amago de sacar la cartera para darle dinero, pero niega diciendo que invita ella.

Una vez que tenemos nuestras bebidas, Karla y yo nos quedamos solos, ya que nuestros acompañantes se van a la pista de baile para ponerse a hacer movimientos sugerentes entre ellos. Parecen dos gogós desfasados... ¿Es necesario llamar tanto la atención?

—¿Te gusta el sitio? —me pregunta Karla.

—¿Tengo que contestar la verdad o lo que quieres oír?

—Estaría bien que te quitases esa cara de no querer estar aquí, Marcos. No te he pedido pasar doce horas seguidas de fiesta y luego irnos a un *after*. Te he pedido simplemente salir a tomar algo y presentarte a mis amigos.

—No sabía nada de Fran. —Me sorprende que ni siquiera lo haya nombrado.

—Ni yo hasta hoy. Cuando he llegado a casa estaba con Mika. Es de sus mejores amigos, y la verdad es que es un chico encantador.

—Ya... ¿Es normal que me haya dado dos besos? —Nunca me había pasado nada igual. Me ha dejado descolocado.

—Pues no lo sé, Marcos. Si él saluda así..., pues sí, lo veo normal. Entre chicas también nos podemos saludar dándonos la mano. El problema es que los hombres creéis que daros besos entre vosotros está mal porque daña vuestra masculinidad. Cuando os enteréis de que el significado que le dais a esa palabra no es acertado...

—Para el carro, que te conozco —la corto—. Solo he dicho que me ha parecido raro. Ya está.

—Si tú lo dices...

Nos quedamos callados mirando en dirección a sus amigos y veo que una chica se acerca a Mika para decirle algo al oído. Ella mira por encima de la gente al lugar que le indica y, a continuación, viene hacia nosotros.

—Chicos, me acaban de decir que hay una sala reservada para la fiesta en la planta de arriba. La mayoría de la gente ya está ahí. Vamos.

Karla me coge de la mano y seguimos a Mika. Una vez que llegamos al cordón del reservado, nos dejan entrar y me veo inmerso en una vorágine de gente desconocida. Mi novia es arrastrada por su amiga, que va presentándole a toda la gente que está aquí congregada, y yo me quedo en una esquina con la única compañía de los restos de mi bebida. Pasan más de diez minutos hasta que dejo de estar solo.

—¿Quieres que te presente a toda esta gente? Admito que algunos no me caen demasiado bien —me confiesa Fran, que se ha puesto a mi lado.

—Estoy bien así, gracias.

—¿Ves a ese rubito de allí? El que está comiéndole la oreja a semejante morenazo. Mi ex. Y mira tú por dónde, tengo que encontrármelo aquí. Albergaba la ligera esperanza de no tener que aguantar este suplicio.

Vale, Fran es homosexual. Típico de las películas. Tía exuberante, chica normal —y con esto me refiero a cabeza bien amueblada, Karla es preciosa y no tiene nada que envidiar a nadie— y el tercero en discordia, el amigo gay. Me reafirmo en todo. En esas historias, el novio de la chica normal no suele tener un buen pronóstico final.

No digo nada porque no sé qué contestarle. No sé si le da igual la imagen que tiene delante, si le ocasiona algún pequeño malestar o si le está rompiendo el corazón.

Mira su vaso vacío y, a continuación, el mío.

—Voy a hidratarme. ¿Te traigo algo?

—No, gracias.

Me guiña un ojo y se aleja, dejándome de nuevo solo.

Llevo aquí dentro más de una hora en la que he calculado que Karla ha estado conmigo unos diez minutos de reloj. Siempre llega alguien nuevo al que le presentan, siempre suena una canción fantástica para bailar. Cada vez que se acerca tiene un vaso distinto en la mano, y la he visto ingerir una buena cantidad de chupitos. Se lo está pasando bien. Está metida de lleno en la búsqueda de gente nueva que pueda aportarle algo mientras esté en esta ciudad. Estoy seguro de que algunas de las personas que están aquí terminarán formando parte de su círculo de amistades.

Entretanto, veo la vida pasar por delante de mis ojos. Veo a Mika flirtear con unos cuantos chicos, a Fran siendo un magnífico relaciones públicas, y a mi novia disfrutar como nunca la había visto. Y sin necesitarme para nada.

Es evidente que aquí sobro. Hora de volver a casa.

Me meto entre la gente para llegar a ella y, cuando le toco el hombro, deja de bailar y se abraza a mí.

—Baila conmigo. —Su euforia no pega nada con el hastío que yo siento.

—¿Nos vamos ya?

—¿Qué?

Se separa de mí, consciente de que lo digo en serio, y nos saca de entre la gente para irnos de nuevo a esa esquina en la que llevo toda la noche.

—Pero si aún es pronto, Marcos. ¿Por qué íbamos a marcharnos? —Mira su reloj y me observa con cara de desconcierto.

—Pues porque, desde que llegamos, he estado aquí solo. Tú te lo estás pasando muy bien, me alegro, pero yo quiero irme.

—Pues yo no —dice frunciendo el ceño, y da un gran sorbo a su bebida.

—Hicimos un trato. Yo venía, conocía a tus amigos y nos íbamos a mi casa —le recuerdo.

—¿Y los has conocido? No, ni siquiera has entablado conversación con ellos. Te has limitado a saludar y ya. ¿Crees que esa es la idea que yo tenía en mente?

—¿Y qué hago? No son afines a mí, lo sabes sin que yo tenga que recordártelo. ¿Qué tengo yo en común con ellos? Nada.

—Pues deberías agradecerles que me hayan acogido como una más siendo una completa desconocida. Que se hayan preocupado de que no me sienta sola.

—No estás sola, estás conmigo —digo enfadado. Me molesta lo que me está diciendo.

Se aparta de mí y me observa como si de repente me hubiese convertido en un desconocido para ella.

—¿Se trata de eso? ¿Me quieres solo para ti? ¿Pretendes que los años que dure esta aventura solo nos tengamos el uno al otro? El amor no es eso. El amor es ver cómo la otra persona vuela sabiendo que siempre volverá a casa. Tú eres casa, Marcos, así que no la conviertas en una torre en la que me sienta atrapada.

No necesito que siga hablando, sé la decisión que ha tomado. Aun así, le hago la pregunta. Quiero que me la responda.

—No vienes, ¿verdad?

Ella me mira directamente a los ojos y niega con la cabeza.

—Ten cuidado. Avísame cuando llegues —contesta, y siento sus palabras como si fueran puñales.

No digo nada más. Tan solo la miro una última vez por hoy y me voy sin echar la vista atrás.

8

Karla

Cuando me despierto, siento como si me estuvieran golpeando con un martillo en la cabeza. Empiezo a desperezarme estirándome en la cama, apoyo la nuca en las manos y me quedo mirando al techo de mi habitación mientras un carrusel de imágenes de anoche pasan por mi mente.

Alcohol, risas, gente nueva, mis dos únicos amigos hasta ahora, bailes infinitos, rondas de chupitos, y Marcos yéndose ante mis ojos.

Suspiro y pienso que habría sido una noche para recordar —en el buen sentido— si se hubiese integrado un mínimo, o si al menos lo hubiese intentado. Tampoco le pedía tanto.

Me muero por quitarme esta sensación pastosa que tengo en la boca y me obligo a salir de la cama para dirigirme a la cocina a por algo de beber.

Una vez en pie, me pongo delante del espejo de mi habitación y observo lo que me muestra mi reflejo: se podría decir que esa persona soy yo, pero con pinta de haber estado en un *after* hasta horas intempestivas.

Abro la puerta de mi cuarto y aguzo el oído para detectar algo que me indique que no estoy sola, pero lo único que percibo es la bocina de un coche que pasa justo por debajo de nuestras ventanas.

Cuando estoy adentrándome en la cocina, siento una presencia a mi espalda y, al girarme, suelto un grito al ver la cara de Mika a un

palmo de mí.

—No grites... ¿Por qué gritas? —me pregunta una Mika que bien podría haber salido de un pasaje del terror debido a su palidez y sus ojeras. Me consuela no ser la que peor parada salió ayer. Bueno, hoy.

—Me has asustado. ¿Siempre eres tan sigilosa?

—La verdad es que no. Más bien soy como un elefante en una cacharrería, pero mira tú por dónde, hoy me he levantado en modo ninja. Necesito agua.

—Ya somos dos.

Mika coge un par de vasos del armario mientras yo saco la botella de agua, bien fresca, de la nevera.

Me subo a la encimera y ella se sienta en una de las sillas, llena los vasos hasta arriba y me tiende uno.

Nada más cogerlo, me lo bebo de un trago y se lo tiendo para que me lo vuelva a llenar.

—Sí que tenemos sed... —Se ríe al tiempo que me devuelve el vaso.

—Mucha. ¿Y Fran?

—Durmiendo como un oso perezoso. Qué calor me ha hecho pasar esta noche..., hay que ver. El chico que consiga llevárselo a su madriguera no va a necesitar mantas en invierno.

Me río por su ocurrencia mientras pienso que aún no he podido dormir con Marcos desde que llegó a Madrid.

—Sé lo que estás pensando. Él se lo pierde —afirma dejándome sin palabras. «¿Cómo ha sabido...?»—. Soy perra vieja, y sé que estás pensando en ese novio tuyo. No lo hagas. Venga, vamos a compadecernos en el sofá de lo lamentables que estamos.

La sigo hasta el salón y, cuando estamos cogiendo la posición perfecta, aparece Fran, que no está mucho mejor que nosotras, y

que se pone en medio de las dos.

—Nena, esto es demasiado pequeño... Un biplaza no ha sido una buena elección.

—No te preocupes, luego llamo a mis padres y que nos compren un *chaise longue* de esos monos con compartimentos para guardar las mantas —le responde Mika a Fran con total convencimiento. Está hablando en serio.

—Me parece cojonudo. Este lo ponéis a ese lado —dice él señalando a mi derecha—, y ya tendréis un salón funcional. No quería decir nada, pero era demasiado soso.

Yo sigo escuchando la conversación mientras hablan de comprar muebles como quien baja a la tienda de la esquina a por una barra de pan.

—Creo que les voy a pedir también la alfombra esa de cebra que vi por internet. Karla, ¿te mola el *animal print*?

No sé qué contestar. En realidad, sí, pero me he quedado sin palabras.

—Eh...

—Tranquila, es sintética, pero creo que con los muebles blancos que tenemos, los sofás grises y el color de pared quedaría ideal. Tu estantería ya pondrá el toque de color con todos tus libros. Por cierto, mis padres ya te la han comprado —añade como si fuese lo más normal del mundo.

—¿Gracias?

—No hay que darlas. En estos casos, la respuesta sería: un millón. Y hablando de millones, vamos a dejar el tema de la cuenta corriente de mis padres y adentrémonos en el salseo de anoche.

Presto atención a lo que está a punto de salir por su boca cuando veo que tanto ella como Fran se quedan mirando en mi dirección como esperando a que yo diga algo.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañada.

—Eso nos preguntamos nosotros. ¿Qué pasa entre tu novio y tú? Perdona que seamos tan directos...

—Yo no he abierto la boca —suelta Fran como buenamente puede.

—Porque ahora mismo eres un despojo humano, pero te oigo pensar, y es exactamente lo mismo que quiero saber. Lo que decía antes de ser interrumpida por este ser de aquí. ¿Qué relación rara os traéis? Joder, sois jóvenes, estáis enamorados y viviendo la aventura universitaria, y, en dos días que lleva el chaval aquí, dos días que habéis acabado cada uno por su lado. No seré yo la entendida en relaciones amorosas, pero es cuando menos inquietante. Ayer ni siquiera me di cuenta de que se había pirado de la fiesta.

Suspiro y los miro fijamente mientras me debato entre contarles cómo me siento en realidad o hacer como si no pasara nada. «Karla —me digo a mí misma—, se supone que estas dos personas son las que te van a acompañar en los próximos años de tu vida. Tienes que confiar en ellos». No me hace falta reflexionarlo mucho, les doy la respuesta real.

—Me imagino que no es el mejor momento para entrar mucho en detalles sobre mi relación con Marcos.

—Cuqui, yo estoy que no me entero ni de la mitad —admite Fran con una sonrisa —, pero sé cuándo una chica necesita desahogarse. Puedes contarnos con pelos y señales lo que quieras, que de aquí no nos vamos a levantar hasta que tú lo decidas.

Mika pasa su brazo por encima de Fran, coge mi mano, le da un apretón cariñoso y se apoya sobre él para escuchar con atención lo que estoy a punto de relatarles.

—Sé que pensáis que no pegamos ni con cola. Yo no es que sea el alma de la fiesta, pero por lo menos soy bastante más desinhibida que él. Sí, en ocasiones Marcos es un poco muermo, pero siempre

nos hemos complementado muy bien. Cuando empezó nuestra relación, todo era nuevo: un primer amor, besos escondidos, tardes sin despegarnos, botellones en los que no podíamos quitarnos las manos de encima... Él solo tenía ojos para mí, y yo solo los tenía para él. ¿Cómo pasamos de eso a esto? Pues fue algo progresivo. Seguíamos robándonos besos, pero cada vez con menos asiduidad. Salíamos menos con nuestros amigos y, en vez de tirarnos horas por ahí, las pasábamos en su casa, con sus padres alrededor. El sexo también fue disminuyendo, aunque nunca he tenido queja.

—Me da la impresión de que de un momento a otro pasasteis de ser unos adolescentes a dos adultos sin serlo —plantea Mika, a la que no le falta razón.

—Sí, yo también lo creo. Marcos siempre ha sido muy centrado con sus cosas, en eso no ha cambiado desde que lo conozco, pero es evidente que nuestra relación se ha ido deteriorando, posiblemente porque lo que yo necesito no tiene nada que ver con lo que espera él de una vida plena. Yo quiero descubrir, disfrutar, vivir Madrid en su totalidad. Él se siente cómodo trayendo nuestra vida del pueblo aquí, y yo... necesito más.

Se hace el silencio mientras los tres pensamos en lo que acabo de confesar. Y soy consciente de que Mika no lo va a dejar estar. Sabe que necesito seguir hablando.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Pienso unos segundos en la respuesta, a sabiendas de que lo que diga va a ser un punto de inflexión para mí.

—Siento que me está cortando las alas, que en ocasiones es muy egoísta y que no piensa en mis necesidades. Si los dos cediésemos, creo que podríamos volver a encauzar nuestra relación. Quiero que sea como antes, no como ahora, que parece que no podemos estar juntos más de una hora sin que algo explote entre nosotros... Soy

una novia horrible. No me gustaría que él hablase de esto así con nadie.

—No eres una novia horrible, Karla. Simplemente eres una chica herida. Supongo que en toda relación hay un momento crítico en el que te planteas ciertas cosas. Nosotros no vamos a pensar mal de Marcos por lo que tú nos cuentes. En mi caso, pensaré mal de él si me da motivos para ello. Lo importante ahora es que sepas en qué dirección quieres remar. Si quieres ir con él, o prefieres irte a la otra orilla, la que esté más alejada. —Me gusta que Mika no juzgue a mi novio por lo que acabo de contar, es algo que le agradeceré siempre.

—Lo quiero, lo quiero mucho, y me encantaría que volviésemos a ser los que éramos.

—Cuqui, llama a tu novio, cuéntale cómo te sientes y folla mucho.

—¡Fran! Tío, eres imposible —lo reprende Mika, que empieza a reírse—. Pero, sí, en lo de follar estoy de acuerdo. No arregla los problemas, pero alivia la tensión.

—No sé qué haría sin vosotros —respondo uniéndome a sus risas.

Sí, estoy decidida a recuperar a mi novio, ese que me enamoró hace algunos años. Y, sobre todo, quiero que volvamos a ser Karla y Marcos, no Karla y un chico al que cada vez me cuesta más reconocer.

9

Marcos

Llevo un par de horas levantado y las he aprovechado para salir a correr un rato, ducharme, tomarme un par de cafés y poner una lavadora con la ropa de deporte.

Estoy tumbado en el sofá, mensajeándome con mis amigos de Cantabria —ya que no tengo otros—, cuando el teléfono empieza a vibrar en mi mano y se me cae en ese mismo instante. En cuanto veo la llamada entrante, un sudor frío comienza a perlarme la frente y el corazón se me quiere salir del pecho. Esto no me puede estar pasando.

La vibración prosigue mientras el «Número oculto» sigue iluminando la pantalla de mi móvil. Dudo si cogerlo o no, porque quizá estoy equivocado y es la llamada de alguien que quiere venderme algo, o de la universidad, por algún tema importante. Antes de que se corte, y tras su insistencia, decido descolgar.

Nada más hacerlo, me arrepiento. El sonido, ya reconocido, similar a un pitido, y que precede a una voz robótica, suena.

—Llamada desde un centro penitenciario. Si desea aceptarla, permanezca en lí... —Corto la comunicación justo antes de que termine la frase.

No necesito que me digan que la llamada se realiza desde el centro penitenciario de El Dueso, ni tampoco quién es el interlocutor.

Sé de quién se trata, y tengo claro que no deseo saber absolutamente nada de él. No me interesa lo que quiera decirme.

***

Llevo una hora con los nervios a flor de piel y lo único que se me ocurre es llamar a casa, por si ha sucedido algo de lo que no me he enterado por rechazar la llamada. Sin embargo, eso no tiene sentido, porque mis padres ya me lo habrían comunicado..., o tal vez no. Estoy tan nervioso que ya no sé pensar con claridad.

Mi madre descuelga al tercer tono totalmente despreocupada.

—Hola, hijo. ¿Qué tal todo por ahí?

—Me ha llamado —suelto de modo cortante, y, sin necesidad de dar más detalles, sabe de sobra a quién me refiero.

—No me importa.

—Pues debería...

—No te atrevas a faltarle al respeto a tu madre, Marcos —dice enfadada—. Esa persona no existe para nosotros, así que no te permito que seas condescendiente conmigo. Tú eres nuestro único hijo, que no se te olvide jamás.

—Pero quizá sí...

—¡No! —exclama—. No me interesa si le ha pasado algo, ni tampoco para qué quería hablar contigo. Lo que hizo es una deshonra para la familia, y por eso ya no forma parte de ella. Para nosotros no existe. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mamá...

—Bien. ¿Llamabas para algo más? —pregunta por compromiso. Sé que se muere por cortar esta conversación.

—No.

—Pues ya hablaremos. Disfruta de Madrid.

Y la llamada se interrumpe de golpe. Típico de mi madre cuando las cosas no salen como a ella le habría gustado.

He pensado mil veces en cómo actuaría yo si me encontrara en la situación de mis padres, y sigo sin entender muchas de sus actitudes.

Si creía que hablar con mi madre iba a rebajar mi estado de nerviosismo, estaba equivocado. Ahora tengo que sumarle la decepción que ella siente en estos momentos por mí y el cacao que tengo en la cabeza debido a todo lo que me está pasando últimamente. Me encantaría poder hablarlo con alguien, con Karla, pero eso es algo que mis padres me han dejado claro en numerosas ocasiones: si no se habla de ello, no existe. Y, para ellos, soy su único hijo, como bien me repiten cada vez que surge el tema.

Llevo un rato ensimismado con mis cosas cuando me sorprende el sonido del interfono. Voy a ver quién es, y la voz que me responde alivia un poco mi malestar. Abro la puerta del portal y espero en la de casa para verla llegar. Una vez que aparece en mi campo de visión, me relajo de manera considerable.

Cuando llega a mi lado, la abrazo un poco más de la cuenta, y Karla se sorprende riéndose.

—No me esperaba este abrazo de oso —dice contra mi cuello.

—Tenía muchas ganas de verte.

Cierro la puerta sin soltarla y nos dirijo hacia el sofá, en el que me siento con ella encima. Karla me mira fijamente y, antes de que lo diga, intuyo que ha venido buscando una conversación que nos debemos, pero que ahora mismo no puedo afrontar.

—Marcos, creo que deberíamos hablar, porque las cosas no están yendo como yo esperaba. Ya sabes que...

La acallo con un beso que hacía mucho que no le daba: con ansia, con ganas, con lujuria..., haciendo que se quede tan sorprendida

como yo por mi iniciativa, pero que sigue con el mismo apetito que siento yo ahora mismo.

Se pone a horcajadas sobre mí y yo le cojo la cara con ambas manos para murmurar contra su boca:

—Mañana hablamos todo lo que quieras. O más tarde, pero ahora necesito esto. Te necesito a ti.

Le doy un beso dejando un reguero de saliva en su labio inferior que ella recoge lentamente con la lengua.

—Te echaba de menos —susurra mirándome con intensidad a los ojos.

—Y yo a ti.

10

Karla

Noto los labios irritados de haber estado tanto rato besándome con Marcos. Reconozco que hacía mucho que no teníamos una maratón de este tipo. Muchas veces, he sentido que la llama del amor se había extinguido entre nosotros, a pesar de ser solo unos jóvenes que llevan pocos años de relación, por lo que este arranque que le ha dado me hace pensar que, quizá, no está todo perdido y podemos volver a ser los que éramos.

—No es por romper este momento —digo separándome un poco de él—, pero es que me muero de hambre. ¿Te apetece algo?

—Me apeteces tú. —Me da otro beso, y yo me derrito un poco.

—Prometo que luego dejo que me comas a mí.

—¿Me das tu palabra?

—Por supuesto.

Esta vez soy yo la que se acerca de nuevo para darle un beso y, una vez que me aparto de sus labios, me levanto, notando esa leve distancia nada más separarme de su cuerpo.

Me dirijo a la cocina, busco un vaso, lo lleno de agua y me asomo por la puerta del salón para ver qué está haciendo Marcos, que no me ha seguido.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto.

—Luego vas a tener que solucionar esto. Eres una mujer de palabra, recuérdalo —dice señalándose la entrepierna.

Me río como hacía mucho tiempo que no me reía con él, ya que me siento como esa Karla de nuestros inicios, cuando no podíamos dejar de tocarnos el uno al otro. Esos tiempos en los que nos valía cualquier rincón para meternos mano. No es que fuésemos insaciables, pero está claro que nuestra actividad sexual era mucho más activa que la que tenemos ahora. Es por eso por lo que pienso disfrutar del día de hoy. El único problema es que no soy una persona procrastinadora, por lo que necesito tener una conversación con Marcos cuanto antes sobre lo que está pasando desde que pisamos Madrid.

—¿Te apetece que llamemos a algún sitio o prefieres que nos hagamos algo rápido? Si tienes ingredientes, claro.

—He bajado a comprar hace un rato, seguro que con lo que hay podemos preparar algo. ¿Te apetece pasta? He comprado salsa al pesto —añade sonriéndome. Sabe que me encanta.

—Tú sí que sabes cómo tenerme contenta. Voy a poner el agua a calentar.

Vuelvo a la cocina y trasteo en ella buscando todo lo que necesito. La olla, el paquete de pasta, una cuchara de madera para remover... Cuando estoy buscando la sal, siento a Marcos pegado a mi espalda.

—¿Qué necesitas que haga? —Me aparta el pelo y me da un beso en el cuello.

—Está todo bajo control, no te preocupes por nada. Vuelve al sofá, que ahora mismo voy. Pongo la pasta a cocer y voy contigo.

Me giro, le sonrío, espero a que se vaya y vuelvo a mirar la olla mientras observo cómo el agua empieza ya a hervir. Abro la bolsa, echo la pasta y me quedo un instante pensativa antes de dirigirme al salón.

No me quejo de la actitud que está teniendo Marcos, pero estoy intrigada por descubrir el porqué de este repentino cambio. Lo

conozco muy bien, y esto no es propio de él. Creo que ha pasado algo que ha hecho que necesite no pensar, pero por más que me devano los sesos, no se me ocurre qué puede ser. ¿Estará relacionado con lo que sucedió ayer en la fiesta?

—Karla, ¿vienes? —me llama desde el salón.

—Ahora mismo voy.

Dejo de pensar y voy con mi novio, ese al que echo de menos.

***

—No entiendo cómo hay personas que reniegan de esto —comento, y me meto una buena cantidad de pasta en la boca.

Marcos me observa con una sonrisa mientras me ve disfrutar del plato que pido más a menudo cuando salimos a cenar, o a comer, a un restaurante italiano.

—Está buena, no te quito la razón, pero entiendo que la gente pueda decir que es un plato demasiado simple.

—Pues yo no lo entiendo —respondo al tiempo que envuelvo la pasta en mi tenedor.

—No deja de ser pasta y salsa, sin más. No lleva carne, ni gambas, ni...

—No lo necesita —lo corto—. Pero vamos a dejar de hablar de gastronomía y vayamos a lo importante. —Suspiro—. No sé cómo lo ves tú, pero creo que debemos hablar de ciertos aspectos de nuestra relación. Me encanta cómo estamos pasando este rato juntos, pero es que está siendo uno entre diez o veinte..., y tendría que ser siempre así.

Lo veo masticar, y, cuando traga, se queda callado unos segundos.

—¿Podemos hablarlo después de comer, por favor? —pregunta al cabo—. Cuando ya hayamos recogido y estemos tranquilos,

hablamos de lo que quieras.

—¿Prometido?

—Que sí... —afirma sonriéndome.

Una vez que acabamos, recogemos los platos, los cubiertos y los vasos, y lo llevamos todo a la cocina para meterlo en el lavavajillas. Cojo una bayeta, voy hasta la mesa del comedor y la limpio para dejarla inmaculada. Cuando la guardo de nuevo bajo el fregadero, Marcos está abriendo la nevera.

—¿Postre? ¿Café?

—Hum..., ¿qué me ofreces?

—Pues tenemos yogur natural o de sabores, fruta fresca, flan... o natillas de chocolate... —Al decir esto último, me mira de reojo y me sonríe.

—¡Quiero una! —exclamo entusiasmada. Me encantan las natillas, hoy no puedo pedirle más a esta comida.

—Lo sabía, las compré para ti.

Me lanzo a sus brazos y lo abrazo con fuerza porque me ha hecho muy feliz. Si es que tampoco pido tanto...

Marcos escoge un flan —no todos podemos tener buen gusto, qué le vamos a hacer— y, una vez que terminamos los dos, nos vamos para el sofá.

—¿Qué quieres ver? Han puesto varios estrenos en Netflix.

—Marcos, tenemos que hablar... —le recuerdo. Empiezo a pensar que no quiere que mantengamos esta conversación.

—Cuando acabemos la peli, hablamos todo lo que tú quieras, pero me apetece ver algo aquí acurrucados.

—Vale... —No puedo decirle que no, porque el plan me encanta.

Barajamos varias opciones y decidimos poner *Fuimos canciones*, ya que creemos que nos hará pasar un buen rato.

Nos tumbamos en el sofá y, cuando apoyo la espalda contra su torso, noto que me da un beso en la coronilla. Me envuelve entre sus brazos y yo me acomodo apoyando la cabeza en él. Ver una película siempre es planazo, pero hacerlo entre sus brazos es un planazo x2.

No llevamos ni diez minutos de película cuando noto cómo una de las manos de Marcos se cuela por debajo de mi camiseta y me acaricia la tripa. Me muerdo el labio inferior porque la mano empieza a ascender hasta quedar justo debajo de uno de mis pechos. La deja ahí quieta y se ríe de una situación que vemos en la pantalla.

—Te noto el corazón acelerado... —murmura contra mi oído mientras me mordisquea la oreja y su mano se mueve—. ¿Estás nerviosa?

—Prometiste que íbamos a hablar...

—Y tú, que me ibas a ayudar a solucionar lo de antes.

Su mano me envuelve el pecho, acariciándome el pezón, y yo pierdo el habla. Me muevo hacia él, rozando mi culo con su entrepierna, y ambos gemimos. Sin darme tiempo a reaccionar, Marcos me gira haciendo que quedemos cara a cara. Apresa mis labios con los suyos y a partir de ahí solo se oyen nuestras respiraciones agitadas, nuestro intercambio de saliva, y alguna que otra palabra malsonante que sale de su boca. Nuestra ropa vuela por el aire y yo, que estoy encima de él, no hago más que moverme para que no pase ni gota de aire entre nosotros.

—Mierda, ¿está mi pantalón ahí? —pregunta interrumpiendo el momento. Miro al suelo y le digo que está justo al lado del sofá—. Tengo un condón en la cartera.

Estiro el cuerpo mientras él me sujeta por las caderas y saco la cartera del bolsillo trasero.

Abro el envoltorio con la boca y se lo pongo, observo su erección unos instantes y me coloco sobre ella, deslizándome poco a poco, sintiendo cómo me llena. Empiezo a moverme suavemente para ir cogiendo ritmo poco a poco, cosa que sé que le encanta a mi novio.

—Perfecta, eres jodidamente perfecta —susurra, y vuelve a engancharse de mi boca.

Necesitaba esto tanto como comer, estar con Marcos piel con piel, corazón con corazón... Tenía la necesidad extrema de conectar de nuevo con él, de que volviésemos a ser nosotros, como siempre hemos sido.

Todos los pensamientos y las dudas de nuestra relación empiezan a inundar mi mente y me sacan un poco de la situación que estamos viviendo. ¿Qué me pasa? Debería estar a lo que estoy, pero siento que esa conversación pendiente me está pesando demasiado. Intento reconectar con mi cuerpo, pero no lo consigo.

Unos minutos más tarde noto cómo llega al orgasmo, haciendo que yo jadee más de la cuenta, y, nada más terminar, me dejo caer sobre él.

—¿Has llegado?

—Claro, amor... Ha sido genial.

El problema es que no es verdad. Por primera vez en nuestra relación, le he mentido a mi novio sobre un orgasmo fingido. ¿Conexión? Ahora mismo, desconectada. ¿Esto es un problema? Empiezo a pensar que estoy metida de lleno en uno del que no sé si voy a ser capaz de salir. Soy una persona muy emocional, y si no está todo bien con el chico con el que me acuesto no consigo disfrutar. Está claro que mi cuerpo no es capaz de mirar para otro lado, y mi cabeza, tampoco.

—¿Te quedas y duermes aquí? —pregunta un Marcos más que satisfecho.

—Lo siento, pero tengo unas cosas que preparar para el lunes —contesta una Karla embustera que desde hace unos minutos no ha dicho una sola verdad.

—No pasa nada, otro día te quedas.

Minutos después, ya estoy vestida, despidiéndome de mi novio en la puerta de su casa.

—Avísame cuando llegues.

—No te preocupes, que lo haré.

Le doy un beso y me voy escaleras abajo pensando en qué es lo que está pasando. Y sigo dándole vueltas a todo hasta llegar a casa. Cuando cierro la puerta me apoyo en ella y me doy cuenta de algo: a pesar de todo, finalmente esa conversación pendiente ha quedado en el aire. Tengo que hablar de esta situación con alguien o me voy a volver loca.

11

Marcos

He dormido como un lirón durante toda la noche, y por varias razones. La primera, porque el tiempo que pasé con Karla fue espectacular, y la segunda, porque el sexo con ella siempre hace que me olvide de mis problemas. Su sola presencia es un salvavidas para mí. Creo que no podré estar igual de conectado con nadie jamás.

El día de ayer fue bastante confuso. Comenzó de la peor de las maneras... Esa llamada me llevó a un estado de nerviosismo que se acrecentó con la conversación que mantuve con mi madre. No logro entender por qué las cosas siguen así, con lo felices que viviríamos todos si hubieran tomado otras decisiones. ¿Debería haber aceptado esa llamada? Nunca lo sabré. O sí.

Mi móvil comienza a vibrar en mi mesilla de noche y se me eriza la piel de todo el cuerpo. No sé por qué, pero estoy totalmente seguro de que la persona que me está llamando es la misma que me llamó ayer.

Lo cojo con dedos temblorosos mientras miro la pantalla, que indica «Número oculto». Mi dedo está sobre el botón de responder, no lo pienso ni un segundo y le doy. Nada más hacerlo, sé lo que viene a continuación.

—Llamada desde un centro penitenciario. Si desea aceptarla, permanezca en línea. Esta conversación puede ser grabada.

Me quedo rígido esperando oír la voz de la persona que está al otro lado, de la que hace mucho tiempo que no sé nada.

—Marcos...

Su tono es un poco más rasgado que antes de su condena, imagino que la vida en la cárcel hace que pierdas un poco tu esencia: tu alma, tu apariencia, tu personalidad, tu voz...

Al ver que no le contesto, insiste.

—Marcos, ¿estás ahí? Soy yo, Ulises. —«Como si no lo supiera».

—Estoy aquí.

—Me alegro de que hayas aceptado la llamada. Te llamé ayer, pero algo debió de pasar, porque no...

—La rechacé —lo corto—. Y, sinceramente, no sé qué hago hablando contigo ahora mismo, creo que no ha sido una buena idea. Voy a colgar.

—¡No, por favor! —me pide desesperado—. Verás..., en dos días salgo en libertad y no tengo adónde ir. Ya sabes que no puedo volver a casa. Necesito tu ayuda. Por favor, Marcos..., soy tu hermano.

«Hermano». Me vienen a la mente recuerdos de cuando éramos pequeños y pienso que en esa época éramos una familia feliz de cuatro miembros. Después...

—Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti —digo—. Yo no tengo la culpa de que estés donde estás y de que nadie quiera saber nada de ti, Ulises. No puedes pretender llamarme y que te meta en mi casa. La respuesta es no.

—Joder, Marcos, estoy desesperado. ¿Quieres que acabe debajo de un puente o robando para poder comer? Quiero ser una persona normal, como lo era antes de toda esta mierda. Soy inocente, coño.

—Ya..., por eso te has comido estos años en el trullo, por tu inocencia.

—Te mandaría a tomar por el culo, pero no lo voy a hacer. ¿Y sabes por qué? Porque no voy a darte la satisfacción de que me cuelgues sintiendo que era lo que me merecía. Así que voy a volver a pedirte ayuda para que, si lo haces, no puedas dormir tranquilo.

—Eres un cabrón —respondo.

—La cárcel está llena de ellos, ¿no?

Me quedo en silencio mientras su respiración agitada llega a mí a través del teléfono, y pienso que me conoce demasiado bien a pesar de los años que hemos pasado distanciados. Si le colgase, la mala conciencia me jugaría una mala pasada. ¿Quiero meterlo en mi casa? En absoluto. ¿Quiero que vuelva a meterse en problemas? No soy tan mala persona.

—De acuerdo, pero habrá una serie de condiciones que...

—Claro, haré todo lo que me pidas —me corta, y su alivio al ver que estoy cediendo hace que se me forme un nudo en el pecho.

—Llevo unos días en Madrid, me he venido a estudiar aquí.

—Sabía que eras un tipo grande.

—Lo que tú digas... —No quiero buenas palabras por su parte—. Vendrás aquí, vivirás conmigo y tendrás un mes para encontrar un trabajo dentro de la legalidad, me da igual de lo que sea mientras te dé un sueldo. Con lo que ganes pagarás por tu habitación, y los gastos de todo irán a medias. Al mínimo problema, estás fuera. No pienso mantenerte ni aguantarte gilipolleces. O lo tomas o lo dejas.

—Bien, un mes para encontrar un curro. Pagarte alquiler por mi habitación y todo a medias. Es música para mis oídos.

—No podrás subir a nadie a casa.

—¿En serio? ¿Para vivir contigo hay que hacerlo en celibato?

—Céntrate en trabajar y en encauzar tu vida. No quiero que vayas de fiesta ni que te juntes con mala gente. No quiero ser una especie

de dictador, pero hasta que vea que eres responsable y haces las cosas bien, no daré mi brazo a torcer.

—No hay problema. —Estoy seguro de que está apretando el puño por no poder soltarme cuatro cosas. Sé que no está de acuerdo en todo. Yo tampoco lo estaría.

—Y antes de que me digas que no tienes un céntimo para poder venir, yo te lo pagaré todo. Lógicamente, me devolverás el dinero con tu primer sueldo. ¿Tienes teléfono propio?

—Sí, el de siempre. Me lo darán dentro de dos días, en cuanto salga de aquí. Un colega me compró una tarjeta de prepago para cuando quedara libre, también me la darán.

—Bien, pues cuando metas esa tarjeta, me llamas. Cuando sepamos horarios yo mismo te compraré los billetes para que vengas y te pasaré algo de dinero para comida y demás. Te lo repito por si no te ha quedado claro: a la mínima, estás fuera.

—Lo sé, Marcos. No te pienso fallar.

Una vez que cuelgo la llamada me apetece gritar hasta desgarrarme las cuerdas vocales. Ulises en mi casa... ¿Me fío realmente de él? ¿Volverá a meterse en problemas? ¿Me arrastrará a mí con ellos?

Y lo que es peor: ¿cómo voy a explicarle a mi novia, con la que llevo años, que tengo un hermano al que no conoce que es un exconvicto?

12

Karla

Ayer, cuando llegué a casa, tuve la pequeña esperanza de que Mika estuviese en su habitación. Llamé a su puerta un par de veces y, al no obtener respuesta, supe que me encontraba sola. Cogí el teléfono y le mandé un mensaje para saber si iba a llegar pronto.

Karla: Ya estoy en casa, veo que no estás. ¿Vas a llegar pronto?

Media hora después, una vez que me metí en la cama sin cenar, mi móvil se iluminó.

Mika: ¡Hola! Qué va, tía, Fran y yo nos hemos venido de fiesta, pensábamos que te quedabas a dormir en casa de tu novio. ¿Desayunamos mañana los tres juntos?

Karla: Ha habido un ligero cambio de planes. Genial, mañana desayunamos... Tengo algo que contaros.
Pasadlo muy bien.

Mika: ¿Necesitas que vayamos ahora? ¿Tenemos que pegarle una paliza a alguien?

Karla: Jjajajajja, todo está bien. ¡Un beso!

Mika: No sé si creerte... Besos lascivos de vuelta de mis partes y de las de Fran.

No voy a decir que no me llevé un chasco al ver que no había nadie en casa, pero por nada del mundo habría dejado que parasen la fiesta por el simple hecho de que tenía la necesidad de decir en voz alta, a alguien que no es mi novio, que he fingido por primera vez un orgasmo con él.

Los brazos de Morfeo no tardaron en arrastrarme, y no sé si fue un plácido sueño el que me recibió, pues simplemente lo sentí como un respiro de la realidad en la que me encontraba en aquel momento...

***

Salgo de mi habitación y veo el bolso de Mika tirado en nuestro sofá, con su contenido desperdigado sobre él, lo que me indica que no debió de llegar en muy buenas condiciones. Continúo hasta el baño, me lavo la cara para despejarme y, cuando estoy saliendo, ella aparece ante mí.

—¿Lo pasasteis bien? —pregunto apoyándome en el marco de la puerta.

—De puta madre, pero casi que habría preferido que nos dijeras que viniésemos cagando leches a casa. Qué noche..., madre mía.

—¿Mucha ingesta de alcohol?

—No te voy a decir que no... Tengo que dejar de beber. Bueno, más bien tengo que dejar de mezclar..., porque beber tampoco es que beba tanto.

Y tiene razón, al menos, por lo que yo he visto. El problema de Mika no es que beba en exceso, es que hace unas mezclas que cualquier día le perforarán el estómago..., o algo peor.

—¿Vas a ducharte ahora? —me pregunta.

—Puedes hacerlo tú si quieres —le digo—, no hay problema.

Mika me da un beso y pasa al baño mientras yo voy derecha a la cocina.

—¡Karla, no desayunes! —grita entonces desde el baño—. Hemos quedado dentro de nada con Fran.

Vuelvo a mi habitación y me tumbo un rato a mirar mis redes sociales hasta que Mika se cuela en mi habitación envuelta en una toalla.

—Tienes veinte minutos para meterte debajo del agua y vestirte. Fran nos espera en el sitio de la esquina, donde hacen esos pedazos de desayunos con aguacate, huevo, beicon... Corre, por favor te lo pido, que este cuerpo pide ser alimentado.

Dieciocho minutos después, estoy colgándome el bolso del hombro mientras salgo por la puerta con Mika, que se ha quedado alucinada por mi velocidad a la hora de prepararme.

Nos dirigimos a la cafetería donde hemos quedado con Fran y, a través de la ventana, vemos que ya está sentado, esperándonos.

—Hola, nena. Hola, cuqui, ¿todo bien? —pregunta mirándome—. A esta la he visto hace unas horas, pero ¿qué hay de ti? Ayer nos dejaste preocupados, aunque no te lo creas.

—Ayer fingí un orgasmo —suelto a bocajarro, dejándolos atónitos.

—Joder, agradezco que lo hayas dicho sin tener nada en la boca, porque lo habría escupido... ¿Qué? —Mi amiga está tan alucinada que nos mira a Fran y a mí alternativamente, buscando una explicación. Como si él se la fuese a dar.

—Pues eso..., que ayer la cosa se puso caliente, pero... no llegué. Es la primera vez que me pasa, y..., bueno, hice como que sí y, cuando me preguntó, le mentí.

—Mal asunto —interviene Fran.

—Cállate... —le dice Mika a su amigo.

—No, no, quiero saber su opinión. La verdad es que ayer, al llegar, me habría gustado soltaros todo esto porque no tengo a nadie con quien poder comentarlo. Con él no pienso hacerlo, al menos, de momento. Y con mis amigas de Cantabria, tampoco..., porque son amigas de los dos. Y con mis amigos... me da vergüenza, no os voy a mentir.

—Gracias por la parte que me toca.

—No seas tonto. —Cojo la mano de Fran por encima de la mesa y se la estrujo un poco—. Me refiero a que son temas que nunca he tratado con ellos y no lo voy a hacer a estas alturas. Ellas y yo sí que hemos hablado de nuestras cosas, como todas las amigas, pero esto no pienso decírselo. Con lo cual, las únicas personas a las que le confiaría este secreto...

—Ni que fuese de Estado —me corta Mika con una sonrisa.

—Como si lo fuera... —replico—. No sé cómo se lo tomaría Marcos si se lo contara.

—Hombre, yo no soy un tío hetero, pero creo que le joderías la masculinidad que algunos se empeñan en mostrar..., a pesar de que alguien debería informarlos de que no tiene nada que ver una cosa con la otra. Bueno, que me voy de lo importante... Imagino que a ti tampoco te gustaría descubrir que finge cuando está follando contigo, pero, chica, son cosas que pasan. No será el primero ni el último, pero...

—Pero ¿qué? —pregunto invitándolo a que siga hablando y me dé su sincera opinión.

—Tú crees que es cosa tuya.

—Yo también... —conviene Mika.

—Pues no lo entiendo.

—¿Me dejas hablar a mí? —pregunta Mika a Fran.

Él asiente con la cabeza y ella se dispone a continuar. Yo le hago una señal a la camarera, que se acerca, para que nos deje unos minutos más de deliberación.

—Karla, Karla, Karla..., ¿cómo te digo esto? —Mika levanta la mirada al techo y suspira—. Tú misma has dicho anteriormente que, cuando estabais en vuestra tierra y erais dos polluelos que empezaban a experimentar juntos, todo era muy bonito e idílico entre vosotros. También, que las cosas se han ido enrareciendo y, seamos sinceros, desde que estáis aquí, vuestra relación no va nada bien. Parece ser que ayer tuvisteis un arranque inesperado de pasión que acabó con una de las partes satisfecha y la otra... pues desayunando con dos *pringaos* resacosos mientras nos cuenta que ha pecado con la mentira. Está más claro que el agua de las Maldivas: tú eres una disfrutona, y Marcos pues es más hogareño. Creo que tu cuerpo y tu mente te están saboteando. Aunque tampoco le des muchas vueltas, quizá mañana yo tenga novio y me pase lo mismo. Joder..., qué hambre me da hablar.

Cuando mi amiga termina, me quedo callada, sopesando sus palabras y pensando seriamente si lo que acaba de decir tiene algún sentido.

Admito que pensé que me dirían que ven fecha de caducidad a lo nuestro y que, si el sexo falla, empezará a fallar lo demás, pero me han sorprendido diciéndome que no le dé más importancia de la que tiene. Yo ya me había dado cuenta de que mi cabeza y mi cuerpo van en la misma dirección y que, si algo no va bien..., nada va a ir bien (véase el sexo).

Llamamos a la camarera para que nos tome la comanda y cinco minutos después ya estamos disfrutando de nuestro desayuno.

Una vez de vuelta en casa, le envío un mensaje a Marcos diciéndole que sigo ocupada y que ya nos veremos mañana en la

facultad. Necesito procesar algunas cosas en soledad.

Me responde que él también tiene cosas que hacer. Mañana será otro día.

13

Marcos

No he podido dormir en toda la noche. Me he pasado horas y horas dando vueltas en la cama, intentando dormirme sin éxito. Mi cabeza ha recreado una y otra vez secuencias de mi infancia en las que siempre salía él, mi hermano Ulises: abriendo los regalos en Navidad, por los cumpleaños, y cuando nos visitaba el Ratoncito Pérez; en el parque de atracciones, despidiéndonos en la puerta del colegio por las mañanas, o consolándonos cuando nuestros padres nos castigaban por alguna trastada que habíamos hecho.

Hace muchos años de todo esto, pero son recuerdos imborrables que me acompañarán hasta que me muera.

Estoy ansioso, expectante y enfadado.

Ansioso y expectante, por saber cómo voy a llevar la convivencia con una persona que es un auténtico desconocido para mí ahora mismo, del que hace años que no sé nada y que, para más inri, no existe para la gente de mi entorno. No sé de qué forma voy a explicarle a mi novia que tengo un hermano del que nunca ha oído hablar.

Y enfadado..., por no saber decir que no. Por haber sido incapaz de decirle que se buscase la vida y que se fuese con la gentuza que frecuentaba antes de acabar privado de su libertad. Como un día mis padres se presenten en Madrid sin avisar, sé que seré desterrado de la familia directamente, como hicieron con su otro hijo.

Es tal mi nivel de nerviosismo que decido no ir a la universidad. Cojo el teléfono para avisar a Karla e inventarme cualquier excusa.

Una vez que mando el mensaje, tiro el teléfono sobre la cama y suelto un suspiro. Me estoy convirtiendo en una persona de mierda. Soy un puto mentiroso.

***

Intento pasar las horas concentrado en tareas que no me permitan pensar en lo que está por llegar, hasta que suena el timbre de casa y el vaso que tenía en la mano acaba hecho añicos en el suelo de la cocina.

—Lo que me faltaba... —farfullo.

Me dirijo al telefonillo para abrir la puerta del portal y trato de recoger todos los cristales posibles.

No debería hacerlo. Una sucesión de golpes en la puerta me indica que mi hermano está al otro lado, justo como el código secreto que utilizábamos de pequeños para comunicarnos a través de la pared que separaba nuestras habitaciones.

Una vez que tengo el pomo en la mano, suspiro, me pongo mi careta de «ignoro tu presencia a pesar de que estés aquí conmigo» y abro.

—Hola... Me pareció oír un golpe, pero no estaba seguro. Y como no ha sonado el timbre... —Finjo una indiferencia digna de un Goya al mejor actor revelación.

—Ey, Marcos, cuánto tiempo. Estás muy cambiado, muy hombre —dice con una sonrisa orgullosa que no quiero que me afecte.

—Hombre soy, ya tengo la mayoría de edad.

—Lo tengo claro, de momento sé contar. Te llamé por tu cumpleaños, por cierto.

—No te lo cogí —replico—. Ambos lo sabemos. Pasa.

Me hago a un lado para que él y su gran mochila pasen dentro y cierro la puerta tras de mí.

—Bueno, este es el salón, ahí tienes la cocina —señalo—, y esa puerta de ahí da a un pasillo en el que hay un baño y dos habitaciones. Te enseño la tuya.

No me gusta la sensación de tenerlo a mi espalda, pero soy consciente de que no me va a hacer nada: es mi hermano, por mucho que me pese.

—Te agradecería que el baño esté lo más limpio posible porque vamos a tener que compartirlo. No me gusta vivir entre mierda, así que, si no cumples con eso, también en el resto de las zonas comunes, estás fuera.

—No habrá ningún problema —afirma.

—Bajo ningún concepto puedes pisar mi habitación y, mucho menos, tocar mis cosas.

—Joder, yo pensaba que podría desvalijarte el cuarto y sacarme pasta, vaya decepción —responde, y suelta una carcajada.

En cambio, a mí no me hace ninguna gracia la broma. Un silencio, que no se ve roto por ninguna respuesta, se instala en el ambiente, haciendo que ya me esté arrepintiendo de haber tomado esta decisión.

—Este es tu cuarto. Una cama, una mesilla y un armario, imagino que te basta —digo al cabo.

—Viniendo de donde vengo, me vale cualquier cosa. —Se sienta en la cama probando el colchón y observando la estancia en la que vivirá de ahora en adelante —. Muchas gracias, hermanito.

—Marcos, prefiero que me llames Marcos.

—Claro, sin problema —dice bajando el tono.

Veo cómo abre el armario y cuenta las perchas que hay colgadas. Se quita la chaqueta de cuero y la pone en una de ellas. Yo giro sobre mis pies y voy hacia la cocina para barrer bien los pequeños cristales que he dejado en ella.

Siento que vuelve a estar a mi espalda y me tenso.

—¿Querías algo? —pregunto.

—Bueno, pensé que a lo mejor te gustaría ponerte un poco al día.

—¿Quieres que nos pongamos al día, Ulises? ¿Me lo estás diciendo en serio? Me cago en tu estampa...

—Perdona por querer saber del único familiar que no me ha mandado a tomar por culo y que no me ha dejado más solo que la una. Por norma, el resto se avergüenzan de mí —escupe con rabia.

—¿Y qué te hace pensar que no soy justamente como el resto?

—Que estoy ahora mismo en tu casa gritándote, ¡joder! —exclama pasándose las manos por la cara.

—No estás aquí por ti, sino por mí, porque soy buena persona y no quiero que un ser humano acabe tirado en una cuneta. Ya no eres nadie para mí, Ulises. Bueno, miento, eres un error de mi vida con el que comparto sangre y genes, que es todavía peor. Me llamas como si nada pidiéndome dinero y una cama. Te presentas aquí con una mochila, ¡una puta mochila! —Esta vez el que levanta la voz soy yo—. Ahora la cantinela será sacarme más dinero: «Marcos, necesito pasta para ropa, que no me queda limpia», «Marcos, necesito comprar comida», «Marcos, necesito una línea de móvil»...

—Unos colegas van a traerme algunas de mis cosas.

—Y una mierda, aquí no va a entrar nadie relacionado contigo. Y por «aquí» me refiero a Madrid. Ya puedes ir diciéndoles que se vayan a la mierda.

—¿Y qué hago entonces? Dime.

—Haberlo pensado antes de hacer lo que hiciste.

Me meto en la cocina, con cuidado de no pisar ni un solo cristal, mientras él me grita desde el salón.

—¡Por supuesto, toda la razón! ¡Sigue viviendo en tu vida perfecta de niñato, que ya me encargaré yo de buscarme la puta vida como he hecho siempre!

Lo que sucede es que se mezclan dos cosas que ahora mismo me van fatal. Una de ellas, la voz de mi hermano. Y la otra, el timbre de la puerta... Antes de advertirle que no abra, ya lo ha hecho. Lo que tengo ante mí es a mi novia, mirando de arriba abajo a mi hermano y, después, desviando la vista hacia mí.

—Venía a ver cómo estabas... Como me has dicho que estabas enfermo, no esperaba que tuvieras visita.

—Hola, soy Ulises. Su hermano —suelta él a bocajarro, dejando a Karla totalmente fuera de combate. Me cago en mi mala suerte.

—Acabas de llegar y ya la has jodido —digo cogiendo las llaves de casa y saliendo por la puerta.

Le agarro la mano a Karla y me la llevo escaleras abajo. Tengo mucho que explicarle.

14

Karla

Noto la mano de Marcos pegada a la mía mientras me lleva con él, y miro hacia atrás para ver a ese chico desconocido que se supone que es mi cuñado. ¿Desde cuándo mi novio no es hijo único? Me va a explotar la cabeza.

El aire me da de lleno cuando salimos del edificio y no puedo evitar mirar a Marcos, con el que siento que ya no estoy conectada, y al que, acabo de darme cuenta, no conozco tan bien como creía.

Nos dirigimos a una de las cafeterías que hay en esta misma calle. Una vez que entramos y nos sentamos, un silencio incómodo se instala entre nosotros, pero tengo clarísimo que no voy a ser yo quien lo rompa. Lo miro con los ojos muy abiertos invitándolo a que comience en ese preciso momento a darme una explicación porque no entiendo qué está pasando y no soporto sentirme así.

—En efecto, es mi hermano —comienza a hablar, y veo cómo juguetea con las manos, un gesto que hace a menudo cuando está nervioso—. Sí, nunca te hablé de él y mi madre dirá que no existe. Mi padre... depende de si lo pillas con alguna copa de más, cosa poco probable. Te he mentido: ni estoy enfermo, ni he estado ocupado el fin de semana. Me llamó el sábado para pedirme ayuda y he estado intentando gestionar todo esto.

Nunca había visto a Marcos en este estado y estoy realmente preocupada. Debería estar agradecido, porque, si de verdad no lo

viese mal, ya le habría saltado a la yugular.

—Pero ¿dónde ha estado? —Es algo que me intriga de verdad.

—En la cárcel... —Expulsa el aire mientras intenta respirar con normalidad, está bastante agitado.

—Marcos, relájate, no pasa nada.

—Mi hermano acaba de salir de la puta cárcel, Karla, estoy que se me sale el corazón por la boca. Déjame decirte algunas cosas porque, si no, me va a dar un ataque de ansiedad y vas a tener que llevarme al hospital. —Coge aire, suspira profundamente y comienza —: Digamos que siempre se ha juntado con personas de dudosa reputación. Unos porros por aquí, unos trapicheos por allá..., que si robamos un móvil, que si hacemos unas carreras de motos. La cuestión es que pasó algo muy gordo y acabó en prisión. Mis padres lo repudiaron porque no soportaban lo que había hecho —me muero por saber de qué se trata, pero creo que no es momento de ahondar en el tema—, y yo me he pasado todos estos años oyendo que mi hermano es un diablo que cuanto más lejos esté, mejor. Si mis padres descubren que está en mi casa, no quiero imaginar de lo que serían capaces.

—¿Y nunca se te pasó por la cabeza contármelo? Soy tu novia desde hace años, Marcos, años... No creo que sea algo que guardar en un cajón bajo llave.

—Tenía miedo de decirlo en voz alta.

—No habría cambiado nada, porque era una realidad. Lo único que habría cambiado es que podrías haberte desahogado conmigo. Yo lo habría hecho. —Y es cierto. Yo no podría ocultarle algo tan importante de mi vida a la persona con la que planeo vivirla.

—Lo siento... Entiendo que estés enfadada, pero ahora mismo necesito tu apoyo; si quieres, puedes enfadarte mañana conmigo —

dice con una pequeña sonrisa que disipa un poco el ambiente tenso que se ha creado.

Debería estar furiosa ahora mismo, pero Marcos tiene razón: soy consciente de que no es lo que necesita en estos momentos.

—Entonces, ¿se va a quedar contigo?

—¿Qué hago con él? No puede volver a casa, Karla..., no tiene a nadie. Sabes cómo son mis padres con el negocio y las apariencias. Se convertirían en la comidilla del pueblo, y eso acabaría con ellos.

—Sí, sé cómo son.

Ahora sí que estoy enfadada, pero por otra razón. Ese chico también es su hijo, por el amor de Dios.

—Mira, Marcos, sabes que tus padres siempre me han tratado fenomenal, desde el primer día que me abrieron las puertas de su casa, pero no entiendo que esas mismas personas se las cierren a su propio hijo... —Y no me entrará en la cabeza, jamás—. ¿Les importa más qué dirá gente insignificante que el bienestar de tu hermano? Es su sangre. Siento decir esto, pero no los deja en muy buen lugar, por lo menos, en lo que a mí respecta.

—¿Crees que no he intentado hacerlos entrar en razón millones de veces? No hay manera, no quieren ni oír su nombre. Y yo ya me he cansado de luchar contra ellos.

—Vale... ¿Y qué piensa hacer aquí? Tú me tienes a mí, la carrera, harás amigos. ¿Dónde queda él en esa ecuación? —¿Pretende que lo incluya en mi nuevo, y minúsculo, círculo de amistades?

—Con que no se meta en problemas, o no me los ocasione a mí, es suficiente. Le estoy dando un techo y una cama, el resto se lo tendrá que ganar él.

—¿Y si no lo consigue? —pregunto, ya que no veo capaz a Marcos de decirle a su hermano que se vaya de su casa una vez que lo ha metido dentro.

—No tengo ni idea, Karla. Necesito pensar. ¿Podemos tomarnos algo tranquilos mientras pienso cómo cojones voy a salir bien de esta?

Le sonrío, le cojo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. El silencio nos envuelve. Mi cabeza recrea la imagen de ese chico una y otra vez. Y así sucede hasta que nos vamos, acompaño a Marcos hasta el portal de su casa y me despido de él.

15

Karla

Nada más entrar en casa me encuentro con una Mika con la cara embadurnada de arcilla y algodones entre los dedos de los pies. Está en plena sesión de chapa y pintura.

—Hola, ¿qué tal tu novio? Yo ya te quiero, pero si es algo contagioso... aléjate ahora o nuestro incipiente amor penderá de un hilo —dice sonriente mientras me guiña un ojo—. Que no te engañe mi cara de buena gente, prefiero que no te me acerques.

Cuando me estaba esperando en la universidad para volvernos juntas a casa, le expliqué que me iba a pasar a ver a Marcos, que estaba enfermo.

—Puedes relajarte, está «bien» —la tranquilizo, y dibujo unas comillas en el aire al pronunciar la última palabra.

—¿Le ha salido un grano enorme en la cara? ¿Tiene una cagalera transitoria no contagiosa? ¿Se ha dormido y le ha dado vergüencita aparecer tres horas después? Cuéntamelo ya, porque no puedo con este sinvivir. Y no me niegues que pasa algo, porque tienes cara de seta. Sin ofender.

Me dirijo al sofá y me dejo caer junto a ella, que me mira expectante con el esmalte de uñas negro en la mano.

—No sé por dónde empezar..., estoy un poco en shock —admito.

—¿El cabronazo te ha dejado? —Mika se pega más a mí mirándome muy fijamente, y debo admitir que, con eso que lleva en

la cara, me acojona un poco.

—Es algo peor.

—Solo hay algo peor que eso, y es que te lo hayas encontrado follando con otra. No me jodas...

—Peor. —Y, sí, para mí es mucho peor.

Habrá gente que no entienda que una infidelidad me duela menos, pero es que la traición de una mentira alargada en el tiempo me parece mucho peor. Cuando intentas construir una vida con una persona es importante tener cimientos, y yo siento que los nuestros se han caído de golpe, porque no eran ciertos. No conozco a Marcos. Y afirmar esto, para mí, es mucho más duro a nivel emocional. ¿Quién me dice que no me ha mentido u omitido nada más?

—No me jodas..., lo has pillado follándose a otro —suelta Mika con los ojos como platos a causa de la incredulidad.

—Noooooo. —Me levanto como un resorte y me muerdo una uña mientras la miro—. Ha aparecido su hermano Ulises.

—¿Qué quieres decir con que «ha aparecido»? —pregunta Mika.

—Pues a que lo acabo de conocer, porque hasta el momento yo pensaba que mi novio era hijo único.

—¡No me jodas! ¿Y dónde estaba? —grita mi amiga.

—En la cárcel —respondo, y me paso la mano por el pelo.

—Esto mejora por momentos... Como sea como el de *Prison Break*, me mato.

—No mejora para nada...

—¿Cómo es? —pregunta mi amiga—. ¿Está bueno?

—Pero qué más dará eso... Te estoy contando un problema importante, Mika.

—Vaya, vaya..., el tío debe de estar como un queso.

—¡Yo no he dicho eso en ningún momento!

—Pero tampoco lo desmientes, pillina... A buen entendedor...

—Eres un caso aparte, no se puede hablar contigo —le digo exasperada, porque como sea o como esté Ulises es lo de menos en todo este asunto.

—Si no me dices cómo es, yo no puedo ponerme en situación. No es lo mismo que me cuentes de un hermano que es impresionante que de uno que es tirando a normalito.

—Estamos hablando del hermano de mi novio, por lo que esto no da lugar a debate, ¿de acuerdo?

—Vale, captado.

—¿El qué?

—Que está bueno. Puedes proseguir, creo que esta historia va a ser interesante. ¿Cómo es posible que no supieras que tenía un hermano? —Al hacer la pregunta, se ha entusiasmado tanto que se ha levantado igual de rápido que yo, haciendo que el esmalte caiga sobre una esquina de la alfombra—. Mierda, espero que aún la sigan vendiendo... Dame un segundo.

Coge el móvil y veo que teclea en él más rápido de lo que yo jamás seré capaz.

—¿Qué...? —intento preguntar.

—Un segundo —me corta levantando un dedo—. Ya, le he mandado un mensaje a mi madre pidiéndole que me compre esta misma alfombra. Y le he mandado otro a Fran para que venga cagando leches. Me vas a disculpar, pero iba a contárselo de todos modos, así que me ahorras el trabajo y se lo cuentas tú. ¿Te parece bien?

—Sí, claro...

—Vale, tú vas a sentarte de nuevo y yo voy a traerte un café de los tuyos. Mientras te lo tomas, voy a ir a quitarme esta cosa de la cara. Fran llegará en nada. Le encantan estas mierdas y estaba aquí al lado.

Se va a la cocina y, dos minutos después, vuelve con un café para mí. Lo deja sobre la mesa y luego se dirige al baño. Justo cuando sale de nuevo, suena el timbre de la puerta.

***

Estoy de pie en el centro del salón mientras mis dos amigos me miran desde el sofá.

—Resumiendo, que resulta que tienes un cuñado al que no conocías, que está bueno que te cagas y que acaba de salir de la cárcel, aunque ignoramos el motivo por el que terminó entre rejas.

—Yo no he dicho que esté bueno... —intervengo, pero evidentemente no me hacen ni caso—. No sé cuál fue el delito que cometió... Yo creo que es un tema de drogas duras —elucubro—. Marcos me ha dicho que hacía algún trapicheo.

—Pues yo creo que atropelló a alguien y se dio a la fuga. Un delito de sangre, ni más ni menos. —Ahora es Fran el que hace sus cábalas.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea. No sabía siquiera de su existencia. Estoy igual de perdida que vosotros. Lo único que sé es que mi novio me ha mentido durante un montón de años y que mis suegros reniegan de su primogénito, que ese es otro tema..., porque no lo entiendo: es su hijo.

—No soy la más indicada para dar consejos sobre padres e hijos, pero creo que deberíamos saber la razón de por qué acabó entre rejas. Quizá así los entiendas un poco más.

—Lo dudo, Mika..., lo dudo mucho —digo negando con la cabeza —. Tengo miedo —admito en un susurro.

Me hago un hueco entre ellos y entrelazo mis brazos con los suyos, llevando mi mirada alternativamente de uno a otro.

—Estará en su casa. Voy a tener que relacionarme con él, convivir con él cuando me quede a dormir con Marcos. Va a ser un tanto incómodo. ¿Y si la lía? ¿Y si nos mete en problemas? Nadie sabe que está aquí. Lo siento, pero ese chico no es mi responsabilidad. Yo solo quiero estar tranquila, con mi novio, mis amigos y mis estudios.

—Pues no te queda otra que tolerarlo. No nos queda otra... —se corrige mi amiga —. Si va a estar en tu día a día, estará en el nuestro. Somos como..., joder, tenemos que pensar en algún trío famoso. ¿Las Supernenas?

—Lo que me faltaba —resopla Fran entre risas.

—Ya se me ocurrirá algo. Ahora, a lo importante, ¿cuándo nos va a deleitar con su presencia?

—Pues no tengo ni idea. Y encima..., no había caído en esto..., dentro de tres días es el cumple de Marcos y quería hacer algo para él y para mí. Ya sabéis, para que las cosas volviesen a la normalidad entre nosotros. Pero ahora que está Ulises en casa...

—No tenemos problema en llevárnoslo mientras tanto.

—Fran, que el muchacho no es un perro al que sacar a pasear —le dice Mika.

—Pues seguro que es algo que quiere hacer, ha estado mucho tiempo encerrado..., ¿lo pillas?

—Tú eres tonto. Karla, miramos cómo organizarlo, pero no te preocupes, puedes contar con nuestra ayuda.

Nos agarramos de las manos y cierro los ojos mientras noto cómo me las aprietan cariñosamente. Lo que está claro es que mi familia ha aumentado. Por un lado, tengo un cuñado. Y, por el otro, estos dos tesoros, que son la familia que yo misma he elegido, igual que ellos me han escogido a mí.

16

Ulises

Tan solo llevo tres días bajo este techo, junto a mi hermano, pero ya puedo decir que la convivencia está siendo un puto infierno. Las pocas veces que nos hemos topado, la conversación no ha sido agradable. Sé que no le gusta tenerme aquí, pero creo que está buscando excusas para largarme con una patada en el culo.

El móvil con tarjeta de prepago que me dejó mi colega empezó a fallar, por lo que le pregunté a Marcos si tenía alguno que pudiese prestarme.

—Necesito un favor —le dije ayer mismo a primera hora de la mañana, en cuanto lo oí trastear en la cocina.

—¿Otro más? —Su desdén me afectó, pero logré disimularlo como buenamente pude.

—Este móvil no me va bien y necesito tener internet.

—¿Y qué pretendes que te solucione yo? Tienes un móvil de mierda, sí. Es de prepago, pero utilizas mi wifi. ¿Qué más desea el señorito? ¿Un iPhone, un iPad y demás tecnología de la mejor?

—No, Marcos... —respondí con una incipiente exasperación—. Tan solo necesito un móvil que vaya bien para poder buscar como Dios manda anuncios de trabajo en los que apuntarme. Bastante tengo ya con que puedan mirar mis antecedentes y me manden a tomar por el culo como para no poder intentarlo siquiera...

El tema de que quisiera buscar curro debió de hacerle clic en la cabeza, ya que salió de la cocina sin decir palabra para ir a su habitación. Dos minutos después me entregó un teléfono junto con su cargador.

—Estás de suerte, campeón, tienes la manzana en tus manos. No es de los nuevos, pero aún tiene actualizaciones. En cuanto lo enciendas, acéptalas todas. Eso sí, la batería está hecha una mierda, así que tendrás que cargarlo varias veces al día. Por lo demás, iba bien.

—Gracias.

—Con que encuentres algo y no tenga que mantenerte, me doy con un canto en los dientes. Papá y mamá me pasan pasta, pero siendo dos ahora mismo, iremos pillados. Recuerda que te di un mes para encontrar una solución.

Lo vi apurar su café, ir a lavarse los dientes, coger sus cosas y dirigirse a la puerta principal.

—Se me olvidaba. Tienes prohibido coger mi ordenador.

Tras decirme eso, se fue, dejándome solo. Y así es como me paso los días desde que llegué aquí, absorbido por mi soledad, esa que no me abandona desde hace unos años, cuando mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

***

Estoy sentado en el sofá, trasteando con el móvil, que se está cargando. Doy gracias porque el cable sea lo suficientemente largo para poder estar aquí sentado mientras voy apuntando las ofertas de trabajo a las que creo que puedo optar. Mozo de almacén, lavar platos y recoger vasos... No sé cómo pensaba que iba a ser mi

futuro, pero lo que tengo claro es que no me queda otra que amoldarme a las circunstancias de la vida.

Estoy mirando el sexto anuncio en el que puedo tener posibilidades cuando suena el timbre. Abro sin preguntar quién es, ya que doy por hecho que es publicidad. No me consta que mi hermano se relacione con mucha gente desde que está aquí, y él abriría con sus propias llaves. Yo mismo vi cómo las cogía.

Voy a por un vaso de agua y, mientras me lo bebo, oigo unos nudillos que golpean la puerta. Cuando estoy frente a ella y la abro, lo único que veo son unas manos llenas de globos gigantes de varios colores. Unos segundos después, la veo a ella.

—¡Sorpresa! —grita emocionada, pero distingo el desconcierto en su cara cuando ve que a quien tiene delante es a mí, no a Marcos.

—Y tanto que sorpresa... —Sé que a ella no le gusta mi presencia, pero yo no opino lo mismo de la suya.

Me aparto para que pase y, una vez que entra, no puedo evitar hacerle un repaso por detrás. Hay que ver la suerte que tiene Marquitos, esta tía es un pibón.

—Mi hermano no está, pero quizá yo te sirva —digo.

—Lo dudo —contesta toda digna—. No sabía que estarías aquí, aunque, claro, dónde ibas a estar, si no... —Esto último lo dice más bien para sí, pero la he oído perfectamente.

—¿Es el cumpleaños de mi hermano?

Joder, cómo se me ha podido pasar. Desde que nació, es un día que recuerdo con alegría, a pesar de los últimos años. Siempre lo he llamado para felicitarlo, aunque él haya rechazado mis llamadas. Y este año, que puedo decírselo de nuevo cara a cara..., se me olvida. Soy gilipollas.

—Sí, lo es, y siento decírtelo, pero no contaba contigo en estos momentos. Quería darle una sorpresa.

—Y la sorpresa te la he dado yo a ti. —Sonrío mientras me mira con cara de pocos amigos. No tengo ni idea de qué le habrá contado mi hermano sobre mí, pero me gustaría averiguarlo.

Ella empieza a colocar los globos por todo el salón y yo no puedo hacer más que observarla. Lleva un peto vaquero corto, con una camiseta roja debajo, y unas botas de hebillas. El pelo rubio le cubre media espalda, y veo que sus muñecas están adornadas con varias pulseras. Coge una de las sillas de la mesa del salón y se sube a ella, ofreciéndome una visión inmejorable de sus piernas, de las que no logro apartar la vista. Se alza sobre las puntas para colgar uno de los globos de la pared lo más alto posible y, cuando lo hace, sus muslos quedan más a la vista. Trago como buenamente puedo.

—Esto ya está —dice sacándome del trance en el que estaba metido.

—Bien. Estaba pensando —me acerco más a ella y veo cómo se siente un poco acorralada— que no nos hemos presentado como es debido, cuñada.

Ahora estoy a pocos centímetros de ella y, joder, qué bien huele. Entre su olor y sus pecas, sería irresistible si no fuese la novia de mi hermano. Pero mi autocontrol se pasa las normas por el forro de los cojones, seguramente sea por tanto tiempo de sequía.

—Ulises, encantado. —Le doy dos besos, tomándome más tiempo del necesario y posando una mano en su cadera, a la que se adhiere a las mil maravillas.

—Karla —Su voz es un susurro, y yo la miro fijamente, poniéndola aún más nerviosa—. Igualmente.

Carraspea y se echa hacia atrás cortando nuestro contacto mientras se abanica un poco con las manos.

—Cualquiera diría que te ha entrado calor de repente —suelto con una sonrisa que deja clara la intención de lo que acabo de decir.

—Ya le he dicho a Marcos que esta casa es un horno. Debería haberme puesto otra ropa...

—Pues yo creo que vas perfecta con eso que llevas. —Es cierto, está espectacular.

Me mira mientras se acomoda un mechón de pelo tras la oreja. Estamos en medio del salón, observándonos el uno al otro sin decir nada.

—De verdad, te hace buenas piernas.

—Eso es muy inapropiado, soy la novia de tu hermano. No deberías mirarme nada —contesta realmente ofendida. Joder, esta chica me encanta.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Estábamos tan absortos en nuestra extraña conversación que ninguno de los dos se ha dado cuenta de que Marcos acababa de llegar a casa y, por lo visto, no le ha hecho gracia encontrarnos aquí a los dos. Solos.

—¿Qué haces aquí, Karla? —pregunta de muy malas maneras a su novia.

—Relájate, he venido a darte una sorpresa de cumpleaños. No pensé que él estaría aquí —me señala.

—¿Y dónde creías que iba a estar? Haberte pirado.

—¿Te vas a enfadar conmigo por venir a pasar este día contigo y haberme quedado al encontrar aquí a tu hermano? No me lo puedo creer...

Y yo tampoco, mi hermano está siendo un auténtico gilipollas.

—No quiero que estés a solas con él.

—Oh, perdona, no sabía que podías decirme lo que puedo o no puedo hacer —le espeta acercándose a él.

—No me fío de él, no quiero ni que te mire.

—Marcos, te estás pasando —lo enfrento—. ¿Qué coño crees que le voy a hacer a tu novia? ¿Tirármela? Creo que ella tendría algo que decir en ese caso.

Me vuelvo hacia Karla y veo la decepción en sus ojos mientras observa a mi hermano. Entiendo que no me quiera aquí, pero no me gusta nada cómo la está tratando.

—Pensaba que me tenías más respeto —dice al tiempo que las lágrimas comienzan a salir de sus ojos—. Das por hecho que voy a fallarte por estar aquí sola con él. Qué buena opinión tienes de mí y de mi lealtad hacia ti.

Coge sus cosas y se va ante nuestros ojos. No es justo cómo la está tratando Marcos, y espero que sea algo esporádico, porque no me parece ni medio normal.

Él tarda unos cuantos segundos en reaccionar, pero, cuando lo hace, sale corriendo tras ella.

Yo me quedo solo de nuevo, observando los globos y pensando que soy un experto en que las cosas se jodan en mi presencia en una milésima de segundo.

17

Marcos

No sé si es que he pasado más tiempo del que debería en la inopia o si Karla ha bajado los escalones del edificio demasiado rápido, pero, cuando salgo a la calle por el portal, tengo que girar la cabeza en ambas direcciones para saber por dónde se ha ido.

La veo a mano derecha, cruzando el paso de cebra que da al parque que atravieso todos los días para coger el metro. Mierda, se va a su casa. Echo a correr hasta que la alcanzo y me planto frente a ella con las manos en alto.

—Sé que me he comportado como un imbécil ahí arriba. No quería... —Intento llenar mis pulmones de oxígeno y así poder recuperarme de la carrera que me acabo de pegar—. No soporto que comparta el mismo aire que tú, es superior a mis fuerzas. No quiero que se te acerque, ni que te hable, ni tan siquiera que te mire.

—Si esta conversación se va a convertir en algo así como un rollo territorial de que soy tuya, no sigas, porque entonces sí que vamos a tener un problema difícil de solucionar.

—No, joder —suelto exasperado, pues no me estoy expresando con claridad—. Es solo que no me fío de él, ¿vale?

—¿Y dónde me deja eso a mí? Me parece estupendo que no te fíes de tu hermano perdido, pero creo que yo tengo voz, voto y madurez suficiente para saber los límites que tengo que marcarle en

lo que a mí respecta. Como bien acabas de decir, te has comportado como un imbécil, pero a mí no me metas en el mismo saco.

—No era así como tenía pensado celebrar mi cumpleaños. ¿Te importa si me siento unos minutos? —pregunto señalando un banco que está unos dos metros más allá.

Karla afirma con la cabeza y yo me siento mirando al cielo mientras trato de serenarme del todo. Ella se queda de pie, mirándome con los brazos cruzados, pero, un minuto después, toma asiento a mi lado.

—Lo siento mucho, de verdad. —Y es cierto, lo siento con toda mi alma.

—Esto no puede seguir así, Marcos... Yo ya no sé qué hacer para que volvamos a ser la pareja que éramos. Tenía la esperanza de que, en cuanto nos hiciésemos a esta nueva rutina, todo iría sobre ruedas, pero ahora, con tu hermano aquí, no estoy segura de nada.

No hablo, tan solo hago un gesto de disgusto porque no tengo ni idea de qué contestar. ¿Qué nos está pasando? ¿Cómo repercutirá la llegada de mi hermano en mi relación con Karla? Ni idea, pero lo que sí sé es que, siendo mi cumpleaños, no quiero malgastar las horas que quedan de mi día especial devanándome los sesos con esto.

—¿Te importa si vamos a cenar? —Suelto sin pensar.

—No creo que sea buena idea, Marcos. ¿Vamos a cogernos de la mano por encima de la mesa mientras compartimos el postre?

—Tan solo quiero pasar el día de mi cumpleaños con mi novia. Por favor...

Eso parece ablandarla, porque, tras un sonoro suspiro, accede.

—Invitas tú, iremos al bufet libre de sushi y compartiremos el postre, pero no entrelazaré mis dedos con los tuyos sobre la mesa mientras comemos. —Me regala una pequeña sonrisa. La conozco

tan bien que sé que lo hace porque no quiere joderme el día, no porque esté loca de alegría por este plan improvisado.

Una hora después, tras pasar un rato más sentados en ese banco y tomarnos un refresco rápido en una cafetería cercana, entramos en el restaurante.

—Buenas noches. ¿Tienen mesa para dos? —pregunto a la chica que nos recibe en la entrada.

—Hola, bienvenidos. Pasad por aquí.

Nos lleva hasta un rincón del restaurante. Me siento satisfecho porque, dadas las circunstancias, así tendremos un poco más de intimidad. Como es la primera vez que venimos, la camarera nos explica en la tableta cómo hacer el pedido. Nos pregunta qué queremos beber, y volvemos a quedarnos solos.

—¿Pido un poco de todo?

—Sí, como siempre —responde Karla un tanto seca.

Hago el pedido y, unos minutos después, nuestra mesa está repleta de platos. Cogemos los palillos y comenzamos a devorarlo todo.

El silencio se ha instalado entre tartares, *nigiri* y demás cosas ricas.

—Estás muy callada. —Decido hablar porque estoy empezando a encontrarme demasiado incómodo.

—Pues tienes dos opciones. Una: que coma y esté calladita. Dos: que hable y diga de una vez por todas todo lo que me atormenta respecto a ti.

—Seguramente lo más inteligente sería decirte que no dejases nada en los platos, pero creo que casi prefiero que me eches en cara todo lo que me tengas que decir.

Nos miramos fijamente, observo cómo deja los palillos sobre el plato y bebe un gran sorbo de agua.

—No puedo más.

Tres palabras que pueden significar muchas cosas diferentes y, aunque eso me deje como un cobarde, no hay una sola de ellas que no tema descubrir.

—Entiendo que estés estresado, de verdad. Desde que estás en Madrid, me he pasado horas tratando de entender tu comportamiento y, por más que pienso, no logro dar con lo que parece que te he hecho —suelta como una retahíla.

—Joder. —Me paso la mano por el pelo—. No me has hecho nada. Tú, no.

—No voy a entrar en si él sí que te lo ha hecho, porque lo dudo mucho... —divaga sobre mi hermano, y noto cómo esa sensación que lleva acompañándome desde que Ulises llegó se va apoderando de mi cuerpo—. Tienes que controlar esos ataques de ira que te dan, Marcos. Él es tu hermano, yo soy tu novia. Eso significa que él y yo ahora somos cuñados.

—Tú y él no sois nada —gruño sin poder evitarlo—. Quiero que te quede claro. Comparte sangre conmigo. Punto.

—Vaya, así que tú también le vas a dar la espalda. ¿Qué coño hace entonces ahora mismo en tu casa? No te aclaras ni tú.

—Lo que no entiendo es qué coño hacías sola en mi casa con él. —Elevo la voz un poco más de la cuenta y me arrepiento de inmediato.

—Creo que los globos que había en tu salón dejaban bastante claro qué hacía en tu casa, Marcos. Me voy a levantar y me voy a ir. No pienso seguir aquí sentada mientras insinúas que me lo estaba pasando fenomenal, haciendo a saber qué, con tu hermano, al que no conozco lo más mínimo.

—Claro... —digo mirando mi reloj—. Aún estás a tiempo de llegar a casa, arreglarte y pirarte de fiesta con tus dos coleguitas.

Ella no responde con palabras, lo hace con hechos. Se levanta, se bebe todo el contenido de su vaso, se mete una *gyoza* de pollo en la boca y se dispone a marcharse.

—De la cuenta te haces cargo tú —dice—, así podré gastarme mi dinero con mis coleguitas. Feliz cumpleaños, Marcos.

Todo el restaurante me mira, y yo sé que he vuelto a cagarla.

18

Karla

Llevo todo el camino de regreso a casa dándole vueltas a cómo se ha podido descontrolar tanto la situación. Lo que prometía ser una sorpresa de cumpleaños ha desembocado en dejarlo plantado en medio de un restaurante oriental.

Abro la puerta de entrada y, nada más poner un pie en el piso, llega el bombardeo.

—¿Qué narices haces aquí? —pregunta Mika desde el sofá, del que se está levantando en estos momentos.

—Te recuerdo que vivo aquí.

—Ja, ja —responde en modo jocoso—, no sabía que tuvieras tanto sentido del humor. Me refiero a que deberías estar en casa de tu novio mientras te regala el segundo orgasmo del día por el sorpresote en su día especial. Así que voy a volver a formularte la pregunta: ¿qué coño te ha hecho para que no estés ahora con él y estemos teniendo esta conversación?

Mika está frente a mí con los brazos cruzados mientras espera a que le dé una respuesta válida. ¿Podría mentirle para dejar en buen lugar a Marcos? Desde luego, pero no pienso hacerlo. No puedo iniciar una relación de amistad con esta chica mintiéndole con este tipo de cosas.

—Se ha puesto como un loco cuando me ha visto en su casa con su hermano.

—¿Con el buenorro?

Hago un gesto de reproche con la cabeza que ella se toma como una afirmación.

—No es excusa, Karla —dice muy seria—. Cuéntame qué ha pasado con todo lujo de detalles. Y te pido que me hagas entender un poco a ese novio tuyo que tienes, porque de verdad que lo intento, pero no me lo pone nada fácil...

—A mí tampoco.

No hay mucho que contar, pero aun así trato de explicarle la situación como yo la viví en los pocos minutos que estuve en compañía de Ulises en su piso.

—No creo que no se fíe de ti, pero probablemente se sienta amenazado por su hermano. ¿Por qué? Pues no sé, chica, los hombres son muy complicados y deberían llevar manual de instrucciones, pero tengo el convencimiento de que cree que su propio hermano podría tirarte la caña.

—Y, si así fuese, ¿yo no tengo nada que decir? —Este tema me exaspera—. No voy a cambiar a Marcos por nadie.

—Pues quizá él no esté tan seguro de eso. Aquí hay una cosa clara. Puede estar convencido de que su hermano quiere ligar contigo. Es lícito, pero... debería estar tranquilo si tiene total confianza en ti. Si piensa que, en un momento de flaqueza, puedes serle infiel..., hermana, ahí no es.

No sé qué contestar, porque solo de pensar que a Marcos pueda pasársele por la cabeza que yo sería capaz de traicionarlo de esa manera, mi mente me dice que hemos llegado a un punto de no retorno en nuestra relación. Ya no es que él no tenga confianza en mí, es que yo perdería toda la que tengo en él.

—Ni siquiera puedo pensar en cómo solucionar esto, Mika. Ese chico va a vivir con él hasta sabe Dios cuándo, y lógicamente yo

tendré que estar entre las mismas paredes que ellos mientras esté bajo ese mismo techo. ¡Argh, con lo bien que estaría yo soltera...!

—Te propongo un trato —dice entonces, al tiempo que me coge de las manos y me regala una sonrisa reconfortante—. Llamamos a Fran, nos preparamos y nos vamos a tomar algo de tranquis. Somos gente responsable y mañana tenemos que estar al pie del cañón, pero realmente creo que necesitas salir a bailar, reír y disfrutar con tus amigos. Piensa que, mientras haces todo eso, no te estás flagelando por culpa de las gilipolleces de tu novio. Siento decírtelo así, pero mi relación contigo va a ser siempre la más sincera posible. ¿Qué me dices?, ¿llamo a nuestro hombre?

Fran responde raudo y veloz, y una hora después estamos entrando de su brazo por la puerta del garito de moda que está en nuestro mismo barrio. Se trata de un local con música en directo, y hoy hay un grupo tocando españolazos de los que a mí me apasionan. Mis amigos empiezan a darlo todo enseguida bailando al compás de la música en medio de la pista. Y, como quiero sentirme libre, decido unirme a ellos y pasármelo bien.

Unas cuantas canciones después, estoy sedienta, por lo que aviso a Mika de que me voy a pedir una copa. Me hace un gesto de aprobación y sigue hablando con un chico con el que lleva bailando gran parte de la noche. Fran... hace un rato que dijo que se iba al baño y aún no ha vuelto, por lo que entiendo que igual está acompañado de alguien que le interesa más que nosotras.

Me abro paso entre la gente hasta la barra, que está llena de gente. Levanto la mano para intentar llamar la atención de alguno de los dos camareros, pero van tan a destajo que no reparan en mí. Me apoyo con los codos en la barra, mirando hacia la pista, y giro la cabeza a ambos lados, no para buscar caras conocidas, ya que a las únicas personas que conozco aquí son las dos con las que he venido,

sino para matar el tiempo hasta que alguno de estos chicos me haga caso y me ponga algo de beber. La sala al completo retumba al ritmo de «La luna me sabe a poco», de Marea.

Es en el momento en el que mi cabeza gira hacia la derecha cuando mi corazón deja de latir una milésima de segundo.

Es él.

Ulises está aquí.

Y no está solo, sino que le acompaña una rubia despampanante que le habla al oído con su cuerpo pegadito al de él. Aparto la vista de inmediato, por si mira en mi dirección y me descubre, pero no, mis pies no se mueven. Me he quedado completamente bloqueada.

¿Puede que tenga al universo en mi contra?

19

Ulises

—¿Hace mucho que estás en Madrid?

No tengo claro si es la música lo que hace que no le preste la atención necesaria a la chica a la que tengo colgada del brazo en estos momentos, o si se debe más bien a la mujer que se encuentra con los brazos en alto en medio de la pista de baile.

En cuanto mi hermano se fue detrás de ella, me calcé, cogí mi chaqueta y las llaves de casa y me puse a caminar sin rumbo fijo hasta acabar aquí.

Me apoyé en la barra, observando a las chicas que estaban en el local, e intercambié varias miradas y sonrisas con esta rubia, hasta que logré mi objetivo de que se acercase a mí.

Podría decirse que he sido una especie de cazador, y ella, una presa fácil. También he descubierto que no soy un mal actor, pues mi interpretación al fingir que me habían robado la cartera ha sido digna de un Oscar. Ya llevo tres copas y ninguna ha corrido de mi cuenta.

—Perdona, ¿decías algo? —pregunto intentando mostrar un poco de interés.

—¿Que si hace mucho que estás en Madrid?

Mi acompañante insiste en mantener una conversación conmigo, y a mí esta chica me la suda. Lamentablemente, es el daño colateral de una noche de fiesta, ya que no tengo ni un duro, pero cuando

veo que Karla se acerca a donde estamos, considero que es un buen momento para empezar a prestarle un poco de atención.

—Unos pocos días. Mi hermano se ha venido aquí a estudiar y he decidido visitarlo —miento. Decir que soy un exconvicto dudo que le parezca atractivo a nadie, aunque..., bueno, nunca se sabe.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte?

—No lo he decidido aún. Tengo vacaciones en el curro, pero no sé si gastarlas todas aquí o si hacerme también un viaje con los colegas.

Miro por encima de mi hombro y veo cómo Karla intenta llamar la atención de los camareros, sin éxito. Se gira, apoyándose en la barra, y mi instinto me dice que deje de mirarla, ya que podría descubrirme, y no creo que fuera una situación cómoda para ninguno de los dos. Me obligo a apartar la vista de ella y entonces la chica rubia, cuyo nombre no recuerdo, me susurra al oído:

—Algo me dice que tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien... A lo mejor podríamos vernos durante tu estancia aquí.

Qué valiente. Soy un completo desconocido al que le está pagando la borrachera y del que no sabe absolutamente nada.

—Claro, estaría bien —es la única respuesta que le doy mientras evito no volver a mirar en dirección a Karla.

—No te muevas, voy al baño. Cuando vuelva... podemos irnos, a no ser que quieras acompañarme ahora —me invita la rubia de un modo muy sugerente.

—Te espero aquí.

Fuerza una sonrisa, veo la decepción en su mirada, evidentemente creía que iría tras ella. Se aleja en dirección a los servicios, que se encuentran en la otra punta de la sala. Y, nada más perderla de vista, mis ojos se cruzan con otros que ya no son desconocidos para mí.

Karla pone gesto de sorpresa, como cuando sientes que alguien te ha pillado con las manos en la masa, y yo voy a su encuentro.

—Vaya casualidad encontrarte en este bar, cuñadita.

—¿Qué haces aquí, Ulises? —pregunta cruzándose de brazos mientras pone cara de no estar contenta con la situación.

—Pues tomarme algo, escuchar un poco de música y salir del piso de mi hermano. Siendo el día que es, pensé que estaría bien dejaros intimidad, no se me pone dura escuchando a otros follar. Pero está claro que tus planes eran otros.

Abre la boca varias veces, como un pez cuando está fuera del agua, y sé que he logrado cabrearla.

—Eres un impertinente de cuidado.

Me río, porque en la vida me han llamado de muchas formas, pero la palabra que ella me ha dedicado no formaba parte del repertorio más recurrente.

—No te lo discuto. Por cierto, ¿dónde está mi hermano? —pregunto haciéndome el tonto, ya que he intentado localizarlo sin éxito desde que he visto que ella estaba aquí.

—En el baño. Si me disculpas, vuelvo con él.

No me da tiempo a contestarle, ya que, con un movimiento de melena, se va dejándome solo, observando su cuerpo y fijándome en hacia dónde se dirige. Tengo que estirar un poco el cuello para seguir su recorrido entre la gente, pero cuando llega a la pista, al mismo lugar en el que estaba, veo que está con dos personas a las que no conozco de nada. Y sigue sin haber rastro de Marcos, está claro que me ha mentido y mi hermano no se encuentra en esta sala.

Media hora después, me he convertido en una especie de nómada, moviéndome de un lado a otro por varias razones. Una de ellas es que, en cuanto Karla se ha ido de mi lado, ni siquiera he

esperado a la rubia que estaba antes conmigo, y llevo dando vueltas desde entonces para no encontrármela de nuevo, aunque estoy seguro de que acabará dando conmigo. Otra es que he visto a mi cuñada barrer con la mirada este lugar en varias ocasiones, y algo me dice que es porque quiere saber si sigo aquí o me he ido, aunque no sepa con qué intención.

Entre las sombras lo único que puedo ver es cómo se divierte con sus amigos, esos que cada vez la dejan un poco más sola porque ambos han encontrado ligue. También me fijo en que está acalorada de tanto saltar al son de la música. Mis ojos van directos a su cuello, al que se están pegando varios mechones de pelo debido al sudor. Es una imagen hipnótica, y yo debería dejar de mirarla: es la novia de mi hermano y, por muy buena que esté, lo que estoy haciendo no está bien. El problema es que, por más que lo intento, no puedo evitarlo.

20

Karla

Hacía mucho tiempo que no me encontraba en esta situación, en medio de un bar, más sola que la una. Tanto Mika como Fran han usado sus armas de seducción y han ligado. En otras circunstancias yo estaría acompañada de mi novio, pero como las circunstancias son las que son, pues eso, que no sé qué hacer en estos momentos en los que siento que debería irme a casa.

—Mika, voy al baño y me marcho a casa —aviso a mi amiga mientras un chico un tanto cachas le da besos en el cuello.

—Ni se te ocurra, no puedes irte sola. Ve al baño, pídete algo, y dentro de un rato nos vamos juntas —dice por encima del hombro del chico en cuestión.

Me guiña un ojo y decido esperar un rato más antes de abandonar el lugar. Justo cuando estoy llegando a los baños, paso por delante de Ulises, que se me queda mirando detenidamente mientras la chica que está con él juega a lo mismo que el acompañante de Mika. Al parecer, esto está lleno de vampiros muerde-cuellos.

Paso de largo y lo primero que hago nada más entrar en los servicios es echarme agua en la nuca y mirarme en el espejo. ¿Qué estoy haciendo aquí? Debería estar en mi casa, en mi cama, descansando para el día de mañana. No aquí, en el baño de un bar, mientras mi novio está en su casa, el día de su cumpleaños, y su hermano está tan solo a unos metros de mí, provocándome un

estado de nerviosismo que no debería tener. ¿Por qué mi cuerpo reacciona así a su presencia?

Abro el bolso, me retoco los labios y vacío la vejiga antes de regresar a la sala.

Diviso a Mika junto a la barra y voy hacia ella, volviendo a tener que pasar por delante de Ulises.

—Ya estoy aquí —informo a mi amiga nada más ponerme a su lado.

—Tía, te estaba buscando. ¿Qué quieres?

—Iba a pedirme una cerve.

—Una cerveza y un par de botellas de agua —le pide al camarero que se aproxima a ella.

—¿Agua? —pregunto extrañada.

—No me odies por lo que estoy a punto de decirte... Soy consciente de que hace unos diez minutos te he dicho que no te marcharas y que nos iríamos juntas, pero... ¿me matas si te digo que me voy a dar una maratón de sexo sin drogas y sin alcohol?

—Joder, Mika. —No me lo puedo creer. Justamente me acaban de poner la cerveza en la mano.

—Si vas a matar a alguien con tus propias manos, comienza por Fran, que hace nada ha salido por la puerta sin mirar atrás. Bueno, quizá haya mirado por si íbamos a apuñalarlo por la espalda. Le he dicho que contaba con nuestra bendición para hacerse una bomba de humo.

—Le has dado tu bendición porque tú ibas a hacer exactamente lo mismo —le recuerdo.

—Y por eso somos amigas, porque no me juzgas y me perdonas por ir a experimentar la serie de orgasmos que mi cuerpo necesita como el aire que respira.

—Eso es jugar sucio, y lo sabes. —Me tengo que reír, porque lo de esta mujer no es para menos.

—Lo sé, pero me compraste así, y el tíquet de devolución ya ha caducado. Ahora en serio, si me pides que no vaya a que me maten a polvos, me iré contigo a casa.

—No pasa nada, puedes ir sin problema —la tranquilizo—. Pero no pienso pagarte la cerveza, por mala.

—Te dejo pagadas veinte consumiciones más si tú me lo pides. ¿Te acompaño a casa? —pregunta mientras me da un sonoro beso en la mejilla.

—No, voy sola, no te preocupes. ¿Tú vas a irte a casa de ese chico? No me fío...

—Ah, puedes estar tranquila, lo conozco de la uni. Digamos que no es la primera vez que alguno de los dos se equivoca de baño y acabamos juntos...

Me encanta esta chica, de verdad que sí. Después de decirle dos veces más que se vaya tranquila, que me voy sola a casa, la veo salir por la puerta del local mientras me llevo el botellín a la boca para darle un buen sorbo.

Estoy en la barra, moviéndome al ritmo de Estopa, cuando siento que un cuerpo ajeno toca el mío. Veo que es un chico, un tanto perjudicado, que me mira de manera lasciva. Cuando intento irme hacia otro lado, me bloquea el paso.

—Disculpa, ¿me dejas pasar?

—He visto que tu amiga acaba de irse. ¿Estás sola? —pregunta arrastrando las palabras.

—No, me está esperando un amigo —contesto de mala gana.

—También se ha ido. Llevo observándote un buen rato. Los dos han ligado, y los dos se acaban de ir. Te han dejado sola, pero no te preocupes..., yo estaré encantado de hacerte compañía.

—De verdad que me están esperando, así que te agradecería que me permitieras pasar y..., ya que estás, si me dejaras en paz, tampoco estaría mal.

Al ver que no se mueve, le doy un ligero empujón con el hombro para pasar por su lado. De pronto noto cómo sus dedos me agarran el brazo con tanta fuerza que me hace daño.

—Suéltame —digo con la voz entrecortada a causa del miedo.

En un segundo, veo cómo su mano afloja el agarre y cómo su cuerpo es lanzado un par de metros hacia atrás.

—Te ha dicho que la sueltes.

Dirijo mis ojos hacia la persona que acaba de salvarme de ese baboso y, para sorpresa de nadie, el héroe de la noche es Ulises.

21

Karla

Mi mirada alterna entre Ulises y el tío que ha intentado sobrepasarse conmigo. Debido al empujón, su espalda ha terminado golpeándose contra una de las sillas altas de la barra. No me cabe duda de que estará unos cuantos días dolorido. Tengo miedo de que su cabreo lo haga tomar represalias contra «mi salvador», pero, nada más mirarlo, hace un gesto con la mano y se aleja de nosotros a toda prisa.

Antes de que Ulises hable, estallo:

—¿Se puede saber qué te pasa? No era necesario ponerse así.

—¿Así? —pregunta incrédulo—. ¿Qué querías que le dijese? «Oye, mira, disculpa, quítale, por favor, las manos de encima a la novia de mi hermano»... —dice poniendo un tono de voz de lo más irritante.

—No habría sido mala idea. La violencia no es la solución.

—Perfecto, la próxima vez que te encuentres en una situación similar, avísame, que con suerte podría unirme y todo... Igual es que esas mierdas te ponen.

—Eres lo peor, no te acerques a mí ni me dirijas la palabra —espeto esperando a que me deje pasar. Su cuerpo me lo impide, y tengo mis cosas tras él.

—¿Ni un «gracias»?

—No —contesto cruzándome de brazos. Por supuesto que le agradezco que me haya ayudado, no soy idiota, ese tío no tenía

buenas intenciones, pero Ulises es tan chulo que no hay quien pueda reaccionar de buena manera con él. Antes muerta que admitirlo, y menos en su presencia.

Él se hace a un lado y, al pasar, veo que la despampanante rubia que lleva siendo su acompañante toda la noche está justo a nuestro lado. Le dirijo una sonrisa, cojo mis cosas y me voy. Consigo pasar entre toda la gente que está bailando entre risas, alcohol y sudor, y abro la puerta para salir de aquí. Nada más sentir la brisa fresca en la cara, suspiro. ¿De qué habría sido capaz ese chico si Ulises no hubiera intervenido? Quiero creer que, al final, alguien me habría ayudado.

No he terminado aún de ponerme la chaqueta cuando noto que alguien sale también del local. Se coloca a mi lado, y no me hace falta mirar para saber de quién se trata. El nerviosismo de mi cuerpo lo delata. Y su colonia, también. Huele a Issey Miyake. Ni siquiera me giro para mirarlo, no me interesa lo más mínimo.

Mi casa está relativamente cerca, pero, después de lo que me acaba de pasar ahí dentro, prefiero estar más tranquila sentada en un Uber que por las calles de esta ciudad. Genial, la aplicación me indica que tardará entre diez y quince minutos... Sin lugar a dudas, hoy es mi noche de suerte.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —pregunta Ulises rompiendo el silencio.

—Qué considerado por tu parte —respondo en tono sarcástico—. No, gracias, un Uber está en camino. Ya nos veremos. —Dirijo mis ojos hacia la calle vacía intentando ignorar su presencia.

—No pienso moverme de aquí hasta que te metas en ese coche, puedes ponerte como quieras, gatita.

—¿«Gatita»? ¿En serio me acabas de llamar así? —gruño, y lo miro fijamente. Ahora mismo desearía zarandearlo.

—¿Qué pasa, es que no llaman así a las chicas de Madrid? De verdad que tienes un problema serio con la vida..., no se puede estar tan amargada siendo tan guapa.

—Por si no lo sabes, yo no soy de aquí, soy del mismo sitio que tú, creo... Al menos, del mismo sitio que tus padres y tu hermano, porque a ti no te había visto nunca. —Aparto la vista, necesito que llegue ese Uber ya.

—Yo a ti tampoco. Si hubiese sido así, no se me habría olvidado.

Nuestras miradas se encuentran. Creo que es el hombre más insoportable que he tenido delante, pero en el fondo hay en él algo que me ablanda, que me hace ver que tiene una cara que no me está mostrando. Podría creer que es una persona considerada al quedarse aquí conmigo en vez de irse con esa chica. Y hablando de eso...

—¿Y tu acompañante?

—Imagino que pagándole las copas a otro. Algo bueno debía tener, ¿no? Gracias a esta cara, y a este cuerpo, me he bebido unas cuantas copas sin gastarme un euro. Una lástima que haya perdido la cartera, o que me la hayan robado, ahora mismo no recuerdo la excusa que le he dado...

Lo miro alucinada. No me lo puedo creer, retiro el pensamiento anterior. Este tío es un sinvergüenza.

—¿La has engañado para que te pagase el alcohol? —pregunto con visible desaprobación.

—No te pongas celosa, gatita. Si quieres, la próxima noche puedes invitarme tú. —Se toca la barbilla y me guiña un ojo.

—¡Que no me llames así!

—Si te soy sincero, te pega mucho el mote, solo te falta sacar las uñas...

—Mira, yo también voy a ser sincera: eres un sinvergüenza, y no sé cómo eres capaz de admitir eso sin que te importe una mierda esa chica que ha estado interesada por ti toda la noche...

—Uno, que es irresistible. —Sonríe.

—No te voy a decir lo que eres... —Vuelvo a ignorarlo y el silencio se instala entre nosotros.

Al final voy a tener que darle la razón a Marcos, cuanto más lejos tengamos a su hermano, mejor.

Miro el reloj y compruebo que aún faltan unos cinco minutos de espera. El ambiente está un tanto enrarecido, pero no quiero mantener ningún tipo de conversación más con él.

—Oye, ¿dónde está mi hermano?

Resoplo, no quiero hablar del tema, y menos con Ulises, al que no puedo ni ver.

—Dímelo tú —lanzo al aire.

—Cuando me he ido de casa aún no había llegado. Di por hecho que estabais celebrando su cumpleaños en tu cama.

Me quedo boquiabierta por lo que acaba de decir.

—Qué mona... —Se ríe entre dientes—. Si te digo palabras sucias, ¿te pondrás nerviosa?

—Eres un puto gilipollas —digo cruzándome de brazos mientras me muevo para poner más distancia entre los dos.

—No te lo discuto. Debo decirte que cuando te vi por primera vez no me pegasteis mucho. Tu ropa, tu actitud..., demasiado para Marquitos. Pero viendo que te avergüenzas por una simple palabra..., creo que sois la pareja perfecta.

¿Puede llegar ya el puñetero coche? No aguanto más a este tío.

Parece que mis deseos son órdenes, porque veo uno girar la esquina y me relajo cuando se para frente a mí. Me acerco al

vehículo y abro la puerta trasera para subir. Antes de hacerlo, me giro y me encuentro con la mirada de Ulises.

—¿Sabes? Me alegro enormemente de que te quede claro que somos la pareja perfecta, y desde luego no dudes que nos lo pasamos de puta madre en la cama. Si piensas eso, tendrás claro que lo que jamás haría sería meterme en la tuya, así que deja de mirarme de esa manera.

No le doy opción a réplica, cierro la puerta y miro hacia delante notando sus ojos a través del cristal. Una vez el coche arranca, levanto la vista al techo e intento respirar con más calma. Ese tío me saca de quicio. Tengo que evitar encontrarme con él como sea.

22

Marcos

—¿Se puede saber dónde coño te metiste ayer? No seré yo quien te ponga toque de queda, ya eres mayorcito, pero no quiero estar aquí pensando que me vas a joder el sueño porque me venga la policía diciendo que has liado alguna.

Esta madrugada no podía pegar ojo mirando cada media hora el reloj y pensando dónde se habría metido el impresentable de mi hermano. No conoce a nadie, el único dinero que tiene es el que yo le he dado, ¿y se va de fiesta? Porque en la biblioteca no iba a estar.

—Salí a pasear y una cosa llevó a la otra. Acabé en un garito tomándome unas copas. Tranquilo, una chica muy maja me las pagó —espeta como quien no quiere la cosa.

—Ahora añadimos encantador de serpientes a tu *curriculum vitae*... Lo que me faltaba, que vayas por ahí engatusando a las chicas para robarles. —No puedo lidiar con más cosas. De verdad que no.

—No te pases, yo no he robado a nadie. Ella me las pagó porque quiso.

—¿Prostituyéndote por un poco de alcohol? Tampoco me sorprende —suelto despectivamente.

—No creo que estés en posición de darme charlas de nada. Pero mira, oye, hoy estoy generoso, y en vez de mandarte a tomar por culo por la gilipollez que acabas de soltar, voy a darte un consejo:

llama a tu novia y pregúntale cómo tiene el brazo, porque estoy seguro de que tendrá alguna marca. Quizá, en vez de preocuparte de lo que hago yo con mi cuerpo, deberías prestar atención a lo que puede pasar con el suyo en una mala noche. Lo único que estás demostrando es que en estos años te has vuelto un gilipollas. Haz algo con eso, yo puedo reformarme, pero lo tuyo mal arreglo tiene —dice mientras pone una sonrisa de suficiencia.

—¿De qué coño estás hablando? —Me pongo en alerta de inmediato.

—Me la encontré anoche y un tío intentó propasarse con ella, suerte que yo estaba por ahí... De nada, Marquitos.

No quiero seguir escuchando más, porque la ira me corroe. Cojo mis cosas, salgo de casa dando un portazo y me encamino a la universidad para hablar con Karla cuanto antes.

***

—Necesito hablar contigo un momento.

Karla me mira con sorpresa y se despide de una compañera con la que estaba charlando.

—Tú dirás —masculla mientras se aferra al libro que tiene contra el pecho.

—Ayer, en mi cumpleaños, me dejaste tirado en medio de un restaurante. Iluso de mí, pensé que te habrías ido a casa para meterte en la cama, es lo que acostumbras hacer cuando no te sientes bien. Pero no, lo que hiciste fue ir a arreglarte para salir de fiesta. Imagino que con tus amiguitos... Y no solo eso, también estuviste con mi hermano.

—¿Qué te ha contado? —pregunta abriendo los ojos más de lo normal.

—Lo jodido no es lo que él me haya contado, es que no me haya enterado por ti. Pero, por lo visto, tampoco tenía que saber que un tío se sobrepasó contigo y él te lo quitó de encima. ¿Qué hacías con él en un bar de madrugada? —No puedo quitarme de la cabeza que estuviesen juntos.

—Vaya, ya veo... Vienes aquí cabreado como una mona, pero no porque un tío pesado me agarrase en contra de mi voluntad, no... Para ti es más importante el detalle de que coincidí con tu hermano. Cojonudo, Marcos, cojonudo.

—Sabes que no quiero que se te acerque —le recuerdo.

—Pero que se me arrime otro te parece perfecto, ¿no? Que me coja del brazo bruscamente y no me suelte a pesar de pedírselo no te parece importante, eso te da igual.

Trago saliva porque no estoy siendo racional. Tiene razón, debería estar deseando arrancarle la cabeza a ese desconocido, pero no puedo evitar que el malestar me lo produzca la simple idea de meter a mi novia y a mi hermano en la misma ecuación.

—Me agotas —susurra masajeándose las sienes con dos dedos—. Es un problema que tienes que solucionar tú solo, Marcos. Debes buscar un equilibrio en lo que respecta a Ulises. Recuerda que lo estás ayudando porque así lo has decidido, no porque nadie te haya obligado. Lo que no puede ser es que te enfades cada vez que él y yo estemos en el mismo sitio. Somos cuñados, lo raro sería que no coincidiéramos en algún momento.

Repito: sé que tiene razón, pero es superior a mis fuerzas.

—Tengo que irme, mi clase empieza dentro de cinco minutos —miento.

—¿Y ya está? Pensaba que estaba saliendo con un adulto maduro, no con un niño de cinco años —replica dolida.

—Tengo que ordenar mis ideas, Karla. Sé que no es justo que pague contigo unos errores que no te corresponden. Y, sí, tengo que hacerlo por mi cuenta. Solo te pido paciencia conmigo, por favor.

Le doy un beso corto en los labios y me alejo de ella.

Paso las siguientes horas metido entre libros, explicaciones y preocupaciones. No quiero pensar demasiado, pero es la primera vez que mi novia no me devuelve el beso.

***

Una vez que llego al piso, voy directo a mi habitación y saco del armario una bolsa de viaje. Meto algunas de mis cosas y ropa para un par de días. Tengo que irme a casa de mis padres, alejarme de aquí. Necesito pensar con claridad.

Justo cuando voy a salir, oigo el sonido de una puerta que se cierra y la figura de Ulises aparece ante mí. Repara en lo que llevo en la mano y, por cómo me mira, soy consciente de que sabe que me voy.

—¿Te marchas a casa de tu novia y me dejas el piso para mí solo? Me sorprendes, pensé que no lo harías jamás. Más que nada, por eso de que cuando vuelvas puede que lo haya vendido todo, que me haya pegado un fiestón y haya destrozado media casa o, incluso, que me pilles en el sofá rodeado de tías después de una tremenda orgía.

—Me voy a casa de tus padres, esos que te repudian y no quieren ni verte —digo en el tono más hiriente que puedo.

Veo cómo mi hermano cierra los puños con enfado y viene hacia mí para enfrentarme cara a cara.

—Voy a decírtelo bien claro —suelta—. Otros, por mucho menos, se han quedado sin dientes. Recuerda de dónde vengo, Marcos, y no

te confundas: si no te parto la cara es porque, en el fondo, muy en el fondo, te estoy agradecido por no dejarme debajo de un puto puente, pero no voy a permitirte ni un comentario más... Yo que tú no querría un enemigo como yo. Y ahora, corre con tus papaítos.

—No me das ningún miedo, Ulises, lo que me das es pena —replico—. ¿Quieres partirme la cara? Adelante, hazlo, pero luego ten en cuenta las consecuencias. Por supuesto que recuerdo de dónde vienes, como para olvidarlo..., pero recuerda tú que el tiempo corre y te van quedando menos días para encontrar un trabajo, porque yo me niego a mantenerte más tiempo. Me importa una mierda a quién te arrimes para que te pague los vicios, pero yo no pienso hacerlo. Y esto último quiero que te quede claro: no quiero que te acerques a mi novia. Si te la encuentras por la calle, cruzas de acera. La ves en un bar, te piras. Y cuando venga aquí, a mi casa —hago énfasis en esto último—, te quiero fuera de nuestra vista.

Ni siquiera me contesta, tan solo se da la vuelta, vuelve por donde ha venido y, esta vez, el sonido de la puerta al cerrarse es un sonoro portazo. Yo salgo por la de la entrada y la cierro con cuidado, ya que las manos me tiemblan ligeramente debido a lo que acaba de pasar. Quizá sí que me dé un poco de miedo esta situación.

23

Ulises

Llevo un buen rato tirado en la cama, mirando ofertas de trabajo en el móvil. No hay mucho a lo que pueda aspirar, ya que no tengo experiencia en nada, pero me imagino que, para lavar platos, servir mesas o reponer en un supermercado, no necesitarán que tenga un máster en Física Cuántica.

Después de barajar mis posibilidades, me creo perfiles en varias páginas y empiezo a mandar mi currículum con más mentiras que verdades. En los años que he estado encerrado, lógicamente no he podido ampliarlo, pero eso no es algo que tenga que saber el que me pague un mísero sueldo trabajando más horas de las estipuladas por ley.

Hay alguna que otra oferta que me parece interesante y que me dará un aporte económico para poder colaborar con algo en esta puta casa y así no tener que oír la palabra «mantenido» cada dos por tres.

Me levanto para darme una buena ducha, sin prisa, aprovechando que estoy solo en el piso.

Media hora y unos cuantos litros de agua desperdiciados después, cojo el móvil para seguir mirando cuando me llevo una grata sorpresa. Me han contestado de uno de los anuncios. Se trata de un puesto de reponedor de madrugada. Seis horas de trabajo, de doce

a seis de la mañana, y por el que me pagarán menos de mil euros, pero no estoy para exigir.

Me pongo en contacto con la persona que me ha escrito y concertamos una cita para dentro de una hora. Me visto rápidamente, cojo las llaves de casa, el móvil y abro Google Maps para ver cuánto tardaré en llegar a mi destino. La suerte está de mi parte, en solo diez minutos andando, habré llegado.

***

Doy unos golpes a la puerta y, segundos después, una mujer de unos cuarenta años aparece ante mí al abrirla. La sigo por un pasillo que da a un diminuto despacho y, una vez dentro, me invita a que tome asiento.

—Muy bien, Ulises. Me llamo María, y soy la encargada de esta tienda. De momento, el puesto es para este lugar, pero no descartes que se te pueda pedir que vayas a trabajar a otras tiendas que tenemos en barrios colindantes. Tu trabajo consiste en bajar la mercancía de los camiones y guardarla en el almacén. Tendrás a un compañero que te irá enseñando cómo hacemos las cosas, no te preocupes. La política de empresa es muy recta en cuanto a los horarios, no harás más horas de las estipuladas por contrato, pero no se tolerará que llegues tarde sin un motivo de peso, ni que directamente tengas faltas por no aparecer. Hasta aquí, ¿tienes alguna duda?

—No, María, lo has explicado todo muy bien.

—Genial, el horario ya lo sabes, y el salario, también. Tan solo necesitaré que me facilites tu DNI, tu vida laboral y el certificado de antecedentes penales. Si puedes traerme cuanto antes la

documentación, estupendo. En cuanto el contrato esté listo, podrás incorporarte a plantilla.

No me esperaba para nada que me pidiera que tuviese un expediente inmaculado en la vida. ¿Desde cuándo para trabajar en un supermercado, sin estar de cara al público, hay que entregar ese tipo de documentación?

Mi expresión debe de ser un poema, porque María me mira y se da cuenta de que algo pasa.

—Ulises, ¿todo bien? ¿Tienes alguna duda? —pregunta con una pequeña sonrisa, porque creo que es una mujer lista.

—No, como te he dicho, me ha quedado todo claro. Lo que sucede es que no voy a poder trabajar aquí, porque uno de los documentos que necesitáis no cumple con los requisitos —digo tragando como puedo. Realmente quería este trabajo.

—Me imagino que te refieres a los antecedentes. Lo siento mucho, pero la empresa es inflexible con respecto a eso. Mucho se nos llena la boca con las segundas oportunidades, con dejar el pasado atrás e, incluso, con la reinserción, pero la sociedad no está preparada para llevarlo a cabo. Hemos tenido problemas de robos, e incluso en alguna ocasión han usado los camiones para transportar cosas que no debían, comprometiendo así a la empresa. Todo esto los ha llevado a imponer esa condición. Sintiéndolo mucho, no podremos darte el trabajo —explica mientras me mira, diría que con un aire de pena.

—No te preocupes, María, has sido muy amable. Espero que encontréis a alguien adecuado pronto.

Estoy deseando salir de este despacho, irme a casa y darme de cabezazos contra la pared. María tiene razón, la sociedad no va a darme la oportunidad de poder encauzar mi vida.

Sin embargo, no puedo tirar la toalla, tengo que seguir intentándolo.

24

Karla

Desde mi encuentro de ayer con Marcos, he pensado en darle espacio, por lo que he decidido centrarme en estudiar y en hacer los trabajos que tengo pendientes. Siempre he sido la reina de la procrastinación, por ello me estoy organizando mi propio método de estudio de cara a los exámenes del primer cuatrimestre.

Son las cinco de la tarde del sábado y llevo unas cuantas horas encerrada en mi habitación, de la que he salido tan solo para hidratarme y malcomer.

Estoy inmersa en un tema que me está dando algún que otro dolor de cabeza cuando oigo el timbre de la puerta. Me levanto por inercia y salgo para ir a abrir, pero me doy de bruces con Mika, que va de punta en blanco.

—¿Te marchas? —pregunto cuando la veo dirigirse a la puerta de entrada.

—No... Mierda —dice por lo bajo, aunque la oigo perfectamente—, se me había olvidado comentarte una cosilla. Verás..., he invitado a algunos amigos a pasar aquí la tarde.

Boqueo cual pez fuera del agua sin dar crédito a lo que me acaba de decir, porque, sí, se le olvidó comentarme que mi casa iba a ser como el primer día de rebajas. No es que me moleste, pero justamente ahora no es lo que necesito.

—Tranquila, no pasa nada. Pero, porfa, no hagáis mucho ruido, que quiero ponerme un poco al día con la uni.

—¿Vas a volver a encerrarte en tu zulo? Karlita, son las cinco de la tarde de un sábado y eres joven. ¿De dónde has salido?

—De una familia que se ha sacrificado mucho para que pueda estar aquí..., y no puedo decepcionarlos por irme de fiesta en fiesta. Tengo que coger una rutina de estudio o sé que voy a estar jodida —respondo.

—Tienes razón, no seré yo la que juegue con el futuro de mi amiga. Prometo que no te enterarás de que estamos aquí.

Después me da un beso en la mejilla como los que podría dar una abuela al despedirse de sus nietos y se va corriendo con sus invitados mientras yo vuelvo a mi habitación. Antes de coger el rotulador fluorescente para continuar con lo que estaba haciendo, empiezo a oír una melodía bajita, así que decido ponerme los cascos y activar la cancelación de ruido. A falta de tapones, buenos son los AirPods.

Busco en Spotify una *playlist* relajante para mejorar la concentración y, según va sonando el rumor de las olas del mar, un «chunda, chunda» se cuela en él, creando una especie de mezcla DJ de lo más extraña. Me quito uno de los cascos con hastío y, efectivamente, la música que antes tenía un tono bajo ahora ha subido de intensidad.

Cojo el móvil y le mando un mensaje a Marcos.

Karla: ¿Estás en casa?

Sé que he dicho que quería darle espacio, pero es que no he podido resistirme. Intento centrarme en los apuntes que tengo delante, pero me resulta imposible. ¿Ha vuelto a sonar el timbre?

Trato de concentrarme durante una hora, pero un sonido atronador al otro lado de mi puerta y el ruido de un vaso roto me confirman lo evidente: sé que tengo que salir de aquí. Es eso o volverme loca.

Cojo mi mochila, meto todos mis apuntes, un pijama, mis cosas de aseo en formato viaje y las llaves de casa de Marcos. Miro el móvil para ver si me ha respondido, pero no tengo ninguna notificación. Estoy segura de que está encerrado en su cuarto haciendo, en absoluta tranquilidad, lo que se supone que tendría que estar haciendo yo.

Antes de verme envuelta en un tumulto de gente extraña, respiro profundamente tres veces para no enfadarme más de lo que ya lo estoy. Me parece increíble que tenga que irme de mi propia casa para poder estudiar.

Nada más salir, me topo con Fran, al que se le ilumina la mirada en cuanto me ve, pero esa alegría le dura poco, porque al ver mi cara de pocos amigos se le quitan las ganas de sonrisitas.

—¿Adónde vas con esa mochila?

—No sé, Fran, dímelo tú... —replico cruzándome de brazos.

Él no responde. No se espera mi actitud, me doy cuenta porque lo ha dejado sin palabras.

—Lo siento —dice al fin.

—No es culpa tuya, y tranquilo, que te aseguro que no va a volver a ocurrir. Pasadlo bien.

—¿No vas a hablar con Mika?

—No, ya hablaré con ella cuando esté más tranquila. Como alguien entre en mi habitación o toque alguno de mis libros, sois personas muertas —termino por decirle mientras lo señalo con el dedo.

Sin esperar respuesta, salgo por la puerta justo cuando Mika me llama, pero yo ya estoy camino del sitio que me va a proporcionar la paz y la compañía que necesito.

Mi cuerpo pide relajarse después de lo que acaba de suceder, por lo que decido ir a casa de mi novio dando un paseo. Esto aclarará mis ideas, ya que sigo teniendo una conversación pendiente con él. Siento que, cada vez que damos un paso hacia delante, nos movemos dos hacia atrás.

***

Justo cuando llego al portal de Marcos, veo cómo una señora se dispone a salir por la puerta. Se la sujeto y, una vez que sale, entro yo. Subo las escaleras y, a pesar de haber cogido las llaves, prefiero llamar.

Instalo una sonrisa en la cara porque quiero que sea lo primero que Marcos vea cuando me abra, pero esta se me borra de un plumazo cuando compruebo quién está al otro lado de la puerta.

—Tu novio no está —suelta Ulises de malas maneras mientras se apoya en el marco de madera.

—Pues me importa una mierda, porque es su casa y tengo derecho a estar en ella. Incluso más que tú —respondo con el desdén que se merece.

—Pasa —dice sin ganas.

Decir que no lo soporto es quedarme corta.

—No necesito tu invitación, no te creas que me estás dando permiso.

—Yo no te estoy invitando, por mí puedes quedarte donde te dé la gana, con suerte hasta me distraes un poco.

—Eres un chulo.

—Eso te gusta, ¿verdad?

Paso, chocando con él porque prefiero no contestarle más. Me voy directa a la habitación de Marcos y cierro con un sonoro portazo. ¿Dónde se habrá metido? Vuelvo a mirar mi móvil y sigo sin respuesta. Imagino que habrá ido a comprar algo, por lo que no tardará en llegar. Saco las cosas de mi mochila, las extiendo sobre su cama y me pongo con mi cometido.

«Karla, solo tienes que centrarte en esto —me digo—, no en la fiesta que se está celebrando en tu casa, ni en que tu novio no te responde, y, mucho menos, en que estás compartiendo oxígeno con la última persona con la que querrías estar».

25

Ulises

Llevo un rato zapeando en la tele y, para ser sábado noche, no hay nada interesante. Hace unos años habría estado de fiesta con mis colegas, con una copa en una mano y una chica en la otra.

La realidad es que, de momento, tengo que adaptarme a esta mierda de vida hasta que logre dar con la solución a todos mis problemas, que no son pocos.

Están poniendo *London Boulevard* y, mientras pienso en mis cosas, las tripas me avisan de que llevo bastante rato sin comer nada. Miro el reloj y veo que ya pasan de las once, por lo que me levanto del sofá y voy a la cocina para ver qué puedo hacerme de cena.

La novia de mi hermano no ha salido de su cuarto desde que ha llegado, e imagino que querrá llevarse algo a la boca, aunque no saldrá por el simple hecho de no encontrarse conmigo.

Y, pese a que no debería importarme una mierda esa niña, tampoco quiero que se muera de hambre y me acusen de otro crimen nada más poner los pies fuera... Con una vez, es suficiente.

No sé qué le habrá contado Marcos sobre mi pasado, pero está claro que la imagen que tiene de mí es la de una persona a la que es mejor tener lejos. Y, por algún motivo que desconozco, eso, en vez de alejarme, hace que quiera estar más cerca de ella.

Me dirijo a la habitación de mi hermano y abro la puerta sin llamar. Total, las cosas no pueden empeorar más.

—¿Se puede saber qué te pasa, imbécil? —espeta una Karla rodeada de apuntes, y, si las miradas matasen, la que tendría que hacerse cargo de un cadáver sería ella.

—Voy a cenar, ¿quieres algo? —suelto con indiferencia.

—Quiero que me dejes en paz, ¿te vale?

—Eso no lo tenemos en la carta esta noche.

—Eres insufrible...

—Oye, menos humos... Tendremos que sumar «desagradecida» a tu lista de virtudes —le digo de forma irónica, y aunque me joda, disfruto cabreándola más de lo que quiero reconocer.

—¿Desagradecida? Pues tú eres un maleducado al perturbar mi tranquilidad irrumpiendo aquí sin llamar. Podrías haberme interrumpido haciendo algo, hay una cosa que se llama intimidad, por si no lo sabías.

—Hombre, algo estás haciendo... —contesto controlando la sonrisa que escapa de mis labios—. Pero, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy —digo con ese tono que sé que la saca de sus casillas.

—Yo no necesito nada de ti —espeta, y a mí se me escapa una carcajada. Es demasiado fácil hacer rabiar a esta chica.

Veo cómo se levanta y viene hacia mí hecha una fiera, pero justo cuando llega donde estoy, se para.

—¿Qué pasa? ¿Ya no eres tan valiente, gatita? —pregunto a un palmo de su cara.

—Eres un gilipollas que está tan solo que, para matar su tiempo, no tiene otra cosa que hacer que venir a tocarle las narices a la novia de su hermano.

—Por lo menos, yo me estoy preocupando por lo que quiere comer la novia de mi hermano, ya que a él parece que se la suda

todo lo que tiene que ver contigo, si no, no estarías aquí y sabrías dónde está.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Marcos? —pregunta cambiando el semblante. Ha sido evidente en cuanto ha aparecido aquí buscando a mi hermano que no tiene ni puta idea de que se ha pirado a Cantabria.

—No pienso darle carta blanca a tu novio para que me eche más mierda encima, así que es cosa suya decirte dónde está.

—Pues deja de molestarme de una puta vez. —Su cara se pone roja por el enfado.

—¡Estoy intentando ser amable contigo, joder!

Nos miramos en silencio; ambos respiramos de manera agitada. Su pecho sube y baja con violencia mientras, en el mío, mi corazón bombea a una velocidad vertiginosa.

—Bien, Ulises, estoy cansada de toda esta mierda, de verdad. Si no quieres nada importante, te agradecería que no me molestaras más.

—Te lo he dicho nada más entrar aquí: voy a hacerme algo de cenar. Pensé que igual tenías hambre —digo con sinceridad.

Karla me mira. Estoy seguro de que se pregunta si lo que acabo de decirle es verdad. Está cansada de esto, pero yo también. Aquí solo la conozco a ella y a mi hermano, por lo que necesito un poco de tregua con ambos de vez en cuando.

—Siendo sincera, sí que me apetece comer algo —responde con la boca pequeña.

—¿Tregua? —Le tiendo la mano y sonrío cuando me la estrecha, dejando pasar más segundos de la cuenta antes de soltarla.

—Tregua —contesta.

26

Karla

Sentados a la mesa del comedor, nos vamos repartiendo las patatas fritas, las pechugas de pollo y la ensalada que Ulises ha preparado mientras yo terminaba de subrayar mis apuntes. Cuando he salido de la habitación, ya estaba casi todo listo, la mesa puesta, y muchos de los utensilios que ha utilizado limpios, cosa que me ha sorprendido. Y aquí estamos ahora, el silencio va haciéndose cada vez más denso y yo no puedo soportarlo más.

—Tu hermano es muy perfeccionista, pero siempre deja la cocina hecha un desastre —digo—. Me sorprende que seas de los que van limpiando a medida que van cocinando.

—Me enseñaron así —contesta mientras se mete una patata en la boca.

—¿En la cárcel?

Vale, no es la palabra que pensaba soltar en la tercera frase de esta conversación.

—Imaginaba que este tema saldría con el postre, pero veo que vas directa al grano... Digamos que allí dentro me enseñaron muchas cosas, sí.

Me muevo incómoda porque soy consciente de que no debería haberlo mencionado, pero la verdad es que estoy cenando con un expresidiario del que no sé absolutamente nada bueno.

—¿Hay algo sobre ese asunto que quieras saber? Estoy seguro de que todo lo que te ha contado Marcos de mí son cosas buenísimas que me dejan en muy buen lugar —continúa, y una sonrisa canalla asoma a la comisura de sus labios—. No me estoy justificando, ya ha llegado un punto en el que lo que piensen de mí me la suda, tan solo quiero decir que la cárcel me ha cerrado muchas puertas y ha dado una imagen de mí que no se ajusta a la realidad, aunque, en honor a la verdad, tampoco me he esmerado mucho en demostrar lo contrario.

—Lo único que me ha contado Marcos es que vienes de allí, pero no me ha dicho la razón.

—Porque no la sabe ni él, y posiblemente lo que le hayan dicho sea mentira.

Ahora mismo me encantaría saberlo todo, porque las palabras le raspan en la garganta. Se nota que lo que dice le duele, y ver esa expresión en su rostro, aunque sea por unos segundos, me desconcierta.

—Eso yo no lo sé... ¿Estuviste mucho tiempo? No quiero que te ofendas, pero ni siquiera sabía de tu existencia.

—Vaya..., me alegra saber que la gente que más debería quererme me ha borrado de sus vidas como si no hubiese existido jamás. Ni siquiera lo dudaron —comenta, pero esa frase la pronuncia más para sí mismo que para mí—. Joder...

—Vamos a cambiar de tema —sentencio—. Por cierto, muchas gracias por la cena. Venga, recuerda que tenemos una tregua. ¿Qué has estado haciendo desde que llegaste aquí?

Me regala una pequeña sonrisa porque estoy segura de que agradece el cambio de conversación.

—Básicamente me paso el día aquí encerrado, aguantando las malas palabras de tu novio y buscando ofertas de trabajo.

—¿Has encontrado algo que te encaje? —pregunto haciendo caso omiso de lo referente a Marcos.

—Karla, no me encaja nada... He tenido que mentir un poco con mi vida laboral. Fui a una entrevista de trabajo como mozo de almacén, la cosa parecía que iba bien, hasta que me pidieron los antecedentes penales. —Se pasa la mano por el pelo con frustración. No me gustaría estar en su piel—. Tengo claro que nadie me va a dar un trabajo, pero juro que lo estoy intentando.

—No quiero ser demasiado maja contigo, por lo de que nos detestamos y esas cosas —suelto entre risas—, pero si veo que realmente pones de tu parte para encontrar un empleo, yo misma daré la cara por ti frente a Marcos.

—No creo que estuviera muy contento si llegara el momento. No soy tonto, sé que no quiere que me acerque a ti, y lo entiendo.

—¿Que entiendes qué?

—Que no quiera que me acerque. Si fueras mía, no querría que nadie te mirase siquiera —aclara, y su voz ronca hace que todo el vello de mi cuerpo se erice. Creo que es el comentario más machirulo que he oído en mi vida, pero mentiría si no dijese que me ha afectado más de lo que debería.

—¿«Si fueras mía»? —pregunto aclarándome la voz y enarcando una ceja—. Y ahora saldrán de tu habitación tus colegas del Paleolítico... Yo no soy de nadie, Ulises.

—Si estuvieras conmigo, no dirías lo mismo, pero como estás con mi hermano... Solo puedo decirte que, cuanto menos me defiendas, mejor para ti y para esa especie de relación que tenéis.

Aunque sus formas no hayan sido las mejores, debo admitir que, en parte, que Marcos se haya ido a vete a saber dónde sin decirme nada, y que su hermano me esté dejando tan claro lo que haría

conmigo, no me está poniendo la situación fácil. Darme cuenta de hasta qué punto nos estamos distanciando me ha dolido.

Me permito pasear mis ojos por el cuerpo de Ulises. Francamente, es un tío que llamaría la atención de cualquiera. Suerte tengo de no ser cualquiera, sino su cuñada. Este hombre está prohibido para mí en todos los idiomas y de todas las maneras habidas y por haber. «Karla, céntrate».

—No seré yo quien te lleve la contraria en eso —contesto intentando ordenar mis pensamientos, que se han ido por donde no deben—. Pero soy una mujer adulta y yo decido con quién me relaciono. No lo olvides, Ulises, tu hermano no tiene poder para decirme que no te hable. Si no lo hago, es por mí misma.

—Y porque me detestas igual que yo a ti. —Esta vez, el que se ríe es él. Y agradezco la broma para destensar el ambiente.

—Veo que en ocasiones nos entendemos.

Seguimos cenando sin decir nada, y lo que en un inicio era un silencio denso se convierte en algo llevadero, cómodo. De vez en cuando lo observo de reojo y lo veo relajado, como si estuviese disfrutando realmente de este momento, de tener compañía.

—¿Qué es lo que haces ahí dentro? —pregunta señalando en dirección a la habitación de Marcos.

—Pues ¿te importa que hablemos de otra cosa? Te daría una chapa considerable sobre las asignaturas de mi carrera, pero es que me aburren incluso a mí. No sé, podemos hablar de música, de cine...

—La verdad es que, debido a lo que ambos sabemos, no estoy muy puesto en ninguno de esos temas. Me gustaba mucho el cine, veía un montonazo de pelis, pero, claro, solo podría hablarte de las de hace unos cuantos años.

—¿Y cuál es tu favorita?

—*Scarface.*

—Yo también la he visto muchas veces. Tienes buen gusto.

—Ya... —dice mientras se rasca la nuca—. ¿Y la tuya cuál es?

—*El diablo viste de Prada*, me sé los diálogos de memoria. Mataría a quien dijese algo malo de ella.

—Pues me libro esta vez, porque no la he visto —contesta riéndose.

—Prométeme que en algún momento lo harás.

—Te lo prometo.

27

Karla

Me desperezo en la cama mientras pienso en la noche de ayer. No fue tan malo como esperaba. Cené con el hermano de mi novio —sé que debería referirme a él como «cuñado», pero es algo que de momento no voy a hacer—, y después de una agradable velada, insistió en que me fuera a descansar porque él se encargaba de recogerlo todo.

Si no fuera por lo que sé de Ulises, probablemente me llevaría bien con él. Y, si bien es cierto lo que le dije de que Marcos no decide en mi relación con él, si me alejo es porque no deseo hacer sentir mal a mi novio. Sigo sin saber realmente cómo acabó Ulises en la cárcel y por qué su familia lo repudia desde entonces, pero de momento la información que tengo es suficiente para quedarme donde estoy.

Pongo la oreja para ver si se oye vida al otro lado de la puerta, pero la casa está en completo silencio. Miro mi móvil y me mosqueo al ver que Marcos sigue sin darme una respuesta. ¿Dónde habrá pasado la noche? Imagino que Ulises sabía a ciencia cierta que no iba a dormir en casa, porque no creo que sea tan kamikaze de hacer lo que hizo teniendo dudas de que su hermano pudiese llegar en algún momento.

Salgo y corro hacia el baño con mi neceser para darme una buena ducha y adecentarme un poco. Cinco minutos bajo el chorro de agua

caliente y la tensión que tengo en el cuerpo se disipa. Salgo, me seco, me visto y me maquillo, como hago todas las mañanas. Una vez que estoy lista, dejo las cosas en la habitación y voy hasta la cocina para hacerme el desayuno.

Diez minutos, con todo preparado, doy un bocado a mi tostada apoyada en la encimera de la cocina. Es una pequeña manía que tengo, siempre comienzo a desayunar de pie. Cuando voy a coger el resto de las cosas para llevarlas a la mesa del comedor, Ulises aparece ante mí vistiendo tan solo un pantalón corto de deporte. ¿Y cómo se produce el encuentro? Pues justo cuando me dispongo a salir por la puerta de la cocina, haciendo que su cuerpo y el mío se acerquen más de lo que debería ser apropiado.

—Buenos días —saluda con voz ronca en cuanto me ve.

—Buenos días —respondo, y termino de tragar el aguacate que tengo en la boca.

Llego a la mesa, lo dejo todo, me siento e intento actuar con normalidad. Ulises aparece de nuevo y se acomoda en el sofá mientras trastea con su teléfono. Su mirada no se ha vuelto en ningún momento hacia mí, por lo que puedo apreciar sin miedo cada tatuaje que adorna su piel.

No sé si son tatuajes carcelarios, desconozco todo lo relacionado con la prisión, pero, en mi opinión, son bastante bonitos. También me fijo en que tiene un cuerpo trabajado, como si se hubiese pasado más horas de las que tiene el día encerrado en un gimnasio; con algo tendría que entretenerse el muchacho tanto tiempo allí metido, digo yo. Sigo observando con detenimiento un cuerpo que no debería estar mirando con tanto empeño, pero es como tener frente a mí a un modelo de ropa interior, algo difícil de ignorar hasta para la persona con el mayor autocontrol.

—Tierra llamando a Karla. ¿Qué pasa?, ¿admirando una de las siete maravillas del mundo? —suelta con esa voz suya tan característica, sacándome de repente del trance en el que me encuentro.

—Ay, disculpa —digo un tanto nerviosa en cuanto me percato de que me ha pillado—. Me he quedado en Babia. No te estaba mirando a ti, creído —concluyo con una sonrisa.

—Ya... ¿Has hablado con mi hermano?

—No, no he tenido noticias suyas. Prefiero no hablar de Marcos, si no te importa.

Ulises asiente con la cabeza y se queda unos segundos mirándome intensamente, hasta que devuelve su atención al móvil.

Una vez que termino de desayunar, voy a la cocina a lavar todo lo que he utilizado y decido encerrarme de nuevo en la habitación de Marcos para continuar repasando el temario.

—Voy a seguir estudiando —informo al regresar al salón, como si tuviese obligación de pasarle el parte de mis acciones.

—¿Te aviso para comer?

—Eh, no... —respondo desconcertada al ver que sería capaz de volver a cocinar para mí—. Me iré a casa dentro de un rato, pero gracias.

—Bien.

—Bien...

Nos quedamos en silencio y giro sobre mis talones para huir de este aire enrarecido que se ha instalado entre nosotros. Una vez dentro de la habitación de Marcos, me apoyo contra la pared mientras obligo a mi respiración a adoptar un ritmo normal. ¿Qué me pasa?

***

Salgo de casa de Marcos sin hacer ruido y sin despedirme, y, cuando pongo un pie en la mía, una Mika ojerosa me sonríe desde el sofá.

—Soy una perra mala, mentirosa y guapísima, así que perdóname la vida y no castigues al mundo sin mi presencia.

—Tranquila, nunca me cargaría a mi única amiga aquí —le digo riéndome mientras me siento a su lado—. Tu vida está a salvo conmigo, pero agradecería que, si vas a dar un fiestón, me lo digas con toda la sinceridad que te caracteriza para marcharme a otro sitio. Tengo la suerte de poder hacerlo si sucede algo así.

—Lo juro —afirma enseñándome el meñique para que lo enlace con el mío—. ¿Has podido estudiar?

—Sí, he repasado bastante.

—¿Qué tal Marcos? —Sé que no empatizan mucho, pero me alegra que me pregunte por él.

—No lo sé...

—¿Le pasa algo y no te lo ha contado?

—No, es que no lo he visto.

—¿Cómo que no lo has visto? —pregunta con desconcierto al tiempo que se levanta del sofá—. ¿No estabas en su casa?

—Sí, pero no con él.

—Ay, la madre que me parió... Has estado con su hermano. Dime que no has hecho nada que yo sí haría... La de pelis que he visto de triángulos amorosos con hermanos de por medio.

—Para el carro, loca, que aquí no hay nada de eso. Llegué pensando que estaba Marcos, pero me abrió Ulises. Me fui directa a la habitación a estudiar, acabamos cenando juntos y ya está —le cuento mientras pienso en la imagen que me ha regalado esta mañana.

—¿Ya está? No te creo, hermana. Hay algo que no me has contado.

—De verdad, no hay nada suculento para tu mente calenturienta. Me hizo la cena mientras yo terminaba unas cosas y luego él lo recogió todo. Esta mañana nos hemos visto unos pocos minutos y ahora estoy aquí, contándote esto sin saber la razón.

—¿Y esa cara? —pregunta de nuevo levantando una ceja.

—¿Qué cara? —contraataco con otra pregunta porque me estoy empezando a poner nerviosa.

—La de que hay algo que no me estás contando.

—Joder..., vale. Esta mañana ha aparecido en pantalones cortos... Va lleno de tatuajes y, qué narices, si no fuese el hermano de mi novio, diría que está muy bueno. ¿Contenta?

—Pues sí, la verdad es que sí. Sabes que no es pecaminoso admirar algo bello, ¿verdad? Como suele decirse: se mira, pero no se toca. Pues eso, mira todo lo que te dé la gana.

—Es mi cuñado.

—Si el mío fuese Michele Morrone, estaría babeando todo el día.

***

Ayer, la conversación con Mika derivó en todos los tíos por los que perdería la cabeza a pesar de que fuesen de su familia, y, a la media hora, volví a encerrarme en mi habitación para seguir con lo que tenía entre manos. A las diez y cuarto de la noche mi cerebro necesitaba descansar, por lo que me acosté a esa hora. Esta mañana me he despertado, me he preparado un desayuno digno de campeones, me he dado una ducha rápida y me he ido para la uni. Acabo de salir del aula en la que he tenido el examen y tengo el pálpito de que me ha ido realmente bien.

Estoy tan orgullosa de mí misma que no me importa que Marcos no se haya dignado escribirme todavía ni sepa dónde narices se ha metido.

Cojo el móvil y le envío un mensaje diciéndole que creo que sacaré una gran nota. En este punto, el problema que tengo no es el miedo a que no me responda tampoco, sino que en realidad no era a él a quien quería comunicarle la buena noticia, sino a la persona con la que comparte ADN.

28

Marcos

Esta mañana, cuando he llegado de Cantabria, el silencio que había en casa se ha visto interrumpido por una notificación de mi móvil. Otro mensaje de Karla, que ha estado intentando ponerse en contacto conmigo todo el fin de semana, sin éxito.

Estos dos días fuera me han servido para aclararme un poco las ideas, reflexionar sobre mis actos y pensar cómo puedo encauzar una relación que se está yendo al garete.

En cuanto a mi hermano..., esa es otra historia que no sé cómo continuar.

Marcos: Qué buena noticia, estoy muy feliz por ti. Estoy seguro de que tu sensación será acertada. Podemos vernos esta tarde y lo celebramos. Siento mucho haber desaparecido así. Te compensaré. Dime sitio y hora, y ahí estaré. TQ.

Un solo mensaje, del que obtengo respuesta unos minutos después, hace que me sienta como si acabara de desprenderme de una gran losa que llevaba a la espalda.

Después de deshacer la maleta, darme una ducha y comer, me voy directo a la cita con mi novia, preguntándome dónde se habrá metido Ulises todo este tiempo, pues no he sabido nada de él.

Diez minutos antes de la hora acordada ya estoy esperando en la entrada de la cafetería donde hemos quedado, mientras pienso qué explicación darle a Karla por mi huida, porque así es como la he sentido. Aceptaré todo lo que me diga, porque bastante he tenido ya con aguantar este fin de semana a mis padres, que me hicieron un interrogatorio en toda regla cuando me vieron llegar sin avisar. Me escudé en que los echaba de menos, que iba muy bien con la carrera y que, como no es obligatorio asistir presencialmente a las clases, podía salir de Cantabria el lunes a primera hora.

Les dije que Karla les mandaba recuerdos y que le habría encantado acompañarme, pero que ella no iba tan bien como yo en los exámenes.

Giro la cabeza hacia la derecha y la diviso al fondo, con el pelo suelto, su aura de persona feliz y sus inseparables botas. Cuando llega a mi altura, me sonríe.

—No te vas a librar, me debes una buena explicación —suelta sin ni siquiera saludar previamente.

—Lo sé, te mereces todas las que quieras. ¿Entramos?

—Sí, pero primero dame un beso, anda.

Nos damos un beso rápido, de esos que se dan como por inercia, y pienso en nuestros inicios y en lo distinto que habría sido este saludo entonces.

Una vez dentro, nos sentamos a una mesa con sillas de diferentes colores y miramos la carta para ver qué pedir. A continuación, llamamos a la camarera para que apunte la comanda.

—Bueno, ya puedes empezar. No, espera, ¿en qué momento te pareció buena idea desaparecer como si nada, sin avisarme, y haciéndome un *ghosting* deliberado? Soy tu novia, Marcos —dice de brazos cruzados.

—Lo sé, y te pido perdón. No puedo excusarme porque tienes toda la razón. No he hecho bien las cosas. No volverá a suceder.

—No sé si volverá a suceder o no, pero, desde luego, si así fuese, te aseguro que no estaría aquí sentada contigo tan alegremente.

Las palabras salen de su boca con total convicción, y si los papeles estuviesen invertidos, yo diría lo mismo que ella.

La camarera deja en la mesa los batidos que hemos pedido, junto con las porciones de tarta, y se va, dejándonos solos de nuevo.

—¿Dónde has estado?

—En casa.

—No es verdad, fui y no estabas —responde con el ceño fruncido.

«¿Ha estado en mi casa a solas con mi hermano?».

—En mi casa de Cantabria —especifico.

No sé qué expresión tengo en estos momentos, pero para Karla soy como un libro abierto.

—Llamé al timbre y no contestó nadie —aclara—. Estuve un buen rato haciendo unas compras y, al pasar por allí de nuevo, probé una vez más. Tampoco obtuve respuesta. Te llamé y te escribí y nada. Después volví a casa sin noticias tuyas.

No quiero convertirme en uno de esos novios que desconfían de sus parejas, pero, al igual que ella sabe lo que pienso, yo también la conozco perfectamente a ella y sé que lo que acaba de decirme no se ajusta del todo a la realidad. El problema es que no sé hasta qué punto se ha inventado la historia, pero no estoy en posición de pedir explicaciones.

—Te pido perdón de nuevo.

—Tranquilo, estoy tan contenta por mi examen de hoy que estás perdonado. —Sonríe con un bigote de chocolate, y me contagio de su sonrisa.

Su teléfono interrumpe este momento y me enseña el nombre que aparece en la pantalla.

—Hola, Fran. ¿Qué pasa?

Mientras el susodicho habla con ella, Karla me mira fijamente, haciendo que no me pierda detalle del brillo que se ha instalado en sus ojos y de la sonrisa creciente de su boca.

—¿Un lunes? Guauuu...

Karla está feliz, una llamada del cabra loca de su amigo, ella haciendo referencia a que es lunes..., soy consciente de que lo que viene a continuación no va a ser de mi agrado.

—Estoy con Marcos, se lo comento y te escribo con lo que sea... Vale, tú mándamelo de todas formas. Un beso.

Cuelga el teléfono, lo deja sobre la mesa y, al instante, le llega un mensaje de la persona con la que acaba de hablar.

—Me ha llamado porque es el cumpleaños de su compañero de piso y pensaba celebrarlo el fin de semana. Ha tenido una idea superloca: ha telefoneado a un contacto, y..., ya sabes cómo es esta ciudad, siempre está a tope. La cuestión es que ha conseguido un reservado para hoy. Ha llamado a toda su agenda y les ha dicho que se llevaran a quienes quisieran. Tiene que ser un cumpleaños épico.

—Karla, es lunes, comienzo de semana... ¿Y tus clases de mañana?

—¿Y las tuyas de hoy? —contraataca. «Chica lista».

—Te mueres por ir, ¿verdad?

—Después del estrés del examen, no te voy a mentir, sí, me muero por ir. Pero seré más feliz si tú vienes de la mano conmigo.

—Ya sabes que no me van ese tipo de cosas.

—Creo que me merezco pasármelo bien con mi novio, Marcos. Por fi...

Ahí está, esa cara de cachorrillo al que jamás dejaría abandonado. Sabe que cuando me pide las cosas así me resulta muy difícil negarme.

—De acuerdo, voy contigo —claudico, y ella, sin esperar un segundo, ya está escribiéndole a Fran—. Pero si veo que no estoy cómodo, me voy para casa.

—Ya verás lo bien que lo pasamos. Además, conoceremos a un montón de gente nueva. ¿No es genial?

«Sí, claro. Genialísimo».

***

Dos horas después, estamos en un reservado de uno de los locales de moda de Madrid, y todo cuanto me rodea es demasiado para mí. No sé qué clase de sitio es este, pero estoy en un constante estado de estupefacción.

Sirviendo las mesas hay un montón de chicas exuberantes que tan solo llevan una minifalda y un escueto sujetador, y unos tíos con cuerpos dignos de estudio, en pantalones negros y pajarita a juego, sin nada que tape sus impresionantes músculos. A eso hay que añadirle la barra de *pole dance* que hay en medio de la pista y las chicas que hacen piruetas asombrosas en ella.

¿Qué hago yo aquí?

El cumpleañero, que está igual de colgado que el amigo de mi novia, va vestido con un traje de cuadros escoceses y lleva la cara llena de brillos. Además, lleva una banda en la que se lee «Feliz cumpleaños», una capa y una corona adornando su cabeza. No he visto persona más excéntrica en mi vida.

No he cruzado más de dos palabras con la persona culpable de que esté aquí (y no me refiero a Karla), cuando veo que se acerca

otra de las que no son gratas para mí.

—Hola, chicos —saluda Mika demasiado efusiva al tiempo que se abraza a Karla—. Me alegro enormemente de que hayáis venido. No daba un duro por ello, lo admito. ¿Qué os parece el lugar?

—¡Me encanta! —exclama mi novia con sinceridad mientras da una vuelta sobre sí misma admirándolo todo—. Me parece un sitio chulísimo. Y un puntazo lo de la barra de *pole dance*.

—Es un plus. Luego lo intentaré yo. Ya sabes..., igual así pesco esta noche.

Las chicas se echan a reír y a mí empieza a faltarme el aire.

—Marcos, corazón, dame dos besos, que no muerdo. Bueno, a ti no..., ya me entiendes.

No, no la entiendo ni la quiero entender. Esta chica y yo hablamos idiomas diferentes. De todas formas, como me han educado bien, hago lo que me pide.

—Te noto un poco rígido, ¿te pasa algo? No seas tan soso y mimetízate con estas personas, que son buena gente. La vida son dos días, y no estamos para pasarlos amargados, así que muévete un poco y disfruta. Luego os veo —se despide alejándose de nosotros, y yo siento que la mala leche sale por cada poro de mi ser.

—No la soporto —siseo entre dientes.

—¿La música? —pregunta Karla inocentemente.

—No, a la persona que en menos de un minuto acaba de llamarme rígido, soso y amargado.

—Vamos, Marcos, es su forma de expresarse...

—Es tu amiga y lo respeto. Este es tu ambiente ahora, y de verdad que me parece bien, pero ni es mi gente, ni el lugar donde quiero estar ahora mismo. Me voy a casa. He venido contigo, lo he intentado, pero no, no puedo seguir aquí.

La beso en la mejilla, me doy la vuelta y me voy sin mirar atrás, como acostumbro hacer últimamente.

29

Karla

En cuanto Marcos se marchó ayer de la fiesta, intenté ahogar mi malestar y mi tristeza entre bailes, abrazos sinceros a mis amigos y alguna que otra cerveza.

Son las diez de la mañana, y el despertador de mi móvil me avisa de que debo levantarme, a pesar de que me he acostado hace unas pocas horas.

Tengo una sensación que no sé cómo gestionar. Las personas más importantes para mí en estos momentos orbitan diferentes planetas, y no sé cómo hacer para que giren en paz hasta encontrarse en una misma estrella.

No concibo mi vida sin Marcos, pero tampoco la concibo sin Mika y sin Fran.

No puedo partirme en dos, y soy consciente de que el que tiene el mayor problema con este asunto es mi novio, no mis amigos.

Salgo de la cama para ir a hacerme el desayuno, y, cuando entro en la cocina, me encuentro con Mika, que está engullendo de un trago una botella de agua de litro y medio. Una vez que termina, habla.

—La próxima vez no me dejes beberme hasta el agua de los floreros, por favor.

—Pero si no bebiste mucho más que yo, y me tomé unas pocas cervezas —apunto.

—Pero proceso muy mal el alcohol, las cosas son así. Ay, Karla, qué fiestón nos metimos ayer y qué fiestón nos vamos a meter hoy.

—¿Cómo? —pregunto sin entender nada.

—Pues no sé, ¿tienes mucha hambre? —empieza a reírse y yo, con ella.

—Mira que eres tonta... Explícate.

—Pues que hoy volvemos a salir de fiesta al mismo sitio. Ayer Guille no logró reunir a toda su gente, cosa normal avisando con tan poca antelación, y los que no pudieron pasarse le han pedido que repita el cumpleaños. Y como a él le va más un sarao que otra cosa..., pues volvemos. Tenemos que contribuir a su felicidad, amiga, que somos muy majos. No vamos a crearle nosotras ahora un trauma al pobre chico.

—Mika, creo que me descuelgo esta vez. Tengo que ir dentro de un rato a la uni, a por unos libros de la biblioteca, y tenía pensado ir mañana a clase. Si empezamos a coger esta rutina de fiesta en fiesta, vamos a acabar mal —me sincero.

—Hagamos una cosa. Mira, tú te vienes con nosotros esta noche, y te prometo que no te vuelvo a proponer otra fiesta hasta... —comienza a hablar, pero se muerde una uña mientras piensa el intervalo de tiempo que va a decirme— dentro de dos semanas. Piénsalo bien, dos semanas en las que estarás tranquila sin que te incite a pecar en la noche madrileña. Creo que es un acuerdo de la hostia. ¿Qué opinas?

—¿Lo prometes? —pregunto, y la miro con el ceño fruncido porque no me fío ni un pelo de ella.

—Lo juro por lo más sagrado del mundo: mi colección completa de *Sexo en Nueva York*.

***

Esta mañana, en cuanto Mika me propuso el plan para esta noche, sabía que tenía la guerra perdida.

Mi puerta se abre y mi amiga se asoma.

—Joder, si me gustasen las mujeres, iría a por ti de cabeza. Qué buena estás, mamona. Tienes que dejarme ese vestido en algún momento.

Me río y vuelvo a mirarme en el espejo. Llevo puesto un vestido corto y ceñido de color negro con un tirante cruzado por encima del pecho. Me he puesto unas medias del mismo color, y, cómo no, las botas, para evitar pisotones tontos. Me he pintado los ojos con kohl, y el toque de color de mi atuendo es un bolso rojo que destaca y me encanta cómo queda en mi look.

Diez minutos después, salgo de casa con Mika colgada del brazo.

—¿Caminando o Uber? —pregunta de repente.

—Mika, no puedo...

—Si me vas a decir que no tienes dinero, te corto la lengua aquí mismo —me interrumpe—. No gastes energía en discutir, pago yo. ¿Ves esto de aquí? —pregunta abriendo su bolso y sacando una tarjeta de crédito—. Esta pequeña es la responsable de tu estantería, de la alfombra nueva y de... —hace una pequeña pausa mientras trastea con el móvil— el coche que nos recogerá en tan solo tres minutos. Gracias, papá y mamá, por contribuir a que no tengáis que gastaros más pasta en pagarnos un podólogo.

Esta chica es única, pero aún no lo sabe. La abrazo fuerte, porque lo que necesitaba en el día de hoy era sentirme acompañada y querida, y ella lo ha conseguido sin pretenderlo.

—Algún día te cortarán el grifo y no sé qué va a ser de ti —bromeo.

—*Nos* lo cortarán —me corrige—, y ese día nos gastaremos el poco dinero que nos quede en efectivo en tarrinas de helado, mancharemos el sofá y lloraremos porque no podremos comprarnos uno nuevo.

—Podremos limpiarlo, como el resto de los mortales.

—Seremos tan desgraciadas que la mancha no saldrá con nada. Ay, mira, ya viene el coche. Menos mal, porque me estaba dando un bajón por tu culpa, maldita.

Una vez que entramos, el conductor mantiene una breve conversación agradable con nosotras hasta que llegamos a nuestro destino. Le damos las gracias, le deseamos buena noche y nos metemos en el local, que ya está a rebosar de gente.

—Trae la chaqueta, que las dejo en el guardarropa —se ofrece Mika con una sonrisa.

Se la doy y observo todo a mi alrededor. Otra noche más aquí, sin Marcos, del que prácticamente no he sabido nada en todo el día.

Cuando vuelve a mi lado, vamos directas al reservado, donde empieza realmente nuestra noche.

***

Llevo unas dos horas y media dentro de este local y me encuentro en medio de la pista, moviendo los brazos y las caderas al son de la música. Mis ojos no pueden dejar de mirar a la chica que da vueltas alrededor de la barra metálica que tengo delante. Empiezo a ver bastante borroso debido al alcohol, pero no debe de ser suficiente, porque guío la copa que tengo en mi mano hacia mi boca para darle un buen trago. Justo cuando vuelvo a mirar al frente, mis ojos se quedan clavados en la imagen de un chico que me observa a mí de

igual manera. Sonrío sin pensarlo, y sus pies comienzan a moverse en mi dirección. Cuando lo tengo a mi lado, es él quien sonríe.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí —inicia la conversación mientras yo no sé cómo comportarme. Lo que menos esperaba era encontrármelo aquí.

—Toda una casualidad... Creo que lo bordé —suelto sin pensar.

Ulises pone cara de no saber de qué estoy hablando, por lo que le doy la explicación.

—El examen de ayer..., creo que lo hice de diez. Bueno, de diez tampoco, pero ya me entiendes.

—No esperaba menos, chica lista.

—Como mínimo, de lo evidente te das cuenta.

—Yo me doy cuenta de todo —dice contra mi oído, acercándose más a mí.

—De todo menos de lo que yo necesito —respondo, y, en lugar de alejarme, arrimo más mi cuerpo al suyo, dejando apenas espacio entre nosotros.

—¿Y qué necesitas esta noche? —pregunta con una media sonrisa asomando a la comisura de sus labios. Mis ojos se quedan fijos en su boca.

—De momento, una copa —contesto mirándolo desafiante. Probablemente esta conversación estaba adoptando un tono que no esperaba.

Da un paso atrás y me deja confusa.

Veo que se pone tenso y mi cabeza, que se ha dejado llevar por este tira y afloja, responde. Mierda. Recuerdo que la primera vez que lo encontré en un lugar así, me confesó que venía en busca de alguien que le pagase la borrachera.

—Tranquilo, yo te invi...

No puedo terminar la frase, porque me interrumpe Mika, que aparece por arte de magia escaneando de pies a cabeza al chico que me acompaña.

—Hola, soy Mika —se presenta de forma sugerente mientras se acerca a él para darle dos besos.

Me quedo mirando. Siento que ese acercamiento dura demasiado, que mi amiga se ha detenido más de la cuenta y que los dos besos han quedado peligrosamente cerca de la comisura de sus labios. Entonces, la mano de él se posa en la cadera de Mika... y yo siento que quiero irme de aquí.

—Ulises —dice de forma escueta.

Nada más oír el nombre, Mika se gira hacia mí, dándole la espalda. Abre mucho los ojos y la boca, como si algo la hubiese poseído. Se separa rápidamente de él y se aferra a mi brazo con más fuerza de la habitual.

—Encantada, Ulises. Te diría que he oído muchas cosas sobre ti, pero siento desilusionarte: solo sé que compartes sangre con el novio de mi amiga. Iba a la barra a pedir, ¿queréis algo? No contestéis, por supuesto que sí. Y os preguntaría si os fiais de mí, pero tampoco es necesario que digáis nada... Dadme unos minutos, que enseguida vuelvo.

Apuro la copa que tengo en la mano de un trago, dejo el vaso en una de las mesas altas que tengo cerca y cierro los ojos para sentir la melodía de «Enamorada», de Pedrina y Rio, que está sonando ahora mismo.

Unos segundos después noto una presencia a mi espalda, y estoy tranquila, relajada, porque mi cuerpo sabe de quién se trata. Me dejo caer hacia atrás, apoyándome en su pecho, y una de sus manos me mueve la melena hacia un lado, dejando mi cuello

expuesto totalmente. Siento que su boca se acerca a él, susurrándome al oído.

—Vas a convertirte en el mayor de mis problemas.

Me recuesto más contra su pecho, haciendo un poco de presión, y giro la cabeza para que oiga lo que voy a decir.

—¿Qué clase de problema? —Me muerdo el labio, y sus ojos se fijan en ese gesto.

—En el más grande de todos, joder.

Su mano se posa en mi estómago, pegándome más a él si cabe, y yo sigo moviéndome hasta que un jarro de agua fría cae sobre mí en el momento en que, por encima de la música, logro oír el carraspeo procedente de la garganta de mi amiga, que acaba de llegar con las bebidas.

Mika se acerca a mí un poco y me separa de Ulises sutilmente.

—¿Todo bien? —me pregunta alzando las cejas con una mirada inquisitiva.

—Sí, no te preocupes, estábamos hablando.

—¿Hablando? Como no sea el lenguaje corporal preapareamiento, no lo tengo claro, Karla, ¿de qué coño estabais hablando?

La miro y me quedo muda, no sé ni qué decir. Podría inventarme mil excusas, pero es mi amiga y no quiero mentirle, ya que ni yo misma sé lo que estamos haciendo.

—Tranquila, ¿lo tienes controlado o quieres que me quede contigo? —propone sin dejar de escudriñarme, buscando cualquier titubeo.

—Sí, no te preocupes. De hecho, ya habíamos terminado, así que voy a ir al baño.

Ella asiente, luego empieza a menear las caderas al ritmo de la música y sonríe a mi acompañante de esta noche, que no nos ha quitado ojo en ningún momento.

—Tomad, chicos, espero que las disfrutéis. Nos vemosssss... —dice al tiempo que nos entrega las copas y se aleja por la pista en dirección a las escaleras que dan al reservado.

Sigo en mi línea, me bebo prácticamente entera la nueva copa que tengo en la mano y me alejo de Ulises lo más rápido que puedo, cumpliendo con lo que le he dicho a Mika y huyendo un poco de esta situación. Por más que intento avanzar a buen ritmo, noto que mis piernas no están coordinadas por todo lo que he bebido.

Consigo hacerme un hueco entre la gente hasta llegar al pasillo oscuro, con letreros de neón, que da acceso a los baños. Una vez que paso una puerta metálica que divide esta zona del pub, la música comienza a sonar amortiguada. Un segundo después, la oigo perfectamente, ya que alguien ha abierto la puerta tras de mí. Antes de que llegue a uno de los cubículos del servicio, mi espalda acaba apoyada contra una de las paredes y, junto a mi cabeza, una de las manos de Ulises, haciendo que nuestros cuerpos estén más pegados de lo que deberían.

—No vuelvas a hacerlo —me advierte de forma autoritaria.

—¿El qué?

—Irte como si estuvieses haciendo algo malo.

—El bailecito que nos hemos pegado no es el más normal entre cuñados, Ulises. —Hago énfasis en la palabra «cuñados» no solo para dejárselo claro a él, sino para ver si así yo me mentalizo de lo que es y de lo que no debo hacer—. No necesito estar del todo sobria para saberlo.

—¿Tienes prohibido bailar? Quizá me haya equivocado contigo después de ese discursito tuyo de lo libre que eres —pregunta mirándome fijamente.

—Una cosa es libertad y otra libertinaje, quizá tú no sabes discernir entre esas dos palabras... —respondo, con la barbilla

ligeramente levantada para mirarlo a los ojos.

—No saques las uñas, gatita, solo estamos hablando.

Me revuelvo un poco incómoda en el escaso espacio que hay entre nuestros cuerpos hasta que una de sus piernas se mete entre las mías, haciendo que un jadeo escape de mi boca.

Coge su copa, que aún no se ha bebido, y me imita tomándosela de un solo trago. Tiene gracia la cosa, pero, como si supiese que algo trascendental estaba a punto de pasar en mi vida, Mika nos ha traído las copas en vasos de plástico, por lo que Ulises lo tira al suelo sin miramientos. Su otra mano se apoya al otro lado de mi cabeza, y solo se oyen nuestras respiraciones agitadas.

Me muerdo el labio de nuevo, y él vuelve a mirarlo igual que en la pista de baile.

—No hagas eso —me reprocha.

—¿Por qué?

—Porque no respondo.

—Estamos solos en un pasillo oscuro, pegados el uno al otro..., esto no está bien.

—No veo que te importe la compañía. ¿Quieres que me vaya?

—No tengo ni puta idea —confieso.

Mueve una mano para posar un dedo sobre mis labios rojos.

—Están intactos —dice mientras pasa el dedo lentamente por mi labio inferior.

—Es... permanente —digo, y la voz me sale entrecortada. Siento que el aire está tan cargado que me cuesta respirar teniéndolo tan cerca.

—Bien, así no dejaremos huella.

—¿De qué?

—De esto...

Justo cuando pronuncia la última palabra, sus labios devoran mi boca sin pedir permiso. Su lengua comienza a invadirme, haciendo que mi cuerpo responda correspondiendo a su beso. Su peso cae sobre mí y su mano libre acaba en mi muslo, subiendo mi corto vestido. Sin pensarlo, levanto un poco la pierna para darle acceso, dejando que su mano continúe su recorrido y se instale en mi culo, que Ulises aprieta con gusto.

Estoy excitadísima, y no quiero que este momento acabe. Solo estamos él y yo, el resto del mundo no existe. Me muerde el labio inferior y un gemido escapa de mi boca. Acerco las caderas a su cuerpo, noto su dureza contra mi pelvis y, sin dudarlo, me restriego mientras él profundiza más el beso y me acerca hacia sí.

Noto cómo la mano que estaba en mi culo se traslada ahora hacia la parte delantera, juguetea, pero no llega a tocarme, y yo me muevo porque necesito que lo haga.

—Vas a acabar con mi existencia, Karla —dice con voz ronca contra mis labios, y su mano comienza a jugar con una de las tiras de mi tanga.

Se me escapa un gemido ahogado por la necesidad de que continúe, cuando la puerta del pasillo se abre y nos interrumpe una voz amiga:

—Hostias..., esto sí que no me lo esperaba.

—Fran, no es lo que piensas... —titubeo mientras me separo de Ulises y me recoloco el vestido.

—Cuqui, no estoy aquí para juzgarte —responde con total sinceridad.

Al darme cuenta de lo que he hecho, me siento como si se me hubiese bajado la borrachera de golpe. El calor me sube a las mejillas, noto un nudo en la garganta y siento ganas de llorar al verme en esta situación. La culpa cae sobre mí como una losa.

—Fran, ¿podemos irnos, por favor?

—Eh, sí, claro —afirma él rápidamente al tiempo que vuelve a abrir la puerta—. Lo que tú quieras, yo solo venía a buscar a Mika, que pensaba que estaba en el baño.

Ni siquiera miro a Ulises antes de salir de ahí. Fran no me suelta la mano hasta que estamos en la calle.

—Voy a escribirle un mensaje a Mika para avisarla de que me voy contigo a casa, no sé dónde se ha metido —comenta mientras escribe a la velocidad del rayo en el chat donde sale el nombre de mi amiga.

—No tienes por qué, de verdad. Puedes quedarte, estoy bien —murmuro, pues me siento culpable por haberle fastidiado la noche.

—Y yo también, Karla —me dice apretándome la mano y sonriéndome—. Estoy justo donde quiero estar, voy a pedir un taxi y nos vamos a casa.

Y, cuando termina la frase, rompo a llorar.

Lloro porque la he cagado, porque no sé cómo salir de este embrollo, y porque tengo a un amigo que me frota la espalda mientras me dice que estará a mi lado y que todo saldrá bien.

30

Karla

Las bocinas de unos coches bajo mi ventana hacen que abra los ojos de inmediato. Mi cabeza está a punto de estallar. Noto la boca pastosa, los pies me duelen horrores, y las imágenes de lo sucedido anoche se arremolinan en mi mente haciendo que mi malestar vaya *in crescendo*. No sé a qué hora Fran decidió irse a casa, pero creo que fue él quien me metió en la cama.

Recuerdo el olor de Ulises, el sabor de sus labios, el ritmo frenético de su corazón contra mi pecho, y sus manos sobre mi cuerpo. Los pensamientos llegan a mi mente en estampida, gritándome que lo que hicimos no tiene perdón, ni de Marcos, ni de Dios.

Noto que me empieza a picar la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas que lucho por no dejar caer.

Siento que me ahogo entre estas cuatro paredes, por lo que salgo de mi habitación para ir a por un vaso de agua. Me lo bebo y voy hacia el sofá, cojo una de las mantas que lo adornan y me tumbo en él mirando al techo.

—¿Alguna gotera a la vista?

Giro la cabeza y ahí está Mika, preciosa recién levantada, aunque parezca que su pelo es un nido gigante capaz de albergar a una familia entera de pájaros. Solo tardo un segundo en que una de las

lágrimas, que no quería derramar bajo ningún concepto, se deslice por mi mejilla.

—Ey, ey, ¿qué te pasa?

Mi amiga viene corriendo hacia mí y se tira al suelo mientras me agarra una mano con una de las suyas y me seca el rostro con la otra.

—Esto tiene que ver con algo que pasó anoche, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y suelto un quejido al tiempo que rompo a llorar desconsoladamente.

Mika me reincorpora del sofá y me abraza con todas sus fuerzas.

—Estoy aquí para ti, Karla. Con todo y contra todos.

—Lo sé —digo entre hipidos que no puedo controlar.

—Venga, mujer, que nada puede ser tan grave como para que estés así. ¿Quieres que llame a Marcos para que venga?

—¡No!

El silencio se instala en nuestro salón mientras el único ruido que oigo es el de los engranajes del cerebro de mi amiga, que está sacando sus propias conclusiones, más que acertadas.

—La hostia..., ¿te has enrollado con su hermano? Sabía que no debería haberte dejado sola...

Vuelvo a asentir, porque soy incapaz de verbalizarlo.

—Está muy bueno, las cosas como son..., y no quiero frivolizar con este asunto, y menos en un momento como este, pero yo también lo habría hecho —suelta—. No me malinterpretes, pero el tío está bueno que se rompe... Mira, Karla, te considero una amiga de verdad, así que no te juzgaré jamás. Ahora, si tú quieres, me contarás lo que ha pasado, y cuando termines, yo te daré el mejor consejo que, como amiga, creo que puedo darte. ¿Te parece bien?

Trago saliva y comienzo a hablar entre sollozos. Se lo cuento todo, cada uno de los momentos que viví con Ulises anoche, y ella me

escucha con atención sin interrumpirme.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dice al cabo, y, por cómo me mira, sé que va a ser de todo menos discreta.

—No creo que esté en posición de elegir.

—¿Te lo follaste?

—No me he acostado con él, tan solo nos besamos. Mucho. Se nos estaba yendo de las manos cuando... apareció Fran.

—Maldito Francisco... Vamos, que os jodió el polvo.

—En realidad, lo agradezco, Mika. Suficiente hice ya.

—Lo entiendo, y de verdad que si a ti te va bien que no pasase, a mí también. Pero sabes que eso era lo que habría sucedido, ¿no?

—Pues no lo sé. No sé si en algún momento de lucidez habría recuperado el raciocinio antes de ir a más. Pero lo que sí sé es que lo que hizo Fran fue salvarme de algo que no habría tenido retorno.

—Karla, corazón mío... Siento ser yo quien te diga esto, pero nada de lo que ha pasado ha sido premeditado, ni tampoco porque seas una mala persona que quería hacer daño a su novio. Independientemente de que entre Ulises y tú hay algo que dio la cara anoche, la situación con Marcos ya era insostenible. Tu relación iba a romperse de todos modos porque está en la mierda, y si no lo ves tú, cariño, es porque no quieres.

Tiene razón en todas y cada una de las palabras que me acaba de decir. Soy consciente y lo acepto, pero eso no quita que no sienta miedo por lo que pueda pasar a continuación.

—Y ahora es cuando viene el consejo de amiga. —Se coloca de tal manera que quedamos cara a cara mientras toma mis manos entre las suyas de nuevo—. Siendo conscientes ambas de toda la situación, creo que lo más sensato es que habléis y que vuestros caminos sigan por separado. En tu mano queda contarle la razón de la ruptura, pero tienes que dejarlo, Karla, la relación que tenéis no te

hace feliz. Y estoy segura de que a él tampoco. Te das cuenta, ¿verdad?

—Claro que me doy cuenta, pero es que no sé qué hacer.

—Sabes que Marcos no me gusta para ti, pero nadie se merece vivir engañado. Piénsalo: si fuese al revés, ¿no te gustaría que te dejase volar libre?

La miro mientras medito mi respuesta.

—Sé que tienes razón. Sí, querría que fuera sincero conmigo —admito jugando con mis manos.

—Respuesta correcta —dice, y me sonríe, pero hay algo en su sonrisa que me hace levantar una ceja—. Bueno..., pues ya que estamos en modo confesionario a lo *Gran Hermano*, yo también tengo algo que decirte... —Me tenso al oír su tono de voz, porque parece grave.

—¿Qué ocurre? ¿Pasó algo anoche?

—Pasar, pasar..., te pasó a ti, y, claro, cuando Fran se fue contigo yo estaba a lo mío: Juan, veinte años, estudiante de Empresariales. No era mi tipo, pero...

—Al lío, Mika.

—Pues que me encontré con Ulises y me preguntó dónde estabas. Como yo no sabía nada, le dije que te habías ido con Fran, y una cosa llevó a la otra y...

—¿Y qué? —la interrumpo nerviosa, pensando ya cualquier cosa.

—Pues que me pidió tu número.

—Por favor, Mika, dime que no le has dado mi teléfono —suplico llevándome las manos a la cara, porque ya sé la respuesta.

—Podría decírtelo, pero sería mentira.

—Joder...

—Eso digo yo.

Agarro un cojín del sofá y se lo tiro a la cara. Ahora mismo tengo claras dos cosas.

La primera: debo tomar una decisión y debo hacerlo cuanto antes.

Y la segunda: el tío con el que me lie anoche, que es el hermano de mi novio, tiene mi número, y estoy segura de que no dudará en usarlo.

31

Ulises

Un rayo de sol entra por las rendijas de la persiana a medio bajar y me da de lleno en los ojos, haciendo que un gruñido escape de mi garganta.

Me paso las manos por la cara mientras algunos recuerdos de la noche de ayer cruzan por mi mente a toda velocidad.

Cierro los ojos y lo único que veo es la imagen de Karla.

Karla bailando en medio de la pista con ese vestido negro.

Karla riendo sin parar.

Karla observándome.

Karla respondiendo a ese beso hambriento en un pasillo oscuro.

Todo se resume en ella.

Cojo mi móvil para mirar la hora y otro recuerdo viene a mí de manera vertiginosa. Accedo a mi lista de contactos y veo los nueve dígitos que me acercan un poco más a ella.

Lo que sucedió anoche lo cambia todo. No sé qué va a pasar entre nosotros, pero está claro que ambos hemos traicionado a mi hermano. Esa es otra cuestión, llevo días sin verlo y no sé cómo reaccionaré cuando lo tenga delante, aunque espero que me trate con la indiferencia a la que me tiene acostumbrado.

Decido continuar con mi búsqueda laboral, ojeando ofertas de trabajo mientras desayuno, cosa que se ha instalado en mi nueva rutina.

Veo que tengo un correo de una empresa que me ofrece hacer una entrevista. Da igual si me rechazan, si me frustra la puta situación o qué sienta al respecto. No me queda otra, porque es intentarlo o acabar debajo de un puente cuando Marcos decida echarme a la calle. En peores situaciones me he visto, por lo que tampoco es algo que me preocupe en exceso, pero necesito asentarme.

Decido contestar al e-mail diciendo que estoy interesado en hablar con ellos. Justo cuando lo tengo todo listo, la melodía del teléfono me interrumpe. Veo un número desconocido que me hace dudar, pero termino cogiéndolo.

—¿Diga?

—Buenos días, preguntaba por Ulises Cuesta —oigo que dice una voz masculina y grave al otro lado, haciendo que cada terminación nerviosa de mi cuerpo se desbloquee.

—¿Quién es? —pregunto intentando que mi voz no dé muestras de mi nerviosismo.

—Soy Joaquín Durán, y llamaba en referencia a una oferta de trabajo. Hace unos minutos, nos has respondido a un correo que te hemos mandado, y estaríamos interesados en hacerte una entrevista hoy mismo, si estás disponible.

Una vez que me aseguro de que la llamada es cien por cien fiable, suelto todo el aire retenido en mis pulmones y confirmo que soy la persona a la que buscan.

—Estoy disponible para incorporarme de inmediato, si lo desean.

—Estupendo. Dentro de un rato te mandaremos un nuevo mensaje con la dirección y la hora. Te la diría ahora mismo, pero antes debemos hacer un cuadrante, ya que sois varias personas las que optáis al puesto. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Sin problema.

—De acuerdo, pues nos vemos más tarde.

—Perdón, ¿tengo que llevar algún tipo de documentación? —pregunto atropelladamente, rezando para que la respuesta sea negativa.

—Solo debes tener a mano tu identificación, tu número de la seguridad social y muchas ganas de trabajar.

—Bien, gracias.

—Gracias a ti.

Quizá hoy sea mi día de suerte y mi vida comience a encauzarse.

Al cabo de un rato, el móvil me vibra en la mano y me yergo rápidamente, observando en la pantalla que tengo un nuevo correo electrónico:

> De: joaquindurannixel@gmail.es
> Para: ulisesxxx@yahoo.com
> Asunto: Ubicación y horario
> Aquí te dejo la dirección. Cuando llegues a la puerta marrón, llama tres veces para que sepamos que eres tú, ya que hay veces en que hacemos caso omiso. Nos vemos aquí dentro de una hora, vas a ser la primera entrevista del día.

Busco la localización en Maps y veo que está a unos veinte minutos andando.

En una hora estaré en el lugar que podría cambiar el rumbo de mi vida.

32

Marcos

No tengo ni idea de a qué hora llegó mi hermano anoche, ni en qué condiciones, pero lo que sí sé es que, cuando me he levantado, no he tenido el más mínimo cuidado de no hacer ruido y, aun así, no se ha despertado. Es algo que lleva atormentándome buena parte de la mañana, porque no sé a qué se dedica cuando pasa las noches fuera de casa. No sé con quién está, ni dónde, ni cómo se costea sus juergas.

A lo mejor ha conocido a una pobre chica que no sabe la que le espera, aunque la verdad es que no me importa lo más mínimo. Solo pido que cumpla lo prometido, nada de meter a gente extraña en mi casa.

La falta de concentración en esta última clase ha hecho que esté más pendiente del móvil de lo que acostumbro. Miro por encima mis redes sociales, esas que apenas uso, como si esperase encontrarme algo que ahora mismo no logro identificar. Siento una especie de alerta que nunca he experimentado, pero es como si supiera que hay algo que me va a dar un revés.

Mi estado de ánimo cambia en cuanto me entra un mensaje de Karla. Seguro que es para desearme un buen día, como suele hacer, pero arrugo el entrecejo cuando lo que me encuentro es a una persona a la que no reconozco.

Karla: Hola. Me gustaría quedar contigo dentro de una hora en la cafetería en la que nos tomamos el batido hace unos días. Hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

Esto no me huele bien... Ya decía yo que sentía cosas negativas.

***

Oigo la campanilla de la puerta de la cafetería y, cuando vuelvo la cabeza para mirar, me encuentro con Karla, que tiene un aspecto ojeroso y decaído. Me pongo más alerta de lo que llevo en todo el día, porque la imagen que veo de mi novia no me gusta nada. Está cansada, triste, nerviosa..., y me lo confirma cuando la tengo cara a cara.

—Joder, Karla. ¿Estás enferma? —le pregunto preocupado.

—¿Puedo sentarme?

—Claro, ¿qué pregunta es esa?

¿Qué coño está pasando aquí? ¿Desde cuándo mi novia tiene que pedirme permiso para sentarse conmigo? Caigo en la cuenta de que no se ha puesto ni una gota de maquillaje, tiene los hombros abatidos y creo que ni siquiera se ha peinado.

—¿Vas a decirme qué es lo que pasa? ¿Por qué has quedado aquí conmigo, en vez de en tu casa o en la mía?

—No sé cómo hacer esto, Marcos —dice con un hilo de voz.

—¿Cómo hacer el qué? ¿Qué coño pasa, Karla?

—Necesito estar sola.

—Has sido tú la que me ha pedido que viniese —contesto sin comprender nada.

—No lo estás entendiendo —dice mirándome fijamente a los ojos —. Necesito estar sola, sin ti.

Me levanto como si la silla me quemase de repente, haciendo un ruido al arrastrarla, y los clientes que están en la cafetería centran su atención en nosotros.

—¿Me estás dejando? —pregunto al tiempo que apoyo las manos sobre la mesa y me acerco a ella.

—Siéntate, por favor. Nos está mirando todo el mundo. Hagamos esto como los adultos que somos.

Me froto la sien mientras me dejo caer de nuevo en la silla y cierro los ojos unos segundos, como si eso me fuese a dar fuerzas para lo que está a punto de suceder.

—Responde —suelto con más crudeza de la que acostumbro emplear.

—No te estoy dejando, Marcos, *nos* estoy dejando. Las cosas no van bien desde hace tiempo, y lo sabes tan bien como yo. Esto no está siendo fácil para mí, créeme, pero es que no puedo seguir con esta situación. No quiero que nos acabemos haciendo daño.

—¿Hay alguien más? —pregunto a bocajarro.

—Marcos, llevamos tiempo desconectados —dice sin contestar a mi pregunta.

—Que si hay alguien más, joder.

Mi tono elevado hace que la camarera, una chica joven que parece de nuestra edad, dé media vuelta y nos deje a solas a pesar de no habernos preguntado qué queremos tomar.

Veo a Karla destrozada y asombrada por mis formas, pero en estos momentos no me importa lo más mínimo, porque es la persona que me está pisoteando el corazón. Sin darme explicaciones, sin decirme por qué y con divagaciones sobre una situación que podríamos intentar solucionar en vez de cortar de raíz.

—El que calla otorga, Karla, y tú no has contestado a la pregunta que acabo de hacerte —le recrimino derrotado esta vez.

—Marcos, se trata de nosotros, no de nadie más. Aquí nuestra vida es distinta y...

—¿Cuál ha sido el punto de inflexión para llegar a esto?

—Que ya no puedo seguir haciendo como que todo es como antes. Que no puedo seguir fingiendo que soy parte de una relación maravillosa, porque no lo es.

—¿Quién te ha hecho dar este paso? —Continúo queriendo dar con la razón de que me esté dejando justamente ahora.

—Nadie —dice cansada—. No necesito que nadie me empuje a tomar mis propias decisiones, aunque no te lo creas.

—No me extrañaría nada que esto fuera cosa de tus nuevos amigos...

—Por Dios, ellos no tienen nada que ver. Ni siquiera saben que estamos aquí ahora mismo. Si hemos llegado a esta situación es porque no has cuidado lo que somos ni lo que tenemos, y yo ya estoy cansada de hacerlo por los dos.

—Ellos no saben nada según tú, pero yo lo que sé es que a esto has contestado rápidamente toda ofendida, pero a lo anterior no. No me lo puedo creer..., ¿me estás dejando por otro? No esperaba que cayeses tan bajo. Qué puta decepción, Karla. No puedo ni mirarte.

Intento serenar mi respiración. En cuanto veo que las lágrimas comienzan a caerle por las mejillas sin control, desvío la vista y la fijo en la pared verde pastel que hay a mi izquierda. Debería creerme que no hay nadie más, que el problema somos solo nosotros, pero me resulta menos hiriente pensar que esto no está sucediendo porque yo no haya hecho bien las cosas. Que no haya cuidado mi relación como se merece. Ni a ella. Prefiero pensar que otro le ha regalado los oídos en un momento de debilidad y ella se

ha creído sus promesas como si fuese una niña tonta. No sé qué pensar. No sé cómo sentirme. Mi mundo es ella, y se ha desmoronado.

Cuando dirijo de nuevo los ojos hacia Karla, veo cómo coge su chaqueta y su bolso pasando por mi lado y se disculpa muerta de vergüenza con la camarera antes de salir por la puerta.

—¿Necesitas algo? —pregunta la chica en voz baja mirándome con compasión.

—Una tila. Y que dejes de mirarme así, por favor —le digo mientras ella me regala una sonrisa reconfortante.

Una hora después, voy camino de mi casa con el mismo dinero en la cartera, ya que la camarera me ha invitado. Con la barriga más llena, ya que con la tila me ha servido un *muffin*. Y totalmente destrozado, a pesar de que Marta —que así es cómo se llama la chica— me haya dicho que es un pastelito infalible para los corazones rotos. El mío sigue estándolo.

33

Ulises

Miro el reloj y veo que quedan tan solo dos minutos para la hora acordada. He venido andando, tranquilamente, hasta pararme delante de esta gran puerta de hierro forjado de color marrón, como bien me indicó Joaquín.

Cuando llega el momento, doy tres golpes a modo de llamada y, unos segundos después, un señor igual de grande que un armario ropero me sonríe desde el otro lado.

—Muy buenas, chico. Imagino que eres Ulises.

—Sí, señor.

—Entra, no te quedes ahí.

Cierro la puerta a mi paso y lo sigo. Caminamos por varios pasillos hasta llegar a un espacio abierto en el que hay más personas.

—Ellos serán tus compañeros en caso de que consigas la vacante. Ven conmigo.

Llegamos a una especie de *office* en el que hay una mesa con varias sillas, una nevera, un microondas y un pequeño sofá.

—Toma asiento.

Hago lo que me pide mientras coge una carpeta, la pone sobre la mesa y se sienta frente a mí.

La abre y en mi campo de visión aparece una fotocopia del currículum que le envié cuando me apunté a la oferta.

—Voy a ser directo... ¿Cuál ha sido tu último trabajo, cuánto tiempo estuviste en él y por qué terminó?

Tengo las manos sobre la mesa, y hago todo lo posible para que nada delate mi nerviosismo ni los sudores fríos que están empezando a correr por mi espalda. Me juego mucho y, aunque sé que no depende de mí, me encantaría que fuese un sí de una puta vez.

—Pues... —comienzo dubitativo mientras intento recordar todos los datos que este señor tiene delante, ya que me he inventado más de la mitad.

—Si llamase a alguno de estos trabajos que has añadido, ¿me darían buenas referencias tuyas?

La pregunta me ha pillado por sorpresa. Es evidente que el hombre que tengo delante va con todo, ya que ni siquiera me ha dejado contestar a la pregunta anterior. De hecho, creo que no me va a dejar responder a nada, seguramente porque sabe más de lo que yo querría.

—Voy a ser claro contigo, Ulises. Desde que hablamos por teléfono he estado buscando información, tratando de descubrir por qué te preocupaba el hecho de tener que traer algún documento. Es entonces cuando he cogido esto —me informa mostrando mi supuesta vida laboral—, y me he dado cuenta de que es probable que nada de lo que pone aquí sea real. Llámalo intuición, o conocimiento, pero creo que estoy en lo cierto. ¿Tú qué opinas?

—Opino que tienes razón, por lo que me disculpo por haberte hecho perder el tiempo —respondo levantándome de la silla para irme. No quiero volver a pasar por un rechazo, así que prefiero adelantarme a que suceda.

—Siéntate, por favor.

Me quedo parado en medio de la sala, pero obedezco, porque estoy intrigado por ver la forma en la que va a hacerlo. Este tío es de lo más peculiar.

—No quiero meterme en tu vida, chico, y estoy seguro de que quieres este puesto. Pero debes entenderme: no puedo meter en mi plantilla a alguien que no es sincero conmigo. Voy a darte la oportunidad de que me cuentes de dónde vienes, qué intenciones tienes y si puedo fiarme de ti.

—Tienes más candidatos. ¿Por qué no me dices directamente que me vaya y acabamos con esto? —pregunto de forma cortante, ya que no sé adónde quiere ir a parar.

—Porque quiero darte a ti la oportunidad igual que me la dieron a mí.

Me quedo mirándolo y mis ojos se dirigen a su brazo, donde puedo leer la palabra «Libertad». Ahora lo entiendo: ha descubierto de dónde vengo.

—He visto en ti la misma mirada que me devolvía cada mañana mi reflejo. Yo tuve aquí mi oportunidad gracias al dueño anterior de esta empresa. Esto era suyo, y me lo dejó cuando decidió jubilarse. Se convirtió en mi mentor, en mi amigo, e incluso en un padre para mí.

—No necesito uno —puntualizo.

—Ni yo lo pretendo. Tan solo quiero ser tu jefe si aún quieres este trabajo.

—Ni siquiera me has preguntado por qué me encerraron.

—A mí tampoco me lo preguntaron, y aquí estoy, dándote una oportunidad laboral como buen jefe que soy. Quiero confiar en que no vas a cometer ningún tipo de ilegalidad entre estas paredes. Espero no tener que arrepentirme de esto.

—No lo harás. Me acusaron injustamente.

Joaquín me mira evaluando la sinceridad de mis palabras.

—Espero que hayas traído la documentación que necesito para hacer tu contrato. Mañana comienza tu período de prueba. No me falles o yo mismo te patearé el culo para sacarte de aquí.

Sonrío, saco mi cartera y le doy lo que me pide.

34

Karla

Media hora mirando el techo de mi habitación, dos paquetes de pañuelos llenos de lágrimas a mi alrededor y unas ganas inmensas de que la tierra me trague: esa es mi situación ahora mismo.

Llevo tanto tiempo llorando que estoy preocupada por si acabo con una deshidratación aguda.

Mi mente va una y otra vez al instante en el que mi mundo se puso patas arriba.

Un pasillo oscuro, el deseo desmedido, Ulises y yo.

Una cafetería, un corazón destrozado, unas palabras hirientes y Marcos.

¿En qué momento me convertí en la protagonista femenina de un triángulo amoroso entre hermanos? Quiero salir de él cuanto antes.

Me desperezo entre las sábanas para alcanzar la botella de agua que descansa en mi mesilla de noche cuando recibo un mensaje en el móvil. Lo cojo con manos temblorosas y veo un número que no tengo guardado en mis contactos, pero al leer el apodo tan odioso con el que se dirige a mí sé inmediatamente de quién es.

> Hola, gatita... Imagino que ya sabes quién soy.
> Acabo de salir de una entrevista de trabajo, ¡me
> lo han dado! Tengo que celebrarlo, y he pensado
> en ti. Te invito
> a tomar algo, ¿qué me dices?

Sonrío porque estoy muy feliz por él. Realmente estaba preocupada porque no tenía nada claro cómo respondería Marcos si no hubiese conseguido un sueldo para compartir gastos. No creo que lo hubiera echado de casa, pero sí que el ambiente habría pasado a ser mucho más hostil de lo que ya es.

Lo primero que hago es guardar su número y, a continuación, respondo.

Karla: ¡Enhorabuena! Me alegro muchísimo por ti. Lo siento, pero ahora mismo no soy la mejor de las compañías para ningún tipo de celebración. Quizá en otro momento. De verdad, Ulises, me alegro mucho de que lo hayas conseguido.

Su respuesta no tarda en llegar.

Ulises: Creo que me he explicado mal en el mensaje anterior... No es que haya pensado solo en ti, es que eres la única persona con la que quiero celebrarlo.

Vuelvo a mirar el techo y pienso que a lo mejor no está mal que nos veamos y así aprovechar para aclarar que lo que pasó la otra noche no se va a repetir. Celebraré el nuevo trabajo con mi amigo y así me evadiré un poco de mis problemas mientras veo cómo se van encauzando los suyos. ¿Qué puede salir mal?

Karla: Venga, acepto. ¿Te parece bien que nos veamos sobre las ocho?

Ulises: Me parece perfecto. He visto un sitio cerca de mi nuevo lugar de trabajo. Te mando la ubicación.

Karla: Genial. Nos vemos luego.

Ulises me responde con un icono de un beso y el corazón se me acelera. Me levanto de la cama y la imagen que me devuelve el espejo que tengo frente a mí es desastrosa. Tengo unas horas para parecer una persona normal, y en esta ocasión me va a costar más de la cuenta.

35

Karla

Nada más doblar la esquina, veo una terraza llena de gente joven. Levanto la cabeza en busca de Ulises y lo encuentro en una de las mesas del fondo concentrado en su móvil. Su cabeza gira en mi dirección y su mirada conecta con la mía, haciendo que nos regalemos una sonrisa el uno al otro.

Una vez sorteo todas las mesas, llego junto a la silla libre que está frente a él y me siento sin decir nada, posando mis ojos sobre el cartel que tengo justo delante, encima de su cabeza.

—Hola —saluda cuando vuelvo a mirarlo.

—Hola —respondo tímidamente sin saber muy bien qué hacer ni qué decir.

—Espero que te guste el sitio, y la cerveza.

—Nunca había estado, pero de momento creo que me gusta el ambiente. Por cierto, enhorabuena por haber conseguido el curro. ¿De qué se trata?

—Es de mozo de almacén. No me han pedido ningún tipo de titulación, solo ganas de trabajar, y de eso me sobra.

—¿Cuándo empiezas?

—Me ha dicho que mi período de prueba empieza mañana. ¿Qué quieres tomar? —pregunta cuando ve que el camarero se aproxima a nosotros.

—Pues...

—¿Te apetece que nos pidamos un cubo de cervezas? —me corta.

—Me parece bien.

Ulises le dice al camarero lo que queremos y, una vez que se va, nos miramos sin decir nada.

Observo a las personas que están en las mesas contiguas y pienso que me encantaría estar como ellos: felices, despreocupados y entre amigos, justo las cosas que no estoy experimentando en estos momentos.

—¿Qué tal las clases? —me pregunta entonces.

—Bien, me he adaptado mejor de lo que esperaba. Las asignaturas de este cuatrimestre me están gustando mucho, y he tenido suerte porque tengo compañeros muy majos, algo que para mí es importante para vivir la experiencia universitaria.

—Vamos, igualita que Marcos.

Al oír el nombre del que hasta hace nada era mi novio se me forma un nudo en la garganta. La culpa me cae como una losa, y siento por unos instantes que me falta el aire.

—¿Qué pasa?

—Preferiría que no hablásemos de él, si no te importa.

—Tan solo he hecho referencia a que no suele hacer muchos amigos en la universidad. Karla, no vamos a hablar del tema que te preocupa si tú no quieres.

—Perfecto, porque no quiero —suelto cortante justo cuando un cubo lleno de cervezas impacta en nuestra mesa.

—Aquí tenéis, chicos.

Le damos las gracias al camarero y tanto Ulises como yo cogemos una cerveza y le damos un buen trago.

Mientras el líquido frío pasa por mi garganta, me fijo en Ulises, al que veo mucho menos preocupado que en días anteriores. Creo realmente que haber conseguido el trabajo ha supuesto para él un

alivio inmenso. Decido pasar este rato de la forma más agradable posible, así que levanto el botellín para brindar y él hace lo mismo al tiempo que me regala una media sonrisa.

—Por tu nuevo trabajo, estoy muy feliz por ti.

Chocamos los botellines y bebemos.

***

Estamos terminando las últimas cervezas del cubo y Ulises me hace un gesto con la cabeza en dirección al camarero.

—¿Estás loco? No pienso beber más.

—Te has tomado tres cervezas de nada, pensaba que tenías más aguante... —me provoca con una media sonrisa, y, cómo no, entro al trapo.

—Solo una —claudico.

Levanta la mano llamando al camarero y le enseña el botellín de cerveza, indicándole con los dedos de la otra que nos traiga un par.

Llevamos un buen rato aquí sentados. Hemos hablado de lo que tendrá que hacer en el almacén a partir de mañana, de mis próximos exámenes y de películas que ambos hemos visto, o que a él le faltan por ver. Prometo hacerle un listado para que las tenga a mano.

—¿Qué piensas hacer cuando ahorres un poco? —pregunto con verdadera curiosidad.

—No tengo ni puta idea... Imagino que buscaré algo para irme de la casa de mi hermano, aunque sea una habitación. Aunque ahora mismo quiero centrarme en cobrar algunos meses de sueldo, aportar en la convivencia, y que sea lo que tenga que ser. No me gusta deberle nada a nadie.

Vuelvo a tener una cerveza en la mano y me bebo la mitad de un trago, como si así se fuesen a evaporar esos pensamientos que me juzgan como a la peor de las personas.

—Creo que es hora de que me vaya —digo entonces sin pensar—. Ha estado genial y me lo he pasado estupendamente, pero estoy cansada.

Necesito alejarme de Ulises, centrar mi vida, hacerme a la idea de que Marcos no estará en mi día a día y pensar qué es lo que pretendo con toda esta situación. ¿De verdad la persona que tengo delante puede ser mi amigo?

Me bebo el resto de la cerveza de otro trago bajo la mirada asombrada de Ulises, que acaba haciendo lo mismo, y me levanto como un resorte.

Mi cuerpo se tambalea levemente —signo de que quizá he bebido demasiado— y me dirijo al interior del bar para pagar esta última ronda. Cuando pongo un pie dentro, el cuerpo de Ulises aparece frente a mí.

—Dije que invitaba yo —recuerda.

—Has pagado el cubo entero.

—Y pienso hacer lo mismo con el resto.

—No es necesario que hagas esto para impresionarme.

—Y no lo hago, creo que ha quedado claro que puedo impresionarte sin necesidad de tener pasta en el bolsillo.

Decido no contestar y salgo del bar porque, como siempre que lo tengo cerca, la conversación gira en torno a un «nosotros» que no sé si estoy dispuesta a afrontar ahora mismo. Nada más poner un pie en la calle, la brisa de la incipiente noche me da de lleno en la cara.

—¿Nos vamos?

Ulises pasa por mi lado y echa a andar, haciendo que aligere el paso para ponerme a su altura.

—Muchas gracias por todo.

—Solo te he invitado a tomar algo, no es para tanto.

Ninguno le pregunta al otro cómo tiene pensado volver a casa, así que caminamos un buen rato hasta que nos adentramos en un parque enorme, cercano a mi piso.

—Antes no me refería a la bebida, sino a todo lo demás.

—Me vas a permitir, Karla, que te diga que no sé a qué te refieres. Si es porque no he sacado el tema de la otra noche, no iba a hacerlo si tú no querías. Es algo que nos afecta a los dos y lo hablaremos cuando estés preparada.

De repente tropiezo con una piedra, pierdo el equilibrio y me voy directa al suelo, pero, antes de que toque tierra, Ulises me coge de tal manera que mi cuerpo acaba pegado al suyo.

—Gracias... —susurro al ver que estamos demasiado cerca.

—Deja de dármelas —me reprende mirándome la boca.

Hay unos árboles a poca distancia de nosotros, pero en unas milésimas de segundo, mi espalda impacta contra uno de ellos.

—Estabas preciosa.

—¿Qué? —pregunto perpleja.

—La otra noche. Tu vestido. Cómo bailabas...

Un jadeo escapa de mis labios cuando recuerdo los besos que nos dimos en la oscuridad. En aquel pasillo.

—Estabas desinhibida, contenta... Hoy, en cambio, estás un poco apagada, y no me gusta verte así.

—No me conoces —digo tragando saliva.

—Pero me encantaría hacerlo.

Una vez leí un artículo en una revista que decía que la vida consiste en vivir el instante en el que te encuentras, en hacer lo que

el corazón te pide, y en que las decisiones hay que tomarlas con total convencimiento, aunque luego debas lidiar con las consecuencias.

—Lo he dejado con Marcos.

—Joder —masculla mirándome fijamente—. No diré que me alegro, pero ya no tengo que sentirme mal por hacer esto.

Antes de que pueda añadir nada más, sus labios impactan con los míos, como si fuese su maldito talón de Aquiles. Me pierdo en este beso y me dejo llevar.

Noto cómo su lengua juega con la mía y nos enredamos el uno en el otro. Paso las manos por su cuello y él me acerca más a su cuerpo. Y ya no siento que esto esté mal, no hay nada mal en lo que siento cuando estoy con él, en lo que somos cuando no hay nada más en la ecuación... El problema es que hay otra persona más implicada en todo esto.

Mi cabeza divaga de un sitio a otro entre lo que quiero y lo que debo hacer, pero son cuestiones para las que no estoy preparada ahora mismo.

—Buenas noches, Ulises —me despido contra sus labios y me aparto unos pasos de él para poder verle la cara.

—Buenas noches, Karla.

Le regalo una sonrisa y me voy sin mirar atrás, dejándolo allí. Cuando llego a casa observo mi imagen en el espejo y la Karla que me mira sabe lo que ha sentido esta noche, lo que tiene dentro todavía y lo viva que se siente.

Más viva de lo que lo ha estado en mucho tiempo.

36

Marcos

—Joder...

Miro mi reloj y veo que llevo unas cuantas horas encerrado en mi habitación sin hacer absolutamente nada. Decido salir de casa para ir a comprar unas cosas que nos han pedido en la universidad.

Una vez que las tengo todas, pienso que no me apetece volver a encerrarme en casa y que, ahora mismo, no tengo a nadie con quien hacer nada. La única persona a la que podía recurrir era Karla, y la he perdido.

Decido sentarme en la terraza de una cafetería que encuentro a mi paso y me pido un refresco. A falta de conversación, cojo mi móvil para ver las noticias y, a pesar de estar enfrascado leyendo una de ellas, una voz que me resulta conocida hace que pierda el interés y mire a la persona que acaba de entrar.

No sé por qué lo hago, pero la llamo sin pensarlo.

—Mika —saludo en un tono elevado para que se entere.

Veo cómo me mira y, sin dudarlo, viene a mi encuentro.

—¿Hola? —Sí, en forma de pregunta, como si la sorprendiera que quisiera hablar con ella. Lo veo normal, porque me sorprende hasta a mí.

—Tu voz es inconfundible. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Contigo? —Su tono es de horror, pero logra disimularlo un poco.

—Bueno, entiendo que no te apetezca, claro...

—Necesitas un amigo —me corta—. Ay, Marquitos, qué suerte tienes de que sea majísima y de que por nada del mundo vaya a dejarte aquí, muerto del asco, mientras te metes más en el fango del desamor, en la más estricta soledad, porque...

—Creo que lo he entendido. —Esta vez la corto yo—. Sí, necesito una cara amiga, y no tengo muchas.

Lanza un suspiro teatral y se sienta ladeando la cabeza para observarme fijamente.

—¿Qué haces? —pregunto, porque está empezando a darme miedo.

—Mirarte. Estoy intentando descifrar si estos días has dormido poco, si te has alimentado o si has llorado a mares por mi amiga.

—Eres una tía muy rara.

—Sí, pero soy la única que está aquí contigo. Puedes comenzar.

—¿A qué? —pregunto confundido. Es la persona más extraña con la que he estado jamás.

—Pues a desahogarte, ¿a qué va a ser? Voy a pedirme una cerveza mientras tú despotricas sobre tus años perdidos en una relación fallida de juventud. Soltarás alguna cosa de mi amiga que no me gustará, te lo haré saber, y seguirás con tu exposición de los hechos. Yo seguiré bebiendo cervezas, y al final te unirás a mí porque necesitarás pasar por este duelo con algún grado que otro de alcohol en sangre. No te juzgo, yo haría lo mismo.

—No se ha muerto nadie —le recuerdo.

—Se ha muerto tu relación, que ya es más que suficiente. Bueno, ¿por dónde empiezas?

Y empiezo por el principio, y no sé ni por qué cojones lo hago, pero hablar con Mika hace que me sienta mejor. Ella me escucha sin

decir nada hasta que termino de contarle todo lo que tiene que ver con Karla y conmigo.

—Te advertí que pasaría esto —dice señalando la cerveza que tengo en la mano—. Voy a serte sincera, Marcos. Podría darte malos consejos para joderte y que no volvieses a juntarte con Karla. Tanto tú como yo sabemos que somos polos opuestos, que no somos compatibles absolutamente en nada, y que creo que deberías sacarte el palo que tienes incrustado en el culo.

—¿Gracias?

—De nada. La cosa aquí es que me digas qué pasos son los que quieres seguir. ¿Quieres vivir la vida de soltero y conocer a más chicas? Me parece bien. ¿Que crees que tu historia con Karla no ha llegado a su punto final? Pues ponte las pilas y ve a por ella.

—La quiero demasiado para dejarla marchar.

—Eso está muy bien y es muy bonito, pero no se trata de querer mucho, sino de querer bien. Nunca pondré en entredicho tus sentimientos hacia ella, pero no puedes cortarle las alas haciéndola sentir mal porque quiera vivir un poco la vida. Mírame a mí, de fiesta en fiesta y con un coeficiente intelectual más alto que la media. Si no saco mejores notas es por joder un poco a mis padres, no porque sea mala estudiante. Nunca he sido mala influencia para nadie, Marcos, y no voy a empezar a serlo con Karla, que es una persona a la que realmente he querido desde el día en que la conocí. Es un ser de luz, y no permitiré que nadie la apague.

En este rato que he pasado con Mika me he dado cuenta de varias cosas. No es tan mala compañía como creí en un inicio. Sabe escuchar, y no corta las conversaciones a pesar de que oiga cosas que no le gustan. Su cara la delata. Realmente quiere a Karla, y solo con eso ya se merece el mayor de mis respetos.

—Quiero recuperarla —suelto con determinación.

—Pues ve a por ella.

—No puedo hacerlo solo, necesito tu ayuda.

Mika duda, juguetea con sus uñas y me mira de nuevo.

—Como la cagues, te juro que yo misma te patearé el culo —suelta, y suena como una amenaza.

—Prometo ser el mejor compañero de juergas.

—Marcos, ambos sabemos que eres como un pan sin sal, pero por lo menos estás poniendo de tu parte. No digas cosas que no vas a cumplir, solo te pido eso —rebate con una sonrisa.

—¿Me vas a ayudar?

—Qué remedio..., soy muy fan de las causas perdidas.

Seguimos hablando un rato y, cuando me voy a casa, lo hago con un nuevo contacto en mi agenda, el de Mika, quien espero que esta vez sí esté de mi parte.

37

Karla

Llevo un rato en casa, sola, ordenando mis ideas y pensando qué es lo que quiero en mi vida de ahora en adelante.

Estoy tumbada en el sofá, mientras veo un canal cualquiera, cuando oigo la puerta de entrada. Mika acaba de llegar. Ambas nos miramos con una sonrisa. Ella deja su chaqueta y su bolso en la mesa del comedor y se sienta en el sofá, poniendo mis piernas sobre las suyas.

—¿Qué tal el día? —pregunto para ver si tiene algo interesante que contarme. Siempre le pasan cosas dignas de mención.

—Bien... —contesta mordiéndose el labio inferior, un gesto que he aprendido que hace cuando tiene algo en la punta de la lengua que no sabe si es bueno soltar—. ¿Y el tuyo?

—Veamos... Empezó conmigo hecha una mierda por la ruptura con Marcos y acabó con varias cervezas en el cuerpo al lado de Ulises.

Observo su cara de sorpresa y sé que quiere que se lo cuente todo con pelos y señales, como la buena reina cotilla que es.

—Deduzco que la cita ha ido bien.

—No ha sido una cita —la corrijo.

—Ya, y yo voy a llegar virgen al matrimonio. Karla, si has quedado a solas con él, que supongo que habrá sido así, ha sido una cita en toda regla. Otra cosa es que esa palabra te dé un vértigo que te cagas y prefieras ponerle otro nombre. Pues sí que tiene poder de

convocatoria el muchacho, para hacerte salir de casa cuando estás metida de lleno en una espiral de autodestrucción.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy exagerada?

—Cada día de mi vida. Lo pondré en mi currículum. Pero vayamos a lo salseante de esta historia... ¿De qué habéis hablado? ¿Os habéis lanzado miradas lascivas? ¿Quieres un futuro con él? ¿Habéis ido al baño a desfogaros?

—Exagerada e intensa, lo tienes todo. Hemos hablado de cine, de su nuevo trabajo...

—¿Ha encontrado curro? —me corta.

—Sí —contesto con una gran sonrisa.

—Pues me alegro mucho por él. Sigue, a ver si llegamos a lo interesante.

—Pues básicamente hemos tratado esos temas. Le he dicho que no quería hablar de lo nuestro y me ha respetado.

—Míralo, qué mono... ¿Y cómo te has sentido al respecto?

—Pues... he estado muy cómoda. Su compañía me resulta agradable.

—Agradable, ajá. Ahora lo llamamos así... ¿Vais a volver a quedar?

—No lo sé, Mika... Justo estaba intentando poner un poco de orden en mi cabeza para ver qué pasos dar de ahora en adelante. Acabo de dejarlo con Marcos, Ulises es su hermano. No quiero verme involucrada en algo así.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no, amiga? Creo que ya estás algo más que involucrada. Hasta el cuello, diría yo.

—Pero es que yo no quería que esto pasase, ni siquiera entraba en mis planes algo así.

—La cuestión es que los sentimientos no se eligen, Karla. Si te enamoras de Ulises, lo haces. Esto no se trata con la cabeza.

—No me estoy enamorando de nadie, Mika. Hasta hace poco pensaba que estaba enamorada de mi novio.

Justo cuando termino la frase, me llevo las manos a la boca y veo cómo ella abre la suya.

—No seré yo quien te explique lo que significa lo que acabas de verbalizar.

Asiento con la cabeza y me tomo unos segundos para coger aire, porque se me ha ido todo de golpe.

—No sé por qué he dicho eso.

—El subconsciente te ha jugado una mala pasada. No está mal desenamorarte de alguien, lo que está fatal es seguir con esa persona mientras le haces vivir una mentira. No os lo merecéis ninguno de los dos.

—Es buena persona —digo refiriéndome a Marcos.

—No tengo ninguna duda de que lo es si has estado a su lado todo este tiempo. Y hablando de eso..., vengo de mantener una charla con él.

Me incorporo rápidamente. Me sorprende que Mika y Marcos hayan compartido tiempo y espacio sin estar yo en esa ecuación.

—Estaba tomando algo en una terraza, me ha visto al pasar y me ha llamado. Fíjate si estaría desesperado para quererme como compañía en un momento así. Si es que en el fondo soy adorable. Me ha dado pena y me he sentado con él, me he tomado unas birras mientras escuchaba sus penurias. Conmigo se ha ahorrado unos cuantos billetes en terapia. Creo que le he dado muy buenos consejos.

—¿Qué te ha dicho? Si quieres contármelo, claro, no quiero ponerte en un compromiso.

—No tienes ni una gota de maldad, hija de mi vida, claro que te lo pienso cascar todo. Es más, creo que es lo que él quiere.

Básicamente me ha dicho que no está preparado para dejarte marchar, que quiere recuperarte y que quiere convertirse en el próximo rey de la tarima. Bueno, esto es cosecha propia, pero que incluso intentará comportarse de un modo normal cuando nos vayamos de fiesta.

—Vaya...

—Sí, vaya...

Mika me mira con cariño mientras me acaricia las piernas, y yo miro al techo pensando que mi amiga tiene razón: Marcos debe de estar muy desesperado para acudir a ella en busca de ayuda.

—No sé qué hacer —admito devolviendo la atención a mi amiga.

—Te diría que es sencillo, pero no lo es. Tendrás que reflexionar con ayuda de la almohada unas cuantas noches para decidirte. Volver con Marcos, tu primer y único amor, con el que te sientes desconectada —sé que ha dicho esto para no hacer hincapié en lo que he comentado antes sobre mi desenamoramiento—, o plantearte iniciar algo con Ulises, metiéndote en una relación complicada por todo lo que conlleva.

—Nos hemos besado en el parque —suelto a bocajarro.

—Te está empezando a gustar, ¿verdad? —Siento que Mika no me juzga, tan solo intenta comprenderme como buena amiga que es.

—Puede ser...

—Debo admitir que, como siempre, me he metido en un jardín...

—¿Qué jardín? Cada vez que me dices eso, ya tiemblo...

—Le he prometido a Marcos que lo ayudaría en su reconquista, pero no sé si serás feliz si vuelves con él —dice de carrerilla mirándome de reojo—. Me da mucha pena esta situación, pero el brillo de tus ojos cuando hablas de su hermano es totalmente opuesto a la opacidad que tienes cuando no lo haces. Sé un poco egoísta y piensa en ti, amiga. Busca tu propia felicidad.

Me abalanzo sobre Mika y la abrazo con fuerza, porque sin ella no sé cómo podría sobrevivir a esto.

—Ahora mismo, Marcos es el cariño, y Ulises, la pasión. Cada uno me despierta sentimientos distintos, pero es innegable que si Ulises me hace sentir como lo hace es porque la magia con Marcos se ha evaporado.

—Tómate tu tiempo y encuentra tu camino. Yo estaré aquí para levantarte las veces que tropieces. Siempre.

—Gracias por apoyar a Marcos, significa mucho para mí.

Esta vez es Mika la que me abraza a mí, y mi tensión se disipa un poco al darme cuenta de que aquí, con ella, estoy en casa.

38

Ulises

—Chico, ¿puedes acercarme eso que tienes ahí?

—Claro.

Ya hace unos días que empecé a trabajar, y el ambiente que reina hace que me levante todos los días con ganas de venir a arrimar el hombro. Cómo podría explicar lo que hay aquí dentro... Digamos que mis compañeros y yo somos algo así como las obras de caridad de Joaquín, que es un jefe excepcional, ya que da una oportunidad laboral a personas que no están bien vistas en la sociedad.

En el turno de hoy estamos Joaquín, Ernesto, Iker, Lola, Lidia y yo. Todos hacemos la misma labor, a excepción de Lidia, que se encarga del papeleo. Me acogieron como a uno más desde el minuto uno y siento que estoy empezando a crear relaciones que van a ser importantes en mi vida. Por lo menos, tengo con quien hablar.

—Uli, ¿te vienes hoy con nosotros a tomar algo?

Tienen una especie de ritual que consiste en ir al bar cuando termina la jornada laboral. Solo hay una condición: si al día siguiente hay que trabajar, nada de alcoholizarse, tan solo una ronda para socializar fuera de estas cuatro paredes y para casa.

—Luego te lo confirmo, Lola... Es que he visto que ponen una peli en el cine que me apetece ver.

—Vaya, vaya..., imagino que no irás solo, ¿no? —pregunta intentando sacarme información de una manera muy poco sutil.

—Por eso te he dicho que luego te lo confirmo. Voy a intentar que una persona venga conmigo, pero si me da calabazas...

—Lo pillo, somos tu segundo plato —dice riéndose.

Le devuelvo la sonrisa y sigo a lo mío para no perder tiempo y salir a la hora. Un rato después, paro para tomarme un café y saco el móvil del bolsillo, abro WhatsApp y empiezo a escribir.

Ulises: Hola, nena. He visto que ponen una peli en el cine que tiene buena pinta. ¿Quedamos a las nueve?

Vuelvo a guardarlo porque dudo mucho que me responda al instante, apuro el último sorbo del café y me pongo a trabajar. En tan solo dos horas y diez minutos sabré si voy a ver una película en buena compañía o si, por el contrario, acabaré con mis compañeros en el bar de la esquina.

***

—Chicos, ya está bien por hoy, ya podéis iros a casa.

—Joaquín, queda media hora —le recuerda Iker.

—Hoy me siento generoso. Venga, no vaya a ser que cambie de opinión.

—Alguien tiene una cita... —suelta Lidia con voz cantarina, haciendo que todos nos riamos.

—No hagáis que me arrepienta tan pronto. Mañana nos vemos.

Nos dirigimos hacia el cuarto en el que tenemos nuestras cosas y me siento en una de las sillas para cambiarme de calzado. Una vez que me despojo de las botas del uniforme, siento el impulso de comprobar si Karla me ha contestado. He estado tentado varias veces, pero no quería seguir aquí en caso de recibir una negativa.

—¿Qué? —preguntan las chicas poniéndose frente a mí—. ¿Nos vas a deleitar con tu compañía?

—Vamos a descubrirlo...

Cojo el móvil, deseando que la respuesta conlleve que mi cartera acabe más vacía por comprar dos entradas de cine.

> **Karla:** ¡Hola! Espero que estés teniendo un buen día en el trabajo. No me has dicho qué película quieres ir a ver, pero me gusta que me sorprendan. Nos vemos allí.

En cuanto termino de leerlo, elevo la cabeza hacia mis compañeras, que esperan expectantes.

—No hace falta que digas nada, esa sonrisa bobalicona te delata. Pasadlo muy bien.

Le contesto a Karla diciéndole que nos vemos a las nueve en la puerta del cine y me voy corriendo a casa para darme una buena ducha.

39

Karla

Dudé. Nada más ver el mensaje de Ulises pensé en los pros y los contras de aceptar o no.

¿Meterme en un lugar oscuro, a su lado, durante aproximadamente un par de horas? No estaba segura de que fuera muy buena idea. La cuestión es que creía que iba a tardar en decidirme, pero no fue así. Sí, me moría de ganas de ir a ver una película con él.

Y aquí me encuentro, en la puerta de los cines, con un espejo en la mano para comprobar que mi escaso maquillaje está bien. Lo guardo en mi bolso y miro la hora en el móvil: quedan cinco minutos para las nueve.

Me froto las manos nerviosa, cuando el pelo de la nuca se me eriza al sentir el aliento de Ulises en mi oído.

—No hace falta que te mires tanto. Estás preciosa, como siempre.

Me sonrojo al instante, haciendo que Ulises me regale una de sus sonrisas cuando se coloca frente a mí.

—¿Preparada para ver un peliculón?

—Preparada para eso y para ayudarte con las palomitas.

—¿Ayudarme? ¿Y quién te dice que voy a querer compartir? —responde con una sonrisa burlona mientras me apoya una mano en la espalda para dirigirme hacia la cola de las palomitas y las bebidas.

—Bueno, no pasa nada, yo me compro las mías, no hay problema. —En ese instante noto un nudo en el pecho. Con Marcos siempre era así y me ha salido de manera automática, pero de pronto lo siento como una dosis de realidad instantánea: estoy con Ulises, no con él.

—Eh, mírame —murmura levantándome el mentón para que mis ojos y los suyos se encuentren—. Por mí como si te comes todas las palomitas, me la sudan.

Una media sonrisa se me escapa de los labios y dentro de mí afloran unas ganas inmensas de besarlo. Mis ojos vuelan hacia sus labios y me acerco un poco más a él.

—Siguiente. —Una voz me saca de ese momento y me doy cuenta de que ha llegado nuestro turno cuando una chica de ojos claros y pelo castaño nos mira expectante esperando que pidamos.

—Un combo —responde Ulises mirándome primero a mí con una sonrisa y después dirigiendo sus ojos a la chica—. El pack más grande que tengas, creo que la señorita tiene ganas de palomitas.

Suelto una carcajada y le doy en el hombro y, una vez que lo tenemos todo, nos vamos a por las entradas.

***

No sé si ha sido cosa del destino o del propio Ulises, pero estamos sentados en la antepenúltima fila de asientos y no tenemos a nadie por detrás. Realmente no es que haya mucha gente en las delanteras.

Ya llevamos diez minutos de tráileres y mi mente está del todo desconectada de la realidad, porque tan solo piensa en la pierna de Ulises rozando la mía.

—¿Sabes cuánto dura la peli? —pregunto por romper un poco la tensión que siento.

—Unas dos horas.

Vuelvo a fijar la mirada en la pantalla y veo que por fin va a dar comienzo.

En la media hora que llevamos viéndola ya se han tocado nuestros brazos, nuestras manos se han encontrado entre las palomitas, y necesito otro refresco porque, si antes tenía la boca seca, ahora no sé cómo describirla.

—¿Te pasa algo? —pregunta susurrando contra mi cuello—. Lo digo porque no paras de mover las piernas y, cada vez que nos rozamos, te apartas como si recibieses descargas eléctricas. Cualquiera diría que te pongo nerviosa.

—¿Y si así fuera? —pregunto envalentonada al tiempo que giro la cabeza hacia él.

—No me sorprendería —responde guiñándome el ojo mientras se mete un puñado de las últimas palomitas que nos quedan en la boca.

Intento concentrarme todo lo que puedo en la trama hasta que llega algo que no es muy habitual en una película de acción: un beso. Me remuevo incómoda en mi asiento y Ulises vuelve a acortar la distancia entre nosotros.

—Yo no lo habría hecho así.

—¿El qué?

—El beso..., le pondría muchas más ganas.

Instintivamente, me muerdo el labio mientras vuelvo a ese pasillo oscuro, y también a ese parque, donde me besé innumerables veces con él. Me muero por repetirlo.

—No hagas eso —dice mirándome a la boca.

Sé a qué se refiere, y por eso repito el gesto.

—Como vuelvas a morderte el labio, acabaré entre rejas otra vez, y te aseguro que no será el mejor plan para ti.

—Nadie nos echará por besarnos en una sala de cine.

—¿Te crees que estoy pensando en un beso?

Lleva una mano a mi barbilla y me pasa un dedo por el labio inferior.

—No sales de mi puñetera cabeza.

Nunca imaginé que Ulises fuese de la clase de chicos que dicen ese tipo de cosas, pero eso me demuestra que es una auténtica caja de sorpresas. Una que deseo abrir con todas mis fuerzas.

Me quedo muda mirándolo y me acerco a su boca lentamente. No hace falta mucho más, ya que sus labios impactan con los míos con una ferocidad que hace que me caliente al instante. Debo acallar los gemidos que amenazan con salir de mi boca, pero eso no evita que me levante de mi butaca y me siente encima de él, ya que quiero sentirlo lo más cerca posible.

Nos besamos con tantas ganas como incomodidad; porque, sí, aunque sea típico venir al cine a enrollarse con alguien, este no es el lugar más adecuado.

Corto el beso y echo un vistazo a mi alrededor, comprobando si alguien tiene la mirada puesta en nosotros y buscando algún lugar que pueda darnos un poco de intimidad.

Justo detrás de la sala veo un hueco casi imperceptible si no fuese por el cartel que hay encima que indica que ahí hay una salida de emergencia.

Cojo a Ulises de la mano, tiro de él y me dirijo hacia allí. Cuando estamos lejos de miradas indiscretas, me tiro a su boca. Esta vez es él el que se halla apoyado en la pared, pero, en una milésima de segundo, vuelvo a estar prisionera entre esta y su cuerpo.

Me siento viva. Me siento una joven de mi edad que hace cosas inapropiadas en sitios inapropiados. Como debería ser.

La mano de Ulises se acerca a la parte baja de mi falda y comienza a introducirse bajo ella, subiendo hasta llegar a mis bragas. Comienza a trazar círculos sobre la tela de mi ropa interior hasta que yo muevo la cadera pidiéndole más. Aparta la tela e introduce uno de sus dedos dentro de mí mientras, con el pulgar, describe círculos en ese punto que me vuelve loca. Gimo contra su cuello y él incrementa el ritmo de su mano.

Esto es demasiado..., pero quiero más.

—Me estoy conteniendo de cojones. Vamos a mi casa.

En ese momento, la especie de burbuja en la que estamos metidos se resquebraja un poco, porque ambos sabemos que la casa de la que habla no es suya, sino de su hermano.

—Mierda —escupe apoyando la frente contra la mía, y poco a poco aparta la mano de mi entrepierna para dejarla en mi cadera.

—Ulises, mírame —digo cuando veo que suspira cerrando los ojos —. Estamos aquí. Tú y yo, ¿de acuerdo? Ninguna otra persona tiene cabida de momento. No podemos hacerle daño..., no puede saber nada de lo que está pasando.

—Lo sé.

—Tampoco quiero involucrar a Mika; espero que entiendas que no estoy preparada para que vayamos a la mía. Necesito poner mis cosas un poco en orden.

—Lo entiendo —responde, y me besa de nuevo—. Esperaremos lo que haga falta.

Y así es como seguimos besándonos hasta que las luces de la sala se encienden y comprendemos que la película ha terminado.

40

Marcos

Una nueva noche de viernes en la que estoy en la soledad de mi casa, tirado en el sofá, zapeando sin encontrar nada que me llame la atención.

Desde que Karla me dejó, no levanto cabeza. He intentado centrarme en los estudios, pero no hay manera.

Me encantaría tener a alguna persona con la que salir a tomar algo y poder desahogarme, pero por desgracia no es así. Tampoco les he contado nada ni a mis padres ni a mis amigos de Cantabria, porque espero y deseo que podamos reconstruir nuestra relación.

Lo único destacable de los últimos días es que no tengo que verle la cara a mi hermano, porque ha empezado a trabajar. No quiero darle explicaciones ni contarle nada de lo que ha sucedido; no tenemos ese tipo de relación, y no creo que haya nada que él vaya a poder decirme que me ayude en estos momentos. Estoy seguro de que lo que haría sería vacilarme y reírse de mi mala suerte hasta la saciedad.

Sigo cambiando de canal sin prestar atención realmente a nada, hasta que veo que en uno empieza una película. Cojo el móvil y miro la hora: las diez de la noche.

No sé qué es lo que me lleva a hacerlo, quizá es una mala idea que no he pensado con detenimiento, pero escribo un mensaje.

Marcos: Supongo que te sorprenderá este mensaje y que estarás ocupada con lo que acostumbres hacer en una noche así, pero simplemente necesitaba hablar con alguien. Si estás disponible, me encantaría charlar contigo.

Dejo el móvil en el mismo sitio sobre el sofá porque no espero una respuesta. Pero me equivoco, porque llega una notificación, y sé que es de ella.

Mika: Hola, rey, pues te sorprenderá lo que te voy a decir, pero la verdad es que tarde o temprano me esperaba un mensaje de este tipo. No te ofendas, pero sé de sobra que no tienes a quién acudir. Pues me pillas en un fiestón de dimensiones épicas al que deberías venir. ¿Qué me dices? Esto es una señal del destino, Marcos, porque justo ahora he mirado el móvil, como si me hubieras invocado.

Marcos: Agradezco la invitación, pero los dos sabemos que no pinto nada allí. No es mi ambiente, y no es algo que me guste en exceso. Puedes llamarme soso, no es la primera vez que lo haces.
Disfruta de la noche.

Mika: Ay, Marquitos..., veo que no has aprendido nada. Te recuerdo que salió de ti el poner de tu parte para cambiar tu situación. Aquí conocerás a gente nueva. Puede que incluso hagas nuevos amigos.

Marcos: Eso no va a pasar.
Estaré deseando irme nada más llegar.
No quiero joderte la noche.

Mika: Aquí te mando la ubicación.
Deja de decir gilipolleces y anímate.

Justo cuando estoy leyendo el mensaje, llega la localización del pub en el que está. Suspiro, porque sé que tiene razón. No me ha dicho nada de que Karla esté con ella, pero doy por hecho que es así.

Me levanto sin pensarlo y me dirijo a mi habitación para coger ropa limpia. Me arreglo y miro a qué distancia está ese sitio. Bien, no está muy lejos. Aun así, decido pedir un Uber para llegar cuanto antes.

No tengo tiempo que perder.

Debo recuperar a mi chica.

41

Ulises

Acabamos de salir del cine, y la suave brisa nocturna nos golpea de lleno, haciendo que Karla se abrace a sí misma. Aunque creo que más bien su gesto se debe a que no sabe cómo actuar conmigo.

Decir que lo que ha sucedido ahí dentro a mí no me ha afectado sería mentir. Karla me despierta cosas que nunca había experimentado, es diferente de todas las chicas con las que he estado anteriormente.

—Te acompaño a casa —digo sin un ápice de duda. Por nada del mundo aceptaré una negativa.

—¿Y si no quiero? —contesta, y yo me río por dentro. Creo que con esta chica que algo sea fácil no es una opción.

—Pues no te va a quedar otra —sentencio, y veo cómo contiene una sonrisa y se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Echamos a andar en dirección a su casa, y tengo que hacer un gran trabajo de contención para no pararme y besarla en medio de la calle.

«Qué coño..., no tengo por qué hacerlo», me digo, por lo que me freno en seco, me giro hacia ella, le cojo la cara con ambas manos y la beso. Con ganas, con sed, con hambre. Karla intensifica el beso agarrándome de la chaqueta para acercarme más, y yo tiro de ella para ir hacia una parte menos iluminada de la calle y ocultarnos así de las miradas curiosas que pudiese haber.

—No he podido contenerme —susurro junto a sus labios mientras ella me acaricia la cara con los pulgares.

—Me encanta que no lo hayas hecho.

Esta vez es ella la que se lanza a mi boca, y yo suelto un gemido porque esto está empezando a ser bastante difícil para mí.

Antes quería cargarla sobre un hombro y llevármela. Ahora quiero ir a un callejón oscuro, romperle las bragas y follármela como si no hubiese un mañana. Pero no pienso hacerlo, con ella, de esa manera, no.

Me obligo a separarme, la cojo de la mano, respiro profundamente y reanudo la marcha. Oigo una risa baja que proviene de ella y se me instala una sonrisa en la boca.

—¿De qué te ríes, nena?

—No me imaginaba que fueses de los que paran en un momento como este.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque llevas la palabra «peligro» escrita en la frente. Dudo mucho que el escándalo público fuese un problema para ti.

—Si lo que quieres es eso, no me lo digas dos veces... —Me detengo y me coloco delante de ella, impidiéndole el paso.

—Vamos, anda. —Sonríe dándome un golpe en el brazo.

El trayecto a su casa dura un rato, en el que nos paramos en más ocasiones para besarnos hasta quedarnos sin aire.

—Creo que lo mejor es que te acompañe arriba... —Le beso el cuello y ella se deja hacer—. Por eso de que puede haber alguien acechando en algún descansillo para secuestrarte... —Esta vez la beso en la comisura de los labios y me aparto rápidamente, haciendo que ella dé muestras de enfado.

—Sí, será lo mejor, pero estamos bien aquí de momento.

Es ella la que se lanza a por mí y yo maldigo las luces modernas que se encienden cuando captan movimiento.

—Así que realmente es a ti a la que le gusta que la vean haciendo ciertas cosas. Me sorprendes.

—Eres tonto —dice pasando sus dedos por mi barba de tres días —. Al lado del ascensor hay un hueco que utilizan algunas vecinas mayores para dejar los carros de la compra. Yo no lo sabía, pero me lo comentó Mika un día y...

—No digas más.

Devoro su boca al tiempo que voy moviéndome con ella en esa dirección. Parece que nuestros cuerpos mantienen una lucha por ver quién puede más, hasta que la cojo por la cintura y Karla entrelaza sus piernas en mi cadera mientras sigue besándome sin tregua.

Le muerdo el labio inferior y ella suelta un gemido. Tengo la polla tan dura que me molesta hasta el roce del vaquero. Karla se separa con un jadeo y mira el espacio en el que nos encontramos. Como bien ha dicho, es un hueco, que por suerte se encuentra vacío en estos momentos.

—No creo que nadie se vaya a meter a estas horas aquí... —dice, y se suelta de mis caderas, tocando suelo.

—¿Es una proposición indecente, nena? —pregunto con sorna, porque, aunque no lo fuera, me la tomaría como tal.

—Sí.

Nuestras bocas, y nuestras lenguas, se unen de nuevo. La intensidad de nuestras respiraciones es tan elevada que creo que, si alguien bajase las escaleras, saliese del ascensor o entrase en el portal, sabría dónde estamos y qué estamos haciendo, pero me la suda.

Empiezo a recorrerle el muslo con la mano en busca de la zona en la que quiero perderme.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

—Qué considerado. Tampoco pensé que fueses de los que piden permiso —responde mientras me muerde el labio.

—Y no lo hago. Nunca.

Me agacho frente a ella observando cómo me mira, veo cómo se pasa la lengua por los labios y luego comienza a morderse el inferior.

—No hagas eso —ordeno muy lentamente, dejando suficiente separación entre cada palabra para que intuya que no es en absoluto una petición.

Le levanto el vestido, le aparto las bragas con los dedos y siento la humedad en ellos.

—Joder..., estás empapada.

Ahora, el que se pasa la lengua por los labios soy yo. Acto seguido, acerco mi boca a su sexo, sintiendo cómo ella me posa las manos temblorosas sobre el pelo. Antes de seguir, la miro, y su gesto de afirmación con la cabeza logra que pierda la mía.

Paso la lengua por su centro haciendo que se contraiga, pero no se lo permito, por lo que apoyo una mano sobre su abdomen, inmovilizándola. Sigo lamiendo, succionando y excitándome como un animal, mientras sus gemidos son música para mis oídos. Unos pocos minutos después, siento que está a punto, por lo que introduzco un dedo y después otro, y ella los hace suyos moviendo un poco las caderas para pedirme más, hasta que noto cómo todo su cuerpo se tensa y se deja atrapar por un clímax que la hace temblar de pies a cabeza.

Le doy un dulce beso en los labios y nos miramos fijamente juntando nuestras frentes.

Yo, pensando que quiero repetirlo todos los días de mi vida. A todas horas.

Ella, probablemente intentando gestionar lo que acaba de suceder.

Cojo su mano, entrelazando mis dedos con los suyos, y la beso en los nudillos, dándole luego un pequeño mordisco que hace que me regale una de sus sonrisas.

—Ahora te voy a acompañar arriba, vamos a volver a besarnos como locos, te vas a meter dentro de tu piso y me voy a ir.

—¿Y tú no quieres...? —pregunta con decepción.

—Me muero por hacerlo. Pero no va a suceder. No hoy, Karla. El día que pase no va a ser en un puto hueco de ascensor. Podría follar aquí, lo haría con cualquiera, pero contigo no.

—¿Por qué? —susurra.

—Porque eres jodidamente especial, y no te mereces menos.

Media hora después, salgo del edificio con los labios enrojecidos y un dolor de huevos de la hostia. Esta chica va a acabar conmigo.

42

Marcos

Miro de nuevo mi móvil y compruebo que tengo que doblar a la derecha en la próxima esquina para llegar a mi destino.

Nunca había estado por aquí y todo me resulta extraño, pero cuando giro en la nueva calle, veo algo que me recuerda a Mika, un cartel luminoso con una frase que no deja lugar a dudas: «Una vez que te adentres, no es seguro que vuelvas a encontrar la salida». Lo que viene a decir que sabes cuándo llegas, pero no cuándo te vas, algo que creo que le va como anillo al dedo a mi nueva... ¿amiga?

El Bosque Animado es una discoteca que consta de tres plantas, y yo no sé a cuál tengo que dirigirme, porque Mika no me lo ha especificado en ningún momento. Aunque, pensándolo bien, yo tampoco le he confirmado que venía para acá.

Cuando entro, entiendo el nombre del lugar, ya que es exactamente como si te metieses de lleno en un bosque de árboles frondosos. Es una auténtica maravilla visual. Me acerco a una de las barras y le pregunto a un camarero dónde es la fiesta universitaria. Me indica que es en la última planta.

Mientras subo las escaleras me voy fijando en la cantidad de gente que hay aquí, en cómo bailan, beben y se divierten. Todo lo contrario de como suelo actuar yo cuando me encuentro en un lugar así. Pero eso tiene que cambiar, y hoy voy a dar ese primer paso.

Busco con la mirada a la única persona que conozco que está en este lugar y no me resulta difícil encontrarla, porque tiene a un corro de gente a su alrededor mientras hace una especie de baile sexy que debo admitir que se le da demasiado bien.

—Se acabó el espectáculo, chicos. Voy a tener que empezar a pasar un sombrero para que me dejéis propina —dice una vez que acaba de bailar con una sonrisa triunfal.

—Pero si tú ya estás forrada —le suelta un chico al que no conozco de nada.

—Y, gracias a eso, muchas noches te pillas los chuzos gratis, imbécil.

—También es verdad —afirma encogiéndose de hombros y besa a Mika en la mejilla.

Sigo cada uno de sus movimientos mientras habla con el resto, hasta que se percata de mi presencia y me dedica una sonrisa que me muestra sus inmaculados dientes blancos.

—Me he muerto y me han traído a un lugar en el que pasan cosas extrañas, como que hayas venido a esta fiesta con tan poca insistencia por mi parte... Me siento halagada, Marquitos, verdaderamente me has sorprendido. No daba un duro por ti.

—¿En serio no pensaste que fuese a venir?

—No —suelta sin un ápice de duda—. Sígueme.

Me da la espalda y comienza a andar mientras se abre paso entre la gente. Cuando ya llevamos unos cuantos metros recorridos, de repente siento cómo su mano coge la mía, haciendo que yo la aparte bruscamente. Al darse cuenta, Mika se gira hacia mí y se cruza de brazos.

—Estás de coña, ¿no? —pregunta poniendo cara de bruja mala.

—¿Qué?

—No te voy a contagiar ningún tipo de enfermedad infecciosa por cogerte de la mano. Tampoco tengo intenciones indecorosas contigo, por el amor de Dios... Voy a ser muy franca para que no vuelva a pasar nada parecido, ya que solamente quería que no te perdieses entre tanta gente. Eres el ex de mi amiga, la cual vive conmigo, y se supone que quieres reconquistarla, aunque no sea algo que yo vea muy claro, pero ese es otro tema. Por otra parte, no sé si me caes bien o si este experimento durará una sola noche, pero desde luego por este camino conmigo mal vas. Y por último... —suelta suspirando tras coger aire con teatralidad—, no eres mi tipo. Venga, no me hagas perder más el tiempo.

Su mano vuelve a coger la mía y esta vez me dejo hacer, porque he sido un tanto gilipollas, porque me ha dejado las cosas muy claras y porque es la única persona que me está mostrando su apoyo en estos momentos.

Nos acercamos a una barra y le hace una seña al camarero para que se aproxime.

—¿Qué quieres? —me pregunta Mika.

—Una cerveza —contesto.

—Guauuu, vas con todo —dice ella con guasa.

Pide las bebidas y se vuelve hacia mí, que ya la estoy esperando con una sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. La verdad es que la imagen que tenía de ti no se corresponde con la realidad —confieso.

—Joder, no tengo claro si quiero saber la opinión que tenías de mí... ¿Zorra? ¿Mala influencia? Se me ocurren un montón de opciones más, pero no quiero pensar que se te hayan pasado siquiera por la cabeza.

—Dejémoslo en que no eras mi persona favorita y no me gustabas nada.

—Hablas en pasado... Así que ahora te gusto, ¿eh, pillín? Qué mono eres, Marcos —dice riéndose de mí.

Coge mi cerveza y su copa y echa a andar hacia un grupo de gente a la que no conozco. Les dice cómo me llamo y, también, que vamos a ir a la zona de los sofás porque tenemos cosas importantes de que hablar. Yo me dejo hacer.

Una vez que se sienta, cruza las piernas dejando demasiada piel a la vista para mi gusto, pero Mika es así: provocativa y segura de sí misma. No hace falta conocerla mucho para darse cuenta de ello.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? Esto es una fiesta, y las pocas veces que hemos coincidido en una no estabas quieta precisamente —señalo.

—Sí, mi rey, pero que te hayas decidido a venir me dice que de verdad quieres centrarte en tu cometido de la reconquista. Y como soy buena persona, me voy a sacrificar por ti y te voy a escuchar y a aconsejar, entre copa y baile. No te creas que me vas a tener aquí pasmada toda la noche.

—Ya me parecía —contesto riéndome.

—¿Tienes algo en mente? —pregunta, y a continuación da un trago a su copa.

—No. Karla y yo no hemos vuelto a hablar, y la verdad es que me parece raro que no esté aquí contigo. ¿Tan mal está, que ha preferido quedarse en casa?

Mika se atraganta con la bebida y los ojos le empiezan a brillar debido a las lágrimas acumuladas. Me acerco a ella rápidamente y le doy unos golpes en la espalda para que se le pase.

—Coño, Marcos, que me vas a romper algún hueso. Estás fuertote, quién lo diría. Para que esta conversación llegue a buen

puerto... —Tose un par de veces, amenazándome con la mano para que no me acerque de nuevo a su espalda—. Perdón... Como te iba diciendo, creo que es esencial que dejemos algunos puntos claros antes de nuestro cometido. Ahora parece que somos colegas, pero recuerda que la persona que es mi amiga es Karla. Le debo algo así como lealtad de hermanas, por lo que no dejaré que me hables mal de ella, ni siquiera si es ella la que la caga. En ese caso, intentaré ser imparcial porque conmigo no irá el asunto, pero ambos sabemos que acabaré poniéndome de su parte. ¿Vamos bien?

—Qué remedio. Ella es tu amiga, me queda claro.

—Bien. Segundo punto, realmente quiero ayudarte porque creo que vuestra relación puede reconducirse. No sé decirte con seguridad el porcentaje de éxito que podrías tener, pero, mientras haya algo, la esperanza es lo último que debes perder.

—¿Tienes dudas de que no quiera volver conmigo?

—Obvio que sí —dice, y da un buen trago a su copa—, pero eso es algo que trataremos dentro de un rato. Recuerda que te he dicho que no pienso quedarme aquí toda la noche. Venga, bebe. —Señala mi cerveza y yo apuro lo último que me queda antes de dejarla sobre la mesa.

Nuestros dedos vuelven a estar entrelazados hasta que llegamos a la pista de baile, donde yo me quedo como una estatua mientras ella baila a mi alrededor. Brazos arriba, vueltas sobre sí misma, hacer que pesca a un chico que está a nuestra derecha, subirse a una tarima... Está claro que si hay alguien que disfruta saliendo de fiesta es Mika. Incluso consigue que una persona arrítmica como yo acabe moviéndome un poco y se ríe al verme.

Cinco canciones después —sí, he llevado la cuenta—, volvemos a estar sentados en los sofás con otra bebida en la mano.

—Yo también me enamoré una vez, ¿sabes? —comienza a decir ella mientras yo la observo y le hago un gesto para que continúe. Deja la mirada fija al frente, y me asusto.

—¿Estás bien? —pregunto, porque de verdad no me esperaba esto de Mika.

—Es que es un tema que me cuesta mucho exteriorizar.

—¿Pasó hace mucho?

—Sí, hace algunos años, pero es que fue la primera vez que me rompieron el corazón, y eso marca, ¿sabes? Qué narices, qué te voy a decir a ti...

—No hace falta que me lo cuentes —y lo digo de verdad.

—Creo que me vendrá bien... Cuando conocí a Javi, todo se volvió de color de rosa. Era el típico rubio de ojos azules, que resaltaban sobre su piel morena. Me enamoré de él al instante. No fui la única, era un auténtico rompecorazones que nos tenía a todas suspirando por él, hasta a las más adultas. Yo creía que él también tenía conexión conmigo. Pasábamos mucho tiempo a solas, teníamos cosas en común y hablábamos de nuestras aficiones. Pensaba que lo nuestro se consolidaría con el paso de los años y que siempre estaríamos juntos. El problema es que yo no era la única para él...

Mika se vuelve hacia mí con cara de circunstancias y sigue con su relato bajo mi atenta mirada.

—Un día, temprano, cuando lo vi aparecer, pensé que vendría conmigo, pero se fue de la mano de Estela, lo que me destrozó por completo. Me pasé buena parte de la mañana encerrada en un baño hasta que una conocida llamó por teléfono a mi madre para que fuese a buscarme. Qué doloroso fue todo...

—¿Y qué te dijo tu madre cuando llegó?

—Pues... que si con cinco años ya tenía esos males de amores, que me fuese preparando para cuando llegase a la treintena... —dice

estallando en carcajadas mientras yo abro la boca porque no me puedo creer que lleve todo este tiempo riéndose de mí.

—Estás como una puta cabra —respondo entre risas.

—Pero mira lo bien que te lo estás pasando. Venga, vamos a por una ronda de chupitos. Me lo estoy pasando muy bien contigo, Marcos. Espero que te unas a la fiesta más a menudo.

Unas cuantas copas y unos cuantos amagos de bailes después, entro en mi casa con una sonrisa en la cara rememorando la noche que acabo de pasar. Nunca imaginé que Mika sería mi mejor compañía en una situación como esta. No me ha dejado solo ni un momento, ha intentado que me integrara —sin éxito por mi parte, todo hay que decirlo— y se ha quedado conmigo para que no me sintiera fuera de lugar.

Tengo que aprender a no dejarme llevar por las apariencias, o me perderé a magníficas personas como ella. Y, con estos sentimientos, consigo quitarme la ropa, tirarme en mi cama y dormirme.

43

Karla

Anoche me costó conciliar el sueño: mi mente me transportaba de nuevo a los momentos clave de la noche. Ulises y yo besándonos en el cine; besándonos en cualquier rincón de camino a mi casa. Ulises practicándome el mejor sexo oral de mi vida. Ulises siendo un chico adorable, dejándome sana y salva en la puerta de mi piso. Creo que va a ser una noche que no olvidaré jamás.

Oigo a Mika trasteando por la cocina, por lo que decido levantarme para preguntarle qué tal su noche, ya que cuando entré ayer en casa ella todavía no había llegado.

Cojo mi móvil para mirar la hora y veo que tengo una notificación. Sonrío cuando compruebo que es Ulises quien me ha escrito. Tenía cierto miedo de que acabase haciendo como que no había sucedido nada entre nosotros, pero una vez más vuelve a sorprenderme. Igual debería empezar a confiar en él. Todo cuanto lo rodea es oscuridad y caos, pero eso no significa que conmigo vaya a ser así. No pretendo ser la salvadora de nadie, pero está más que claro que estoy empezando a pillarme por un imposible.

Ulises: Buenos días, nena,
espero que hayas descansado.

Habría descansado mejor si lo hubiese arrastrado conmigo hasta mi cama, pero debo decir que su comportamiento lo ha hecho ganar

puntos.

Karla: Buenos días. Sí, no ha sido una mala noche. La única pega que le pondría son demasiadas pesadillas para mi gusto últimamente.

Ulises: Pesadillas. ¿Qué te perturba?

Me muerdo una uña mientras pienso si darle la respuesta verdadera.

Karla: Tú.

Ulises: Eso me halaga, preciosa.

Karla: Jajajajajaja... Tú siendo tú. Entiendo que es un verdadero placer que una chica como yo sueñe contigo, no te culpo. Hay una parte de mí que quiere que esas pesadillas se hagan realidad.

No sé de dónde ha salido esta versión mía tan kamikaze, pero la verdad es que me siento muy cómoda con ella.

Ulises: Tenía entendido que las pesadillas no son agradables para desearlas en la vida real.

Karla: Las mías, sí, ya que te veo hasta cerrando los ojos... Ahí me permito dejarme llevar.

«De perdidos, al río».

Ulises: Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que la verdadera Karla quiere?

Karla: Que se cumplan todas
mis fantasías, porque ya no puedo aguantar
más.

Con Marcos nunca fui lanzada, porque él tampoco me daba pie a ello. Pero siento que Ulises ha sacado una parte de mí que no sabía que existía. La Karla sexual, la Karla excitada, la Karla que se muere por experimentar. La que ya no tiene miedo de gritar a los cuatro vientos que es una chica de dieciocho años que se muere por explorar libremente su sexualidad.

Ulises: …

Karla: Necesito sentirte.

Ulises: No hay nadie en el puto
mundo que te desee más que yo.
El viernes nos vemos, y no es una pregunta.
Ponte sexy para mí.

Me permito no contestar, porque me ha quedado claro que ha sido una orden en toda regla y no va a aceptar una negativa, una que no pretendía darle porque me muero por verlo, por tocarlo, por besarlo y sentirlo en cada poro de mi ser. Con sinceridad, creo que me he vuelto una lunática con una vida aparentemente estable..., jamás pensé que podría encontrarme en una situación como esta.

¿El hermano de mi exnovio? Por supuesto que no estaba en mis planes, pero aquí estoy, impaciente porque llegue el día de la cita y dejar de soñar despierta con él y con el momento que tanto deseo.

44

Ulises

Por fin es viernes, y también uno de los días más especiales para mí en los últimos años. Esta vez, lo es por dos razones. La primera —y más importante— es que hoy he quedado con Karla. La semana ha pasado tan lenta como cuando era pequeño y aguardaba con ansia que llegara el 6 de enero. Y la segunda razón es que Julián me pagará hoy la primera de las muchas nóminas que espero cobrar en este trabajo, que siento como un bálsamo en mi vida.

—Chico, ven conmigo —me llama cuando pasa junto a mí.

Lo sigo a su despacho y cierro la puerta después de que me lo indique con un movimiento de la cabeza.

—Siéntate.

Veo que él toma asiento al otro lado de la mesa, y lo imito.

—Tú dirás.

—Llevas ya un mes con nosotros. Sé que un día como hoy es como un soplo de aire fresco. No es solo un sueldo, Ulises, es el inicio de una nueva vida. Soy consciente de que han pasado muy pocos días desde que nos conocemos, pero te he estado observando con detenimiento.

Trago saliva como buenamente puedo, porque no sé cómo va a terminar esta conversación, lo que tengo claro es que no puedo permitirme perder este trabajo. Ahora, no.

—Y puedo decir que te quiero en mi equipo siempre. —Cuando añade esto, dejo salir poco a poco el aire que he ido reteniendo en los pulmones—. Enhorabuena, aquí tienes el dinero que te has ganado con tu puntualidad, tu entusiasmo, compañerismo, amabilidad y trabajo duro. Puedes contarlo si quieres, está todo y más. Te he dado un pequeño incentivo de bienvenida. Pero no te acostumbres, que no es algo habitual. Venga, firma aquí para que puedas irte de fiesta o a lo que acostumbres hacer un viernes noche.

Me tiende un boli y me acerca el papel que tengo que firmar: la nómina que guardaré como oro en paño. Hago mi característico garabato, cojo el sobre que me corresponde y sigo sentado bajo la atenta mirada de mi jefe, que me escruta mientras debe de preguntarse por qué sigo sin levantarme.

—Antes de irme quería decirte que tienes razón: esto no es solo un sueldo, es la llave a una nueva oportunidad, y eso es gracias a ti, Julián. Veía mi futuro muy jodido cuando llegué a Madrid con una mano delante y otra detrás. No sentí que salía de toda esa mierda hasta que me diste una oportunidad sin preguntar, sin juzgarme, y confiando en mí pese a ser un total desconocido para ti. Quiero que sepas que no lo olvidaré jamás, que siempre estaré en deuda contigo.

—Si es por mí y la cosa sigue como hasta ahora, te pasarás unos cuantos años aquí —me asegura—. Ahora mueve el culo y lárgate de una vez.

Me levanto ya riéndome y me guardo el sobre en el bolsillo del pantalón como si fuese una reliquia.

—Gracias, Julián. Nos vemos el lunes.

—Buen finde, chico.

—Igualmente.

Salgo del despacho para ir a coger mis cosas y me despido de mis compañeros declinando la oferta de ir a tomar algo con ellos. Tengo asuntos importantes que resolver esta noche, y ninguna de estas personas entra en mis planes.

El trayecto a casa lo hago relajado, feliz, y con unos cuantos cientos de euros en mi cartera. Hacía años que no tenía en mi poder tanto dinero.

Cuando llego a casa lo hago con energías renovadas, porque por fin voy a poder darle algo de este dinero a mi hermano, ese al que evito mirar a la cara. Casi no coincidimos en casa, pero, conociéndolo como lo conozco, a pesar de todo, imagino que no está pasando por su mejor momento.

Saco el sobre que me ha entregado Julián y cuento los billetes que hay dentro. Joder..., me ha dado doscientos euros más de lo que me corresponde. Entonces veo que cae un papel al suelo y, nada más cogerlo, lo leo:

A mí también me ayudaron en mi nuevo comienzo. Enhorabuena, Ulises, estoy muy orgulloso de ti.

Pienso que estas palabras no deberían proceder de un hombre que me conoce desde hace un mes, por mucho que haya experimentado en sus propias carnes lo que estoy pasando yo. Este mensaje debería recibirlo de las personas que se supone que tendrían que quererme por encima de todo: mi familia. Creo que estoy empezando a darme cuenta de que ya no tengo una, por lo que me tocará elegir a la que quiero de ahora en adelante. La familia que yo elija. Siempre he tenido el pensamiento de que no es más familia la que comparte sangre contigo que la que vas construyendo con los años. De hecho, está más que demostrado que los lazos de sangre hacen que te permitas el lujo de cometer fallos

irreparables que pienses que deberían ser perdonados simplemente por ser familia.

Cojo esos doscientos euros de propina, junto con algo más de dinero, y lo dejo todo en la encimera de la cocina. Yo no soy como el bueno de Julián: no pienso dejarle una nota informativa a mi hermano. Deduzco que sabrá de qué se trata nada más verlo.

Me dirijo al baño, abro el grifo del agua caliente y voy hasta mi habitación a por ropa limpia. Media hora después, ya voy de punta en blanco para mi cita con Karla.

A lo largo de esta semana hemos intercambiado miles de mensajes cada día, pero no hemos tenido ocasión de vernos. Me ha preguntado en varias ocasiones sobre lo que sucederá esta noche, pero no le he dado ni el más mínimo detalle. Tan solo le advertí de que lo sabría a su debido tiempo, por lo que le doy la primera indicación mandándole un mensaje:

Ulises: Dentro de una hora nos vemos en esta ubicación. Cuando llegues, escríbeme y te mandaré el siguiente paso. Ven con la mente abierta, con muchas ganas y con la idea de que no te voy a dejar escapar. Sé puntual si no quieres recibir un castigo.

Le envío la ubicación y cojo unas bolsas que tengo en el armario, las meto dentro de una mochila y salgo de casa. Esta noche va a ser memorable.

45

Karla

Cuando recibí el mensaje, casi se me cae el móvil al suelo. Me puse tan nerviosa que no atinaba a hacer nada, hasta que me di cuenta de que era una adulta funcional que debía dejar de comportarse como una niñata. Le mandé un mensaje a Mika diciéndole que no me esperase despierta, que no se preocupase por mí y que no me preguntase, porque no le iba a dar ninguna clase de información. También calculé el tiempo que tardaría en llegar al lugar al que tenía que ir y el tiempo que me quedaba para poder prepararme.

En menos de un minuto llegaré al punto exacto en el que me ha citado Ulises, y yo solo puedo pensar en si me he depilado bien, si me verá guapa o si no me habré pasado echándome mi perfume favorito. Vamos, las preguntas que estoy segura de que se hace toda mujer ante la cita de su vida, porque eso es lo que siento que va a ser esta noche.

Karla: Ya estoy aquí. No entiendo nada... No sé dónde tengo que ir ahora.

No pasan ni diez segundos cuando me llega la respuesta.

Ulises: Creo que la respuesta la tienes delante de tus ojos. Habitación 313.

La garganta se me seca de golpe cuando, en efecto, veo que hay un hotel frente a mí. Respiro hondo, cojo fuerzas y cruzo la acera para adentrarme en él.

Es un hotel de cuatro estrellas en el que intuyo que las habitaciones no serán precisamente económicas. Sin embargo, también sé que hoy Ulises cobraba su primer sueldo, por lo que habrá tirado la casa por la ventana, y eso me hace sentir realmente especial.

Llego al ascensor sin que nadie repare en mi presencia y, una vez dentro, pulso el botón que me llevará a la tercera planta. Veo que me tiemblan las manos y me obligo a mí misma a relajarme. Es por Ulises, estoy segura. No es mi primera vez con un chico, por lo que no debería hallarme en este estado de nerviosismo extremo, pero es que él despierta en mí sentimientos que no puedo controlar.

Suena una especie de timbre que indica que he llegado a la planta y la puerta del ascensor se abre, dejando ante mí un amplio pasillo de colores neutros. Miro los números de las primeras puertas y veo la que me ha indicado Ulises, por lo que mis pies se mueven hacia allí. Llego frente a ella y, antes de que pueda llamar, la puerta se abre, revelando a un Ulises con una camisa negra. Instintivamente, me muerdo el labio, lo que hace que él me coja de la muñeca, tire de mí y cierre la puerta para, a continuación, devorarme contra la misma mientras aprisiona mi cuerpo con el suyo.

—Te tengo dicho que no hagas eso, joder. Me vuelve loco... — suelta contra mis labios antes de volver a besarme como si fuese la última vez.

No hablamos, apenas nos miramos, tan solo nos besamos y nos tocamos, con lo que la temperatura sube a toda velocidad.

Ulises tira mi bolso sobre una mesa auxiliar y me quita la chaqueta y la blusa, sin dejar de mirarme. Lo hace cuando sabe que va a ver

algo que hasta ahora no ha visto: mi cuerpo en ropa interior.

Vuelve a mi boca mientras se quita su propia camisa y trastea con la cremallera de mi falda para quitármela cuanto antes. Cuando consigue su cometido, se separa despacio de mí, se sienta en la cama y me observa con una mirada lobuna que me hace apretar las piernas de manera inconsciente. Creo que ponerme mi conjunto de encaje negro ha sido un acierto.

—Ven aquí —dice con voz ronca.

Obedezco sin rechistar y me acerco a la cama quedándome de pie junto a él. Ulises posa sus manos sobre mi culo y me dirige para que me siente a horcajadas sobre él.

—Hola, preciosa. Veo que eres de las que cumplen —murmura mientras me muerde el cuello, y yo suelto un jadeo—. Estás impresionante.

—Me alegro de que te guste.

Nos besamos, nuestras lenguas luchan entre sí y empiezo a notar cómo su polla quiere salir de sus pantalones. Nuestros gemidos llenan la habitación, y yo necesito tocarlo tanto como él a mí.

Entre los dos conseguimos desabrochar sus vaqueros y, en un ágil movimiento, logra bajárselos para que sus calzoncillos se rocen con mis bragas.

Me siento poderosa, por lo que una de mis manos se dirige al punto en el que nos unimos y la hundo bajo su ropa interior para tocar su polla, esa que espero que no tarde en estar dentro de mí. Es grande, y yo estoy excitada y nerviosa, a partes iguales.

En menos de un minuto he pasado de sentirme una reina a tener mil recuerdos en mi cabeza. Es la primera vez que estoy con un chico que no sea Marcos y, aunque lo deseo, noto un sabor agridulce que hace que me pare en seco.

—Eh, mírame. ¿Qué te pasa? —pregunta Ulises con aire interrogante, cogiéndome de la barbilla para que lo mire fijamente.

—Nada.

—No me gusta que me mientan.

Trago saliva mientras evalúo la decisión de contarle la verdad o no. «Karla, sé valiente..., recuerda que con él te sientes libre», me digo.

—La última vez que hice esto fue con... Simplemente, mi cabeza me ha llevado a otro sitio.

Ulises me coge la mano, esa que descansa ahora sobre mi muslo.

—Pues intentaremos que vuelva a donde tiene que estar. ¿Quieres esto?

Asiento con la cabeza, mirándolo.

—En ese caso, no hay más que hablar.

Vuelve a besarme, en esta ocasión noto que hay mucho más cuidado en su modo de hacerlo, como si con ese beso me dijese todo lo que no nos permitimos decir con palabras. Noto un calor que nace de mi entrepierna y comienzo a rozarme contra él. Nuestros cuerpos se buscan con más urgencia, las respiraciones se entrecortan y los labios se encuentran una y otra vez, arrastrados por la intensidad del momento.

Con un movimiento seco me atrae más hacia sí, haciendo que le rodee la nuca con los brazos, y noto su aliento sobre mi pecho. Me desabrocha el sujetador, dejándome totalmente liberada de cintura para arriba, y se sumerge en mis pechos mientras me lame, succiona y muerde mis pezones.

Los movimientos de mis caderas nos hacen gemir a ambos. Acto seguido, me tira sobre la cama y me separa las piernas.

—No las cierres.

No pensaba hacerlo. Cuando su cabeza se mete entre ellas y noto la primera caricia de su lengua contra mi clítoris, suelto un gemido que para él es una invitación a devorarme. Esta vez percibo que lo hace sin prisa, recreándose en cada movimiento. Introduce un dedo dentro de mí y después otro, y, sin darme tiempo a reaccionar, un orgasmo arrollador me parte en dos, haciéndome gritar su nombre.

Me quedo desmadejada sobre la cama, pero él no me da tregua.

—Coge lo que hay en la mesilla —me ordena.

Me estiro un poco, con la respiración acelerada, y logro coger un preservativo, haciendo que me excite aún más.

Ulises me lo arranca de la mano, rasga el envoltorio con la boca y se lo pone con maestría. De una estocada, entra en mí. Lo noto por todas partes, invadiéndome, y necesito unos segundos para adaptarme a su tamaño, pero cuando comienzo a mover las caderas dándole paso, él me embiste una y otra vez, insaciable.

Noto cómo en mi bajo vientre se empieza a formar esa sensación que ya conozco, aunque esta vez es diferente. Más intensa, más todo. Grito y mis piernas tiemblan alrededor de su cuerpo cuando una descarga me recorre la espalda llenando mi cuerpo de un placer absoluto. Segundos después, Ulises gruñe contra mi oreja y se deja ir.

Sí, puedo afirmar que ha sido el mejor polvo de toda mi vida.

46

Karla

Hace ya un rato que mis piernas están enredadas entre las de Ulises mientras sus dedos acarician mis muslos sin descanso. Estamos tapados solamente con una fina sábana que cubre gran parte de nuestros cuerpos, y mi mano, que descansa sobre su pecho, siente los latidos frenéticos de su corazón.

Estoy totalmente agotada y noto que los párpados empiezan a pesarme más de la cuenta. Me muevo un poco para enterrar la nariz en su cuello, aspirando su aroma, y así, acomodarme lo más a gusto posible, cuando la melodía de su móvil me saca del trance en el que estoy sumida por completo.

El cuerpo de Ulises se mueve bajo el mío, y veo cómo alcanza su teléfono con la mano que acaba de abandonar mi piel. Su ceño fruncido me pone en alerta justo antes de que se deshaga de mí por completo y me deje sola en la cama.

Me siento estúpida, porque pensaba que era alguien importante para él, pero me doy cuenta de que lo único que quería era acostarse conmigo y que, cuando ya lo ha conseguido, pretende irse de aquí a hurtadillas.

Aparto las sábanas y voy tras él, que se ha metido en el baño con la ropa interior y los pantalones en la mano. No me da tiempo a llegar, ya que me topo con su torso desnudo justo cuando está saliendo por la puerta.

—¿Te marchas? —pregunto incrédula mientras veo cómo busca su camiseta por toda la habitación con desesperación.

Él me rehúye la mirada y sigue con su cometido hasta que encuentra la prenda justo al lado de una de las mesillas de noche.

—Ulises, te he hecho una pregunta.

—Sí, tengo que irme —contesta escuetamente, sin titubear lo más mínimo.

Se mete el móvil en el bolsillo del pantalón, coge el resto de sus cosas y se las guarda en el bolsillo de la chaqueta. Entre ellas, la llave de la habitación.

Yo sigo en medio de la estancia, vulnerable, con mi cuerpo desnudo y mi alma rota, porque el chico al que le acabo de dar toda mi confianza la ha hecho pedazos a la primera de cambio. Ni siquiera ha esperado a que me durmiera para poder despertarme con una nota en la almohada vendiéndome falsos halagos, como que había sido una de las mejores noches de su vida. No, no estoy lista para esto.

—Bien, vete... Me vestiré y me marcharé a mi casa —digo con un hilo de voz.

—No. Tú te quedas aquí. Vuelve a la cama e intenta descansar.

—¿Qué pinto yo aquí si tú te vas? Dime, Ulises, ¿qué coño hago yo aquí sola? —pregunto, esta vez con evidente desesperación.

—He dicho que te metas en la cama y descanses, Karla. Pienso volver.

—¿Qué?

—No soy tan hijo de puta como para follarte y largarme dejándote aquí tirada. Voy a volver. Pero ahora tengo que irme, es urgente.

Coge mi cara entre las manos y acerca su boca a la mía, lamiéndome los labios para luego juntar nuestras lenguas. Cuando termina de besarme, da media vuelta y se va sin mirar atrás,

dejándome aturdida en el mismo punto en el que llevo varios minutos.

Miro a mi alrededor y diviso mi bolso, que contiene mi móvil, ese que necesito para cerciorarme de qué hora es y para escribirle a Mika, a la que por nada del mundo pienso contarle que me han dejado tirada en una habitación de hotel después de una maratón de sexo del bueno. Ya se lo contaré y, probablemente, con algún que otro detalle de los que a ella le gustan. Ahora lo único que necesito es mantener una conversación sencilla con mi amiga para que me haga evadirme de la extraña situación en la que me encuentro.

¿Quién le habrá escrito a Ulises para que se vaya así a estas horas?

Abro el bolso y saco mi teléfono. Me dirijo con él a la cama y me dejo caer en ella, pensando que hace tan solo unos segundos estaba aquí con la persona que ha puesto mi mundo del revés.

Lo desbloqueo y abro la aplicación de mensajería. En la parte superior aparece el último chat en el que he estado: el de Ulises. Está en línea, escribiéndose con alguien... que no soy yo.

Permanezco un buen rato esperando a ver cómo se desconecta, pero eso no sucede, por lo que decido olvidarme de ello y buscar el chat de Mika.

Karla: Buenas noches, amiga mía. Cuéntame,
¿qué local tendrá la suerte
de contar hoy con tu presencia?

Mika: Karlita, ¿solo preguntas por uno? Qué optimista. Miedo me da que no acabe de oca en oca y tiro porque me toca. ¿Dónde estás, perra? Lo pregunto porque estoy en casa sin tu dulce compañía... Cuéntamelo todo. Eso sí, por audio, que así lo reproduzco mientras termino de arreglarme.

Karla: Cuando te vea, prometo contártelo todo. Por favor, no me odies.

Mika: Sabes que puedo sacar tus maletas al descansillo, cambiar la cerradura y fingir que no te he visto en toda mi vida, ¿verdad? No eres una perra, amiga, eres una perra del infierno... Ya puedes contarme una buena historia cuando vuelvas a casa para que te perdone la traición de dejarme con la intriga. Pero si es porque te han dado un buen meneo, estaré muy orgullosa de ti. Te amo.

Karla: Jajaja. Prometo contártelo todo. Ahora acaba de acicalarte como tú sabes hacerlo, disfruta de la noche y no te juntes con desconocidos, que nunca se sabe.

Mika: Tranquila, que a mí es complicado que alguien me sorprenda. Yo disfrutaré. Tú quema la noche... o el colchón. ¡Te quiero!

Karla: ¡Y yo a ti!

Solo necesitaba una conversación de este tipo con mi amiga para que se mitigase el malestar que siento. Trasteo un poco en redes sociales y luego trato de dormir. Si es verdad que Ulises piensa volver, la espera se me hará más corta si me dejo llevar por los brazos de Morfeo.

47

Marcos

—Enhorabuena, Marcos. Tus resultados académicos están siendo excelentes. Eres uno de los mejores alumnos de la promoción ahora mismo. No bajes el ritmo y llegarás al final de la carrera con una nota magistral —me dijo orgulloso mi profesor.

—Muchas gracias. Estoy dando lo mejor de mí para que así sea.

—No espero menos de ti. Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Rememoro una y otra vez la conversación de esta mañana; no todos los días un profesor te halaga de esa forma.

Salí del aula entre feliz y aturdido y con la sonrisa más grande desde que mi vida se puso patas arriba. En otro momento habría buscado a mi novia, o la habría llamado, para contarle lo que me acababa de decir el profesor que peor fama tiene en la universidad, pero ya no es la persona con la que comparto mi vida.

¿A quién puedo contárselo? ¿A mi hermano? No. ¿A mis padres? No me apetece oírlos decir que es lo que tengo que hacer.

Así que, entendiendo por fin que con Karla ya no es el momento, siento que con Mika sí lo es. Ella se está convirtiendo en esa persona con la que me siento cómodo, comprendido y acompañado. Saco el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros y busco su contacto para escribirle, mientras sigo tirado en el sofá sin dar palo al agua desde hace un par de horas.

Marcos: Voy a ser claro, porque las medias tintas no van contigo. Estoy seguro de que esto que estoy a punto de contarte te importará una mierda, pero me apetecía compartirlo contigo, ya que eres algo así como mi mejor amiga en estos momentos (no sé en qué lugar me deja eso). El teniente de hierro me ha felicitado por mis resultados en sus últimos exámenes. Sé que estás sorprendida, no mientas.

No me da tiempo a desconectarme cuando veo que Mika está en línea y, al segundo, me sorprendo al leer que está escribiendo.

Mika: Joder con el Marquitos..., si parecía tonto cuando lo compramos. Enhorabuena, querido, has conseguido ablandar el inexistente corazón de ese ser que se hace llamar humano. Imagino que tendrás un subidón en estos momentos que no sabes qué hacer con él. Yo te ayudo, esta noche te vienes de fiesta conmigo. Esto hay que celebrarlo.

Marcos: Claro, hace tanto tiempo que no lo hacemos... Salir de fiesta y esas cosas no van nada contigo...

Mika: Qué gracioso. Fíjate que de la última ni me acuerdo.

Marcos: Con el pedo que te pillaste, raro sería lo contrario.

Mika: Pues ya sabes, a una *bestie* no se la puede dejar tirada ni se le echa en cara lo que bebe, es de primero de amistad.

Marcos: Perdona, no estoy puesto en las normas. ¿Alguna más que deba saber?

Mika: Que si llegas tarde, invitas
tú a todas las rondas.

Suelto una carcajada cuando la leo, esta chica es incorregible.

Mika: Luego te mando la ubicación, que aún me estoy decidiendo por el sitio de hoy. Prometo que será tomarnos algo de tranquis y para casa. Palabrita de *girl scout*. No hace falta que me lo confirmes..., me resulta más emocionante cuando me sorprenden como si de una aparición divina se tratase.

***

Mi reloj marca las nueve y treinta y seis minutos de la noche. Después de intercambiar mis mensajes con Mika, llegó lo que había prometido: la ubicación del lugar en el que estoy a punto de entrar.

Estoy sorprendido. El local es un bar normal y corriente, sin música alta que no te deja mantener una conversación fluida y sin gente enrollándose en cada rincón. Aquí hay mesas, sillas y grupos de personas que charlan animadamente mientras se toman algo.

Busco entre todo el gentío hasta que veo un brazo, lleno de pulseras, que me hace señales para que vaya a su encuentro. Me río al tiempo que me acerco y, una vez que llego, veo que no está sola, aunque tenía claro que no iba a ser así. Reconozco una cara entre las tres personas que la acompañan. Genial, otro amigo de mi ex con el que tener que confraternizar.

—¿Qué ven mis ojos? —pregunta Fran sarcásticamente—. Mika, ¿me puedes explicar qué hace este tipo en un lugar como este, sentándose a esta mesa que ocupamos nosotros? ¿Qué coño me he perdido, cuqui?

No llevo ni medio minuto aquí y este tío ya me ha sacado de quicio. La otra noche me lo pasé genial, pero a lo mejor fue la suerte del principiante y querer repetir no ha sido una buena idea.

—Cállate la boca, verdulero —le espeta Mika fulminándolo con la mirada—. Chicos, este es Marcos —continúa dirigiéndose a los demás—. Por las caras que estáis poniendo, imagino que ya lo habréis reconocido como el poco carismático novio de Karla. Ahora es su ex. Marcos, ellos son Guille, Fran y Víctor.

¿Nadie le ha dicho nunca a esta mujer que no debe ser tan directa?

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza, acompañado de un «hola», y me siento con ellos en medio de un estricto silencio.

—No seáis maleducados, que el muchacho se siente muy solo. ¿No veis que lo ha dejado la novia? No tiene más opciones..., era venir aquí o morirse de asco en su casa. —Que alguien la mande callar o voy a hundirme en la miseria por su culpa.

—Mika, tronca... —la corta Fran mirándola fijamente para hacerle entender que no me está ayudando nada lo que está diciendo.

—Marcos... Marquitos, corazón, lo siento. Si yo estoy encantada de que estés aquí. Es que en ocasiones me pierde la boca, no me lo tengas en cuenta. Venga, vente conmigo, vamos a pedirnos unas cerves.

Su mano entra en contacto con la mía bajo la atenta mirada de los chicos y me arrastra consigo hasta la barra.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —se disculpa juntando las manos y poniéndome los mismos ojos que el gato de *Shrek*—. Joder, si es que tengo el tacto en el culo... Juro que yo digo las cosas sin maldad, pero creo que mis padres me han transmitido algún gen defectuoso que me hace hablar sin pensar.

—No pasa nada, ya te voy conociendo y no te lo tengo en cuenta —la tranquilizo.

—Menos mal. Te lo digo en serio, si no quisiera que estuvieses aquí, no te habría invitado.

—Lo sé. De verdad que está todo bien.

—¿De qué habláis?

La voz de Fran me sobresalta y doy un ligero brinco que hace que me pegue un poco más a mi nueva amiga.

—Pues ¿de qué va a ser? Le estoy pidiendo perdón al pobre, que no me conoce de nada y, de un tiempo para acá, aguanta mis gilipolleces —explica Mika.

—Si es que tienes un piquito que cualquier día nos va a traer problemas... Bueno, Marcos, ¿qué es lo que te trae por aquí?

Una de las camareras se acerca a donde estamos y Mika le pide directamente tres tercios.

—Mika me dijo que me pasase —digo sin más.

—Menudo hombre escueto en explicaciones eres tú. ¿Cómo llevas la ruptura con nuestra adorada Karla? —pregunta Fran, y yo enarco las cejas sorprendido. No me esperaba esa pregunta.

—Joder, luego dices de mí, pero con la primera has entrado a matar... —lo reprende Mika mientras nos pasa a cada uno los botellines que nos acaban de servir.

—Coño, pues dime tú de qué cojones quieres que hable con él.

—Pues no sé, no estaría mal un: «Marcos, ¿cómo te trata la vida últimamente?».

—Claro, porque es gilipollas y no sabe que yo sé que mi amiga le ha dado puerta —contraataca Fran con ironía al tiempo que pone los ojos en blanco.

—Digo yo que tonto no será, pero anda que no hay temas de conversación para que saques justo ese.

—Repito: ¿de qué voy a hablar con este tío, del que lo único que sé es que parecía una seta las veces que lo he visto?

«Au». Eso ha picado un poco, me parece bastante surrealista que estén hablando en mi presencia como si literalmente no existiera.

—Pues háblale de fútbol. ¿No es lo que soléis hacer los tíos? —continúa reprendiéndolo Mika, que parece que ha convertido esta guerra en algo suyo.

La cara de Fran se desencaja del todo.

—Qué pedazo de clichetazo te has marcado ahora mismo... No me gusta ese deporte, solo los que lo practican.

—¿Te suena lo de «habló de putas la Tacones»? Pues eso.

—No te soporto.

—Ni yo a ti, pero eres mi amigo y te quiero, no puedo luchar contra mi amor por ti. Sé más amable con él, lo está intentando.

Doy un largo trago a mi cerveza y, acto seguido, carraspeo, haciendo que me miren asombrados, como si hubiese aparecido por sorpresa.

—Muy bien, chicos, ya me ha quedado todo claro. Fran, no te ofendas, pero que me llames «parado» me importa una mierda. Soy así. Tan malo no seré cuando la que es ahora tu amiga ha sido mi pareja durante tantos años. A tu pregunta de cómo llevo la ruptura te voy a contestar muy escuetamente, como ya sabes que me gusta decir las cosas: sobreviviendo. Tómatelo como quieras. ¿Que de qué vas a hablar conmigo? Si te molestas en conocerme, estoy seguro de que habrá muchos temas que podamos tratar. Y no, a mí tampoco me maravilla el fútbol. ¿Algún dato importante que queráis que os confiese a ambos? —pregunto esta vez, mirándolos primero a uno y luego a la otra—. Bien, como parece ser que la respuesta es negativa, vayamos a la mesa a seguir bebiendo tranquilamente entre amigos.

—Joder, nena, estoy orgulloso... Una noche de fiesta contigo y lo has hecho despertar. Marcos, ven conmigo, que tú y yo tenemos que conocernos mejor. —Fran me coge por el cuello con un brazo y volvemos a la mesa con Mika siguiéndonos de cerca mientras sonríe satisfecha.

Tres horas después, salgo del bar riéndome y con el móvil de Fran entre mis contactos.

Creo que he hecho un nuevo amigo.

48

Ulises

Prometo que, cuando me fui de la habitación del hotel hace unas horas, no pensé que fuese a tardar tanto en volver junto a ella. Pero no tenía otra opción.

El taxímetro me indica que me voy a gastar más dinero del que me gustaría, pero necesitaba llegar cuanto antes.

Pago al conductor con dos billetes de veinte euros y me adentro en el vestíbulo camino de los ascensores. Una vez que noto cómo se eleva, los pinchazos de mi pecho se disipan un poco, sintiéndome ya más calmado.

Meto la tarjeta en la ranura de la puerta y lo que me encuentro es el murmullo bajo de la televisión y a Karla profundamente dormida. Me acerco a ella y le retiro un mechón de pelo mientras la observo y pienso que no soy lo que se merece. Ella debería tener al lado a alguien con una vida digna, sin sobresaltos, y que pueda proporcionarle una estabilidad que yo no podré darle jamás. Por lo menos, no hasta que encauce ciertos asuntos de mi vida que alteran mi mente a diario.

Me deshago de la ropa y me meto en la cama con sumo cuidado de no despertarla, sin éxito. Veo cómo abre los ojos somnolientos y me regala una de sus habituales sonrisas. Le beso el cuello y dejo que mis labios desciendan hasta su hombro antes de apoyar la cabeza en él.

—¿Qué hora es?

—Muy tarde. Vuelve a dormirte —contesto sin moverme del sitio.

—¿Dónde has estado?

Vaya, parece que la noche va a ser un interrogatorio del que no me apetece participar.

—En un sitio.

—¿Y qué sitio es ese para que me dejes sola en una habitación de hotel?

Suspiro y me despego de ella para ponerme boca arriba, mirando al techo.

—Uno al que tenía que ir.

—¿Y tenía que ser justo esta noche?

—Sí, joder, tenía que ser justo en el momento en que me llamaron —espeto incorporándome bruscamente en la cama y provocando que se asuste.

Suspiro, porque ella no tiene la culpa de todo lo que me pasa. Es más, si ella no estuviera en mi vida, todo esto sería más complicado, pero no puedo hacerla partícipe. No quiero.

—Perdona..., ha sido una noche muy larga y estoy cansado. ¿Podemos dormir y mañana hablamos? Por favor.

—Claro, no te preocupes.

Se vuelve, dándome la espalda, y mi brazo apresa su cuerpo para pegarlo al mío. Me acerco a su oído y pronuncio unas palabras que pienso cumplir, aunque sea lo último que haga:

—Te compensaré por lo de esta noche.

No hay contestación, pero una de sus manos se aferra a mi brazo, dándome un pequeño apretón, y sin darme cuenta me quedo profundamente dormido.

***

Noto una respiración pausada sobre mi pecho desnudo y mis ojos se abren, paseando la mirada por la habitación hasta que la reconozco. He dormido bien a pesar del estado de nerviosismo que sentía cuando llegué anoche. Abrazo un poco más a Karla y oigo una risa, casi imperceptible, que sale de su boca. Miro hacia el lugar donde está pegada a mi pecho y veo que ya está esperándome, elevándose para poder besarme.

Sé que no fui nada justo con ella. Vino aquí, sin saber qué se iba a encontrar y confiando ciegamente en mí..., y yo me marché en mitad de la noche, sin una puta explicación.

Dije que se lo iba a compensar, y pienso comenzar ahora mismo.

En un movimiento que no esperaba, su espalda acaba sobre el colchón, y mi cuerpo, encima de ella. Comienzo a depositarle un montón de besos en la piel y decido probar algo nuevo. Quiero hacer todas las cosas que se me ocurren con ella.

—Ven conmigo. —No es una súplica, es una orden. Alargo la mano y cojo un par de preservativos de la mesilla de noche bajo su atenta mirada.

Veo cómo se levanta de la cama y me sigue hacia la entrada del baño. La ducha es enorme, con una mampara impoluta. Estiro el brazo para abrir el grifo del agua caliente y, casi al instante, el baño empieza a llenarse de vaho. Ella es la primera en meterse y regular la temperatura para no morir abrasados. Una vez que está lista, cojo el bote de gel, me echo un poco en la mano y me lo paso por la piel mientras observo la imagen de Karla desnuda.

Me siento como un cazador esperando a atacar a su presa, que, en este caso, es ella, que se está llenando el cuerpo de jabón al tiempo que se toca bajo mi atenta mirada.

—Hola, preciosa —digo junto a su boca.

—Hola.

Dirijo mis labios a su cuello y le dejo un reguero de besos que termina en sus pechos. Le cojo el culo con ambas manos, algo que acostumbro hacer con ella, y le acerco mi erección, esa que siempre está preparada cuando se trata de Karla.

Hago que se gire, con las manos apoyadas contra los azulejos y su culo buscando el contacto desesperado con mi polla. Creo que quiere, y necesita, que me la vuelva a follar como hice unas horas antes.

Enredo una mano en su pelo como si de una coleta se tratase y tiro sutilmente de él, acercándola a mi boca, lo que hace que su espalda se arquee. La mano que me queda libre acaba alrededor de su cuello, moviéndola de tal manera que ahora su boca queda junto a la mía.

—Espero que estés lista, porque hoy la paciencia no va a ser lo mío —le advierto justo antes de devorarle los labios.

Empieza a frotarse contra mí y su cuello queda liberado. Rasgo con los dientes el envoltorio del condón, me lo coloco rápidamente y, acto seguido, guío mi polla hacia el punto en el que haré que vuelva a ver todas las estrellas de la galaxia. Me introduzco en ella y tiene que apoyarse en la pared con todas sus fuerzas porque esto no está siendo suave, ni romántico. Un fuerte gemido escapa de su boca y yo la embisto con más fuerza.

Me la estoy follando de tal manera que tengo que taparle la boca para que el resto de los huéspedes del hotel no oigan sus gritos. Siento que, con la presión que hago cada vez que le doy pequeños tirones de pelo mientras la penetro con intensidad, se está poniendo tan cachonda que tengo que sostenerla porque las piernas le fallan con cada gemido. Salgo de ella y le doy la vuelta, cogiéndola por los

muslos y poniendo sus piernas alrededor de mi cintura. Vuelvo a introducirme en su interior y su espalda impacta contra la mampara.

—Ulises, joder...

La acallo con mis labios, devorándola sin descanso. No sé el tiempo que llevamos aquí dentro, pero creo que está exhausta y dolorida, a partes iguales. Yo podría seguir dentro de ella durante días sin parar. Me avisa de que está a punto de correrse cuando me muerde el labio, haciendo que yo me deje llevar con ella a ese abismo de placer que nos ha atrapado a ambos.

La miro a los ojos con la respiración entrecortada y Karla me sonríe. Y en ese preciso instante me doy cuenta de una cosa: soy completamente adicto a ella.

49

Karla

En cuanto suena el timbre que indica que la clase ha terminado, me siento más tranquila. Lo que más me apetece ahora mismo es llegar a casa, comer y relajarme en el sofá con mi lectura actual, que llevo ya por la mitad.

Salgo del aula y compruebo mi móvil en busca de alguna señal de Ulises, del que no sé nada desde hace días, pero al que no puedo ir a buscar a su casa porque no habría ninguna explicación convincente que pudiese darle a Marcos. Voy caminando por el pasillo cuando choco con alguien.

—¿Distraída por culpa de algún macho ibérico? —pregunta Fran entre risas, y yo le saco la lengua.

—No precisamente... ¿Qué tal?

—Pues aquí, en este sitio infernal. Ahora mismo mataría por ser un niño en etapa de jardín de infancia.

—Exagerado...

—Exagerada tu amiga..., que no puede ponerse más *gloss* en esos labios que el Todopoderoso le ha dado.

Me vuelvo para ver lo mismo que está mirando Fran y aparece ante mí una imponente Mika.

—Hola, amorcito lindo. Hay que ver lo poco que te veo últimamente. Quién diría que compartimos morada. Tienes mucho

que contarme... —me susurra al oído bajo la mirada cabreada de nuestro amigo.

—De eso nada, monadas. Aquí los secretos están prohibidos. Además, eso es de malísima educación. ¿No veis que soy más cotilla que vosotras? Karla, ¿mucho que confesar? Yo puedo ser como el Súper de *Gran Hermano*.

—Alguna que otra cosa —admito haciéndome la interesante—. Había pensado que podríamos cenar los tres en casa y ver una peli. ¿Qué os parece?

—Me parece genial. Fran, ¿te vienes a eso de las ocho? —Mika pone morritos suplicantes para que él confirme su asistencia.

—No me lo perdería por nada del mundo. No os molestéis mucho en elegir, porque los tres sabemos que lo que vamos a hacer es contarnos secretillos. De todos modos, yo llevo las chuches y las palomitas, que una cosa es cotillear y otra es hacerlo con la barriga vacía.

***

Mika acaba de salir de la ducha y pasa por delante de mí con una toalla minúscula mientras se dirige a su habitación. Unos minutos después, y con un pijama de frutas, se sienta a mi lado en el sofá.

—Bien, faltan unos quince minutos para que llegue Fran, que va a querer sacarte hasta las amígdalas. Si hay algo que quieras compartir conmigo pero no te sientes cómoda haciéndolo con él, habla ahora o calla para siempre.

—Qué tonta eres... —contesto a mi amiga entre risas. Lo cierto es que Fran me da total confianza para poder abrirme en canal con él.

—¿Ni siquiera me das un adelanto? Eres maligna. —Se cruza de brazos, levanta una ceja y me mira fijamente intentando

intimidarme. No lo consigue.

—Mala tú, que no puedes ni esperar un mísero cuarto de hora. ¿Sabes, Mika?

—¿Qué? —pregunta ansiosa cambiando su postura en señal de alerta.

—Hablaremos de sexo del bueno...

Me levanto del sofá ante su atenta mirada y su boca abierta por la sorpresa y me dirijo a la cocina a por un vaso de agua. Dos segundos después, la tengo detrás.

—Lo que eres es una mala pécora. Qué cabrona, has jugado con mis sentimientos. Le has dado al empotramiento con el objeto de tus deseos y no has soltado prenda. Que sepas que esta te la guar...

Suena el telefonillo y yo doy un salto en su dirección.

—¡Salvada por el timbre! —grito dejándola sola en la cocina mientras sigue soltando sapos y culebras por la boca.

Cuando llega Fran, Mika está de nuevo en el sofá, con cara de pocos amigos, y abre las manos gesticulando para que le pase todas las chuches que ha traído.

—Fran, ¿tú sabes lo que necesita una mujer cuando la traición llega a su vida? Kilos de azúcar. Azúcar en vena.

—¿Y a esta qué le pasa ahora? —me pregunta con cara de no entender nada.

—Pregúntame a mí, maldito, que llevo aguantándote unos cuantos años. Que la muchacha ha follado y ni una pista me ha dado. ¡Ni una!

—Anda, *drama queen*, déjate de tonterías y hazme un sitio, que no tienes el culo gordo para ocupar todo el sofá. Karla, ya puedes comenzar. —Fran se sienta junto a ella y le pasa la bolsa que ha traído.

¿Dónde ha quedado eso de que algún amigo llegue a casa, le ofrezcas algo de beber, de comer, habléis de trivialidades y, por último, vayáis a lo interesante de la velada? Mis amigos empiezan directamente por lo jugoso.

—El otro día estuve en un hotel con Ulises. Nos acostamos, se fue en mitad de la noche, volvió al cabo de mucho rato y, ahora, no contesta a mis mensajes... No quiero suponer que se ha esfumado tras conseguir lo que quería, pero como siga sin ponerse en contacto conmigo, pensaré que me ha utilizado como a una más.

—¿En serio? Pero ¿adónde fue? —Mika es la que ha formulado la pregunta, pero estoy segura de que, si no se hubiese adelantado ella, la habría hecho Fran.

—Le pregunté varias veces, se puso a la defensiva y no me lo dijo. Me pidió que descansásemos, volvimos a acostarnos, y ya.

—Follar, Karla, follar..., que pareces nueva, reina. Espero que tenga una buena explicación que darte porque, como amiga tuya que soy, y fiel escudera, le pondré los huevos por corbata si no es así. Es que no me lo puedo creer...

—La verdad es que yo también estoy sorprendido, pero quiero hacer mi aportación en cuanto vaya a la cocina a preparar estas palomitas con sabor a mantequilla. —Fran saca el paquete de la bolsa, se levanta y nos deja a solas.

—¿Lo ha hecho a propósito para darnos intimidad? —pregunto a Mika bajando el tono de voz una vez él se marcha.

—Qué va, es que es su comida favorita. No puede vivir sin saber que tiene eso a su alcance. Tenemos tres minutos, ¿hay algo que quieras decirme?

—Simplemente... me siento como una idiota. Pensé que con él sería distinto. No sé, creí ver algo de interés por su parte. Y cómo me mira, cómo me toca, cómo me besa... Cuando estoy con él

siento que el corazón se me va a salir del pecho. No sé cómo explicarlo, pero es algo nuevo para mí. Es esa mezcla de adrenalina y miedo, de preguntarme si estoy haciendo lo correcto. Con Marcos no era así.

—He quedado mañana con él —interviene Fran, que hace acto de presencia de nuevo, deja un refresco en la mesa del salón y me mira como si me hubiese salido una tercera cabeza.

—¿Por qué me estás mirando así? —le digo.

—No te jode, ¿y cómo quieres que te mire?, si me has puesto cara de perturbada —replica.

—Es que me ha parecido entender que mañana has quedado con Marcos. *Mi* Marcos. Creo recordar que no eras su mayor fan, Fran...

—Error, cariñito, ya no es *tu* Marcos. Ahora es el *nuestro*. ¿Verdad, Mika?

Veo cómo su mirada se dirige a la de nuestra amiga, que finge que con ella no va la cosa.

—¿Qué está pasando aquí? —los interrogo a los dos, esta vez sí, con cara de circunstancias, porque no tengo ni idea de qué va este rollo.

—Vale, yo te lo explico. Verás..., una cosa llevó a la otra, y parece ser que ahora Marcos es una especie de persona que me necesita para evadirse de sus problemas, lo que básicamente eres tú, y como paño de lágrimas, que no ha derramado ninguna, pero tú ya me entiendes. Se ha venido de fiesta conmigo y, oye, que el chaval lo está intentando. Quizá esto no me deja en muy buen lugar porque me convertiré en algo así como una traicionera, pero su plan de reconquistarte está en marcha. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco está haciendo nada más que beber cervezas en mi compañía...

—Y en la mía —interrumpe Fran.

—Cierto, y en la tuya... El caso es que el otro día que volvimos a quedar estaba Fran.

—Fue el viernes —vuelve a cortarla él.

—¿Tiene relevancia esa información? —replica ella—. Aquí, como en los libros, no queremos paja. Como te decía, han hecho buenas migas. Marcos es muy simpático y me cae especialmente bien. Yo le he dicho con la boca pequeña que igual tenía alguna posibilidad de que volvieses con él...

—¡Mika! —Me levanto como un resorte del sofá y me paso la mano por el cuello, que se me ha entumecido de repente—. ¿Por qué le has dicho eso?

—Pues porque no me habías dicho que su hermano te mataba a polvos.

No me da tiempo a procesar la información cuando estallo en carcajadas bajo sus atentas miradas.

—Soy una pringada —digo, y de verdad lo pienso.

Vuelvo a dejarme caer en el sofá, entre ellos, y busco sus manos para que entren en contacto con las mías.

—¿Qué voy a hacer? —La pregunta se la hago al aire, a ellos y a mí misma.

—Pues lo que hacemos todos, Karla, adaptarnos a lo que nos venga. Si Ulises no aparece, él se lo pierde. Si decides darle una oportunidad de nuevo a Marcos, a por todas. Que sea lo que tenga que ser. Es un buen chico y se siente muy solo. Si te molesta que me relacione con él, lo entiendo, pero realmente creo que necesita amigos.

—No, tranquila —le contesto a Mika—, por nada del mundo querría alejarlo de vosotros. Me alegro de que se esté abriendo con alguien y que tenga en quién apoyarse. Ha encontrado a los mejores. —Sonrío—. Fran, entonces, ¿has quedado mañana con él?

—Sí, el muy mamón me dijo que le gustaba mi ropa. Los tres sabemos que no es así, pero creo que necesitaba sentirse integrado y fue la primera tontería que se le pasó por la cabeza. Y yo, como soy un poco venenito, le dije que lo llevaría a la tienda de segunda mano donde encuentro estas maravillas. Vi cómo la saliva pasaba por su garganta justo en el momento en que me dijo que estaría encantado de ir. Pobrecito, no sabe con quién se ha juntado. Pero me pareció muy mono que intentase pasar tiempo conmigo. También hemos descubierto que nos gusta la misma música, las mismas series y las mismas pelis. No es algo que me suceda habitualmente, y en esto no me mintió para acercarse a mí, porque destripamos unas cuantas en el momento.

—Pues sí que está cambiado.

—Pues como tú, Karlita, que has salido de tu caparazón. Estoy orgullosa de ti, pequeña —me reconforta mi amiga mientras apoya la cabeza en mi hombro.

Hablamos más de cómo es Marcos con ellos, de su cambio de opinión sobre él, nos ponemos una peli y nos dormimos los tres. Benditos amigos.

50

Karla

Hace días que pasé la noche con Ulises en esa habitación de hotel. Varios, con sus innumerables minutos y segundos, en los que no he tenido noticias de él. Al principio le mandaba algún que otro mensaje, pero después, por orgullo y amor propio, dejé de hacerlo. Hasta ahora mismo, cuando esto último parece haberse esfumado y le doy al botón de enviar mientras me dirijo a la universidad.

Karla: Buenos días, ¿qué tal todo?

Me quedo como una boba mirando mi teléfono porque veo que Ulises acaba de conectarse. Me pongo tan nerviosa que salgo de nuestro chat como si quemara y, al hacerlo, el doble *check* azul me informa de que ya lo ha leído. Espero paciente para ver que está escribiendo, pero no lo hace. Me llevo una uña a la boca y la mordisqueo con nerviosismo. ¿Qué le pasa?

«Tranquila, Karla, seguro que está ocupado y ahora mismo no puede contestarte».

Cinco horas después, me queda claro que no es que no pueda, es que no quiere.

***

Hace un rato que han terminado mis clases, pero sigo en la uni porque he aprovechado para ir a la biblioteca a buscar unos libros. Llevo bastantes horas sin comer y mi estómago me manda señales, en forma de ruidos monstruosos, para que lo alimente. Voy directa a la cafetería cuando a lo lejos lo veo... No puede ser. ¿Mi mente tiene tantas ganas de saber de él que tengo alucinaciones con Ulises como protagonista? Me quedo parada y él viene a mi encuentro.

—Hola —susurro. No se me ocurre qué más decirle después de que no haya dado señales de vida en todos estos días.

—Hola, nena. —Suspira—. Juro que tenía intención de llamarte, pero he estado muy liado.

—¿Ni siquiera podías contestar a un mísero mensaje? No pasa nada, Ulises, no me vas a destrozar por decirme que me follaste y no quieres repetirlo... —suelto envalentonada.

—¿Qué cojones dices? Eso no es verd...

—¿Se puede saber qué haces tú aquí, y hablando con ella? —«Mierda, esto no me puede estar pasando». Marcos.

Estoy en medio de la facultad, con cientos de compañeros alrededor, mi exnovio y mi... lo que sea. No sé qué calificativo ponerle.

Marcos me observa con cara de malas pulgas y luego fija la mirada en su hermano con aire de querer asesinarlo lentamente.

—Le estaba preguntando a tu novia por ti. —«Será mamón».

—*Exnovia* —lo corrige Marcos. «Viene de familia».

—Lo que sea. Tienes que llamar a tu casero, no hay agua caliente en el piso.

—Puñetera caldera..., ¿no podrías haberme llamado?

—No me funciona el teléfono —se excusa.

Veo cómo Marcos gira y desanda sus pasos. Ni se despide, simplemente se aleja de nosotros, mientras se pone a llamar al

casero.

—¿Qué le pasa a tu móvil?

—Nada, pero ha sido la primera excusa que se me ha ocurrido.

—Entonces, no has querido contestarme.

—Acabo de decirte que no he podido... He venido aquí porque quería verte. ¿No te parece suficiente? —pregunta, y el enfado que tengo vuelve a estar en estado de ebullición—. ¿Nos está mirando? —No hace falta que diga que se refiere a su hermano.

—En todo momento.

—Joder. Prometo llamarte.

Me guiña un ojo que Marcos no ve, da media vuelta y se aleja pasando junto a él. Yo me quedo unos segundos observando a Marcos, que acaba yéndose por el lado contrario, y luego voy hacia la cafetería. No me da tiempo a llegar porque una mano, que sale por una puerta medio abierta, me agarra el brazo y me arrastra con ella. Cuando me doy cuenta de que estoy en un cuarto de la limpieza, Ulises posa sus labios sobre los míos mientras echa el cerrojo para que nadie pueda interrumpirnos.

—Te he echado de menos, nena,

—Quién lo diría —espeto apartándome de él, pero me aferra contra su cuerpo con más fuerza.

—Te compensaré.

—No prometas cosas que luego no vas a cumplir. ¿Vas a decirme dónde has estado metido estos días?

Su lengua se abre paso en mi boca y ya no necesito su contestación. Necesito que nuestra saliva se mezcle al igual que nuestros jadeos, que sus manos aprieten mi culo y que mi corazón estalle de felicidad.

El ambiente comienza a caldearse, y también mi cuerpo, que lo necesita dentro como en esa ducha que no he dejado de reproducir

en mi mente. Me coge en volandas y me posa sobre una especie de repisa, dejándonos a la misma altura. Me quita el jersey y sonríe al percatarse de que debajo llevo un vestido de tirantes anchos que no duda en deslizar por mis brazos para que mi sujetador quede a la vista. Me pasa la lengua por el cuello y la clavícula hasta llegar a mis pechos, que libera para recrearse en ellos. Estoy muy excitada y no sé si podré parar. Yo solo quiero que me folle aquí mismo, a pesar de que alguien pueda pillarnos y me expulsen por hacer cosas indecorosas.

Ulises sigue en su cometido y yo trasteo con sus pantalones hasta que logro desabrocharle el botón.

—Por lo que veo, ya no estás tan enfadada... —susurra contra mi piel.

—No te confundas, esto no cambia lo cabreada que esté contigo, pero si quiero algo yo tampoco pido permiso.

—Buena respuesta, nena.

Me succiona un pezón con fuerza y yo cuelo la mano en sus calzoncillos, tocándolo sin ningún tipo de pudor.

—¿Quieres que lo hagamos aquí? —Esta vez me mira a los ojos, porque sabe que soy yo quien marca los límites.

—Quiero hacerlo en todos los putos lados del universo.

Sin nada más que decir, se saca un condón de la cartera, se lo pone tras liberarse de la ropa interior y me baja las medias para luego tantear con mi tanga.

—Va a ser duro, rápido y sucio.

—Pues como a mí me gusta. —Me muerdo el labio y eso hace que me la introduzca ferozmente y me folle como un loco nada más comenzar. Me tapa la boca con la mano, para que nadie nos oiga, y al cabo de unos minutos ambos alcanzamos un orgasmo embriagador.

Justo cuando me está besando en la boca, vemos que alguien intenta abrir la puerta. Ulises me hace una señal con el dedo para que no haga ruido, y nos llega la voz amortiguada de la señora de la limpieza quejándose de que la puerta está atascada de nuevo. Imagino que no hemos sido los primeros en utilizar este cuarto.

Ulises me sonríe, poniéndome un mechón detrás de la oreja, me besa y, después de comprobar que no hay nadie y podemos salir, se marcha. Cuando salgo yo segundos después, ya no lo veo, y me doy cuenta de que se ha ido sin haberme dicho dónde ha estado todo este tiempo en el que no he sabido de él.

51

Marcos

No me esperaba para nada el mensaje que he recibido hace una hora, pero debo reconocer que me ha asombrado y alegrado a partes iguales. Y aquí estoy, esperando a Mika en la puerta de un centro comercial en el que nunca he estado.

—Hola, *principeso* —oigo que dice una voz a mi espalda. Me pega tal susto que me llevo la mano al corazón.

—Joder...

—Ay, qué mono, casi te da un infarto simplemente con mi presencia. Me halagas. —Su tono sarcástico cada vez me gusta más.

—Un día vas a acabar conmigo, Mika.

—Esa frase, en mi mente, tiene un montón de connotaciones diferentes... Pero siendo tú el que la ha dicho, imagino que te refieres a que nada de abordarte por sorpresa. Lo pillo.

Me regala una de sus características sonrisas y comienza a andar, haciendo que yo vaya detrás como si fuese un perrito faldero.

—Joder, esto es enorme.

Y no miento, nunca había entrado en un centro comercial con tantas plantas a la vista.

—¿Es la primera vez que vienes? —pregunta con curiosidad. Parece no darse cuenta de que llevo poco tiempo en esta ciudad.

—Sí, es mi primera vez.

—Y es conmigo... Estoy haciendo algo así como desvirgarte. Quién nos lo iba a decir cuando nos conocimos, ¿eh?

—¿Qué tienes que comprar?

—Sutileza debería ser tu segundo nombre, Marquitos. No conozco a nadie que se ruborice y cambie de tema tan bien como tú. Vamos, anda.

Nos dirigimos hacia los ascensores y, mientras esperamos, comienza a llegar un gran número de personas. Una vez que subimos a uno, terminamos al fondo, mucho más cerca de lo que me gustaría.

—Perdón —me disculpo con Mika, que está pegada a mi pecho.

Levanta la vista hacia mí y pone los ojos en blanco, con lo que consigue que se me escape una carcajada. La locución del ascensor nos comunica que ya estamos en la cuarta planta. Las puertas se abren, aunque parece ser que nadie, a excepción de nosotros, tiene intención de bajarse.

La mano de Mika busca la mía y entrelazamos nuestros dedos. Lo que ocurre a continuación me pilla totalmente por sorpresa: mi amiga empieza a empujar a la gente abriéndose paso como si de una guerrera se tratase.

—Perdón, déjennos bajar. Gracias. Que tengan un buen día. —Guerrera pero educada, todo hay que decirlo.

Logramos salir del cubículo y Mika nos guía hasta una perfumería. Si no fuera porque está llena de frascos y sientes una especie de bofetón de aroma nada más entrar, pensarías que estás en una discoteca o en un *after* muy trasnochado, porque la música suena a todo volumen y todo el local está lleno de luces de colores.

Nada más cruzar la puerta, nos damos cuenta de lo mismo. Nuestras manos siguen unidas, por lo que nos soltamos sin hacer ningún comentario.

—¿Qué quieres regalarle a tu amiga? —pregunto tratando de eludir la situación anterior.

—Pues la respuesta es muy sencilla: maquillaje. Estoy harta de que cada vez que salimos de fiesta me pida el mío. Así que voy a cogerle un minineceser, un lápiz de ojos negro como mi alma, un labial granate, un rímel que le haga unas pestañas kilométricas y unas pegatinas para esas uñas de gata que tiene. Le pondré una nota con una clara amenaza de que tendrá que llevar este kit de supervivencia en cada salida nocturna, y tan amigas. ¿Qué te parece?

—Bien, bien..., le gustará. Admito que me sorprende que lo tengas todo tan claro. Karla necesitaba una eternidad para elegir las cosas.

—Por eso yo soy única. Pero no te alegres tanto, en la tienda de lencería seguro que tardamos más. Ahí necesitaré tu ayuda.

No quiero imaginarme la cara que he puesto, pero seguramente estoy blanco como la pared. Noto cómo un sudor frío me recorre la espalda y el pulso se me acelera. Eso, sin contar que Mika se está mordiendo el labio... para reprimir la risa. En este preciso instante soy consciente de que es la primera vez que me fijo en ella de otra manera. Sí, tengo ojos en la cara y desde un primer momento pude valorar que la chica es guapa, pero no la había visto hasta ahora.

—Es broma, no voy a hacerte pasar por ese calvario —continúa, lo que me saca de mis pensamientos—. Pero que sepas que muchos pagarían por ir a un lugar así con una mujer como yo. Te sorprendería la cantidad de escenas de ese tipo que puedes encontrarte en los libros de romance. Deberían considerarlo un nuevo cliché.

—No sabía que fueras lectora —digo cuando recupero el habla.

—Y no lo soy, pero Karla tiene tantos libros en casa que he hojeado alguno. Los tiene llenos de post-its, y no es nada

sorprendente que esas escenas los tengan rojos, solo había que saber qué mirar.

—¿Los post-its rojos son sinónimo de escenas porno?

—En el caso de tu exnovia, sí, me sorprende que no lo sepas.

—La vi con mi hermano —suelto a bocajarro y dejo a Mika con un gesto extraño.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Que vi a Karla con mi hermano.

—¿Dónde, cuándo y qué estaban haciendo?

¿Qué quiere que le conteste?

—En la uni, hoy mismo, y hablando... ¿Esperabas otra respuesta?

—Para nada, simplemente me ha sorprendido lo que has dicho. Me ha pillado fuera de juego. Además, ya es raro de por sí... ¿Qué hacía tu hermano en la universidad?

—Eso mismo me he dicho yo al verlo allí. Mi mente se ha vuelto loca y he pensado cosas que..., en fin, son tonterías. La cuestión es que se encontraron y le preguntó por mí. Era para que me pusiese en contacto con mi casero.

—Entiendo...

—Sí, la cuestión es que mi hermano...

—Vente conmigo —me corta.

—¿Cómo?

—Que te vengas conmigo al cumpleaños de mi amiga. Es majísima, y le va a parecer genial que me acompañes. Pago esto, le pillo un bolso y le digo que es de parte de los dos. Y, antes de que digas nada, ni se te ocurra hacer el más mínimo amago de querer poner tu parte. Es un no rotundo.

—Sí.

—Te acabo de decir que no.

—Que sí que voy contigo.

—¿En serio? No he tenido que repetírtelo.

—Ya ves —digo sacando el móvil de mi pantalón—. ¿Me mandas ya la ubicación?

—Ay, qué orgullosa estoy de nosotros. De mí, obviamente, porque he logrado sacarte del cascarón. Y de ti, porque ya te apuntas a un bombardeo sin meterte presión.

—Es porque voy contigo.

—No me digas cosas bonitas, Marcos, que al final tendremos problemas.

52

Ulises

20:06 Karla: Me ha encantado estar contigo y verte. Pero tenemos que hablar, Ulises.

21:51 Karla: Mi intención no es agobiarte ni parecer una acosadora, pero no puedo estar esperando a que des señales de vida cuando a ti te parezca. Tan solo necesito saber que todo está bien. Que vamos a estar bien.

23:18 Karla: ¿Sabes? Empiezo a hacerme una idea de cómo sería una relación contigo..., y no me gusta. Me llevaste a
un hotel, nos acostamos y desapareciste en mitad de la noche. Sí, volviste, pero sin ningún tipo de explicación. Nos volvimos a acostar, nos despedimos y te tragó la tierra. Apareces en mi facultad, volvemos a hacer lo mismo y te vuelves a ir. Me merezco a alguien que me quiera con todo, y tú estás consiguiendo que me sienta como un pañuelo usado. No soy tu novia, y sé que no tengo derecho a exigirte nada, pero tan solo te estoy pidiendo que me contestes, aunque sea para decirme adiós.

02:23 Karla: ¿Sabes lo que diría Mika si supiera que te estoy mandando mensajes sin obtener

> respuestas? Que me aleje, porque no eres mi persona. Yo intentaría convencerla de que eres bueno a pesar de tus demonios. No puedo más con esta situación. Solo necesito verte para poder hablar. Respóndeme, por favor. Si no lo haces, lo que sea que tenemos se acabará para siempre. No hagas que eso suceda.

Me he pasado toda la noche dando vueltas en la cama, releyendo una y otra vez los mensajes que Karla me ha enviado y que he decidido no contestar. Estuve tentado de hacerlo en varias ocasiones, pero ¿qué iba a decirle? No me siento preparado para contarle esa parte de mi vida, y me niego a mentirle.

El reloj marca las ocho y once de la mañana, y decido levantarme porque ya no quiero seguir mirando al techo. Me meto en el grupo de WhatsApp que tengo con mis compañeros de trabajo, que ya están dando ideas para ir a tomar algo al salir del curro. Decido mandarles un audio.

—Chicos, mi noche fue muy dura..., así que hoy no pidáis que esté a la altura de vuestras expectativas. Haré poca cosa y recogeré pronto, que sois unos liantes que me lleváis por el mal camino.

En cuanto le doy a enviar y me adentro en la cocina, la imagen de mi hermano mirándome con el ceño fruncido —y cara de asco— aparece ante mí.

—Ya decía yo que no podías alejarte de la mierda que te rodea por mucho tiempo. ¿Qué es esta vez? ¿Drogas? ¿Carreras ilegales? ¿Dar palizas a inocentes?

—¿Qué cojones dices ahora? —pregunto acercándome a él con intención de intimidarlo.

—No insinúo, lo digo claramente. Sabía que no ibas a cambiar en la vida, pero te juro que pensé que al menos lo disimularías. Tú mismo se lo acabas de decir a esa gentuza con la que te juntas.

Pero no te confundas, Ulises, tú solito eliges ir por el mal camino, no necesitas que nadie te empuje.

Deja su taza en el fregadero y sale de la cocina dejándome con la respiración agitada, con el corazón a punto de salírseme del pecho y con ganas de partirle la boca para que se trague toda la mierda que ha dicho.

Es evidente que lo ha sacado todo de contexto. Desde que he salido de la cárcel estoy intentando ser mejor persona, aunque sé que me he convertido en un peor hermano, pero este tío tiene lo que se merece. No me conoce una puta mierda y me está juzgando por lo que cree que soy. Hace años que no nos vemos, no tiene ni idea de cómo me ha cambiado todo lo que he vivido y de las cosas que he tenido que hacer para ganarme el respeto ahí dentro, no ha sido ningún juego de niños.

Quiero mejorar cada día por mí, no por Marcos.

Al pensar en todo esto me viene a la mente Karla. Ojalá las cosas fueran diferentes también por ella. Nunca había sentido algo así por nadie, y soy consciente de que la estoy jodiendo. Desde que la vi entrar por la puerta lo sentí, ese puñetero escalofrío que me provocó, toda mi rabia acumulada, todo lo que había pasado estos años atrás de repente no importaba una mierda, la calma interior que estaba experimentando era más grande. Todo mereció la pena en mi cabeza, y sé que a Karla le pasó algo parecido, pude verlo en sus ojos, y también ese atisbo de tristeza de saber que esto, para ella, nunca ha estado bien.

Nos estoy jodiendo a los dos, pero no estoy preparado para sincerarme con ella. No quiero regresar a ese pozo oscuro que ha decidido volver a por mí.

Cuando llegue el momento y todo salga a la luz, al menos estaré tranquilo porque ella estará a salvo. Entonces sabré que todo ha

merecido la pena.

Pero, mientras tanto, seguiré siendo el saco de boxeo de mi hermano, si eso lo ayuda a ser menos infeliz. Hay personas que no se merecen ni la más mínima explicación. Es algo que me he grabado a fuego durante mi estancia en prisión: no veo, no siento y no hablo. Se acabó, necesito mirar por mí, y ahora también por ella.

53

Karla

Me levanto de la cama como puedo. Me duele la cabeza de lo poco que he dormido. He pasado la noche entre despertares, más que desvelos, que tienen nombre y apellido. Me estiro y me cruje todo el cuerpo, literalmente me duele hasta el pelo. Me pongo una sudadera *oversize* y me voy a la cocina. Necesito cafeína en vena.

—Desembucha. —Pego un bote sobresaltada porque no me había dado cuenta de que Mika estaba ahí, apoyada en la encimera.

—¿Cómo dices?

—¿Te has visto la cara? Das más pena que este pan integral con aguacate que estoy desayunando. ¿A quién tengo que pegarle una paliza para defender tu honor? Me mancharía las manos de sangre por ti... Seguro que luego me desmayaría, pero ya lo iríamos viendo.

Mika no deja de observarme esperando mi respuesta. Aparta el plato con el pan que se está comiendo y se cruza de brazos levantando una ceja.

—Karla, puedes confiar ciegamente en mí.

—Y lo hago, pero es que esto no me deja en muy buen lugar.

—Si no me lo cuentas, no puedo darte la razón. Es algo relacionado con Ulises, ¿verdad?

Suspiro derrotada y mi amiga me mira con comprensión, haciendo que mis muros se caigan y las palabras comiencen a brotar de mi boca.

—Pues sí. Es que...

—Antes de que confieses nada —me corta—, ¿ha pasado algo más desde la noche de hotel?

—Nos vimos en la uni.

Mika abre mucho los ojos, pero no se sorprende, cosa que me deja una sensación extraña. Probablemente son paranoias mías, pero si no lo son tampoco me siento capacitada para abrir un nuevo frente.

—Vale, fue a nuestra facultad. ¿Puede saberse para qué?

—Para... —suspiro de nuevo y trago saliva preparándome para lo que voy a decir— follarme en uno de los cuartos de la limpieza.

—Hostias.

Mika da un sorbo a su café y se me acerca para cogerme de la mano. Se mueve con rapidez y tira de mí hasta llegar al salón para sentarnos en nuestro sofá confesionario.

—¿Habías sabido algo de él desde lo que pasó aquella noche? —pregunta con cautela. Podría decir que su cabeza piensa tan alto que puedo oírla.

—No —admito.

—¿Y a ti eso te ha parecido normal?

—No.

—Pero te ha parecido una idea cojonuda que se meta entre tus piernas.

—Joder, Mika.

—Lo sé, amorcete, no estoy siendo la más cautelosa ante este tema, pero me preocupa lo que está ocurriendo. ¿No eres consciente del problema?

—Que pasa de mí, es evidente.

—El problema es que, una vez que sucumbes a acostarte con él, te sientes utilizada porque crees que ha conseguido su propósito,

que no es otro que joder a su hermano. A ti al menos te jode más placenteramente, ya me entiendes... Y daros un puntito en la boca a los dos. A Marcos, al acabar levantándole a la churri. Y a ti... porque has terminado cayendo en la tela de araña de un ser al que creías despreciable.

—No... no había pensado en eso. —Y es cierto, no lo había hecho hasta que ahora mismo Mika lo ha verbalizado.

¿Y si realmente lo que pretendía Ulises era engatusarme para llevarme a la cama y creerse vencedor en esta guerra abierta entre hermanos? Sin embargo, según resuenan esa idea y sus palabras en mi cabeza, las descarto. No, él no sería capaz de hacerme eso. Pero lo que tengo clarísimo es que algo me está ocultando. Irse así del hotel sin darme explicaciones, que estuviera tan encima de mí todo ese tiempo y ahora se aleje sin más... no es normal. Algo le pasa, y yo necesito descubrir qué es.

—No, Mika, no es así —digo—. De veras que no. Entiendo que se te pase por la cabeza, pero no.

—¿Y qué explicación te ha dado para todo lo sucedido?

—Ya sabes que ninguna.

—Sí, sé que después de esa noche de habitación de varias estrellas no te dijo nada. Pero me refiero a después de vuestro encuentro entre mopas y rollos de papel de váter... No me juzgues, yo también he visitado esos cuartos en alguna que otra ocasión.

Me quedo callada porque volvemos a otro momento en el que sentirme una auténtica imbécil.

—¿No has sabido nada de él? Ay, Karla...

—Aquí tienes la respuesta al porqué de mi cara. Me he pasado las horas mirando el móvil esperando una respuesta que no ha llegado. Y sé lo que me vas a decir, que huya sin mirar atrás porque él no es el adecuado.

—Ay de mí... Mis padres tendrán que gastarse una buena pasta en un tratamiento facial, porque esto me va a dejar el cutis bien jodido. Te va a sorprender lo que está a punto de salir de mi boca, pero tienes que llamarlo. Qué coño..., como si tenemos que esperarlo en la puerta del curro y montarle un numerito.

Me río, porque esta mujer me da vida.

—Tú lo que quieres saber es en qué historia turbia anda metido, porque es lo que piensas —apunto mirando a una Mika que sonríe por haber sido cazada.

—Cómo me conoces, perraca. Te tengo por una persona inteligente, amiga, y creo que si confías en lo que tenéis es porque le ves buen fondo. Creo que el problema que tiene Ulises es que se siente solo y no tiene a quién acudir. Estás tú, por supuesto, pero debe de estar cagado de miedo por perder a esa persona que le ha recordado que hay esperanza. Así que hay que darle una nueva oportunidad. Tienes que conseguir hablar con él.

—¿Y si lo que descubro de él me aterra?

—¿Tú crees que Marcos lo habría metido en su casa si pensase que su hermano es realmente el malo de la película? —contraataca Mika, lo que me deja desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Cómo decir esto sin que pienses que estoy loca de remate... Como sabes, últimamente me he convertido en el flotador de Marcos, lo que ha hecho que vaya descubriendo poco a poco cómo es. De Ulises apenas sé nada, pero creo que ir corriendo a pedir ayuda a un hermano que te detesta, nada más salir del trullo, dice mucho de cómo es en realidad. Podría haberse ido con la peña con la que se juntaba antes de acabar ahí, y no lo hizo. No sé qué pasó para que acabase en la cárcel, pero creo que Marcos no se resistió mucho a la hora de abrirle las puertas de su casa. Me da la

impresión de que sus padres tampoco son los más amorosos del mundo, y creo que la relación de hermanos está resquebrajada por culpa de ellos. Ya te lo he dicho, eres una chica lista, pero Marcos también. Él sabe todo lo que pasó y, aun así, no le dio con la puerta en las narices. Lo que le ofreció fue un techo, una cama, comida... Piénsalo.

Se levanta del sofá, me da un sonoro beso en la cara, se despereza y va directa al baño.

—¡Cuando salga de la ducha espero que hayas marcado su número! —grita desde la puerta.

Cojo mi móvil, que descansa a mi lado del sofá, y me meto en la lista de las últimas llamadas. En cuanto oigo el agua correr en el baño, lo llamo.

Al tercer tono, descuelga.

—Hola, Karla —responde con voz ronca. Parece no haber pegado ojo tampoco.

—¿Has leído mis mensajes?

Un silencio se apodera de la línea.

—Me vale como respuesta, Ulises —añado—. Necesito verte, y no quiero ni una sola excusa más. Tenemos que hablar. ¿Puedes quedar esta noche?

Un segundo, dos, tres...

—Sí, nos vemos esta noche, Karla, pero...

—Pero nada. Yo reservo, en cuanto tenga el sitio te paso la hora y la ubicación.

No le doy tiempo a contestar, ya que cuelgo la llamada. No quiero excusas, no quiero que me convenza de nada y, sobre todas las cosas, no quiero tener esta conversación por teléfono.

***

Ulises está sentado frente a mí en este restaurante italiano al que tantas ganas tenía de venir desde que lo descubrí en un post de Instagram de una compañera de clase. El bajo hilo musical hace que el silencio que se respira en esta mesa suene amortiguado, al igual que percibo el bombeo de mi corazón.

Miro a mi alrededor y compruebo que todo el mundo está inmerso en sus conversaciones, lo que hace que me sienta en una atmósfera distinta.

—¿Cómo te van los exámenes?

—No me puedo creer que lo primero que me preguntes sea esto... —le reprocho.

—¿Para eso querías que cenásemos? ¿Para avasallarme cada vez que intente mantener una conversación?

—Para que me des respuestas a tu comportamiento. También me has preguntado qué tal estaba y no te he avasallado lo suficiente... Quizá debería haberte contestado que estoy en la mierda por cómo te estás comportando conmigo, joder.

Ulises se pasa las manos por el pelo y me mira suplicante.

—Nena, lo siento mucho. Yo...

—¿Dónde has estado? ¿Dónde te fuiste en plena madrugada la noche que estuvimos juntos en ese hotel? ¿Te has metido en algún lío? Puedes confiar en mí, yo te apoyaré en todo, pero tienes que contármelo para que pueda ayudarte.

Nada más terminar la frase, la pantalla de su teléfono, que está junto a su mano, se ilumina con la llamada entrante de una mujer: «Beca». ¿Quién coño es Beca?

Posa la mirada en el móvil y, acto seguido, sus ojos buscan los míos, que ya lo están esperando.

—Ahora mismo no puedo contestar a todas esas preguntas, pero te prometo que voy a hacerlo. Tienes que creer en mi palabra.

—¿Hasta cuándo tengo que hacerlo? No puedes medir los tiempos de todo, aquí somos dos.

Otra llamada, del mismo número, nos interrumpe de nuevo.

—A lo mejor somos tres y soy la única que no lo sabe...

—¿Qué cojones estás insinuando?

—Nada, no insinúo nada, Ulises. En las últimas semanas no he sabido de ti. No has contestado a ninguno de mis mensajes, y parece que tengo que darte las gracias porque hayas accedido a estar sentado aquí conmigo. Se supone que habíamos quedado para que me explicases qué te está pasando, pero otra mujer te está llamando... y no tengo dudas de que, si yo no estuviese aquí, ya le habrías contestado. No como a mí, que me dejas destrozada pensando que he hecho algo mal, porque, sí, soy la clase de persona que cree que siempre tiene parte de culpa, aunque no sea así. Creía que contigo sería distinto, pero he vuelto a equivocarme.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos, pero por nada del mundo pienso derramarlas delante de él.

Me muerdo una uña con nerviosismo y miro al infinito pensando en lo distinta que era mi vida hace tan solo unos meses.

Mi respiración se está empezando a acelerar, y necesito salir de aquí cuanto antes. Siento que Ulises se acuclilla a mi lado y suelta un exabrupto justo en el momento en que su teléfono recibe otra llamada. Es la señal definitiva para levantarme y salir corriendo, alejándome de él.

54

Ulises

La escena pasa ante mí a cámara lenta hasta que reacciono al ver a Karla salir por la puerta del restaurante. Mi mano va instintivamente al bolsillo trasero de mi pantalón para sacar unos billetes de la cartera, que tiro sobre la mesa.

Acelero el paso para alcanzarla y la diviso a unos cuantos metros de distancia. Una vez a su altura, me interpongo en su camino.

—Nena, por favor, no es lo que crees —suelto de forma atropellada.

—¿Y qué es lo que creo, Ulises? —pregunta mientras se borra con el dorso de la mano las lágrimas que le corren por la cara.

—No sé qué es lo que piensas en estos momentos, pero estás equivocada.

—Lo que pienso es que ya te has cansado de mí. Creo que has encontrado un nuevo juguete con el que divertirte. Debería haberle hecho caso a Marcos cuando me advirtió sobre ti —sisea en mi cara mostrándome a una Karla como nunca la había visto. Profundamente dolida.

—No nombres a mi hermano en nada que tenga relación con nosotros —contraataco de forma brusca.

—Lo nombraré si me da la gana. Ya le hemos faltado bastante al respeto, ¿no te parece?

—No me hagas a mí responsable de vuestra ruptura.

—No lo hago. Es más, te doy las gracias, porque si no llegas a aparecer en mi vida es probable que siguiera en una relación que no iba a ningún lado. Solo me arrepiento de cómo he hecho las cosas y de haber caído en tu engaño.

Cada palabra que ha salido de su boca la he sentido como si miles de puñales se clavaran en mi piel. No haberle dado las respuestas que esperaba cuando me las pidió ha desembocado en esta situación.

—Nena...

—¡Que no me llames «nena»! Ni tampoco «gatita»..., ni ninguna otra de las tonterías que han salido por tu boca. No quiero que me llames, directamente... No te costará mucho, porque a eso es a lo que te has dedicado conmigo en las últimas semanas, con la única excepción de haberme follado entre productos de limpieza sabiendo que, si me pillaban, me echarían de la facultad.

—No te puse una pistola en la cabeza para hacerlo, joder.

—Tienes razón, pero utilizaste un arma peor: el engaño. Has estado jugando conmigo, con mi ilusión por dejarte entrar aquí —dice llevándose la mano al corazón—. Me encontraste en el momento más vulnerable posible.

—¿Estás diciendo que me he aprovechado de ti? —pregunto con un tono que no reconozco como mío; solo pronunciar esa pregunta me ha costado, porque casi no me sale la voz. Esto no me puede estar pasando.

—Te estoy diciendo que hay millones de mujeres en este mundo y has tenido que volverme loca a mí, a la que conociste siendo aún la novia de tu hermano. Tranquilo, puedes añadirme a tu lista de mujeres a las que les has roto el corazón.

—¿Has acabado?

—Sí, ya puedes irte con ella. No la hagas esperar más. Adiós, Ulises.

Hace un amago de girarse para marcharse, pero no se lo permito.

—No —rujo—, no te vas a ir de aquí hasta que escuches todo lo que tengo que decirte, pero quiero que te quede claro que, en cuanto acabe, nuestros caminos se separarán para siempre.

Karla me mira con cierto temor por mis últimas palabras, pero se queda en el sitio, sin moverse.

—Voy a empezar desde el principio. Juro que pensaba contártelo todo cuando me sintiera preparado, pero tú has querido que tenga que ser de esta manera..., en medio de una puta calle mal iluminada... Mi hermano y yo estábamos muy unidos de pequeños, y yo siempre fui una especie de salvador para él. Eso cambió un poco a medida que fuimos creciendo y llegué a la adolescencia. Samu, mi mejor amigo, estaba siempre conmigo, y eso a Marcos empezó a no gustarle porque sentía que le estaba robando a su hermano. A mis padres, menos aún..., digamos que Samu hacía cosas que raro sería que le gustasen a alguien...

—¿Qué tipo de cosas? —pregunta Karla en un susurro.

—Drogas. —Cojo aire y retomo mi relato—. Dejó de ir al instituto y comenzó a juntarse con gente muy poco recomendable. Sabía que andaban trapicheando y vendiendo a gran escala, pero, cuando quise actuar, ya era demasiado tarde. —Miro al cielo estrellado y suspiro—. Se cargaron a mi mejor amigo de un balazo solo porque era un completo idiota al que le encantaba la adrenalina.

Karla suelta un grito, se tapa la boca e intenta acercarse a mí, pero no se lo permito.

—No me toques.

—Ulises...

—No. —Tomo más distancia—. El caso es que Samu perdió la mercancía, bueno..., más bien se la robaron, y le hicieron pagar por ello. No le dieron ni tiempo ni opciones, tan solo unos segundos en los que pidió clemencia antes de que un orificio de bala terminara adornando su frente. Recibí una llamada del chaval que siempre iba con él. Lo había presenciado todo y me contó lo que había pasado. Me volví completamente loco porque le había pedido millones de veces a Samu que se alejase de toda esa mierda... Me sentí como si me hubiesen arrancado una parte de mí.

—¿Y qué pasó después? ¿Qué pasó para que tú terminaras en la cárcel? —pregunta con un hilo de voz.

—Que hubo un incidente en una discoteca. Yo me vi involucrado en el asunto y, cuando llegó la policía, me detuvieron... Pero fue un accidente. Solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado...

—Pero alguno de los que estaban presentes debió de dar la cara por ti, ¿no?

—En esa clase de asuntos no hay amigos. En mi caso, tenía la suerte de tener uno, pero acababan de enterrarlo...

Trago con dificultad al recordar de nuevo el mayor palo de mi vida y el silencio nos envuelve. Miro a un lado y a otro como buscando una salida de emergencia, cuando siento que su mano entra en contacto con la mía. Me aparto bruscamente y la miro de tal forma que empieza a negar con la cabeza.

—No lo hagas, Ulises. No te lo permito..., no te alejes de mí. No lo hagas ahora que me has abierto una puerta a tu interior. Quiero saber mucho más de ti, de cómo te sentiste. De cómo te sientes ahora. Quiero que me cuentes cómo fue saber que salías de prisión. Quiero...

—No pongo en duda lo que dices —la corto antes de que termine —. Pero lo que quieres saber es quién cojones es la mujer que me llama. Te juro por Dios que he salido de ese restaurante con el corazón en un puño y con intención de contártelo todo. Todo, Karla. Pero a medida que me he puesto a hablar me he dado cuenta de que Samu era la única persona en este mundo que confiaba ciegamente en mí, aunque luego no siguiese mis consejos. Hace unos instantes me estabas tirando toda la mierda del puto mundo encima y ahora, con todas las piezas, ya podemos hablar y quieres escucharme, ¿no? —pregunto, y una risa amarga escapa de mis labios—. Pues yo ya no quiero que me escuches, ni tú ni nadie.

—Yo confío en ti, Ulises.

—No, y no pasa nada. ¿Sabes? Tengo la piel curtida de darme de hostias. Una más solo puede abrir un poco más esa herida que pensaba que estaba a punto de cicatrizar. Esto... —digo señalándonos a ambos— no funcionará jamás. Tú necesitas a alguien que te trate como a una reina y que no te deje tirada a la primera de cambio. Yo necesito a alguien que no desconfíe de mí a cada segundo.

—Estás equivocado, yo sé lo que necesito, y eres tú —dice mientras una lágrima rueda por su mejilla.

—Pero tú no eres lo que necesito yo —suelto a bocajarro, igual que aquella bala acabó con la vida de mi amigo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no quiero volver a verte.

Aprieto los dientes en un intento de no echarme atrás y mis pies se mueven solos en busca de una salida. No vuelvo la vista en ningún momento, ni siquiera cuando oigo a Karla gritarme que me odia. Ni cuando me pide perdón por haberlo dicho. Ni siquiera

cuando soy consciente de que la he dejado sola en una acera poco iluminada en mitad de la noche.

55

Marcos

—Te he pedido lo mismo, espero que no te importe. Es que como la barra me pillaba de paso al salir del baño...

—Mika, está en la otra punta —digo entre risas.

—Ups, qué boba soy. Pues qué vuelta más tonta he dado.

—Gracias.

Mika me guiña un ojo al tiempo que se lleva la pajita a la boca, y mi mirada permanece en ella más tiempo del que debería.

Suena «Solo quiero bailar», de Zenttric, y mi nueva mejor amiga se vuelve loca moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras su melena se agita como si quisiera bailar con ella al compás de la canción.

—A las doce en punto se apagarán las luces y la música.

—¿Y eso? —pregunto con curiosidad.

—Para que el novio de mi amiga, que es amigo del hijo del dueño, salga con una tarta en modo *surprise*. Tengo que estar atenta para inmortalizar el momento desde todos los ángulos posibles, que cualquiera la aguanta luego si no tiene un *book* de fotos a su gusto.

—Parece que te estés describiendo a ti misma...

—Hummm, pues ahora que lo dices, sí. En eso nos parecemos mucho.

Nos arrastra al fondo de la pista después de comprobar que quedan algo más de cuarenta minutos para que su amiga sople las

velas. Estamos frente a frente mientras ella mueve las caderas y yo la observo divertido, porque ambos sabemos que el ritmo no es lo mío. Se gira, dándome la espalda, y su cuerpo se acerca al mío, poniéndome en alerta. Cómo no, ella se da cuenta y, cuando volvemos a estar cara a cara, ya tiene lista una de sus sonrisas afiladas.

—Marquitos —dice en un tono elevado para que pueda oírla—, no creí que tuviésemos que llegar al punto de un segundo sermón en nuestra amistad...

—¿Segundo sermón? —pregunto elevando las cejas—, no pillo por dónde vas.

—El primero fue por cogerte de la mano. Y este..., todavía estoy pensando qué te ha pasado, pero hasta el DJ ha visto que te has puesto tieso como un palo.

—Bueno, yo...

—No soy una calientabraguetas.

—En ningún momento lo he pensado.

—Bien, porque me llevaría una gran decepción. No tengo interés en que mi culo toque una parte de tu anatomía que podría saludarme por culpa del roce... Sé que entiendes a lo que me refiero, por lo que, si ves que bailo así contigo, ten por seguro que lo hago sin ninguna clase de intención oculta.

—No se me había pasado por la cabeza.

Unos chavales pasan por mi lado y me empujan levemente hacia delante, haciendo que me pegue más a Mika.

—Estupendo. Los amigos no hacen eso, ¿verdad?

—¿El qué? —Me estoy poniendo tan tenso que he perdido el hilo de la conversación.

—Rozarse. Tocarse en sitios indebidos. Besarse...

—No, no deberían —contesto como un autómata.

—Y nosotros es lo que somos. Amigos. —Pronuncia esta última palabra de forma rotunda, no sé si porque quiere tenerlo claro ella o para dejármelo claro a mí.

Decido asentir porque no me apetece seguir con esta conversación. No sé en qué momento hemos terminado hablando de los límites establecidos en una relación de mera amistad, dando a entender que sobrepasarlos podría significar algo.

Mika saca la pajita y se la pasa por los labios antes de dar un trago al vaso. Me quedo observándola y me fijo en que el carmín oscuro que se ha puesto hoy se le ha corrido en la comisura. Sin pensarlo, llevo el pulgar hasta ese punto para limpiarla, y el destino, que es caprichoso, hace que esta vez la empujen a ella, con lo que su pecho choca contra el mío mientras mi dedo roza su boca.

Por la sorpresa, y por algo que ahora mismo no sabría describir, dejo escapar un leve jadeo. Siento cómo su aliento roza la yema de mis dedos, dejándome claro que su cuerpo está tan acelerado como el mío. Mis ojos se detienen en su boca entreabierta y sigo tocándola ahí. No quiero romper el contacto, así que la acaricio con el índice, borrando el rastro de pintalabios que tenía en la comisura.

Me siento raro, como hechizado, y la miro a los ojos para ver si ella se siente igual que yo. Su mano atrapa mi muñeca, pero no con la intención de apartarme, sino todo lo contrario. Hace fuerza para que el momento se alargue. Nos miramos fijamente, como si solo estuviésemos nosotros entre decenas de personas. Nuestros rostros se acercan poco a poco, no quiero pensar en qué cojones estoy haciendo cuando noto una vibración. Es su reloj. Mika lo mira para ver quién la está llamando. Tan solo aparta los ojos de mí unos segundos, pero cuando vuelven a encontrarse con los míos, su expresión cambia por completo, dando paso a una ligera confusión al ser consciente, como yo, de lo que ha estado a punto de suceder.

El reloj deja de vibrar para, a continuación, avisar de una nueva llamada. Mika abre rápidamente el pequeño bolso que lleva cruzado sobre el pecho y saca su móvil mientras se mueve en busca de un lugar más silencioso.

Voy detrás de ella, acabamos en el guardarropa y es entonces cuando me doy cuenta de con quién está hablando y me pongo en alerta.

—No llores. Cálmate, me estás asustando... Karla, cariño mío, no entiendo lo que me estás diciendo. Intenta tranquilizarte... Así es, lo estás haciendo muy bien. Respira despacio y cuéntame qué es lo que ha pasado... Vale..., sí, lo entiendo... ¿Dónde dices que estás?... Bien, píllate un taxi y vete directa a casa... No te preocupes... No digas tonterías, eres mi amiga y vivimos juntas, ¿qué dices de molestar?... Da igual el cumpleaños. Ya ves tú, el año que viene tiene otro...

Sigo al lado de Mika mientras ella continúa hablando por teléfono con Karla, y mi mente recrea mil escenas diferentes que hayan podido ocasionar que mi exnovia esté llorando al otro lado de la línea.

¿Le han robado?

¿Le ha pasado algo a alguien de su familia?

¿Se ha hecho daño?

Son preguntas que no tienen respuesta en estos momentos.

—Ahora mismo voy para casa, y no admito discusión. ¿Qué harías tú si hubieses recibido mi llamada? Pues eso mismo... No me llores más, por favor... Te veo en unos minutos. Avísame cuando llegues al piso, aunque ya esté de camino. Te quiero, Karla. Superarás esto porque te apoyaré en todo.

La llamada se corta y Mika saca apresuradamente el tíquet para que la chica del guardarropa le devuelva su chaqueta. Una vez que

la tiene en su poder, se la pone y se encamina hacia la puerta como si yo no estuviese presente.

Salgo corriendo tras ella, que se acerca desesperada al borde de la acera para ver si se aproxima algún taxi que la lleve a casa. Entretanto, trastea con su móvil.

—Eh, eh, espera, Mika. ¿Qué le pasa a Karla?

—Nada.

Me da la espalda y yo me muevo para ponerme delante de ella mientras veo cómo abre los ojos, que tenía cerrados.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué te ha llamado llorando y ha hecho que te vayas del cumpleaños de tu otra amiga sin ni siquiera avisar? Joder, si hasta te has olvidado de que estoy contigo, ¿qué coño hago yo en el cumpleaños de una chica a la que no conozco si tú, que eres su amiga, te piras?

—Mierda, es verdad... Joder, perdona. Ahora le escribiré a mi amiga. De todos modos, pensará que nos estamos enrollando por ahí o algo por el estilo.

—¿Tú y yo? ¿Y por qué iba a pensar eso?

—Pues por... Joder, Marcos, no me confundas ahora mismo, que tengo algo más importante entre manos. Dónde están los malditos taxis cuando se los necesita...

—Voy contigo —afirmo convencido. Si Karla necesita ayuda, seré el primero en dársela.

—No puedes.

—Quiero ayudarla. Sé que debe de haberle sucedido algo muy grave para que te haya llamado a estas horas. Y me imagino que no es referente a su familia, porque me lo habrías dicho ya.

—Puedes estar tranquilo, su familia está perfectamente.

—No vas a decírmelo, ¿verdad? Llegará el taxi, te subirás tú sola y no me harás partícipe de lo que le está sucediendo a una persona

que es importante para mí.

Veo cómo Mika está en una encrucijada consigo misma, pero finalmente niega con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo. Recuerda: la lealtad de amiga.

—Joder, Mika... Soy su exnovio, no su enemigo. Solo dime si es que ha discutido con alguien y se siente dolida, si es que ha suspen...

—Sí.

—Mierda, ¿ha suspendido algún examen importante?

—No, ha discutido con alguien.

—Lo siento mucho. Espero que no sea con ninguna amiga de Cantabria.

—Mira, Marcos, estoy harta de esta situación. Tengo a mi amiga hecha una mierda porque le acaban de romper el corazón. Sí, ya lo he dicho. Y ahora estarás pensando que soy una hija de puta por darte falsas esperanzas de que tenías posibilidades de reconquistarla cuando ella se estaba enamorando de otro.

Mi cabeza empieza a hervir pensando en cierta persona que hace que se me salga el corazón por la boca, ese que se estaba recomponiendo poco a poco.

—Juro que al principio estaba realmente convencida de ello —continúa Mika—. Luego te conocí y..., joder, pues me gusta estar contigo. Eres muy buen tío, Marquitos, pero debes entender que no me correspondía a mí decirte nada. Eran ellos los que tenían que hacértelo saber.

—¿Qué mierdas estás tratando de decirme?

—Que la persona que le ha roto el corazón a Karla esta noche es Ulises. Se ha enamorado de tu hermano...

Recibo su confesión como un puñetazo en la boca del estómago, lo que hace que este se me contraiga súbitamente. Ahora mismo

siento repulsión, por ellos y por la persona que me mira con lágrimas en los ojos, y ni con eso me ablando lo más mínimo.

—Marcos, por favor, lo siento de veras. Me habría gustado poder decírtelo, pero no podía...

Veo los faros de un coche blanco, con un letrero verde luminoso, acercándose por la calzada y levanto la mano para darle el alto.

Mika sigue hablando, incluso trata de agarrarme, pero logro zafarme de ella. Acto seguido, me meto en el coche bajo su atenta mirada, dejándola con miles de palabras y explicaciones que no estoy dispuesto a escuchar en estos momentos.

Lo que necesito es llegar a mi casa cuanto antes y olvidarme de todo.

56

Karla

Estoy tumbada en mi cama, llorando a más no poder, cuando oigo un portazo proveniente de la entrada y a Mika llamándome a gritos. Estoy tan hecha polvo que ni siquiera me molesto en contestar, porque sé que dentro de unos segundos la cabeza de mi amiga asomará por la puerta para asegurarse de que estoy aquí.

—Karla...

Nada más verme, pone cara de circunstancias y viene corriendo hacia mí, y yo me abrazo a ella dejándome llevar por su contacto, porque en estos momentos es el refugio que me hacía falta.

—Llora, cariño, llora... Ya estoy aquí. —Nunca podré agradecerle lo suficiente al universo que la haya puesto en mi vida.

Nos quedamos en silencio más de diez minutos, en los que se ha dedicado a frotarme la espalda, a acariciarme el pelo y a secarme las lágrimas con un pañuelo que no sé de dónde ha salido. Cuando ya me encuentro un poco más tranquila, me separo de ella e intento abrir del todo mis ojos hinchados para mirarla. Me siento de tal manera que quedo frente a ella.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado o prefieres dormir y mañana será otro día? —me pregunta suavemente.

—Prefiero sacarme del pecho todo este dolor. Necesito exteriorizarlo, aunque se haga más real.

—Ya lo es, Karla...

—Lo sé.

Una nueva lágrima aparece y Mika abandona mi mano para limpiármela de nuevo.

—Estoy aquí para escucharte. Si llega un momento en que no quieras seguir hablando, estará bien, amiga. Pero ten claro que no es necesario que cargues con esta mochila tú sola. —Hace una pausa para mirarme y yo trago saliva—. ¿Necesitas algo?

—Si pudieras traerme un poco de agua, te lo agradecería.

Se levanta de mi cama como un resorte y va directa a la cocina, en la que trastea abriendo y cerrando armarios sin parar. Cuando vuelve, veo que viene cargada con una bandeja llena de chuches, patatas y varias botellas de agua.

—Ya estamos listas.

Sonrío levemente por primera vez en todo el día y cojo la botella de agua que me tiende para bebérmela casi de un trago, ya que tengo la garganta destrozada de tanto llorar. Mika abre una bolsa de chucherías y se pone a comer mientras me mira expectante.

—Antes de que empieces a contarme todo lo que ha pasado esta noche, quiero que te quede claro que no te voy a juzgar. Tal vez pueda darte algún intento de consejo si creo que hay algo en lo que te has equivocado, pero quiero recalcar que estoy aquí para sostenerte y para levantarte si tropiezas varias veces con la misma piedra. Nadie es perfecto, Karla, y menos nosotras, que no sabemos aún nada de la vida. Por mucho que juguemos a las casitas como si fuésemos mujeres independientes... Joder, qué bueno está esto. Prueba.

No me da tiempo a decirle que no cuando me mete una gominola directamente en la boca. La trago y comienzo a narrar todo lo sucedido en la cena. Le cuento que el teléfono de Ulises no ha dejado de sonar en ningún momento, que todas las llamadas

provenían de la misma chica, y que me ha contado una parte de su pasado, que no desvelo porque considero que no debo vulnerar su intimidad.

—¿Y te ha dicho que no quiere volver a verte? ¿Así, sin vaselina? —Mika ha atacado una bolsa de patatas y, mientras mastica, frunce el ceño esperando mi respuesta.

—Sí...

—Bueno, ya recapacitará. Sinceramente, por mucho que vaya de malote, no es más que un chico que está roto y necesita cariño como el aire que respira. ¿Quién es la única persona que se lo ha dado? Tú.

—No quiero que esté conmigo solo porque sea la única persona en la que pueda apoyarse.

—No es así, te digo yo que ese chico se ha enamorado de ti hasta las trancas, Karla. Será todo lo que supongamos que sea, pero creo que pondría la mano en el fuego, y no me quemaría, porque jamás le haría daño gratuito a su hermano. Si se ha involucrado en una historia contigo es porque tiene sentimientos hacia ti.

—¿Y la mujer que lo llama? —Sigo sin saber de quién se trata, y es algo que me mata por dentro.

—Esa respuesta no puedo dártela porque no tengo ni idea. ¿Y si es una amiga de toda la vida? Quizá sea familia de ese amigo del que te ha hablado. También podría ser una de sus compañeras de curro y justo le acababa de pasar algo y necesitaba su ayuda... No lo sé, cariño. ¿Crees que se ha liado con otra y por eso no has sabido nada de él?

—No lo sé —admito—. En ese momento, mientras estaba sentada en el restaurante, sí. Pero una vez que se abrió en canal, ya no supe qué pensar. Lo único que vi fue a un Ulises decepcionado por mí, así

que estoy hecha un lío. Si estuviese con otra, le daría igual lo que yo pensara, ¿no? No voy a saber nada más de él, Mika...

Mis ojos vuelven a estar húmedos, y mi amiga me abraza con todas sus fuerzas, como si así absorbiera las lágrimas que amenazan con desbordarse.

—Voy a serte del todo sincera, porque no quiero engañarte y decirte cosas que no son. Estoy segura de que volverás a verlo, porque si lo que siente por ti es amor, él tampoco podrá darte la espalda del todo. Eso sí, creo que está tan dolido que necesitará procesar las cosas a su manera, y quizá te haga sufrir un poquito. Siento decírtelo así, pero no creo que lo tengas mañana en la puerta de casa dispuesto a que arregléis las cosas.

—Tranquila, opino igual..., y es lo que más me destroza por dentro, que no voy a saber absolutamente nada de él. ¿Y si hace alguna tontería?

—Pues, si eso pasa, no será responsabilidad tuya. Cada uno es dueño de sus actos, eso que no se te olvide —suelta apuntándome con un dedo.

—¿Y si esa chica es alguien importante en su vida?

—Puede que lo sea, pero no de la manera que piensas, y digo «piensas», sin incluirme, porque yo no creo que Ulises esté con otra.

—Ni siquiera sé si es mi novio. —Suspiro derrotada.

—Yo no soy nadie para poner etiquetas a lo vuestro, pero con la de sentimientos que hay entre vosotros, yo diría que sí que sois novios.

—O lo éramos...

—No pienses ahora en eso. Intenta descansar un poco, que yo estaré aquí contigo.

—¿Me cuentas qué tal tu noche?

—Tus deseos son órdenes para mí, pero deja que vaya a ponerme el pijama y a quitarme todo el potingue de la cara. No me gasto una pasta en cremas para tener esta piel para que, luego, en una noche sin hidratación facial se vaya todo a la mierda. Y espero que no seas de esa clase de gente que opina que con mi edad no las necesito. Veremos dentro de veinte años quién tiene más luminosidad. —Se lleva las manos bajo la barbilla mientras saca morritos, y a mí me da la risa—. Tardo cinco minutos. Espérame despierta.

Mika sale de mi habitación y yo me hago un ovillo bajo las sábanas pensando en lo que mi amiga me ha dicho. Sé que Ulises me va a pagar con la moneda de la indiferencia y que tiene claro que, bajo ningún concepto, sería capaz de ir a casa de su hermano preguntando por él. Aunque creo que, si esto se estirara mucho en el tiempo, acabaría presentándome en su puerta.

Sigo inmersa en mis pensamientos cuando Mika vuelve a aparecer, con su pijama de las Supernenas y un antifaz rosa chicle sobre la frente, complemento que usa siempre para dormir. Tiene una colección de ellos que me tiene realmente fascinada.

Le hago un hueco en mi cama y, una vez que está dentro, nos ponemos de lado, de modo que quedamos frente a frente.

—Hora de evadirte de eso que tienes en tu cabecita mientras te cuento mi noche —dice.

—Esa que te he jodido —puntualizo.

—Esa en la que mi amiga me necesitaba, así que deja de decir chorradas o llorarás porque te pegaré una paliza. Estoy muy fuerte.

Flexiona el brazo enseñándome sus supuestos bíceps de fortachona y no puedo evitar soltar una carcajada. Hago un gesto con la mano y la animo para que siga contándome qué tal lo ha pasado.

—Mañana me va a matar..., porque yo era la encargada de sacarle las mil quinientas fotos haciéndose la sorprendida cuando apareciese su tarta. Si la ha comprado ella misma... En fin, que hemos ido y lo estábamos pasando bien. Buen ambiente, buenas copas, buena música...

—¿Con quién has ido?

—Eh... Con mucha gente, ya sabes que me rodeo muy bien.

Mi boca comienza a abrirse bostezo tras bostezo y me acurruco abrazando a Mika, que posa su cabeza sobre la mía mientras me sigue contando alguna que otra anécdota que ha vivido hace escasas horas. Siento mi cuerpo relajado, en calma, seguro entre los brazos de mi mejor amiga, y así, sin darme cuenta, me quedo dormida.

***

Me desperezo en la cama y me doy cuenta de que no estoy sola y Mika se ha quedado conmigo toda la noche, como me prometió. Abro los ojos y lo que veo no me gusta. Mi amiga no tiene buena cara, como si no hubiese podido descansar. Ayer estaba tan hundida en mi propia mierda que no se me pasó por la cabeza que a ella también le hubiera ocurrido algo. Aunque quizá sean cosas mías... Lo que tengo claro es que no quiero quedarme con la duda.

—Buenos días —digo para que se dé cuenta de que estoy despierta.

—Hola, ¿cómo has dormido?

—Parece ser que mejor que tú. ¿Qué te pasa?

—¿Por qué debería pasarme nada? —pregunta un tanto a la defensiva, lo que me confirma que hay algo que la atormenta.

—Pues porque la que debería tener cara de amargada y triste soy yo. O esto es contagioso, o tú tienes un problema que no me has contado.

Mika se sienta en la cama, coge el antifaz que descansaba sobre su frente entre las manos y me mira con cara de circunstancias.

—Soy una tía sincera, y no contar las cosas hace que me envenene sola por dentro. Ayer me preguntaste que con quién había ido al cumpleaños, pues ir, como tal, fui sola..., pero me llevé a Marcos de acompañante.

—Mi Marcos...

—Pensaba que la idea de que ya es más mío que tuyo había quedado clara.

Pongo los ojos como platos y Mika se da cuenta de lo que acaba de decir.

—No me refiero a que sea mío. Joder..., a estas horas me explico como el culo. Me refiero a lo que te dijo Fran el otro día. Ya no es tu novio, pero sí es nuestro amigo.

—Entiendo... —digo, aunque hay algo que se me escapa.

—La cuestión es que ayer, cuando me llamaste, Marcos y yo...

—¿Marcos y tú?

Veo que mi amiga abre y cierra la boca hasta que se arranca a hablar.

—Pues que estaba junto a mí y vio que me llamabas. Cuando descolgué, estabas tan mal que intenté tranquilizarte..., pero no sé por qué estoy contándote esto si ya lo sabes. La cuestión es que lo oyó todo, y yo... tuve que darle una explicación de por qué me iba de esa forma.

—No...

—Lo siento, Karla, pero tuve que decirle que su hermano te había roto el corazón.

57

Ulises

Ayer, no había nadie cuando llegué a casa, pero la calma duró poco, porque unos minutos después apareció mi hermano. Debía de estar cabreado, porque no fue nada cuidadoso, como suele serlo, ya que entró en el piso y cerró con un sonoro portazo. Una vez dentro, otro tanto de lo mismo. Incluso me atrevería a decir que se paró frente a la puerta de mi habitación en varias ocasiones, aunque al final se encerró en la suya con otro estruendo que estoy seguro de que se oyó incluso desde el portal.

No he podido pegar ojo porque mi cabeza no me ha dejado descansar en ningún momento. Tengo cientos de frentes abiertos que no sé cómo gestionar, y la única luz que me mantenía cuerdo en este mundo se apagó anoche.

Decido darme una ducha para despejarme y, mientras el agua corre por mi cuerpo, no puedo dejar de pensar en ella. Se ha convertido en una especie de droga para mí, pero ahora me la suda lo que necesite o lo que la quiera. No puedo estar con alguien que no confía en mí, ya he vivido demasiado tiempo rodeado de personas que creían saber quién era por una puta condena de la que no fui culpable.

Salgo de la ducha y me dirijo a la cocina, necesito cafeína para empezar este día que tiene pinta de que va a ser una mierda. Nada más poner un pie dentro, la imagen de un Marcos que parece que se

ha unido a mi *team* de tíos con insomnio se muestra ante mí. No solemos relacionarnos, por lo que las palabras «buenos días» no están en el vocabulario que usamos el uno con el otro. Pienso en lo diferente que era nuestra vida hace años, cuando nada más despertarse venía a mi cuarto para meterse en la cama conmigo, a pesar de que mi madre siempre acababa cabreada por ello.

Veo cómo se levanta de la silla y, cuando está pasando por mi lado, instintivamente, sin pensarlo, una de mis manos se posa en su pecho para impedirle el paso.

—Siéntate, tengo que hablar contigo.

—Me importa una mierda lo que quieras decirme —me responde al tiempo que me aparta de un manotazo.

—Por favor.

Lo miro suplicante y lo veo suspirar, haciéndome ver que está igual de cansado que yo de esta situación.

Se sienta de nuevo y yo lo hago en la silla que hay enfrente, para que podamos mirarnos a los ojos en esta conversación que va a ser tormentosa, al igual que necesaria.

—¿Qué quieres?

«Qué quiero... Quiero volver a ser tu hermano mayor, tu héroe, ese que siempre estaba ahí para ti para acabar con todos los monstruos que te acechaban...». Eso es lo que me encantaría decirle, pero no puedo. Y menos aún después de lo que estoy a punto de confesarle. Soy consciente de que dentro de unos minutos perderé a mi hermano para siempre.

—Verás, yo...

—Vaya, vaya, ahora el todopoderoso Ulises no tiene los santos cojones de decirme la verdad.

—¿De qué verdad hablas? ¿Qué coño te pasa?

—Te abro las puertas de mi casa, te acojo, aunque no merezcas absolutamente nada de mí, y ¿cómo me lo pagas tú? ¡Follándote a mi exnovia!

Me quedo tan noqueado con lo que me acaba de decir que no sé qué contestar, solo sé que el sudor ha comenzado a inundarme la espalda y que estoy a unos segundos de que me dé un paro cardíaco.

—¿O debería decir que te follabas a mi novia? Lo pregunto porque no me queda muy claro en qué momento empezasteis a ser tan hijos de puta conmigo. De ti me lo podía esperar, pero de ella...

—Ni se te ocurra decir nada de ella.

—¿O qué? ¿Ahora eres su defensor? Lo dudo, después de cómo la dejaste ayer de destrozada.

—¿Qué cojones sabes tú de lo que pasó ayer?

—Lo que sé tiene un nombre: Mika.

No necesita darme más datos, ya que tenía claro a quién acudiría ayer Karla cuando me fui de su lado. Con lo que no contaba era con que ella fuera a contarle nada, precisamente, a mi hermano.

—La verdad es que yo... Joder...

—¿Joder, qué? El único al que habéis jodido es a mí.

—Yo nunca he intentado joderte, no es algo que tuviese planeado.

—Ya...

—Quiero que lo que voy a decirte te quede muy claro porque no lo pienso repetir: jamás haría nada que supiera que te mataría por dentro a no ser que fuera inevitable. Y enamorarme de la que era tu novia ha sido así. Ya sé que soy la oveja negra de la familia, que tú estás muy unido a mamá y a papá...

—No vayas por ahí, aquí la víctima no eres tú.

—¿Quién coño se está haciendo la puta víctima? Es imposible hablar contigo.

—No mereces ni que te dedique un minuto de mi tiempo cuando estás jugando con mi exnovia.

—No estamos juntos —puntualizo, aunque sé que no va a servir para mitigar su dolor.

—Lo que hagáis ya no es problema mío, pero ella me importa lo suficiente como para advertirte: no le hagas daño. Me la suda que me hayáis engañado, Karla ha sido un pilar para mí durante mucho tiempo y no voy a permitir que tu vida de mierda la salpique.

—No voy a darte explicaciones, pero te aseguro que yo no le he hecho daño a ella.

—Entonces, ¿qué ha pasado? Karla no es de las que lloran desconsoladas, y eso es exactamente lo que estaba haciendo anoche cuando llamó a Mika.

—Es complicado.

—Todo a tu lado lo es, y por eso estás así de solo. Quería creer que cuando salieras de la cárcel cambiarías el rumbo de tu vida, pero ya veo que estaba equivocado... Me voy, tengo cosas mucho más importantes que hacer que seguir perdiendo el tiempo contigo.

No hay tregua, no hay entendimiento. Tan solo un portazo una vez más.

58

Marcos

Tengo la suerte de que, justo cuando llego a su portal, un hombre está saliendo de él, así que puedo entrar sin tener que llamar al telefonillo. Subo las escaleras tranquilamente mientras pienso en la conversación que acabo de tener y en la que está a punto de producirse.

Una vez delante de la puerta, suspiro con fuerza armándome de valor antes de enfrentarme a la cruda realidad. Llamo al timbre y unos segundos después veo ante mí a Mika, que no tiene buena cara, aunque la mirada se le ilumina un poco al verme, y a Karla, que está en la misma situación que su amiga. La diferencia es que ella arruga el ceño cuando ve que soy yo.

—Hola —suelto de repente sin saber qué otra cosa decir.

—Buenos días —responde Mika—, justo iba a llamarte para aclarar unas cosas, pero me alegro de que hayas sido tú quien ha venido. La verdad es que no he pasado muy buena noche. Quería disculparme contigo y ...

—No vengo a verte a ti —digo cortante, y ella baja la vista hacia el suelo y traga saliva.

—Marcos... —Esta vez la que habla es Karla, que dice mi nombre en tono de advertencia. Sé por qué lo hace, sabe que he sido dañino con Mika con conocimiento de causa.

—Tranquila, Karla, lo entiendo —dice esta última—. Si me disculpáis, os dejo solos.

Ni siquiera le doy las gracias cuando se va dejándonos a solas a Karla y a mí.

—Has sido un gilipollas.

—Y tú, una mamona infiel. ¿Quién crees que gana?

Observo a mi exnovia detenidamente y veo sus ojos hinchados, lo que me demuestra que está sufriendo por el imbécil de mi hermano.

—Siéntate —dice señalando el sofá—. ¿Quieres algo de beber? ¿De comer?

—No, gracias.

Me siento y ella me imita, dejando una separación significativa entre nosotros.

—Creo que me merezco muchas explicaciones.

—Estoy de acuerdo, y justo por eso creo que no deberías pagarlo con ella.

—No quiero hablar de Mika. Si no te importa, me gustaría que me dijeras en qué momento te has liado con mi hermano. En qué momento habéis empezado a reíros todos de mí. En qué momento mi vida se fue a la mierda sin yo saberlo.

—No nos hemos reído de ti, Marcos. Ni tu hermano, ni yo. Estas cosas no se planean, suceden. ¿Y sabes qué? Agradezco que apareciese en mi vida y que volviese a la tuya, porque nos ha librado de seguir en una relación que estaba condenada al fracaso.

—Encima tendré que darle las gracias. —No me lo puedo creer.

—Pues yo sí, porque te quiero con toda mi alma, Marcos, pero éramos una pareja de mierda que estábamos juntos porque nos habíamos acostumbrado a estar el uno con el otro. Me ocultaste que tenías un hermano... No es normal, lo mires por donde lo mires. Un hermano que apareció de la nada. ¿Cómo te habrías sentido si llega

a ser al revés? ¿Si yo nunca te hubiese hablado de algo tan importante?

—Yo jamás me habría tirado a tu hermana ni a nadie con una vinculación estrecha contigo.

—Ya..., nunca digas que de esa agua no beberás.

Me pellizco el puente de la nariz porque esta conversación se prevé dura.

—¿Ibas a decírmelo en algún momento? De él no espero nada, pero de ti sí que lo hacía. Pero no, he tenido que enterarme por terceros.

—Creo que referirte a Mika en esos términos tampoco es muy acertado. No era algo que pudiese contar porque no iba con ella.

—Ya, pero conmigo sí, y prefirió apuñalarme a mí antes que a ti.

—Comprendo que estés dolido por la situación y que te haya molestado que Mika lo supiese y no te lo contase, pero debes entender que es mi amiga, que soy una persona muy importante para ella.

—Creía que yo también lo era.

¿Es eso lo que me pasa, que me duele más el hecho de que ella haya elegido a Karla antes que a mí? Estoy muy confundido.

—Y lo eres, solo habla maravillas de ti. Quiero que lo sepas. Podría decirte lo contrario, pero estaría mintiendo.

—Ya me has dicho suficientes mentiras. Una más no dolería, ¿no?

—No te hemos mentido, Marcos.

—Habéis omitido información deliberadamente, que es lo mismo. Y si no te importa, me gustaría que hablases por ti, no por él.

—Hablo por él porque sé que, aunque no lo exteriorice, eres la persona más importante de su vida. Está solo, Marcos, ni siquiera tiene unos padres a los que acudir.

—Se lo ha buscado él solito.

—No es cierto. Eso es lo que tus padres te habrán hecho pensar, pero es solo un pobre chico que ha tenido mala suerte en la vida y la gente a la que más quería no ha creído en él.

—Qué sabrás tú...

—Me lo ha contado. Y lo creo. Sé que en el fondo tú también lo haces, pero no has tenido los cojones de pararles los pies a tus padres. Así que te pediría que lo tuvieras en cuenta, porque estoy muy cabreada con la situación y vamos a acabar mal. Yo sí pienso dar la cara por él. Delante de quien haga falta. Incluso de ti.

—Sí que estás enamorada de él...

—Hasta las trancas.

Nos envuelve un silencio que me gustaría romper con una pregunta, pero tengo miedo de hacerla porque sé que la respuesta me va a hacer mucho daño. Aun así, quiero salir de esta casa con la verdad por delante.

—¿Qué te contó?

Una Karla sorprendida me mira y me regala una sonrisa, porque sabe que me refiero a mi hermano, y eso para ella es una señal de que me importa saber todo lo que tiene relación con él.

—Que él no hizo nada, que hubo un accidente y que coincidió que estaba en el lugar equivocado. Lo creo, Marcos, me lo contó estando ya todo perdido entre nosotros, cuando ya había tomado la decisión de no volver a verme. No tenía por qué mentirme, así que me creo esa versión porque sé que es la real. ¿Qué os contó a vosotros?

—Lo mismo —admito.

—Y aun así lo lapidasteis. ¿Alguna vez fuiste a verlo a la cárcel? ¿Lo llamasteis?

Mi silencio le contesta y hace que se lleve horrorizada las manos a la boca.

—Yo... no...

—Lo sé, Marcos, lo sé.

Me conoce tan bien que sabe que estoy sufriendo. Lo estoy haciendo por todo: por mí, por ella y, sobre todo, por él. Por mi hermano.

—Yo era más pequeño y no supe...

—No tienes que justificarte, tan solo tienes que comprenderlo, apoyarlo y hacerle entender que estarás ahí para él a partir de ahora.

—Se suponía que esta conversación acabaría en gritos porque me has dejado y te has ido con mi hermano —comento sonriendo, porque me parece una situación surrealista.

—Sabía que si había algún grito sería pequeñito... Somos nosotros, Marcos, nos queremos con toda nuestra alma. Nuestro amor se ha transformado, no se ha acabado. Siempre estaré en tu vida, y sé que tú estarás en la mía, de la forma que sea.

—Es un tío con suerte. Le tengo un poco de envidia.

—No seas tonto. Aunque a mí no quiera volver a verme, es un tío perdido que necesita una ayuda para volver a su verdadera casa, con los suyos. Y no me refiero a tus padres, a los que confieso que no quiero ni ver ahora mismo.

—Es mi hermano y lo conozco. Dale tiempo, estoy seguro de que el próximo en llamar a tu puerta será él. Hablaré con Ulises, te lo prometo.

—Bien, pues guarda saliva, porque se te acumulan las conversaciones importantes.

Mientras abrazo a la mujer que tengo delante, sé que se refiere a la que está en estos momentos en la otra punta de la casa.

59

Karla

Ya han pasado dos semanas desde que vi por última vez a Ulises. Dos semanas en las que he acercado posturas con Marcos y en las que he visto a Mika perder su esencia. Parece que mi amiga se ha contagiado de mi estado de ánimo, porque es un alma en pena.

Todos estos días he intentado evadirme centrándome en los estudios, pero es como si mi concentración hubiera decidido tomarse un descanso. Cuando el profesor se despide de nosotros dando por finalizada la clase, recojo mis cosas y las meto en el bolso. Mi cuerpo me pide un chocolate bien caliente, por lo que me dirijo a la cafetería.

Cuando pongo un pie en ella, lo que me encuentro me destroza aún más el corazón. Sentada a una mesa está Mika, que contempla la vida pasar a través de la ventana. En la otra punta, Marcos, también solo, que dirige disimuladamente la mirada a mi amiga, con la que no ha vuelto a hablar. Resoplo porque esta situación ya me está cansando, y doy gracias a Dios cuando veo que Fran aparece a mi lado.

—O les pegas tú, o les pego yo. Si quieres, podemos echar un piedra, papel o tijera y el ganador de tres que haga los honores. Aunque con una piedra les daba yo para que se les quitara la tontería...

—¿Vas a decirme qué les pasa en realidad? —Sigo sin saber qué es lo que sucede, pero dudo mucho que sea solo porque Marcos se siente dolido porque ella no le contara lo mío con Ulises.

—Te lo diría si lo supiera. Se mueren por hablar, pero son un par de idiotas. ¿No intentan sacarte info el uno del otro?

—Sí, como quien no quiere la cosa. ¿Tú crees que...?

—No sigas, Karla, no quiero creer nada. Prefiero vivir en la ignorancia.

—Pero si no sabes lo que te iba a preguntar, Fran.

—Dijo la que se enamoró de un cuñado que no sabía que existía... Cuando digo que no quiero saber nada, es nada. Venga, que necesito un cafetazo. Coge esa mesa de ahí, que ahora mismo hago que estos dos se vengan con nosotros. ¿Quieres algo?

—Sí, un chocolate, porfi.

Me adentro en la cafetería y corro hacia la mesa del centro que está libre antes de que alguien nos la quite. Dejo mi bolso y los apuntes en una de las sillas vacías y miro a ambos lados, en dirección a mis amigos.

—Marcos —intento llamarlo sin éxito—. ¡Marcos!

Finalmente, me ve, me saluda con la mano, y yo, con la mía, le indico que se acerque. Coge sus cosas, su refresco, y respiro un poco más tranquila.

—¿Qué tal las clases? —pregunta nada más tomar asiento.

Veo cómo mira en la misma dirección que las ochocientas veces anteriores.

—¿Cuándo vais a dejar de hacer el tonto? —replico—. Nos tenéis hartos.

—¿Hartos?

—A mí no me tienes harto, a mí me tienes hasta la pepita que no tengo —le suelta Fran, que se detiene junto a la mesa con la

bandeja en la mano—. ¡Tú, cosita bonita! —grita haciendo que Mika mire hacia nosotros—. Mueve tu sabroso culo hasta aquí ahora mismo. ¡Y no admito discusión!

Ella se queda parada al ver que Marcos también está en la mesa, pero se recompone en milésimas de segundo, demostrando al mundo que todo está bien. Sin embargo, a mí no me engaña.

—¿Qué tal, chicos? —pregunta dirigiéndose a nosotros, y, dedicándole a Marcos una mirada de indiferencia, suelta—: Hola, Marcos, cuánto tiempo.

—Hola. Sí —responde él incómodo mientras se pasa la mano por el pelo.

Y ya está. Este chico debería saber que no cobran por palabra de respuesta.

Tengo intención de iniciar una conversación en la que todos seamos partes dialogantes cuando una notificación hace que mi atención se desvíe a mi móvil, que está boca abajo sobre la mesa. Cuando le doy la vuelta y veo de quién proviene el mensaje, el corazón me da un vuelco. Me pongo tan nerviosa que el teléfono se me cae de las manos, haciendo que las tres personas que me rodean centren su atención en mí.

—¿Qué te pasa? Me estás asustando —pregunta Mika preocupada, y acto seguido coge mi móvil y mira la pantalla. Cuando lo lee, una amplia sonrisa adorna su boca—. Joder, sí que ha tardado el maldito. Ya era hora.

—¿Es mi hermano? —pregunta Marcos.

—¿De verdad necesitas respuesta a esa pregunta? —contraataca mi amiga.

—Sí, quizá esta vez no te cueste tanto decir la verdad... —replica él.

—Haya paz, amigos —interviene Fran—. Esta no era la idea que teníamos de vuestra conversación de reconciliación.

—¿Qué dices? —pregunta Mika, mirándolo con cara de pocos amigos.

—Chicos, por favor..., no puedo con esto ahora —digo—. Quiero que mis mejores amigos estén aquí conmigo dándome la tranquilidad que necesito.

Fran me guiña un ojo mientras Mika y Marcos me piden perdón.

—¿Qué dice el mensaje? Si puede saberse, claro —pregunta este último.

Cojo mi teléfono de entre las manos de Mika y le doy la vuelta para que tanto él como Fran puedan leerlo. Sé que es un mensaje personal, pero me apetece hacer partícipes a mis amigos.

> **Ulises:** Quiero compartir mis luces y
> mis sombras contigo. Si estás dispuesta
> a escucharme, te espero mañana
> a las dos de la tarde en esta dirección:
> Calle Jerónimo Sáinz de la Maza, s/n Santander

Mi atención se centra en Marcos, que se pone pálido de repente.

—¿Qué te pasa?

—No te has fijado en la dirección, ¿verdad?

No, no lo he hecho y, cuando miro dónde me ha citado Ulises, no entiendo por qué quiere que vaya allí, a Cantabria.

—¿Sabes lo que me voy a encontrar?

—Sí, sé qué sitio es. Eres muy importante para él si realmente quiere mostrártelo. Solo te pido que, una vez que llegues a la estación, cojas un taxi y le des la dirección al conductor. No mires en Google Maps, ve a ciegas. Te sorprenderá, pero él te lo explicará todo. Es vuestro momento.

—¿Cómo coño me voy a ir mañana para allá, Marcos? Ni siquiera sé si tengo opción de llegar a la hora que me ha mandado sin decirles nada a mis padres. No quiero inventarme ninguna excusa. Bajo ningún concepto se pueden enterar de que estoy allí.

—Hay trenes a primera hora de la mañana. Tendrás que darte un buen madrugón, pero en unas cuatro horas y media llegarás.

Intento teclear en mi móvil, pero los nervios no me ayudan.

—No te preocupes, que yo te saco los billetes —se ofrece Mika—. Eh..., Marcos, si no te importa, ¿puedes acercarte para ver qué horarios le vienen bien?

—Sí, claro.

Él se levanta, coge su silla con una mano y la coloca al lado de Mika. Junta su cabeza con la suya para ver con claridad el móvil, y ambos se dedican una ligera sonrisa entre miradas extrañas. ¿Esto que estoy presenciando es el flirteo más raro que he visto en mi vida? No puedo pensar en ello en estos momentos.

Dos minutos después tengo dos billetes de tren comprados, y pagados, por mi amiga, que me amenaza con que si digo algo de devolverle el dinero cambiará la cerradura de casa para que no pueda entrar. Marcos me da el número de un amigo suyo, que ha comenzado a trabajar con el taxi de su padre, y me dice que le dirá que esté esperándome en la estación para cuando yo llegue.

¿Realmente voy a ir a Cantabria sin pensarlo y sin saber lo que me voy a encontrar?

La respuesta es sí, por Ulises me iría de cabeza al fin del mundo.

60

Karla

Dicho y hecho. Nada más llegar a la estación de Santander, recibo un mensaje del número de teléfono del amigo de Marcos en el que me indica dónde está estacionado con su taxi. Salgo a la calle y, al mirar a mi derecha, veo al chico en cuestión saludándome con la mano.

—Encantado, Karla. Marcos me pidió el favor ayer de que te acercara a un sitio, ya me ha dado la dirección. Por la carrera no te preocupes, corre de su cuenta. La verdad es que le debo unos cuantos favores y me alegro de poder devolverle alguno.

Subimos al coche y a mí me entra mucha nostalgia al saber que estoy aquí y que no voy a ver ni a mis padres, ni al resto de mi familia, ni a ninguno de mis amigos. Pero este no es un viaje de placer al uso, es un viaje para encontrar las respuestas que llevo mucho tiempo esperando. El viaje de un nuevo comienzo.

—No me he presentado, soy Kike. Si a la vuelta necesitas que te traiga, me avisas. Le dije a Marcos que te esperaba si hacía falta y me dijo que no sería necesario. Pero que, de todos modos, estuviese atento por si tenía que ir a buscaros.

«Buscaros», en plural. Qué bien suena.

El trayecto, que dura unos quince minutos, nos lo pasamos hablando de cosas triviales como el tiempo, los estudios, y también de Marcos.

—Ya estamos llegando. Tan solo hay que doblar esta esquina...

Cuando el coche se detiene, no entiendo nada. Lo que veo ante mí es un camino, por el que desgraciadamente he tenido que caminar en alguna ocasión y que lleva al cementerio de Ciriego.

—Mil gracias por traerme, Kike. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, Karla. Recuerda que vendré si me necesitas.

Me despido de él y, mientras espero a que su coche desaparezca, miro el reloj de mi muñeca. Llego antes de la hora, pero algo me dice que Ulises ya está aquí.

No sé muy bien hacia dónde dirigirme, ya que en su mensaje me daba la dirección en la que estoy ahora mismo, pero no me indicaba si debía entrar o quedarme aquí esperando. No necesito pensarlo mucho, porque un minuto después Ulises, vestido de negro, está frente a mí. Instintivamente, corro en su dirección y lo abrazo con fuerza mientras él me besa la cabeza. En estos momentos, aquí, sobran las palabras entre nosotros. Tan solo hacen falta sus brazos alrededor de mi cuerpo para que sepa que ya estoy de nuevo donde debo estar. Junto a él.

—¿Entramos?

Se separa de mí, me tiende una mano y yo se la cojo. Cuando nuestros dedos se entrelazan, caminamos juntos por el sendero del cementerio hasta dar con la tumba de su amigo Samuel.

—Quiero contártelo todo —comienza a hablar.

—No es necesario, Ulises. Si prefieres estar aquí en silencio, yo estaré a tu lado.

—Quiero hacerlo. Además, así también le cuento a él las nuevas noticias. Antes de que me condenaran venía aquí, me sentaba y hablaba con él como si no estuviese bajo toda esa tierra. Me sentía bien teniéndolo cerca, aunque fuera de esta forma. Para mí, sigue vivo.

—Y siempre lo va a estar mientras lo recuerdes.

Le froto la espalda cariñosamente y veo cómo coge una gran bocanada de aire antes de empezar a hablar.

—No es tan sencillo... De hecho, todo se ha complicado.

Hace una pausa, pero yo decido guardar silencio a la espera de que me cuente qué sucede.

—La persona que mató a Samuel ha muerto. He estado hablando con su hermana —continúa mirándome, dejándome claro quién era la mujer que insistía tanto llamándolo— y he intentado salvar la situación lo mejor que he podido, pero no tengo muchas opciones. Intenté ayudar de todas las maneras posibles, busqué a los primos de Samu, que también son de Madrid, para unirnos y ayudar a su madre y a su hermana. No las dejan en paz, van a por ellas y están en peligro.

—Dios mío...

—Metieron a su hermana a la fuerza en un coche a la salida del curro y a su madre la abordaron al llegar a su casa cuando volvía de la compra... Les están apretando las tuercas para que les paguen la pérdida de la puta mercancía. Y yo... yo tengo que ayudarlas, se lo debo a él —termina mirando hacia la tumba de su amigo.

Ahora lo entiendo todo. La causa de las desapariciones de Ulises, las llamadas, que me dejase sola la noche del hotel..., todo tenía una razón de ser: la lealtad a su amigo. La protección a su familia elegida, esa que ha seguido en su vida cuando la suya no lo ha hecho. Le aprieto la mano y le deposito un tímido beso en la comisura de la boca para que sienta que yo también formo parte de ese grupo de gente que lo daría todo por él.

—No quiero volver a prisión. No quiero volver a verme entre cuatro paredes. Cuando me despedí de Samu, juré que viviría al máximo por los dos, y quiero cumplirlo. No puedo fallarle en una de

mis promesas o no me lo perdonaría. Pero ahora ese tipo ha muerto..., y eso cambia las cosas.

—Ulises, no estoy entendiendo nada... —susurro sin pensar.

—Como te conté, en su día me vi involucrado en un accidente y terminé en la cárcel... El chico en cuestión cayó por la barandilla de la discoteca desde una altura de tres pisos. Logró sobrevivir de milagro, pero ha estado todo este tiempo en coma inducido a causa de las lesiones cerebrales que tenía. A mí me acusaron de homicidio doloso en grado de tentativa, a pesar de que me declaré inocente en todo momento, porque lo soy, y me condenaron. Los abogados de su familia llevan todo este tiempo reiterando que el empujón fue intencionado, y yo siempre he sostenido que lo que pasó fue un accidente. Me metieron en prisión provisional por riesgo de fuga. Y, no contentos con eso, cuando ya estaba dentro, también me acusaron de tráfico de drogas.

—¿Riesgo de fuga? ¿Tráfico de drogas? —pregunto perpleja.

—Están convencidos de que formo parte de ese grupo de narcos hijos de puta que mueven droga a su antojo de un lado a otro. Alegaron que podría salir del país con el bolsillo lleno de billetes y con documentación falsificada.

—¿Y cómo lograste que te dejaran en libertad? —Nunca he hablado con él de este tema. Ni siquiera con Marcos, pero creo que es el momento de que alguien me despeje la duda.

—¿Sinceramente? No tengo ni la más remota idea. Un día se presentó en la cárcel una tía con un traje de chaqueta ajustado y me dijo que era mi nueva abogada. No sé de dónde salió ni quién le ha estado pagando los honorarios por mi defensa. Se lo ha estado currando mucho y me ha visitado en muchas ocasiones en las que se ha molestado en conocerme realmente y en saber lo que sucedió aquel día. Logró que algunos testigos falsos se echasen atrás con

sus declaraciones, manifestó que no había cámaras que grabasen lo que había pasado y puso contra las cuerdas a los demandantes, que no consiguieron probar que yo tuviera motivos para querer matarlo. Ahora mismo tienes delante a un tío que está en libertad provisional.

Ulises pone las manos sobre sus caderas y mira hacia el cielo, como si buscase una ayuda divina para seguir confesando las cosas que aún no me había dicho.

—Y ¿qué puede pasar ahora tras la muerte de ese chico?

Saber la respuesta me aterra, pero lo hace más no saber si podemos separarnos de nuevo.

—No tengo ni idea, Karla... Me encantaría decirte que no cambiará nada. Que saldremos a cenar siempre que queramos, que dormiremos juntos en tu cama mientras tú quieras y que te diré que te quiero cada minuto del día. Pero no puedo prometerte algo que no sé si seré capaz de cumplir. Estaba convencido de que tan solo tendría que ir a firmar cada quince días a la comisaría más cercana hasta que quedase demostrada mi inocencia. Sin embargo, ahora él ha muerto, y su familia ha empezado a mover de nuevo los hilos para acusarme de fuga porque he cambiado de provincia. Si a eso añadimos, además, que el único familiar cercano que tengo en mi nueva ubicación me odia... Poca vinculación, dicen los mamones... Pueden caerme de diez a quince años, Karla. Y seguramente pedirán que vuelva aquí, anulando la conformidad del juez para poder salir de Cantabria. No quiero separarme de ti.

Toda esta información me destroza el alma, pero lo disimulo con todas mis fuerzas. Lo que Ulises necesita ahora mismo es que lo sostenga, como sé que él haría conmigo.

—No adelantemos acontecimientos —le digo antes de besarlo—. Volvamos a casa y veamos qué podemos hacer para que eso no ocurra. Tómate todo el tiempo que necesites para despedirte de

Samu. No me voy a ir a ninguna parte sin ti. Estamos juntos en esto. Siempre.

61

Marcos

> **Karla:** Ulises llegará dentro de un rato. Las cosas se han puesto feas. Está destrozado. No te pediría esto si no fuese importante, Marcos... Hazlo por él, por mí, pero, sobre todo, hazlo por ti. Apóyalo. Sé que puedo contar contigo.

He leído unas mil veces el mensaje que Karla me ha mandado hace media hora y que sigue sin respuesta. Sé cuál es el problema de mi hermano y sé que no tiene nada que ver con ella. Sigo pensando en ello cuando me pongo en alerta al oír la llave girar en la cerradura de la puerta de entrada. Instantes después, un Ulises cabizbajo se queda parado en medio del salón. No habla. No se mueve. Lo único que hace es respirar agitadamente, haciendo que me levante y lo guíe hasta el sofá, donde se sienta hundiendo la cabeza entre las rodillas.

—Tranquilízate, Ulises.

Voy corriendo a la cocina a por algo de beber y me siento a su lado.

—¿Una cerveza?

Se yergue en el sofá y asiente levemente mirando al frente.

—No quiero volver a la puta cárcel por algo que no hice, joder —suelta con voz grave, y a mí me da un vuelco el corazón al oír esas palabras.

Ahí está de nuevo. Recuerdo el día que la policía se presentó en nuestra casa familiar para invitarlo a que los acompañase a comisaría, cómo mis padres no movieron un dedo por él en ningún momento, y cómo yo me rompí por dentro al sentir que mi hermano, mi héroe, se iba de mi lado. No estuve a la altura. Él me necesitaba y yo le fallé.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Ha muerto.

No hace falta que me dé más detalles, porque sé a quién se refiere.

—Todo se está yendo a la mierda de nuevo y es injusto. Yo no hice nada.

—Lo sé.

—¿Qué?

Es la primera vez en años que nos miramos a los ojos y nos vemos. Uña y carne. Hermano mayor protegiendo al pequeño. Hermano menor idolatrando al mayor.

—Sé que no serías capaz de hacerle daño a nadie.

—A ti te lo he hecho. Y no me lo perdonaré nunca.

—Ulises, no puedes cargar tú con todo solo porque seas el mayor. Yo te debía una lealtad que no obtuviste. Lo he visto claro con el paso del tiempo, pero estaba tan enfadado contigo que no supe dar marcha atrás. Me sentía incapaz de perdonarte que me dejaras solo en aquella casa.

—No te dejé solo. Estaban papá y mamá.

—Los odio con todas mis fuerzas.

Es la primera vez que lo verbalizo, y está siendo sumamente liberador.

—¿Por qué? —Mi hermano no se puede creer lo que acaba de salir de mi boca.

—Porque me hicieron dudar de ti.

Cuando Ulises ingresó en la cárcel, mi casa se convirtió en un infierno. Nada de padres llorosos por la desgracia de su hijo inocente, no. Hicieron como si este no hubiera existido, me aleccionaron para que no volviese a hablar de él y me prohibieron contestar a las llamadas que él hacía desde prisión. Intentaron borrar la imagen de mi hermano, la persona a la que yo más quería en el mundo. No consiguieron que desconfiase de él, pero sí que viviese en mis carnes el sentimiento de abandono que me causó.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso, Marcos.

—El que se quedó sin nada fuiste tú. No tienes que sentirlo por mí, yo tenía otros apoyos.

—Lo sé. El mejor que podrías tener.

Karla. Ella fue la persona que dio luz a todo, que me ayudó a sobreponerme del mayor varapalo de mi vida, a pesar de que nunca le conté nada. Estuvo ahí, a mi lado, y gracias a ella pude salir del pozo.

—Como no la trates bien, te las verás conmigo.

—Siento mucho todo lo que ha pasado... Si tuviera una máquina del tiempo, retrocedería para que nada de esto hubiese ocurrido.

—No te creo. Sé que habrías pasado por toda la mierda que has vivido con tal de conocerla a ella. ¿Me equivoco?

Ulises me sonríe porque sabe que tengo razón. Si al final de este camino tortuoso que le ha tocado vivir estuviese ella, andaría hasta la meta sin pensarlo.

—Solo te pido que no le hagas daño —repito—. A ella le pediré lo mismo. Lo siento, hermano. Siento no haberte defendido frente a nuestros padres, o delante de cualquiera que dijera de ti cosas que no eran. No haber ido a verte, ni tratar de hablar contigo para

enterarme de tu versión, dejando que fueran otros los que dieran voz a esas palabras. Espero que puedas perdonarme.

Ulises acorta la distancia que nos separa y me abraza con todas sus fuerzas, como si pusiese todas las ganas contenidas durante los últimos años. Cuando yo lo abrazo a él, oigo las palabras que necesitaba oír desde hace mucho.

—Te quiero, enano. Más que a nadie en este mundo.

Me teletransporto a mi niñez, a cada despedida de mi hermano, ya fuese porque se iba con sus amigos, al instituto o a fumarse algún cigarro a escondidas. Siempre me lo decía. Sin excepción.

—Y yo a ti. No te preocupes por nada, que yo te ayudaré en todo.

—No sé cómo voy a solucionar esto...

—Tienes a la mejor abogada que podrías tener.

Mi hermano me mira fijamente y sus ojos se vuelven vidriosos cuando se da cuenta de lo que acabo de decir.

—¿Cómo?

—Nuestros padres tenían el dinero y se negaron a ayudarte. Que se jodan, en algún momento les diremos que se han gastado una buena parte en sacarte del trullo: todos mis ahorros, de las pagas que me han ido dando estos años, los he invertido en sacarte de ahí.

Nos empezamos a reír juntos, como hacía mucho que no hacíamos, y me tranquilizo un poco. Mi hermano ahora está aquí, conmigo, y en casa. El problema con Karla se ha solucionado. Ahora nos toca luchar con uñas y dientes, pero en equipo las cosas salen mejor. O eso espero.

62

Ulises

Hombre nuevo, vida nueva, problemas nuevos. Pero ya no estoy solo, mi hermano vuelve a estar a mi lado. Después de nuestra conversación, pasamos el resto del día juntos. Hablamos de todo un poco: de sus estudios, de sus nuevos amigos, que son los mismos que los de Karla, de cómo está su relación con nuestros padres y de mi trabajo, del que estoy a punto de salir.

—¿Hoy tampoco te vienes con nosotros, Ulises?

—No puedo, chicos. He quedado con mi hermano.

Mis compañeros me han ido preguntando por mi vida en el tiempo que llevo trabajando aquí y sabían que mi relación con Marcos no era buena, por lo que, nada más acabar la frase, los vítores hacen que Julián salga de su despacho.

—¿Qué pasa aquí?

—Les he dicho que no me voy con ellos porque he quedado con mi hermano. Prometo contároslo todo.

—No espero menos, pero con verte la cara de felicidad que tienes ahora mismo, me queda claro. No obstante, ¿todo bien?

Julián es el tipo más intuitivo que he conocido jamás, con lo que, por mucha cara de alegría que tenga en estos momentos, estoy seguro de que se ha dado cuenta de que ocurre algo.

—Te lo contaré todo.

—Bien, pero eso será mañana. No hagas esperar a tu hermano, chico.

Cuando salgo a la calle, empieza a vibrarme el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saco y observo con curiosidad la pantalla porque se trata de un número desconocido.

Dudo si cogerlo, pero finalmente lo hago.

—¿Diga?

—¿Ulises? —pregunta una voz de mujer de mediana edad.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Alguien que necesita poder dormir por las noches. Estoy en Madrid. Me encantaría poder reunirme contigo en una hora en la puerta del mercado de San Miguel, si no tienes inconveniente.

—Ni siquiera sé quién eres.

—Alguien que quiere ayudarte.

No me da tiempo a seguir haciéndole preguntas, porque ha cortado la llamada.

Saco el móvil y tecleo rápido:

Ulises: Marco, lo siento. Se me ha complicado la tarde. Hablamos luego.

***

He cogido un taxi y he ido directamente al lugar donde me ha indicado la misteriosa mujer. Ando con los ojos bien abiertos por si esto es una trampa que me ha tendido alguien que quiere hacerme pagar por algo que creen que merezco. Pero lo que parece que va a atentar contra mi persona es una mujer bajita, de unos cincuenta años, con las ojeras más grandes que he visto jamás.

—Ulises, me alegro de que hayas acudido.

Percibo mejor su acento, y sé de dónde viene.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —pregunto sin rodeos.

—Una madre que ha perdido a su hijo y que no va a permitir que un inocente pague por su muerte. Ya has sufrido demasiado sin necesidad.

Siento como si me hubiesen golpeado con una barra de hierro en las piernas, porque las rodillas están a punto de fallarme. Tengo ante mí a la madre de Javi, el chico que mató a mi mejor amigo y por el cual acabé entre rejas. Lo que no entiendo es por qué ha viajado desde Cantabria para hablar con el tipo que se supone que acabó con la vida de su hijo.

—Verás..., imagino que ya sabes que mi hijo ha fallecido. Cuando entró en coma, sus hermanos y yo recogimos algunas de sus pertenencias, y entonces encontramos unos papeles con anotaciones que no dejaban lugar a dudas: números de teléfono con cantidades escritas al lado..., que sabíamos que hacían referencia a las drogas que vendía. Había grandes sumas de dinero, lo que nos llevó a mirar en su teléfono. No deseábamos invadir su intimidad, porque teníamos la esperanza de que se obrara el milagro y Javi volviera con nosotros... Pero, una vez se fue, quisimos saber si podíamos encontrar respuestas a lo que sucedió.

Trago saliva porque estoy esperando que diga algo que me haga liberarme de estas cadenas que me tienen amarrado desde hace años, aferrado a la impotencia de no poder demostrar que yo no tenía culpa de lo que me estaban acusando. De que siempre he querido lo mejor para todos, a pesar de que me volví loco cuando me enteré de que mi amigo había sido asesinado.

—En su móvil encontramos mensajes referentes a ti que esclarecen lo que sucedió aquella noche. Los demás implicados tenían un grupo de WhatsApp con mi hijo y, estando él ya hospitalizado, luchando por su vida, hablaron de todo en ese chat.

También sabemos que él fue quien mató a Samuel... Y... ¿sabes qué es lo peor de todo para mí? Haberme dado cuenta de que fue mi propio hijo quien le hizo pasar el mayor sufrimiento de su vida a su madre... Dios lo ha castigado haciendo que ahora sea yo quien lo sufra en mis carnes. Le arrebató la vida a un muchacho que tendría sus defectos, pero estoy segura de que no se merecía lo que mi hijo le hizo. Y esa pena no me la voy a poder quitar de encima nunca... Es por eso por lo que quiero ayudarte, porque necesito aliviar un poco la culpa que siento...

—Los padres no tienen la culpa de los errores de sus hijos.

—Me hace pensar que no lo eduqué como debía.

—Pues ese pensamiento es erróneo. Cada cual es responsable de sus propios actos.

Ver a esta mujer destrozada frente a mí me despierta sentimientos encontrados, porque de su dolor puede salir mi felicidad. La cara y la cruz de una misma moneda.

—¿Cómo...?

—Si quieres saber cómo he dado contigo, ha sido la policía. En cuanto encontré todo lo que mi hijo tenía escondido, fui directa a comisaría a llevárselo. Les pedí ayuda para poder contactar contigo. Luego me enteré de que te habías mudado a la capital... Sentí que tenía que hablar contigo en persona. Espero que no te importe.

—Tranquila...

Veo cómo abre su bolso y saca una carpeta roja. Traga saliva antes de tendérmela.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Mis hijos y yo hemos ido apuntando los nombres, teléfonos y demás datos que hemos podido averiguar de la gente que se juntaba con Javi. De los que hablaban sin reparo de su tráfico de drogas, de las palizas que daban y de los robos que cometían. No

sabíamos si dárselo a la policía o no..., nunca sabes de quién puedes fiarte, y parece ser que algunos de estos chicos son viejos conocidos. Finalmente decidimos que preferíamos dártelo a ti para que se lo hagas llegar a tus abogados. También hay fotos con las capturas de pantalla de esos chats. Sabemos que tú no mataste a mi hijo..., que, como siempre has dicho, en realidad fue un accidente. Sentimos de corazón que hayas tenido que pasar por todo esto. Lo único que podemos hacer es intentar redimir nuestra culpa de esta forma. Y, si nos necesitas para testificar, no dudes de que lo haremos. Estamos de tu lado...

Noto un nudo que me sube por la garganta. Esto lo cambia todo. Esta es la llave de mi libertad, y no me refiero a estos documentos, que también, sino a que la propia familia del fallecido vaya a hacer todo lo posible para que yo salga impune.

Las primeras lágrimas se escapan de mis ojos y me abrazo a ella, a la persona que me ha devuelto la esperanza.

***

He pasado un rato más con Juani, la madre de Javi, hasta que ha venido una de sus hijas en coche para llevarla a casa. Me ha dicho que guarde su número de teléfono y que, si los necesito, ahí estarán.

Ahora que estoy solo, tengo algo que hacer.

Ulises: Nena, ha pasado algo importante. Muy importante. Estate tranquila, porque es algo que va a cambiar mi vida.
Voy ahora mismo hacia tu casa.
TE QUIERO.

63

Karla

—¿Y esa cara de niño de *El sexto sentido*? —La voz de Mika me saca del trance en el que estoy sumida, y la miro. Me hace un gesto con las cejas para que le conteste.

—Hace un rato, Ulises me ha mandado un mensaje diciendo que venía para acá. Lo acabo de ver. Creo que estará al llegar.

—¿Va a venir aquí? —pregunta sorprendida, ya que nunca lo ha hecho—. Viento en popa a toda vela, amiga mía. Quién nos lo iba a decir... ¿Y qué ponía en ese mensaje para que te haya dejado así de pasmada?

—Que había pasado algo importante.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Creo que bueno, pero aún no lo sé.

—Me alegro enormemente. Por cierto, ¿sabes algo de Ma...?

Dejo a mi amiga con la palabra en la boca, porque acaba de sonar el timbre. Voy corriendo al telefonillo para abrir y me quedo en la puerta esperando a que Ulises aparezca cuanto antes. Cuando llega, lo veo con una sonrisa de oreja a oreja, lo que hace que me tire a su cuello y lo abrace.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero con solo verte la cara tiene que ser algo muy bueno.

Lo cojo de la mano y lo arrastro hacia dentro del piso. Mika sigue en medio del salón.

—Hola, Ulises. Me alegro de verte —lo saluda—. Os dejo solos para que le cuentes lo que ha pasado. Quiero que tengas claro que luego pienso sacárselo, aunque sea con calzador. Yo no puedo con estas tensiones, que son malísimas para el cuerpo...

—No te preocupes, Mika, que le diré que te lo cuente todo con pelos y señales.

—¿Todo, todo? —La cara de mi amiga se ilumina, y Ulises se ríe.

—Todo lo referente a lo que estoy a punto de contarle a Karla.

—Qué pena, chico. Habías ganado dos puntos, pero he decidido restarte uno. No te preocupes, ahora mismo vas por delante de tu hermano... —dice esto por lo bajo, luego gruñe y se despide de nosotros con la mano camino de su habitación.

—¿Qué ha pasado?

No me había dado cuenta hasta ahora, pero cuando Ulises levanta la mano veo que lleva una carpeta en ella.

—Aquí está lo que va a hacer que no me separe de ti.

***

Estamos sentados en la comisaría más cercana, esa en la que conocen a Ulises porque cada dos semanas tiene que venir a estampar su firma en un papel.

Cuando hemos llegado, ha pedido hablar con el agente que lleva el tema de las firmas y, cuando se ha presentado ante nosotros, Ulises le ha contado atropelladamente lo que le ha pasado con la madre del chico fallecido. Acto seguido, el policía se ha puesto en contacto con la comisaría de Cantabria, y aquí estamos ahora, esperando a que nos digan algo.

—Se te va a salir la rodilla del sitio —digo. Lleva moviéndola sin parar desde hace un buen rato.

—No puedo evitarlo.

—Ulises.

Mi novio —qué bien suena eso— se levanta como un resorte de la silla y se acerca al policía, que nos está esperando junto a la puerta de una de las salas de reuniones.

—Pasad y tomad asiento. Verás, Ulises..., nos hemos puesto en contacto con tu abogada para hacerle llegar por correo una copia de lo que nos has traído. Ya nos ha dicho que se lo habías mandado por WhatsApp.

—Sí, lo hice para adelantarme a cualquier movimiento. Sabía que, en cuanto lo recibiese, se pondría a trabajar en ello.

—Eso nos ha dicho, pero así tendrá mejor calidad. Nos hemos puesto también en contacto con nuestros compañeros de Cantabria y ya están al tanto de la situación. Son ellos los que llevan las diligencias y los que se van a hacer cargo de todo. En cuanto comprueben toda esta información, iniciarán las investigaciones y procederán a las detenciones pertinentes. Mientras todo esto se resuelve, tu deber es seguir viniendo a firmar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Sin embargo, puedes estar tranquilo: que la propia madre de la víctima haya sido la que te ha proporcionado esas pruebas dice mucho de cuál va a ser la resolución. Y está mal que yo lo diga, pero debería ser totalmente favorable para ti. El problema de estas cosas es siempre la burocracia... Pero celébralo, chaval. Por fin se va a hacer justicia contigo.

Salgo de comisaría feliz y con Ulises de la mano.

—¿Te apetece ir a mi casa? —pregunto cohibida por si la respuesta que me da no es la esperada.

—Te acompaño, claro.

—No quiero que me acompañes, quiero que te quedes.

—¿Estás segura? —pregunta con un brillo en los ojos.

—¿Contigo? Siempre.

—No pienso irme de tu lado hasta que nos despierte el sol. Y, aun así, me lo pensaré.

—Me parece genial.

Llegamos a mi casa, que está en completo silencio, y ni siquiera nos molestamos en cenar, sino que pasamos directamente a mi habitación. Casi no me da tiempo ni a cerrar la puerta cuando ya tengo a Ulises atrapando mis labios con desesperación. Acabamos sobre la cama, desnudándonos con prisa, mientras deja un reguero de besos por mi cuello.

—Mierda, no he venido preparado...

—Tengo una caja en el primer cajón.

—Muy bien, nena. Chica precavida.

La caja, que está sin estrenar, acaba con tres condones menos en su interior debido a una noche en la que mi cuerpo y el de Ulises no dejan de disfrutar del otro. Sin duda esto tiene que ser eso que llaman felicidad.

64

Ulises

Desde que la madre de Javi apareció en mi vida, ya he pasado dos veces más por comisaría para firmar asegurando que sigo aquí y que no me hallo en paradero desconocido. Casi un mes en el que mi nerviosismo ha tenido altibajos. A ratos pienso que no tengo de qué preocuparme, y otros me apetece darme de cabezazos contra la pared al verme pasando de nuevo una temporada en la cárcel de manera injusta.

Necesito tener la cabeza ocupada en otras cosas, y por eso Karla y yo hemos decidido ir al cine, y aquí estoy, esperando que baje frente a su portal, como todo buen novio debe hacer.

Miro mi móvil de nuevo para matar el tiempo, cuando la puerta se abre y un aroma que conozco a la perfección llega hasta mi nariz. Cuando me giro, se tira a mi boca.

—Yo también te echaba de menos —susurro sobre sus labios.

—¿Estás bien? —pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Perfectamente. ¿Por qué lo dices?

—Por nada. —Intenta salirse con la suya, pero no se lo permito.

—Karla...

—Es que estos últimos días te noto más nervioso de la cuenta. Ya sé que es lo normal en una situación como la tuya y que la espera es desesperante, pero es que no sé cómo ayudarte.

Le doy un beso en la nariz y no le contesto, porque hacerlo sería admitir que me mordería hasta las uñas de los pies si tuviese más flexibilidad. Se me ha empezado a caer pelo a causa del estrés, estoy más irascible (que alguien se lo pregunte a mi hermano), y en el curro hay días que no doy pie con bola. La suerte es que estoy en un momento de mi vida en que la gente que tengo alrededor me entiende, me arropa y me anima.

—Lo haces a las mil maravillas —digo—, y es por eso por lo que has accedido a ver una peli que no quieres ver solo por el hecho de hacerme feliz. Y como no vayamos ya, llegaremos tarde.

***

—Uli, para...

La mano de Karla lleva un buen rato apoyada en mi rodilla, esa que no ha estado quieta ni un solo momento.

—¿Quieres que nos vayamos? —me pregunta.

—Por nada del mundo me iré de este cine hasta que te cuelgues de mi cuello.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque estoy seguro de que ese de ahí se va a cargar salvajemente a ese otro —digo señalando la pantalla.

—Vivía mejor en la ignorancia...

Dicho y hecho, doce minutos después, Karla tiene su cara enterrada en mi cuello y yo aprovecho para tranquilizarme con su cercanía. No sé qué me pasa, pero es como si mi cuerpo me estuviese mandando señales de que algo está a punto de suceder. Solo espero que, si eso pasa, sea lo más satisfactorio para mí.

—¿Quieres ir a cenar?

La brisa de la tarde noche nos da de lleno en la cara en el momento en que salimos del cine.

—¿Mexicano? —pregunta mientras espera con ansia que mi respuesta sea afirmativa.

—Hum..., no lo tengo claro. —Karla hace un puchero—. Aunque unas fajitas no me vendrían mal.

—Eres malo.

—No sabes cuánto...

Caminamos en dirección al restaurante y, cuando nos encontramos a una sola manzana de distancia, me suena el teléfono. Cuando lo saco, necesito aferrarme con más fuerza a su mano.

—¿Qué pasa? Ulises, me estás destrozando la mano...

Dejo de ejercer tanta presión y le muestro el número que aparece en la pantalla.

—¿Quién es?

—Hay muy pocas opciones. Es de una centralita que podría ser hospitalaria o...

—De la comisaría. Venga, cógelo, no vaya a ser que cuelgue antes de que aceptes la llamada.

Cuando deslizo el dedo para poder hablar con la persona que me llama, el sudor ya me perla la frente.

—¿Diga?

—Ulises, soy el agente Ramírez.

—Dígame, agente. ¿Ha pasado algo? ¿Necesitan que vaya? He ido a firmar esta semana, no he faltado a la cita...

—Tranquilízate, muchacho. Todo está bien. En realidad, te llamaba para comunicarte que hemos logrado detener a todas las personas que aparecían en la lista que nos diste. Pasarán a disposición judicial, y hay suficientes pruebas contra ellos. Una compañera está hablando ahora mismo con tu abogada, pero yo quería

comunicártelo personalmente. Espero que no te importe. No debería estar haciéndolo porque no es el procedimiento habitual..., pero creo que te lo mereces. Pásate mañana por la mañana por comisaría y podremos hablar sin interrupciones. Duerme tranquilo, los cargos contra ti han sido retirados. Mañana nos vemos.

—Gracias, agente, se lo agradezco mucho. Mañana a primera hora estaré ahí.

Karla se ha pasado toda la llamada con los ojos como platos esperando a enterarse de algo, y ha llegado el momento.

—Los han pillado a todos, nena. A todos. Por fin la familia de Samu podrá vivir tranquila.

—Ulises —dice cogiéndome la cara entre las manos—, *tú* podrás vivir tranquilo, mi amor. Por fin se hará justicia.

—Sí..., todo ha acabado.

—Y lo nuestro no ha hecho más que empezar.

Nos besamos alegres, relajados, y enamorados.

—Quiero que sepas que no podría haber aguantado esto sin ti. Me habría vuelto loco si hubiera tenido que sobrellevarlo solo, pero acabaste confiando ciegamente en mí... Te quiero más que a mi vida.

—Yo también te quiero más que a mi vida. Y ahora, vamos a disfrutarla.

Epílogo

Karla

Decir que soy feliz es quedarse corta. Después de esa llamada del agente Ramírez, Ulises se presentó al día siguiente en comisaría para conocer de primera mano el procedimiento que seguiría hasta recuperar plenamente su libertad.

Marcos, mis amigos y yo estuvimos con él de manera incondicional. Sus padres, en cambio, son harina de otro costal... Digamos que, a pesar de saber que su primogénito había sido inocente en todo momento, no dieron su brazo a torcer. Ellos son los que pierden, porque no solo han cortado la relación con un hijo maravilloso, sino con dos.

Marcos cumplió con la promesa que un día le hizo a su hermano: estar con él en lo bueno y en lo malo. Y así fue, demostrándoles a sus padres que esta vez se había quedado en el lado correcto.

Mi relación con mi exnovio es inmejorable, pero no he tenido dudas al respecto en ningún momento. Nos habíamos querido mucho y muy bien, aunque ambos sabíamos que lo que sentíamos por el otro no iba a hacernos envejecer juntos.

Ulises. Ay, Ulises... Cuando echo la vista atrás y recuerdo nuestra primera toma de contacto, no me puedo creer que en este momento

esté con sus dedos entrelazados con los míos, mientras miramos la fiesta que ha montado Mika.

—¿Tú sabías algo de esto? —pregunta divertido.

—Algo me dijo, pero la verdad es que no la tomé muy en serio.

Lo que tenemos delante es una sala de fiestas solo para nosotros, con un *photocall* gigante al fondo y un burro de ropa enorme lleno de disfraces.

—Esto no tiene sentido...

—Es Mika, Ulises. ¿Te esperabas algo normal?

—Nada en ella puede serlo, pero es que hace meses que pasó carnaval.

—Menuda tontería... Ni que fuese necesario que lo sea para hacerte pasar por alguien.

—Necesito una cerveza —dice tirando de mí en dirección a la barra.

—Pues que sean dos, fresquitas.

Cuando llegamos, Ulises hace una seña a uno de los camareros y le pide las bebidas. Con el rabillo del ojo veo entonces que mi amiga viene hacia nosotros.

—¿Se puede saber de qué vas disfrazada?

—Hola a ti también, amiga. Me asombra que con el tiempo que llevas viviendo conmigo sigas teniendo tan poca cultura cinematográfica. Ahora me dirás que tampoco sabes quién es Roger.

—Pues no tengo ni idea de quién me estás hablando.

—Del señor Rabbit —puntualiza Ulises—. Va de Jessica Rabbit.

—Y por eso ahora me caes tan bien, cariño mío. Me alegro mucho de verte. —Se abraza a mi novio, que ha pasado a ser una de sus personas favoritas.

—¿Tenemos la obligación de ponernos un disfraz?

—Sí, Karla, porque es eso o dejar de hablarte.

—No quisiera. —Sonrío.

—Chica lista.

Mika se rasca la cabeza y mira disimuladamente a un lado y a otro, como si estuviese buscando a alguien.

—Ulises, ¿has cerrado con llave la puerta de tu casa al salir?

Mi novio se ríe, porque sabe perfectamente a qué viene esa pregunta. Si dice que no, habrá posibilidades de que la persona a la que quiere ver siga dentro de ella. Por el contrario, sabrá que puede que venga hacia aquí.

—Si lo que quieres saber es si mi hermano está en casa, la respuesta es negativa.

—Yo no...

—Mira, hablando del rey de Roma...

Ulises

Veo aparecer a mi hermano y mi corazón bombea más deprisa, al igual que cuando veo a Karla. Estos años en los que Marcos no ha estado a mi lado mi única preocupación, además de mi propia libertad, era saber si él estaría bien. El camino no ha sido fácil, pero yo vuelvo a ser su superhéroe, y él, la persona más importante de mi vida, pese a que nunca dejó de serlo.

—Buenas, cuñada —saluda dándole un beso a Karla en la mejilla.

»Uli. —A mí me da otro, porque sabe que, aunque le diga que no lo haga, me encanta.

»Mika...

Ver a estos dos últimamente en el mismo espacio es como presenciar un partido de tenis. Se miran como quien no quiere la

cosa, apenas se hablan, y los que estamos con ellos pensamos que están perdiendo un tiempo muy valioso. Sin embargo, son ellos quienes tienen que darse cuenta.

—Mika nos estaba diciendo que es obligatorio que nos disfracemos o dejará de hablarnos —le explica Karla a mi hermano, que mira a Mika de arriba abajo.

—Tampoco cambiaría mucho nuestra relación entonces, ¿no crees?

Mika mira a Marcos y abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor y no lo hace.

—Si me disculpáis, tengo que seguir saludando a los invitados. Me alegro de que hayas venido, Marcos.

—Gracias por invitarme.

—No lo hice.

—No directamente...

Mika huye despavorida de esta situación y Karla y yo nos ponemos frente a Marcos en modo acusador.

—Te has pasado.

—No, Karla, la que se ha pasado ha sido ella. ¿Era necesario que fuera Fran quien me lo dijera? No me jodas..., tan solo tenía que mandarme un mensaje, como solía hacer, y enviarme la puñetera localización.

—O podríamos habértelo dicho nosotros —admito.

—Exacto, pero no lo hicisteis.

—Dimos por hecho que te lo diría ella.

—Pues menos mal que tengo un buen amigo que hizo bien su trabajo. Sois lo peor.

La relación de mi hermano y Mika está enrarecida desde que ella le confesó lo mío con Karla. En un primer momento, y cuando las aguas volvieron poco a poco a su cauce, no entendíamos muy bien

qué era lo que pasaba, pero descubrimos que entre estos dos hay un secreto que ninguno ha confesado.

—La vas a gastar de tanto mirarla... ¿No me vas a dar una pista de lo que ocurre entre vosotros? —pregunta Karla.

—No la estoy mirando a ella, estoy buscando a Fran —miente Marcos—. Y no, hoy no va a ser diferente. Ya sabes lo que pasó entre nosotros —dice señalándonos a Karla y a mí.

—Pues sigue engañándote, pero te estás perdiendo a la mejor chica del mundo por imbécil. Y ella, lo mismo. Como no quieres darnos carnaza, voy a llevarme a tu hermano a esos sillones de allí y tú te vas a quedar aquí solo. Solito. Desamparado. Abandonado...

—Ya lo pillo —suelta entre risas.

Karla me coge la mano y yo no abro la boca, tan solo le digo a Marcos que lo siento con los labios mientras obedezco a la chica de mis sueños.

Marcos

Llevo unos veinte minutos de reloj sentado en este taburete mientras veo cómo todo el mundo baila, bebe, interactúa y se divierte. Me he tomado dos cervezas, he visto a mi hermano mirar como un tonto enamorado a Karla, e incluso ha sido arrastrado a la pista de baile con ella. Fran me ha saludado desde lejos, pidiéndome perdón con las manos y dejándome claro que estaba como un cazador en busca de su presa. Ahí está, pico y pala, intentando cumplir con su cometido.

Y Mika... está impresionante. Su pelo, su vestido, su actitud, su aura... No puedo apartar los ojos de ella, y estoy seguro de que se

ha dado cuenta. No me he disfrazado porque tengo la esperanza de que sea valiente y venga a echármelo en cara.

En estos momentos está hablando con un tío que no hace más que ir detrás de ella, y yo solo puedo mirarle el culo porque está de espaldas a mí. Cuando se gira de repente, sus ojos conectan con los míos. Da un sorbo a su copa y, decidida, se acerca hasta donde me encuentro.

—¿Te lo estás pasando bien, Marquitos?

—Parece ser que no tanto como tú.

—Llevas aquí sentado un buen rato, no te has puesto ningún disfraz y eres un auténtico muermo.

—Eso último no debería preocuparte, veo que estás muy bien acompañada.

—Sí, la verdad es que Ricky está haciendo que la velada sea memorable. Incluso me ha dicho que me vaya con él cuando la fiesta acabe —susurra acercándose a mi oído.

Yo me tenso, por su cercanía, por su olor y por lo que acaba de decirme. No quiero que se vaya con él.

—Mira qué bien.

—Sí, muy bien.

Ahora su cara está muy cerca de la mía y un silencio nos envuelve como si fuésemos las dos únicas personas que hubiera en el local.

—Estupendo —siseo.

—Desde luego —contrataca.

Mi pecho sube y baja a causa de mi agitación y me hierve la sangre solamente de pensar que pueda irse con ese tipo.

—¿Sabes qué, Mika? No puedo más con toda esta mierda.

Apuro mi cerveza antes de dejarla bruscamente sobre la barra y alejarme de ella, que me mira sorprendida. Paso por delante de mi hermano y de Karla, que me observan confusos pero que parecen

entenderlo todo cuando sus ojos miran detrás de mí, donde deben de estar viéndola a ella.

Me dirijo a una especie de minisala donde hemos ido dejando las chaquetas para coger la mía y poder salir de aquí lo antes posible. La música se mete conmigo en esos pocos metros cuadrados y, cuando al fin logro alcanzar la prenda, de repente el sonido me llega de forma amortiguada. Alguien ha cerrado la puerta. Me vuelvo para ver quién ha sido y la veo a ella.

—No puedes irte así, Marcos. Tú no podrás con toda esta mierda, pero es que yo también estoy harta de esta situación.

—La originaste tú...

—Yo fui fiel a mi amiga. No puedes pagar los platos rotos conmigo. No me lo merezco.

—Y yo no merecía que te rieses en mi cara sabiendo lo que mi novia y mi hermano estaban haciendo a mis espaldas.

—*Exnovia*.

—¿Qué? —pregunto confuso.

—Que era tu exnovia, era tu hermano, y yo era tu amiga.

—No, no lo eras, porque la lealtad se la guardaste a ella, no a mí.

—No podía decirte nada, no era cosa mía.

—Te conté que quería reconquistarla, Mika. ¿Sabes cómo me sentí cuando me enteré de todo? Apuñalado. Empezaba a confiar en ti.

—Lo siento.

—No es suficiente.

Mira al suelo derrotada y yo no sé cómo me siento en estos momentos.

—¿Y nosotros? —pregunta de repente.

—Nunca ha habido un «nosotros».

—Empezaba a haberlo. —Traga saliva—. Sabes la opinión que tenía de ti cuando te conocí. Luego fui pasando tiempo contigo y

comenzaste a hacerme gracia. Te ponías nervioso cuando te tocaba y yo me sentía poderosa, porque pensaba que quizá no era que te sintieses incómodo, sino que te despertaba ciertos sentimientos. Luego me hablabas de ella, de que querías volver a tener lo que teníais, y yo no sabía qué hacer.

—¿Por qué? —Hago la pregunta acercándome a ella.

—Porque no deseaba que volvieses con Karla. No me malinterpretes... Joder, no sé cómo decir esto sin sonar como una zorra. Habría hecho todo lo que hubiera estado en mi mano para ayudarte a que volvieseis a estar juntos si hubiera sabido que tenías posibilidades. Al principio, eso fue lo que pasó, pero cuando me enteré de lo de Ulises a mí ya me gustaba pasar tiempo contigo, y no quería que desaparecieses de mi vida..., y todo es la hostia de confuso. Pero quiero que sepas que jamás quise hacerte daño. Tampoco pensé que alguien como yo pudiera despertarte ninguna clase de sentimiento.

—¿Alguien como tú?

—Mírame —dice señalándose a sí misma.

—Te veo —afirmo con convicción, aunque ella no entienda esas dos palabras.

—¿Y qué ves?

—A una tía preciosa que me ha destrozado un poco el corazón. Alguien en quien comencé a confiar y por quien me ponía nervioso cada vez que me sonreía. Eso es lo que veo cuando te miro.

Mientras hablábamos, he ido acercándome a ella, haciendo que sus pasos fueran hacia atrás hasta lograr aprisionarla entre la pared y yo.

—Creo que me gustas —suelta lamiéndose el labio.

—Yo ya sé que me encantas —respondo.

—¿Y ahora qué? ¿Qué es lo que quieres?

Medito mi respuesta unos segundos mientras pienso en mi vida actual. Me cambié de provincia para estudiar a cientos de kilómetros de casa junto a mi novia de siempre, que acabó dejándome porque nuestra relación estaba como un témpano y se enamoró de mi hermano, ese que salió de la cárcel en la que estuvo por algo que no había hecho.

He mandado a la mierda a mis padres porque vuelvo a tener conmigo a Ulises, ese que siempre estuvo ahí para mí, aunque yo no le correspondí como merecía. Ahora estamos recuperando el tiempo perdido.

He hecho amistades nuevas, sobre todo Fran, quien me ha hecho entender que no se puede juzgar a nadie sin conocerlo. Creo que va a ser el mejor amigo que tendré en toda mi vida.

Y luego está ella, que no puede ser más distinta de mí. Fiestera, alocada, sociable, preciosa..., la chica que ocupa mis pensamientos más de lo que me gustaría admitir. La que hizo que las mariposas de mi estómago se despertasen de nuevo y la que hace que quiera descubrir cosas en mi vida que no podría hacer por mí mismo. Es por todo esto por lo que no necesito más de una milésima de segundo para saber la respuesta a su pregunta, aunque en esta ocasión estoy siendo algo cabrón, porque quiero que sufra un poco.

La miro de la cabeza a los pies, deteniéndome más de lo necesario en su boca, y acabo en sus ojos mientras el silencio nos sigue envolviendo.

—¿Y bien? ¿Ya sabes lo que quieres? —insiste.

—Sí, te quiero a ti.

Banda sonora

«Blood Bank», ℗© 2009 Jagjaguwar, interpretada por Bon Iver.
«Los Perros», ℗ 2023 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Arde Bogotá.
«La luna me sabe a poco», ℗© 2007 Warner Music Spain, S. A., interpretada por Marea.
«Enamorada», ℗© 2015 Pedrina y Rio, interpretada por Pedrina y Rio.
«Solo quiero bailar», ℗© 2009 Parlophone Music Spain, S. A., interpretada por Zenttric.

Si decido arriesgarme
Ale Rubio

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: © Sophie Güet
Ilustración de la cubierta: © Naranjalidad, a partir
de una fotografía de © SanneBerg / iStock / Getty Images
Fotografía de la autora: © Jean Louis David Spain

© Ale Rubio, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-32035-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta